



CS

Antropología rural argentina
Etnografías y ensayos
Tomo II

Hugo E. Ratier



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

Antropología rural argentina

Antropología rural argentina

Etnografías y ensayos

Tomo II

Hugo E. Ratier



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana
Graciela Morgade

Vicedecano
Américo Cristófolo

Secretario General
Jorge Gugliotta

Secretaria Académica
Sofía Thisted

Secretaria de Hacienda
y Administración
Marcela Lamelza

Secretaria de Extensión
Universitaria y Bienestar
Estudiantil
Ivanna Petz

Secretario de Investigación
Marcelo Campagno

Secretario de Posgrado
Alberto Damiani

Subsecretaria de Bibliotecas
María Rosa Mostaccio

Subsecretario
de Transferencia
y Desarrollo
Alejandro Valitutti

Subsecretaria de Relaciones
Institucionales e
Internacionales
Silvana Campanini

Subsecretario
de Publicaciones
Matias Cordo

Consejo Editor
Virginia Manzano
Flora Hilert
Marcelo Topuzian
María Marta García Negroni
Fernando Rodriguez
Gustavo Daujotas
Hernán Inverso
Raúl Illescas
Matias Verdecchia
Jimena Pautasso
Grisel Azcuy
Silvia Gattafoni
Rosa Gómez
Rosa Graciela Palmas
Sergio Castelo
Aylén Suárez
Directora de imprenta
Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Saberes



ISBN 978-987-4923-15-8

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2018

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 5287-2732 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar

Ratier, Hugo Enrique

Antropología rural argentina : etnografías y ensayos / Hugo Enrique Ratier. -

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de
Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2018.

v. 2, 290 p. ; 20 x 14 cm. - (Saberes)

ISBN 978-987-4923-15-8

1. Antropología. I. Título.
CDD 306.4

Índice

Parte I

Poblaciones y pobladores rurales

Capítulo 1

¿Campesinos en la Argentina? Aproximaciones antropológicas 11

Capítulo 2

Resurrección del fútbol de campaña. El deporte como constructor de identidad en áreas rurales 33

Capítulo 3

Los pueblos rurales. Formas de vida, identidad y revalorización patrimonial 53

Capítulo 4

Globalización y crisis en el campo argentino. Trueque en un poblado bonaerense 73

Capítulo 5

Sobrevivir sin tierra. Estrategias para reproducirse y crecer entre encargados de campo y empleados rurales 101

Capítulo 6	
Mujer y cultura rural frente a la globalización	121
Capítulo 7	
Dimensiones turísticas y conformación de identidad en una localidad bonaerense	129
Parte II	
Política lugareña: especificidad	
Capítulo 8	
Liderazgo y gobierno en el campo. Política lugareña en poblados del campo argentino	145
Capítulo 9	
Asociativismo y poder en la campaña bonaerense. Una aproximación etnográfica	173
Parte III	
Técnicos agrícolas y gente de campo: sus papeles	
Capítulo 10	
Técnicos agrícolas de nivel medio en el Nordeste de Brasil y en la región pampeana argentina. Aproximación comparativa	215
Capítulo 11	
El modelo agronómico. Aproximación desde el sistema de enseñanza agrícola brasileño	255
El autor	289

Parte I

Poblaciones y pobladores rurales

Capítulo 1

¿Campesinos en la Argentina?

Aproximaciones antropológicas*

Los campesinos en la teoría social

La caracterización de un agente social denominado *campesino* ha generado y genera ardorosa polémica en ciencias sociales. Para algunos es una categoría histórica de base medieval absolutamente perimida. Para otros, por el contrario, responde a causas estructurales y puede aparecer o desaparecer según las condiciones del contexto. Vamos a referirnos muy sintéticamente al tema.

Para que podamos hablar de un campesinado, según la mayoría de los autores, deben reunirse ciertas características que conformarían lo que se llama un *campesinado clásico*:

- a. *Subordinación a la sociedad global.* Los grupos o sociedades campesinas viven subordinados a un poder central, al que rinden tributo. Un gran productor agrícola que cuenta con su cuota de poder no es un campesino. Tampoco el agricultor primitivo que planta para subvenir a sus necesidades. Es en este sentido que

* Elaborado en 2004 y publicado originalmente en 2011, en Villafañe, A., *Textos de antropología*, pp. 127-141. Tandil, UNICEN.

dos antropólogos, Redfield y Kroeber, calificaron a los campesinos como sociedades parciales que poseen culturas parciales (Kroeber, 1948; Redfield, 1956), ambas subordinadas a los sistemas que rigen la sociedad mayor, que los domina.

- b. *Dedicación al cultivo de la tierra cuyo dominio poseen.* En principio, un campesino es un agricultor, aunque algunos autores, como Raymond Firth (1962), incluyen en la categoría a grupos pescadores. Viven, según el consenso mayoritario, del trabajo que ejercen sobre el lote que, de alguna manera, poseen. No es necesario que sean propietarios plenos de su parcela; pueden adquirir su control sobre ella a partir del arrendamiento, la posesión precaria o algún tipo de convenio con su dueño. Pero el dominio del terreno debe darles la posibilidad de organizar la producción y llevarla a cabo por sí mismos.

- c. *Economía predominantemente familiar.* La unidad productiva y de consumo de lo que se ha llamado *economía campesina* es la familia, ya nuclear (el matrimonio y sus hijos), ya extensa (la nuclear más un grupo de otras familias emparentadas, sean ascendientes, descendientes o colaterales). Esto genera una particular organización laboral, en la que el sexo y la edad determinan la división del trabajo. La lógica de esta economía produjo no pocas controversias entre autores que la consideran específica (Chayanov, 1974) y otros que la ven subordinada a las leyes generales del sistema social envolvente (Lenin, 1974). De todos modos, hay acuerdo en que esa lógica productiva fue dominante en una época. Lo que se discute es su persistencia, su perspectiva futura y sus

posibilidades de sobrevivir en un ambiente donde las relaciones capitalistas, basadas en el trabajo asalariado, se extienden más y más.

- d. *Producción orientada hacia la subsistencia.* La principal preocupación del jefe de familia campesino es mantener a su familia y satisfacer las necesidades de todo tipo que esta experimenta. En épocas antiguas pudo alcanzar una gran autonomía. Del campo surgían todos los bienes, incluso los que hoy se fabrican en las ciudades (muebles, telas, ropas, artesanías y otros). Pero, insertados como están los campesinos en un sistema mercantil, parte de su producción (a veces mayoritaria) se destina a la venta. Lo importante, sin embargo, es que el producto de esta (descontado lo que se apropia el estrato dominante) no se dedica a incrementar un capital, sino solo a llenar las necesidades de la familia. Es decir, se destina al consumo. Consumo mediado por el mercado, ya que muchos campesinos cultivan productos inutilizables en su totalidad para uso directo, como el algodón, la yerba mate, el tabaco o el café.

Estas serían las características principales sobre las cuales hay acuerdo. A ellas se suman otras, tales como la importancia de la vida aldeana, donde todos se conocen, con sus peculiares formas de control social, la endogamia (costumbre de casarse dentro de un mismo grupo), la propiedad no individualizada que descansa en la familia (que sería tanto unidad de propiedad, como de producción y consumo), el predominio de una economía natural, etcétera. Debemos agregar también diversos intentos por identificar una ideología campesina que les sería peculiar en cuanto grupo.

Campeños en la Argentina

Falta, en nuestras ciencias sociales, una discusión profunda sobre el concepto de *campesino*, cuyas implicancias políticas en otros países generan controversias apasionadas (cfr. Palmeira, 1976 y Velho, 1979). Tal vez porque, como observa Delich, "... en la Argentina los campesinos tienen [...] una fisonomía singular, matices tan propios, que su inclusión en el marco latinoamericano resulta inadecuada" (Delich, 1972: 58). El peso de lo indígena sería mínimo, no habiendo generado un campesinado étnicamente diferente como en los países andinos, ni la esclavitud fue significativa como para dejarnos labradores de origen africano, al modo de las naciones tropicales del continente.

Entre nosotros, la categoría suele intercambiarse con la de pequeños productores. El citado Delich los considera clase social, la cuarta, ubicada por encima de los proletarios rurales y por debajo de la clase media rural. Eduardo Archetti y Kristi Anne Stölen (1975) también los engloban como clase social y los caracterizan por su imposibilidad de acumular capital. Llamamos *farmers* a los que Bartolomé (1975) prefiere llamar *colonos*, y que sí acumulan capital.

Las polémicas al respecto registran el impacto de la obra de Chayanov y las discusiones que esta despertara por su aparente oposición a las postulaciones de Lenin.

Posada (1996: s/p) sintetiza el estado actual de las discusiones:

Mabel Manzanal utiliza indistintamente "campesino" y "minifundista", aunque aceptando que la carga teórica del primero es mayor. Su definición del campesino argentino, distinto del latinoamericano, es: "Identificamos como campesinos a los productores agropecuarios que utilizando predominantemente la mano de obra familiar se distinguen de otros productores

familiares por la ausencia de acumulación sistemática de capital, a causa de restricciones estructurales que lo impiden. En este contexto, el campesino asume una conducta que lo lleva a maximizar su ingreso global, para alcanzar la subsistencia del grupo familiar que vive en la explotación. La permanencia de la producción campesina en el círculo vicioso de la pobreza es causada por restricciones sociales y económicas de carácter estructural.

Como anticipamos, Francisco Delich (1972), por su parte, veía una sociedad rural argentina basada en campesinos y asalariados rurales, donde los campesinos eran “una cuarta clase”, ubicada entre la clase media rural y los asalariados. Pedro Tsakoumagkos (2007) definió las explotaciones campesinas de la siguiente manera: “... son campesinas las unidades domésticas de producción basadas en el trabajo familiar no necesariamente exclusivo y cuya dotación de medios de producción impiden superar el umbral de la acumulación”.

Roberto Benencia señala, en un trabajo de 1987, que en la Argentina son asimilables los términos “campesinos” y “pequeños productores”, pero en una reedición reciente del mismo trabajo, ya no aparece tal acotación, y se limita a utilizar el primer concepto sin necesidad de referirlo al otro. Giarraca y Aparicio (1991), por su parte, derivan de la categoría analítica “campesinado” toda su elaboración tipológica sobre los cañeros tucumanos, utilizando dos variables: el tipo de mano de obra empleada y el nivel de mecanización.

Centrándose en el estudio de la provincia del Chaco, D'Alessio (1969: s/p), opta por “... definir como pequeña producción campesina al tipo de unidad productiva basada predominantemente en la fuerza de trabajo familiar”. Pero luego, analizando la generación de valor en estas producciones, precisa los límites de ellas (basándose en las teorizaciones

de Marx), entendiéndolas como “... una unidad de producción mercantil y no [...] una unidad de producción mercantil capitalista a consecuencia de lo cual el campesino se propone la creación de valor, la maximización de la creación de valor y no la maximización de la valorización del capital”.

Los investigadores concluyen en que se está frente a una racionalidad específica. Esta es vista como manifiesta en la maximización del trabajo familiar con el fin de obtener la mayor masa de ingresos posible, tanto en efectivo como en especie, en relación con el número de consumidores. La influencia chayanoviana es notable, máxime cuando se enuncian las categorías económicas presentes en el tipo social minifundista: el ingreso total bruto, los costos en efectivo, lo que resta para la subsistencia familiar y el ingreso no monetario.

Otras posturas discuten la posibilidad de una lógica propia del estrato campesino, dada su inmersión en el modo de producción capitalista que le impone la suya (Posada, 1996).

De todos modos, casi todos los autores están contestes en considerar mínima la existencia de campesinos en nuestro país y la gente de campo no acostumbraba a denominarse de esa manera. Pero esas cosas empiezan a cambiar.

Campesinos y política

No es casual que el tema del campesinado comience a tomar entidad en ciencias sociales en la década del sesenta y que un cúmulo de discusiones sobre su papel en las modificaciones de la sociedad tenga lugar en esos años. En América Latina, el ejemplo de la Revolución Cubana generó una serie de movimientos, tanto teóricos como prácticos, que procuraron en la población del campo apoyo para proyectos políticos radicalizados, que buscaban una profunda modificación de estructuras.

En Brasil, en los sesenta, las Ligas Campesinas desarrollaron campañas de alfabetización basadas en el método concientizador de Paulo Freire y produjeron ruidosas ocupaciones de tierras. El golpe de 1964 persiguió a sangre y fuego a los responsables de ese movimiento. El término *campesino* adquirió claras connotaciones políticas, a tal punto que los hombres de campo se autocalificaban así cuando se movilizaban por sus reivindicaciones específicas. Son labradores, trabajadores rurales, agricultores en sus referencias a la labor cotidiana. Son *campesinos* cuando marchan unidos a reclamar sus derechos. Las relaciones políticas moldean una nueva identidad social cuya definición escapa a la discusión teórica de sociólogos y antropólogos y es asumida por los hombres de acción.

En nuestro país, esas inquietudes se tradujeron, hacia los años sesenta y los primeros setenta, en el llamado Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y en una progresiva politización de juventudes católicas, que pasaron a engrosar un movimiento nacional de intención transformadora, contestatario del *statu quo*. En el campo, la acción de estos grupos resultó en la creación de las Ligas Agrarias, y la palabra *campesino* pasó a designar a sus militantes.

Surgido al comienzo como un proyecto tímido de “ayuda a los pobres” cuya propuesta más audaz era el cooperativismo, la inserción de los jóvenes católicos en la base y los tiempos de alza en el movimiento popular circundante hicieron de las Ligas, en su momento, una alternativa a las agremiaciones tradicionales de nuestro campo (Federación Agraria Argentina, Confederación Intercooperativa Agropecuaria [CONINAGRO], Sociedad Rural, etcétera) con elevado grado de combatividad. Sus integrantes se auto-denominaban *campesinos*.

A nuestro entender, debe distinguirse entre una caracterización socioeconómica, científica, de la categoría *campesino* y su significado político, tanto pasado como actual.

Basamos esta indagación en un número limitado de fuentes, en especial documentos de las asociaciones y algunos reportajes y otro material periodístico. Nos resultó particularmente útil la tesis de licenciatura *Procesos organizativos comunitarios campesinos. Un estudio de casos en el Noroeste de Córdoba*, de Andrea Sánchez, por su enfoque más etnográfico y la transcripción directa de testimonios de gente de campo embarcada en la construcción de la Asociación de Pequeños Productores del Noreste de Córdoba (APENOC) en la citada región. De todos modos, esto solo representa una aproximación muy preliminar a un tema que merece un mayor desarrollo.

Construcción de la categoría *campesino*. Influencias externas

Lo ocurrido en relación con la categoría en nuestro país parece avalar la tesis de que solo la presencia de agentes externos, los mediadores o *brokers* de Wolf, puede dar organicidad y eficacia a los movimientos políticos del campesinado.

Paralelamente, comienza a madurar en la zona de Qui-milí un proceso de acercamiento entre diferentes comunidades de la zona, proceso en el que *jugaron un rol importante* los técnicos de la Comunidad en experiencias de producción popular (Cenep) y que derivó en la creación, el 6 de agosto de 1989, de la Comisión Central de Pequeños Productores “Ashpa Sumaj”. (MOCASE, 1999: s/p. El destacado es nuestro)

Esa unión de técnicos y campesinos orienta en buena medida el movimiento y abarca desde aspectos productivos hasta educativos:

El trabajo conjunto de técnicos y campesinos ha redundado también en un conjunto de emprendimientos productivos en diferentes zonas de la provincia, que van desde una fábrica de dulces hasta una carpintería que funciona con energía solar.

La cuestión educativa es otra de las prioridades del Mocase, que exige que se incorporen en las escuelas públicas contenidos que tengan en cuenta aspectos vinculados a la historia de las comunidades campesinas y a la problemática del campo.

La creación de la Universidad Campesina, a partir de un convenio firmado con una Universidad Politécnica de Cataluña, se inscribe en esta preocupación por la cuestión educativa. Allí se dictan distintos cursos para los campesinos de la zona a cargo de *docentes universitarios que arriban a la zona*. (MOCASE, 1999: s/p. El destacado es nuestro)

Muchos de esos técnicos devienen campesinos, o se autoadscriben como tales. Es el caso de Álvaro Lamas, ingeniero agrónomo y dirigente del Movimiento Agrario de la Región Pampeana (MARP), quien alude al “mito de que en la llanura pampeana no hay campesinos, lo cual es una absoluta mentira. Hay muchísimos, pero están desapareciendo por el modelo neoliberal que los empuja hacia las ciudades” (Cariboni, 2010).

Los campesinos solos no contaban con elementos para resistir el avance sobre las tierras. El apoyo jurídico hizo posible la resistencia:

Durante muchos años, debido a la falta de organización de los sectores campesinos y la imposibilidad de contar con el asesoramiento adecuado, los terratenien-

tes se quedaban con las tierras. El campesino veía ante sí a un enemigo demasiado poderoso, que contaba no solo con dinero sino con el apoyo de los jueces y de la policía. El trabajo del Mocase en la concientización de los campesinos ha sido decisivo y cada vez son menos los que ceden a las presiones y aceptan la negociación individual. (MOCASE, 1999: s/p)

Testimonios de los cordobeses de APENOC subrayan el papel liminar de los técnicos en su organización.

Vamos a contar nuestras vivencias [entrevista radial], nuestras inquietudes, nuestro vivir diario, y las cosas que hemos vivido a partir de habernos unido en la Asociación y el Equipo Técnico. Empezamos trabajando algunas comunidades [...] fue un Equipo Técnico a visitarnos, ni pensado teníamos que nos podían visitar. Cuando llegaron eran desconocidos para nosotros y empezamos a tratar y ver nuestros problemas. Empezamos a conocerlos y entrar en confianza con ellos, y para nosotros fue muy lindo.

[Trabajan en un plan de autoconsumo] [...] Antes estábamos solos, luchando por sí mismo. Entre vecinos, vivíamos cerca, a 2 km y no nos veíamos nunca, solamente cuanto teníamos que buscar un animal, por casualidades, y a partir que empezamos a organizarnos, empezamos con las reuniones, a conocernos, a discutir los problemas que tenemos en la zona. Entramos a dialogar más, antes no nos hablabamos... (Sánchez, 2001: 18-19)

Esos técnicos instalan un nuevo tipo de sociabilidad, que los destinatarios de su acción distinguen de sus antiguos núcleos de sociabilidad o modalidades asociativas.

[Antes de la organización] Sus espacios de encuentros eran la Iglesia Evangélica “Elim” en la que venía un Ministro y leían la palabra mensualmente, y la comisión de la escuela, en la que la maestra llamaba a reuniones dos o tres veces al año. Cuentan que sus encuentros se realizaban el día de las elecciones, cuando los pasaba a buscar un camión, se perdía algún animal y lo buscaban en la casa de un vecino o alguna fiesta que los encontraba unidos. (Sánchez, 2001: 20)

Se entiende que en las instituciones conocidas la estructura que distingue presidente, vice, tesorero, vocales, etcétera impide que todos se pronuncien. La nueva organización se vive como más horizontal.

A partir de las necesidades materiales sobre todo productivas, se van configurando formas diferentes en las organizaciones comunitarias campesinas. Hay una búsqueda de la horizontalidad, de romper la estructura “presidencial” de trabajo de todos y una lógica de solidaridad. (Sánchez, 2001: 91)

Surge una nueva figura, la del delegado, encargado de orientar las discusiones y de representar a la comunidad en las reuniones de la organización (MOCASE, APENOC). Los cordobeses afirman que todo se logra por consenso, por convencimiento, y que jamás se hace necesario votar.

La instancia participativa, de encuentro, es la reunión, que suele hacerse en casa de alguno de los participantes. Sánchez distingue las que se hacen con los técnicos y sin ellos.

Es un elemento a destacar, ya que está constituyendo la identidad de las organizaciones que antes solo tenían reuniones cuando venían los técnicos, después fueron generando espacios propios y en este momento pode-

mos observar que en general se están juntando con los técnicos para aclarar algunos puntos, para reafirmar lo que a veces los delegados dicen o para hacer preguntas sobre temas controvertidos de las organizaciones. (Sánchez, 2001: 149)

El papel del técnico cambia y los pobladores comienzan a adquirir los conocimientos y la terminología que se les transmite.

La comunidad

El término *comunidad*, típicamente, es importado de las ciencias sociales, en especial del trabajo social, y no pertenece al acervo nativo. En el caso cordobés, la unidad espacial que se distinguía es el puesto, asentamiento rural al que la gente se adscribía. Hoy se agrupan varios puestos en comunidades, y se asume, para bautizarla, el nombre de uno de ellos. A la gente le resulta difícil definir su comunidad.

... en pocos de los entrevistados hay una idea de *comunidad* previa a la organización. Para cuatro campesinos [...] la comunidad es lo común, los intereses comunes que aparecen a partir de la organización. Es decir que para ellos *la organización define la comunidad*. Dos delegados preguntan si incluyen a todos [en la comunidad], o solo a los de la organización, el tercero directamente iguala comunidad y organización. (Sánchez, 2001: 80. El destacado es nuestro)

El pasaje al campesinado incluye la apropiación del término *comunidad*, pero todavía no se lo asume como natural. Baja desde las organizaciones, instancia estructural superior, las que hablan de *comunidad* con toda soltura. La lucha

por la tierra, dice el MOCASE, ha fortalecido el concepto de *comunidad*. Este se integra al arsenal conceptual que los campesinos adoptan. Ser campesino implica, entre otras cosas, reconocerse como integrante de una comunidad. Pero, en el inicio, es la organización la que impone el término y le da contenido, tanto que los integrantes locales identifican la comunidad con la organización. Integran la comunidad solo los que pertenecen a la organización.

Ser campesino

Obregón (s/f: s/p) afirma, al referirse al MOCASE:

El conflicto por la tierra se ubica, entonces, en el centro de una lucha que excede lo meramente reivindicativo: lo que viene a expresar ese conflicto es el choque recurrente entre una cultura campesina donde no rigen los criterios de la acumulación capitalista y una lógica capitalista que vuelve a la carga cada vez que el mercado torna rentables determinadas producciones.

Creemos que esa cultura campesina está en construcción y proviene, no tanto de añejas pautas culturales, como de imposiciones surgidas desde un movimiento que hace centro en la lucha por la tierra para constituirse, y que supone aportes externos.

Un congreso del MOCASE discute, entre otras cosas, la identidad campesina, debate que, entendemos, supone buscar una definición común. El término *identidad* es también importado desde las ciencias sociales y ha adquirido considerable popularidad. Tal identidad debe incluir:

- » -La citada oposición a una cultura capitalista desde una lógica propia.

- » -La defensa del medio ambiente contra la depredación.
- » -El sustento de una agricultura orgánica y el rechazo a los cultivos transgénicos y los agrotóxicos. El fomento concomitante de la agroecología como vía alternativa.
- » -La reivindicación de un saber y sentir campesinos, frente al conocimiento e impresión de los técnicos.
- » -La adjetivación de la categoría al calificar un conocimiento campesino, una identidad campesina, una propiedad campesina o un modo de vida campesino.
- » -El vuelco de la producción hacia el consumo interno.
- » -La utilización de fuentes energéticas alternativas.
- » -La integración del campesinado a organizaciones nacionales e internacionales, como Vía Campesina y la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC).
- » -La adaptación de la enseñanza a la cultura campesina desde la enseñanza primaria a la universitaria (universidad campesina).
- » -La prioridad de políticas preventivas en materia de salud.
- » -La defensa de la *posesión campesina* (veinteñal) frente a los avances de empresarios y latifundistas que alegan *propiedad privada*.
- » -Amplios criterios de inclusión dentro del campesinado, que abarcaría a asalariados rurales sin tierra (“campesinos hacheros”), ocupantes, pequeños propietarios, cuidadores de campos ajenos o arrendatarios.
- » -La alianza con sectores medios, como los técnicos, docentes y estudiantes universitarios (política de pasantías).
- » -La alianza y, a veces, identificación con comunidades indígenas, algunas de las cuales asumen la identidad campesina.

- » -La consideración, por un lado, de la tierra como “la vida misma” y del monte como “barrera natural contra la contaminación y ciertas enfermedades”¹ generadas por los agroquímicos; y, por otro lado, la defensa de una identidad cultural, como lo ponen de manifiesto los diferentes proyectos de recuperación de la lengua quechua.
- » -La postulación de continuidad entre el movimiento campesino y la tradición local.²
- » -Una política de alianza con otros sectores campesinos y con otras organizaciones populares comprometidas en la lucha antisistema (piqueteros, trabajadores urbanos).
- » -La reivindicación de la capacidad campesina de absorber la innovación tecnológica, rechazando el concepto de *resistencia al cambio*.
- » -La preocupación por la soberanía alimentaria.
- » -La implantación de una economía colectiva.
- » -La ampliación de horizontes más allá del grupo de residencia, primero hacia comunidades cercanas integran-

1 “La lucha del MOCASE adquiere un carácter integral: lo que está en juego no son solamente aspectos reivindicativos, sino toda una forma de vida [...] Para el campesino la tierra es mucho más que un medio de producción: es la vida misma. El monte cumple en la vida cotidiana de los campesinos un lugar central: es una barrera natural contra la contaminación y contra ciertas enfermedades, los protege de los calores agobiantes, extraen de él yuyos y hierbas medicinales, les proporciona sombra para los animales y leña seca. Es por eso que el campesino no concibe el desmonte de grandes extensiones para ampliar la frontera agrícola. Esa es, en cambio, la lógica de los terratenientes. La lucha de los campesinos se entronca, por un lado, con una fuerte conciencia de preservación del medio ambiente, que se traduce en las constantes denuncias acerca de la degradación de los suelos, la utilización de transgénicos o la contaminación de las aguas” (MOCASE, 1999).

2 Por otra parte, las demandas del movimiento se expresan también en ciertas manifestaciones populares, como la peregrinación al santuario del Señor de los Milagros en Mailín. Desde 1997, diferentes comunidades campesinas recorren todos los años más de 120 km para llegar hasta el santuario y hacer un pedido por las tierras. De esa manera, los reclamos de los campesinos confluyen con las tradiciones ancestrales del pueblo santiagueño (MOCASE, 1999).

tes de la organización mayor (MOCASE, APENOC, etcétera), luego hacia encuentros en otros lugares del país y aun del exterior.

Los campesinos son caracterizados de diferentes maneras y abarcan figuras diversas. Puede definirse como tales a familias que se dedican a la cría de cabras y a la producción de carbón, así como a trabajadores rurales y hacheros. También a quienes se ocupan de la explotación del monte (Sánchez, 2001: 62). Hacheros y peones sin tierra integran la categoría que alcanza inusitada amplitud.

La Unión Campesina del Chaco está integrada por indígenas toba que se revindican como pueblos originarios, que al mismo tiempo organizan un movimiento aborigen inserto en la Corriente Clasista y Combativa.³ Integra la Coordinadora Nacional de Movimientos Campesinos el Sindicato de Trabajadores de la Fruta y la Agricultura, de la provincia de Río Negro. “Son unos 30.000 trabajadores que se ocupan en la cosecha de frutas en el sur del país”, explica Lamas. “Son una excepción, ya que los asalariados del campo en general no están sindicalizados” (Cariboni, 2010).

Categorías concurrentes

En el propio lenguaje de los integrantes de las organizaciones campesinas, se advierte una sinonimia entre la nueva categoría y otras:⁴ *pequeños productores, agricultores familiares, minifundistas* o simplemente *pobres*.

3 Jornadas Interdisciplinarias, Mesa de Movimientos Campesinos, Facultad de Ciencias Económicas UBA, 2003. Informe de María Inés Pagano.

4 En lo académico, tampoco la categoría *campesino* concita adhesiones. Dice Posada (1996: s/p): “Nos parece mucho más fructífero —y metodológicamente adecuado— emplear en los análisis

Uno de los organismos más importantes, donde confluyen otras organizaciones, ha elegido como nombre el de Mesa de Productores Familiares, y así se describe:

En 1995 algunas organizaciones comenzaron a coordinar mejor sus esfuerzos y constituyen la “Mesa Nacional de Organizaciones de Productores Familiares” como entidad democrática, respetuosa de todas las ideas e independiente de los partidos políticos, los gobiernos, las iglesias y las ONG, a fin de tener voz a nivel nacional. Viejos y nuevos movimientos provinciales, cooperativas, asociaciones locales de distinto tipo, organizaciones alrededor de la problemática territorial de género de la juventud comenzaron a caminar juntas para expresar a quienes hasta ese momento no eran reconocidos como actores protagonistas de su propio destino. Se inició así una nueva etapa para los pequeños productores familiares de Argentina en la que, sin desconocer las luchas y aportes que a lo largo de la historia argentina hicieron distintas organizaciones (entre otras las Ligas Agrarias —en los setenta— y la Federación Agraria Argentina —desde su fundación—) se co-

la categoría de ‘pequeños productores’. Como indicamos, tampoco es un concepto teórico, pero su uso nos evita cargar con lo que acarrea ‘lo campesino’. Su delimitación incluye a todos aquellos sujetos que manejan unidades ubicadas entre estos dos extremos: un piso señalado por aquellas unidades productivas cuya significación es sumamente limitada, o nula, por ser muy pequeñas o semiproletarias y un techo indicado algo más ambiguamente, que para Murmis es el nivel que evita basar a la unidad en la renta de la tierra y para Piñeiro y Llovet es la capacidad de comprar trabajo asalariado y comenzar a acumular. Dentro de este espectro, los pequeños productores realizarán una amplia gama combinatoria de trabajo familiar y tierra; siendo estos dos factores productivos los ejes que se toman para delinear las numerosas definiciones de campesinos, tanto en forma genérica como en el caso particular de nuestro país”. Por otro lado, seguir insistiendo en la utilización del término “campesino”, reduciéndolo a su significado económico, apareja una serie de peligros metodológicos y de análisis que distorsionan la realidad estudiada.

mienza a cambiar en busca de una identidad común y una representación que la exprese a nivel nacional.

Como puede advertirse, la categoría *campesino* no es utilizada. Necesitaríamos aportes etnográficos mayores para evaluar su grado de aceptación entre los integrantes del movimiento y los productores externos a él.

Conclusiones

En nuestro país, la categoría *campesino* es reflatada como designación de productores rurales en época relativamente reciente. Su uso político tiene antecedentes en la literatura de izquierda⁵ y en los movimientos liguistas de los años sesenta y setenta, con fuerte influencia de lo que acontecía en otros países del área y del prestigio del *campesino* como actor social revolucionario.

En la actualidad, la conjunción de productores del campo con técnicos agropecuarios, ya vinculados a organismos oficiales (Programa Social Agropecuario, *Cambio Rural*), a ONG, a sectores de la Iglesia o a militantes universitarios, parece haber contribuido a reflatar el término. Este es asumido con connotaciones militantes por los citados productores, en especial por aquellos con acceso a la tierra y cierta disponibilidad productiva, pero también por proletarios rurales, agrupaciones indígenas o trabajadores de la industria extractiva.

La categoría se vincula a otras, como la de *comunidad*, de significado variable y al parecer sin demasiado arraigo entre los productores. Adjudica a los *campesinos* ciertas

5 Ya a principios de siglo, diversos escritos y mensajes políticos, en especial de los socialistas y más tarde de los comunistas, se referían a los agricultores argentinos en general, y a los chacareros pampeanos en particular, empleando tal terminología, aunque sin la carga teórica que veremos más adelante (Posada, 1996).

características concebidas como naturalizadas (preferencia por la propiedad común y las tecnologías agroecológicas preservadoras del medio ambiente). Creemos que tales preferencias no son unívocas, y hay datos de depredación del monte (por ejemplo, en Santiago del Estero) que ante la falta de recursos es practicada en forma más intensa. Los pastores que poblaron el Chaco desde el Salado también produjeron sobrepastoreo perjudicial para el ambiente. Entendemos que los llamados *campesinos* adquieren una nueva cultura en relación con el medio justamente a partir de su entrada a las organizaciones. Es la prédica a favor de la agroecología, la agricultura forestal o la preservación del ambiente la que puede tornarse consciente en función de la práctica, y no una supuesta virtud esencial del ser campesino.

Afirma Sánchez para el norte cordobés:

Las prácticas cotidianas para los campesinos tienen que ver con el trabajo colectivo y lazos solidarios, que son trasladadas a las organizaciones, compartiendo almuerzos, bienes, discutiendo hasta lograr el consenso y horizontalizando las estructuras. Se atiende al proceso de interacción entre los miembros, se escuchan y sostienen. El espacio de la organización es un lugar seguro para expresarse y compartir experiencias subjetivas, donde los sujetos encuentran un espacio para compartir y relacionarse con otros. (2001: 163)

Pareciera que la solidaria condición campesina es la que conforma el estilo de las organizaciones. Creemos que es exactamente al revés, y parecen abonarlo los testimonios de campesinos sobre el avance en la sociabilidad a partir de que los técnicos y la organización se hacen presentes.

En estos avances de conciencia mucho tiene que ver el contacto entre campesinos de diversos lugares del país

y del mundo, como queda claro en los relatos donde los viajes se consideran fundamentales para cambiar actitudes. Es allí donde las mujeres visualizan sus problemas de género y los hombres asimilan experiencias de lucha de gente de lugares distantes. A ello se agrega la globalización informática que pone los logros campesinos en todas partes del mundo al alcance de todos. No creemos que estos contactos sean los que “revalorizan el ser campesino y reclaman igualdad y no ser discriminados” (Sánchez, 2001: 168), sino que ese *ser campesino* se está creando en ese movimiento.

Estas objeciones no niegan el valor de la lucha del movimiento campesino en la Argentina ni desconocen sus logros. El asesoramiento de técnicos y su compromiso, por ejemplo, el de los abogados que enseñan a utilizar el recurso de la posesión veintañal en la lucha por la tierra, contribuyen a reivindicar otro estilo de vida. No siempre ese vínculo con los técnicos desaparece y el grupo actúa libremente por sí solo. Esa alianza es muy fructífera y no se la puede negar atribuyendo los avances alcanzados solo a una esencia campesina “naturalmente” anticapitalista.

Buscar causas sociales y culturales producto de relaciones concretas e históricas en torno al movimiento de los actuales campesinos argentinos puede ser mucho más productivo que partir de un concepto reificado y naturalizado de la categoría, y asumir que supuestas “virtudes innatas” explican la naturaleza de las instituciones y el sentido de la lucha.

Bibliografía

APENOC. (2001). La tierra es nuestra. Informe de situación. Córdoba, mimeo.

Archetti, E. P. (1974). Tipos de economía, obstáculos al desarrollo capitalista y orientaciones generales de los colonos del norte de Santa Fe. En *Desarrollo Económico*, vol. 14, núm. 53, pp. 151-180.

- Archetti, E. P. y Stölen, K. A. (1975). *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bartolomé, L. (1975). Colonos, plantadores y agroindustria. En *Desarrollo Económico*, vol. XV, núm. 58.
- Cariboni, D. (2010). Donde el reclamo por la tierra no está de moda. En *Revista del Sur*. Montevideo.
- Chayanov, A. (1974). *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- D'Alessio, N. (1969). Chaco: un caso de pequeña producción campesina en crisis. En *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. V, núm. 2. Buenos Aires.
- De Dios, R. y Radizzani, A. (1999). Tierra y desarrollo sustentable: el conflicto de La Simona, Santiago del Estero. El desarrollo sustentable y la tenencia de la tierra. En *Realidad Económica*, núm. 160-161, pp. 195-99. Buenos Aires.
- Delich, F. J. (1972). Estructura agraria y tipos de organizaciones y acción campesina. En Marzal, J. F. (comp.), *Argentina conflictiva: seis estudios sobre problemas sociales argentinos*. Buenos Aires, Paidós.
- Ferrara, F. (1973). *Qué son las Ligas Agrarias. Historia y documentos de las organizaciones campesinas del nordeste argentino*. Buenos Aires, Paidós.
- Firth, R. (1962). *Tipos humanos*. Buenos Aires, Eudeba.
- Giarracca, N. y Aparicio, S. (1991). *Los campesinos cañeros: multiocupación y organización*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires-Instituto Gino Germani.
- Kroeber, A. L. (1948). *Anthropology*. Nueva York, Harcourt Brace and Co.
- Lenin, V. I. (1974). *El desarrollo del capitalismo en Rusia: el proceso de formación del mercado interior para la gran industria*. Moscú, Progreso.
- Mesa Nacional de Organizaciones de Productores Familiares. En línea: <http://www.guiasolidaria.pcp.net.ar/ccimesa>.
- MOCAFOR (s/f). Sojeros y campesinos. Documento.
- MOCASE (1999). Conclusiones del Primer Congreso del MOCASE. Campesinos y campesinas unidos en la lucha por la tierra y la justicia. Santiago del Estero.

- Obregon, M. (s/f). Movimiento campesino en Santiago del Estero. En el camino de las grandes victorias. En *La Fogata digital*. En Línea: <http://lafogata.org/003movi/movi1/mov_estero.htm> (consulta: 28-11- 2003).
- Palmeira, M. (1976). Campesinato, fronteira e política. En *Anuário Antropológico*, núm. 76. Río de Janeiro.
- Posada, M. G. (1996). En torno a los campesinos argentinos: aportes críticos para su estudio y discusión. En *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe (EIAL)*, vol. 7.
- Redfield, R. (1956). *Peasant Society and Culture*. Chicago, University of Chicago Press.
- Sánchez, A. (2001). Procesos organizativos comunitarios campesinos. Un estudio de casos en el noroeste de Córdoba. Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional de Córdoba.
- Tsakoumagkos, P. (2007). *Estudio sobre los pequeños productores agropecuarios y el desarrollo rural en la Argentina*. Buenos Aires, PROINDER/SAGPYA.
- Velho, O. G. (1979). *Campesinato e política*. Río de Janeiro, mimeo.

Capítulo 2

Resurrección del fútbol de campaña

El deporte como constructor de identidad en áreas rurales*

Clubes y fútbol

En los pueblos rurales del interior bonaerense, los clubes de campaña son instituciones centrales que corporizaron una nueva sociabilidad, más allá del restringido ámbito doméstico. La gente lo siente así. “Antes se estilaban las visitas mutuas entre vecinos, luego se tomó la costumbre de ir a los clubes y verse allí”, le confiaba una informante a María Eugenia del Campo.

Hay clubes sin pueblo, como el de Iturregui, en Olavarría, en el que se reúnen pobladores dispersos de las estancias vecinas. Y, en todos los casos, el club es el edificio más importante de los poblados.¹ El modelo general comprende la llamada *peña*, algo así como la trastienda del local, donde está la cocina, su mobiliario y algunas mesas, y el *salón*. Uno de los integran-

* El presente artículo fue realizado en coautoría con Leandro Etchichury (Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Ciencias Antropológicas. Núcleo Argentino de Antropología Rural), elaborado y presentado en 2005, en las Primeras Jornadas de Antropología Rural del NOA. San Pedro de Colalao, Tucumán.

1 Véase Etchichury, 2003a y 2003b.

tes del equipo, vinculado a la actividad teatral, así lo describía en su diario de campo:

Hay que registrar que “el salón” es en realidad un teatro con escenario *all’italiana* más que digno. Hasta tenía un cielorraso de machimbre supongo que para mejorar la acústica del techo parabólico. En el interior de Buenos Aires hay salas teatrales por todos lados, fruto de la pasión filodramática de italianos y españoles. (Juan Cortés)

Testimonio de esta son también los *camarines*, muchas veces usados como habitaciones para vivienda. En algún momento, esa sala albergó obras de teatro montadas por aficionados. Hoy el escenario es usado por conjuntos musicales que animan los bailes.²

Justamente, la actividad danzante fue en el pasado motivación central para instalar el club. En tiempos de aislamiento, bailar era la principal diversión. Hoy en día también el baile acompaña todo tipo de actividades o celebraciones de los clubes. Sigue a las jineteadas y carreras de sortijas, conmemora los aniversarios del propio club, del pueblo o de alguna asociación. Y, a veces, es el “tercer tiempo” de un partido de fútbol o de bochas.³ Muchas mujeres nos confiaron que, para ellas, en los viejos tiempos, era lo realmente importante de toda la actividad. Pero vamos al fútbol.

2 La música en vivo es proverbial para los bailes de estos clubes. Los intentos de utilizar *disk jockeys*, se nos dijo, siempre fracasaron.

3 Una noticia periodística de los años sesenta registra el accidente (muy recordado en la zona) que costó la vida a una conocida familia cuando su coche fue arrollado por el tren en el cruce, “cuando venían de la fiesta que *como todos los domingos seguía al partido de fútbol*”.

El fútbol grande y el fútbol chacarero⁴

La bibliografía sobre fútbol desde las ciencias sociales lo enfoca como deporte urbano, “pasión de multitudes” en sus formas institucionalizadas. Las referencias al *potrero* (Archetti, 1998) analizan la práctica deportiva allí, más en función de la conformación de un estilo en ese relicto rural de las ciudades, que prestando atención a los aspectos organizativos entre quienes en él juegan.

Uno de los temas favoritos de esa literatura es el de las *hinchadas*, tanto masculinas como femeninas, en su relación con el equipo profesional y el club como institución. Hay una distancia social y simbólica entre el jugador y el hincha, que solo se acorta en el seno de algunas organizaciones de aficionados (*barras bravas*).⁵

Tanto en la Argentina como en Brasil, los distintos trabajos antropológicos sobre la temática del fútbol abordan el concepto de “identidad colectiva” y su vínculo con este deporte, a partir de una perspectiva basada en los orígenes “aristocráticos” del fútbol en América del Sur. El papel y el lugar social de los ingleses en estas pseudocolonias sudamericanas otorga atributos nobles a ese deporte *inventado* en una Inglaterra que para fines del siglo XIX y comienzos del XX continuaba siendo un faro que irradiaba civilización al mundo.

Con el fuerte proceso de inmigración hacia estas tierras y su pronta integración a la sociedad local, un nuevo actor

4 El adjetivo *chacarero* es el que usa la prensa local para el deporte o el fútbol practicado en el campo. Se habla de “júbilo campero”. Cabe acotar que los nativos no se autodenominan *chacareros*, apelativo que distingue a los contratistas de maquinaria. La representación urbana cuenta cómo “... la cancha se fue colmando de a poco, con esa parsimonia tan característica de quienes ven transcurrir la vida a una velocidad diferente que en las ciudades grandes y en las medianas” (*El Popular*, sin fecha).

5 Véase, entre otros, Archetti, 1997; 1998; 2003; Conde y Rodríguez, 2002; Faure y Suad, 1994; Gastaldo, 2001; Gil, 2000-2002; Leite Lopes y Faguer, 1994; Selim, 1993; Soares, 1999.

hará entrada como protagonista al mundo del fútbol, fenómeno que en un breve lapso permitirá desplazar la hegemonía inglesa en el deporte del balompie. A partir de esto, los análisis abundan en la diferenciación de estilos de juego y su masificación como deporte y espectáculo.

Archetti verá en aquellos primeros tiempos del fútbol un momento de transición en el imaginario nacional, que va de lo gauchesco, y su mundo rural, al compadrito de arrabal y el jugador “criollo”. Dos nuevos tipos de héroes populares en una Argentina, y más particularmente en una ciudad como Buenos Aires, que se moderniza y crece en lo urbanístico.

Es interesante observar que lo “criollo” se define a partir de la predominancia de apellidos españoles e italianos. Lo “criollo” pasa a ser una fundación de los hijos de inmigrantes “latinos”. Los hijos de inmigrantes “ingleses”, nunca fueron concebidos como “criollos”, no se transformaron en “criollos” jugando al fútbol. ¿Cómo explicar estas diferencias? El razonamiento puramente genealógico da lugar a un razonamiento fundado sobre estilos de jugar. Los estilos, a su vez, van a estar basados en las diferencias étnicas conceptualizadas como diferencias de carácter y en la forma en que se estructuran los sentimientos y las prácticas corporales. (Archetti, 2003: 92)

Desde Brasil, Roberto Da Matta rescata del fútbol su fuerza simbólica como representación de la modernidad capitalista, en contra de sus orígenes elitistas y de una sociedad que arrastra un pasado imperial y su consecuente segmentación aristocrática. Con origen en las clases acomodadas vinculadas con el mundo británico, fue robado luego por el mundo popular. “*Temos uma fome de pertencimento, fome de solidariedade, de saber que somos membros de um grupo*”, con su

consecuente producción simbólica expresada en himnos, banderas, cantos, camisetas, etcétera.

Os campeonatos começam com todos zerados, com o mesmo número de pontos. Começam numa igualdade e terminam numa estratificação, entre primeiro lugar —os campeões— segundo lugar, terceiro lugar. Esses campeões são campeões por apenas alguns meses, porque quando começa o campeonato seguinte, tudo é novamente zerado e se reinicia. O pressuposto, a metáfora da competição, uma metáfora do capitalismo ocidental, da sociedade moderna, é expressa no esporte. Ela aparece e molda a organização esportiva não só na disputa esportiva no campo, mas também na organização das unidades que disputam os campeonatos [...] O prêmio pelo desempenho, que é um elemento fundamental da modernidade, tal como nós a conhecemos e tal como ela é hegemônica e dominante nesse planeta.
(Da Matta, 2003: s/p)

Da Matta destaca al fútbol como “drama de la vida social”, en el cual se representan cuestiones estructurales de la propia sociedad, lo que le otorga ese poder para configurar identidades de grupo, generando sentimientos de pertenencia (*cf.* Leite Lopes y Faguer, 1994).

En nuestro trabajo dejaremos de lado cuestiones de orígenes y de estilos, para volver al campo. No al espacio mítico, estructurador de la nacionalidad argentina, sino al actual, aquel donde mujeres y hombres luchan a diario por sostener y desarrollar su propio espacio social. El fútbol y la pampa, dos ideas que no dejan de representar dos metáforas de la nacionalidad.

El fútbol como juego colectivo, por lo tanto, es la expresión de un conjunto mayor: la comunidad. El equipo es la selección de los mejores exponentes de la sociedad y su sostén son los

clubes que se multiplican por la campaña como verdaderos núcleos de sociabilidad.

Archetti destaca para la ciudad:

Cada club tiene su estadio, una peculiaridad que la Argentina comparte con el fútbol británico, y su sede social y deportiva. Las sedes sociales, en muchos casos con bibliotecas importantes y salas de teatro, van a articular gran parte de la actividad cultural y recreativa de los barrios: bailes populares, fiestas sociales [casamientos, bautizos, días nacionales de las diferentes comunidades étnicas], festivales de teatro y bailes de carnaval, muy en boga en esa década [1910]. (Archetti 1995: s/p)

Los clubes son un espacio de socialización y construcción identitaria, fuertemente comprometidos con la continuidad del grupo, en los que también juega un papel preponderante el sexo masculino, aunque como veremos, las mujeres no se resignan a ocupar un rol marginal. Parafraseando a Mauss (1979), se trata de un lugar público que pone de manifiesto la unidad del grupo.

Pero historiemos ahora cómo ese deporte que arriba en manos (o, mejor dicho, en piernas) británicas y se expande desde el puerto a todo el país aparece en la campaña. Un anciano octogenario así lo recuerda: “Empezamos a jugar al fútbol desde muy chicos, porque la familia Huarte, de Azul, que arrendaba el campo, llegó con sus cinco hijos varones y llevaron las pelotas. Entre ellos y nosotros armábamos casi un equipo completo” (*El Popular*, 13 junio de 2004).

Ni él ni sus hermanos pueden precisar la fecha, “pero recordaron que la gente de los campos aledaños se juntó en la década del treinta y fundó el Club Iturregui...” (*El Popular*, 13 de junio de 2004). Familias numerosas facilitaron la constitución de cuadros de fútbol, que fueron adoptando

camisetas tomadas de diversos clubes urbanos argentinos y extranjeros (Estudiantes de La Plata, Nacional de Montevideo). Las exigencias de equipamiento eran pocas y simples.⁶ En los primeros tiempos se jugaba con bombachas o polainas, con gorros blancos bordados por las mujeres.

La actividad fue creciendo tanto que de los desafíos ocasionales se pasó al torneo de campaña que, en su época de oro, reunió diecisiete clubes. En 1999, con solo cuatro equipos, asistimos a lo que parecía la caída de la Liga del Fútbol de Campaña. En su lugar se organizó la estructura pragmática y más limitada del llamado *papi fútbol*.⁷ Se señaló como causa de esa decadencia un apartamiento de los principios iniciales de la competencia *amateur*:

Y, ¿sabe qué? El hecho de que algún dirigente, o el Presidente concretamente, quería ganar el campeonato, [y entonces] llevaba casi toda gente de acá de Olavarría. Un día fui yo a presenciar un encuentro, un partido y jugaron los juveniles. Fui a la cancha y empecé a hablar con los chicos, y les pregunté [...] Hablando, yo siempre, lo que quería saber es de dónde eran. Eran todos de Olavarría. Ahora, fíjese que [...] qué falta de sentido, digamos, porque, nosotros entendemos que lo que han heredado de los mayores es [...] por ejemplo, [de] 16 de Julio [el resultado de la formación de jugadores]

6 "Sus propiedades intrínsecas, como el número limitado de reglas a respetar y las disposiciones requeridas para su práctica —es posible jugarlo no importa sobre qué superficie con los objetos más diversos— nos llevan a considerarlas la explicación de su popularidad. Si a ello agregamos que el fútbol posee una fuerte resonancia identitaria y afectiva, susceptible de ser comprobada a escalas tan diferentes —al nivel de la aldea, de la nación y aun del continente—, todo contribuye a crear la ilusión de un acceso directo a la comprensión de este deporte, cuyas significaciones serían naturales e inmediatas, y cuya universalidad reposaría sobre la expresión espontánea de las grandes pasiones humanas" (Faure y Suaud 1994: 3. Nuestra traducción).

7 Véase Ratier, 2004.

es para la gente de 16 de Julio. (Entrevista a R. S., dirigente histórico)

Esa explicación atraviesa las generaciones:

Y [...] bueno, ¿qué pasó? Después se fue haciendo competitivo, los torneos, viste, se fueron agregando divisiones y [...] Y llegó un momento en que empezaron a traer jugadores de la ciudad. Empezaron primero con uno, después con dos, después con cuatro, y después estaba [...] el que conocía todas las maneras de meter el perro, y se traía un equipo completo, porque [...] acá pasó eso. En 16 de Julio llegó a haber las tres categorías, de jugadores de la ciudad. (Entrevista a W. T., dirigente actual)

Se establece así lo que fue llamado *amateurismo marrón*, es decir algo que aún no llega a ser profesionalismo pero que lo va insinuando. La financiación de esa suerte de mercenarios se hace difícil. No se les paga directamente, pero se les ofrecen vehículos para llegar al lugar del partido, comida, entradas gratis para la familia. Vienen con gusto, pues este fútbol sería más divertido que el urbano. El peso económico, en épocas que no son de bonanza, impone la sustitución de esta modalidad por la del *papi*.

En su momento (Ratier y Guebel, 2004: 103) interpretamos dicha sustitución como un conflicto entre dos lógicas: una, la del Gran Señor, basada en la costumbre del *gasto noble* (Mauss, 1979: 246-247), ese que crea obligaciones inextinguibles entre quienes la ejercen. Dicho gasto estaba a cargo de los presidentes de clubes. El *papi fútbol* encarnaba otra lógica basada en criterios más netamente capitalistas: achique presupuestario, imposibilidad de financiar un torneo muy extendido, estrategia regresiva impulsada por la globalización.

Para nuestra sorpresa, en nuestra última ida al campo asistimos, de 2004 en adelante, a la resurrección del fútbol de campaña.

Cambios en el terreno

La sociabilidad campestre no limita los encuentros de la gente a una sola actividad. En las domas y jineteadas siempre hay una *cantina* donde se puede degustar toda la cocina criolla (con el infaltable asado) y luego, cerrando el día, un baile o *tertulia*. Algo semejante ocurría con los partidos de fútbol, que además, sistemáticamente, incluían otros agregados en lo deportivo. Por ejemplo, los tríos de bochas (dos divisiones masculinas, una femenina, y tríos mixtos) o los juegos de salón (mus, truco, canasta). La Liga de Fútbol de Campaña habría sido pionera en la incorporación de mujeres a esas actividades, incluido el fútbol, y también en la creación de equipos juveniles.

Un antiguo dirigente, considerado el motor de estos torneos, nos explicaba:

Después de eso, *después de los juveniles, yo también introduje el trío de damas, porque empezaban a jugar a las bochas*, y claro, hay una cosa que a veces la gente de acá no la entiende, pero [...] [en] el torneo por ejemplo, la gente cuando va a un espectáculo, a cualquiera que sea, va la familia, porque no va a ir el marido y los hijos, [y] va a dejar la mujer. Entonces iba la familia a los clubes de campaña. *¿Y cómo le podemos buscar la vuelta? Y bueno, le buscamos la vuelta de jugar un trío de damas...* (Entrevista a R. S., diciembre de 2004. El destacado es nuestro)

Cuando hay algún partido, pues, se trasladaba la familia entera, marido, mujer y niños, y casi todos participaban en una u otra actividad. De esta forma, se compensaban derrotas y triunfos en las varias modalidades. Y se incrementaba el número de personas que gestionaban su propio traslado, a veces a más de 100 kilómetros de distancia. El jugar un partido de fútbol fue el motivo para el traslado del entonces escolar, hoy dirigente, a una localidad distinta a la propia.

No, lo que le quiero explicar es por qué proviene mi inquietud para hacerlos jugar a los chicos. La señora Mari, como le decíamos nosotros [a la maestra], que era prácticamente una segunda madre, nos hizo jugar al fútbol con los chicos de Espigas. O sea que vinieron los de Espigas, y después fuimos nosotros allá. Para nosotros, dese cuenta que era algo como tocar el cielo con las manos. (Entrevista a R. S.)

Ambas localidades, la Blanca Grande natal del informante y Espigas, están muy próximas, pero para él esa ruptura del aislamiento fue mágica y, en su percepción, lo inclinó para siempre hacia la promoción deportiva.

Pero ¿cómo fue que se resolvió retomar hoy estos campeonatos? En realidad, nunca se quebró el vínculo entre los clubes de campaña. Desde los años setenta, una cena anual congrega a sus directivos en un club urbano (antes se juntaban en uno del campo), recurso implementado para que “los sirvan y las señoras no trabajen”. Allí recuperaban la interacción. En 2004, nos cuentan:

Por suerte se sigue haciendo siempre [la cena]. Hasta que se dejó el fútbol, el torneo. El año pasado, por iniciativa de la presidenta del club Muñoz y del presidente

de Crotto, me comentaron que tenían ganas de reunirse de vuelta. A mí me parece muy bien [...]

Entonces nos reunimos a cenar en el Club Racing. Y bueno, ahí la conversación obligada fue, ¿por qué no iniciamos el fútbol, porque [no] nos vemos? Qué se yo. Y bueno, vamos a verlo a Fulano, a Mengano, a Zutano, y sí, así se hizo, ahí fue donde surgió. Este año, en los primeros días de marzo se hizo una reunión en la Liga, se invitó a los clubes. Vinieron todos, y de ahí se inició el torneo. (Entrevista a R. S.)

El primer torneo lo jugaron tres clubes cercanos. Luego, entusiasmados, se agregaron otros. Divididos en dos zonas, como en los viejos tiempos, se superan fronteras entre partidos.

Y una cosa que yo siempre resalto es que el fútbol de campaña ha sido atractivo para distintos partidos, porque fíjese que 16 de Julio está en Azul; Luchador está en Juárez; Crotto y La Protegida, en Tapalqué; Paula, que en un momento jugó, [en] Bolívar y Arboleada: y después que fue la Escuela 12, en Daireaux Así que era una cosa [...] que se busca ahora, que se dan tantas vueltas, y que le dan tanta campana de agrupaciones, y bueno, el fútbol de campaña lo había hecho ya hace muchos años... (Entrevista a R. S.)

Y el centro de todo eso es la ciudad de Olavarría, cuya Liga de Fútbol propicia el torneo. Pero ¿por qué justo ahora se reaviva un certamen que parecía muerto y enterrado? Según un comerciante local, jugador él mismo en el equipo de su pueblo, es porque el campo se mueve, es decir, ha mejorado. Eso anima a mucha gente a donar vaquillonas y a otros a

actuar como *sponsors* y proveer, por ejemplo, las camisetas. El veterano dirigente que entrevistamos concuerda con el alivio económico como causa del renacimiento:

Sí, eso fue costumbre, por ejemplo, para el aniversario del club, para una fiesta grande [...] Ahora el otro día en Santa Luisa le donaron tres, carnearon dos, y tienen tres más donadas para una próxima fiesta. Y hay gente, qué sé yo, que no le [...] que no le siente que tiene unas cuantas vaquillonas o vacas, y dona una, y ni la siente. Sentiría más a lo mejor dar cien pesos [ríe].
(Entrevista a R. S.)

Revisando nuestras notas, la alusión al factor económico como causa de la decadencia del torneo aparece recurrentemente desde 1999. La vaquillona pone en marcha nuevamente un circuito que tiene al consumo de carne vacuna como motor, y que supone siempre a la *fiesta* como agregado ineludible de todo tipo de actividades.

¿Y el Gran Señor?

El *papi fútbol*, confrontación de equipos, pero no de localidades, pareció signar el fin de la influencia de los *grandes hombres* y la imposición de la relación costo-beneficio en la administración de los clubes. Sin embargo, el *desiderátum* sigue siendo que el presidente de un club sea una persona notable, diferente de sus comandados. Así lo revela un reciente conflicto en Santa Luisa, donde una lista opositora se hizo con el poder contra la oficialista, apoyada por la autoridad municipal. La clave fue comprometer a un hombre de una familia tradicional, fundadora del club, con título universitario y actuación política notoria.

Cuando apareció A. fue [...] como una bendición, porque, los otros muchachos, qué sé yo, con todo el respeto que me merecen, pero [...] hay algunas falencias como para [...] para ser directivos, ¿no es cierto? Entonces aparece A., y ahí, prácticamente se tranquilizó, la parte nuestra se tranquilizó todo. Tal es así de que [...] Bueno, como Ud. dice que se había [...] como quien dice, se había movido el avispero, hubo una reunión que hubo [...] nos juntamos doscientas personas [...] Hubo ciento cincuenta y cinco votos para A. y hubo cuarenta y siete o cuarenta y seis [...] o cincuenta y dos para C. Casi doscientos votos. Y bueno, ahí se marcó digamos el inicio [de la nueva comisión directiva]. (R. S., dirigente histórico)

Nótese, aparte, el grado de movilización conseguido por un club en un pueblo de cincuenta habitantes. Alguna vez hablamos de ese impresionante movimiento de sístoles y diástoles que, por momentos, reconstruye la comunidad original. El testimonio de un integrante de la nueva comisión más joven, de cuarenta y cinco años, es revelador:

Nos cayó a nosotros [el candidato a presidente]. Y él es una persona, una persona, claro, porque es un contador público, que ha tenido [...] que trabajó en la Municipalidad [...] creo que fueron dos gobiernos [...] me parece que estuvo. Bueno, es un personaje [...] una persona conocida, tiene una estación de servicio, ahora tiene una empresa que vende neumáticos. No es como nosotros. Está unos cuantos escalones más arriba, así que a nosotros nos cayó bien, claro. Era como que [...] ¿viste? La comisión del otro lado, eran todas personas [...] como nosotros, o algunas tal vez un poco peores. (Entrevista a W. T.)

La pertenencia de clase del candidato fue crucial para su triunfo. “El presidente *debe* ser de un estrato superior”. Y eso es bueno o bien porque puede *dar* él mismo, o bien porque puede *pedir* con éxito a sus pares. Dos resortes vitales para el buen manejo de la institución.

El interregno del *papi*: la disputa política

El fútbol y los clubes que lo propician son terreno de disputa por el poder. Un hecho curioso es que, al consagrarse la modalidad del torneo en pequeño, quienes lo propiciaron se atribuyeron las virtudes del viejo campeonato de campaña. Dicen haber implantado la modalidad mixta, con la inclusión de bochas y juegos de salón, para amparar a la familia, que el antiguo campeonato había descuidado. Pero hay datos fehacientes de que la iniciativa era, por lo menos, de 1970 y fue impulsada (e “inventada”) por la Liga de Fútbol.

Ante desavenencias entre antiguos integrantes del club, uno de ellos, funcionario político del municipio, propició la habilitación de una cancha “paralela” en el predio escolar a la que quiso dotar de alambrados y luces, para jugar allí un campeonato propio. Aparente desperdicio a metros del campo de juego reglamentario y equipado del club. *Esto muestra cómo en los encuentros de fútbol no se compite solo por ganar el partido. El control del fútbol tiene valor político, y su dominio importa.*

De hecho, así como las cenas anuales de dirigentes de clubes en Olavarría mantuvieron viva la red social de la campaña, la modalidad de fútbol con aditamentos (supuestamente “inventada” *ex novo*), aunque en pequeña escala, preservó la fórmula genética de esa forma de juego, como para que —cuando las condiciones socioeconómicas lo permitieran— la semilla rebrotara lozana. Nunca el fútbol fue *solo un juego*.

Fútbol de campaña: señas particulares

El retorno del campeonato campestre fue celebrado por (casi) todos. El diario local de Olavarría lo refleja: “Luego de años de inactividad, la Campaña hoy vive, y esa es la mejor recompensa que los nuevos dirigentes le pueden ofrecer a gente como [...] [nombra antiguos dirigentes y practicantes] [...] que nacieron y crecieron tierra adentro (*El Popular*, 13 de junio de 2004).

Tras la crónica entusiasta de lo que se llama “la fiesta del hombre de campo”, el periodista apunta: “Hubo fiesta en la Campaña. La que estaba olvidada y debe volver para quedarse” (*El Popular*, 18 de junio de 2004).

El centimetrage dedicado por los diarios al acontecimiento, que sin duda aumenta sus ventas en los parajes camperos, refleja el interés que toda la zona le brinda. Se cuenta, por ejemplo, el encuentro entre dos chicos, “y si no hubiese sido por el fútbol de campaña, quizás nunca se hubieran cruzado en sus vidas, porque más de 100 km han separado sus infancias”.

Veamos algunas características de este llamado “deporte de tierra adentro” (designación que nos retrotrae a tiempos indios) comparándolo con el que se practica en las ciudades:

- a. El equipo representativo del poblado rural no es profesional y debe estar integrado por nativos. No se aceptan las distorsiones toleradas en una época en que jugadores urbanos se adscribían a los cuadros de campo, transgresión que se tiene como causa de su decadencia.
- b. La reducción poblacional impone la convivencia en los equipos de varias generaciones. Jugadores muy jóvenes y adultos, padres junto a sus hijos. Una tradición local adiciona al fútbol otros deportes y juegos (bochas, mus, truco, canasta), lo que habilita la participación femeni-

na y la de los niños. El fútbol es el núcleo de un complejo recreativo que se le adosa y gira a su alrededor.⁸ La participación familiar no se limita a contemplar un espectáculo y animar a los contendientes, sino que mujeres y niños son protagonistas y practican una actividad. Si el cuadro futbolístico del marido pierde, el triunfo de la esposa en el trío de bochas compensa esa derrota y mantiene el orgullo lugareño.

- c. El campeonato de campaña pone en relación a pobladores geográficamente distantes y provoca un enfrentamiento deportivo que, como toda confrontación, refuerza la identidad. Aun en la rivalidad, esta confrontación deportiva genera un ámbito de comunión entre las comunidades. Esto diferencia este tipo de torneos de las competencias profesionales donde surgen otra clase de vínculos y conflictos.
- d. Al mismo tiempo crea una regionalidad nueva, que supera las fronteras entre partidos territoriales. Los viajes para seguir al equipo vinculan poblaciones. Las rivalidades unen tanto o más que las afinidades.⁹
- e. El fútbol supone diacríticos identificatorios. Se elige un nombre para el equipo, que no siempre (pero sí casi siempre) repite el de la localidad. Se viste una camiseta distintiva inspirada a veces en equipos profesionales, algunos extranjeros. Llevando las banderas de esos clubes se agrupan los pobladores y las hinchadas.

8 Tanto las bochas como los juegos de cartas tienen expresión autónoma en campeonatos o encuentros separados, pero forman parte solidariamente de esta particular competencia de campaña.

9 "El domingo pasado fue una fiesta [...] porque se disputaron varios deportes, y lo lindo de todo es la camaradería que existe... [no obstante el aliento de cada hinchada a su equipo]" (*El Popular*, 13 de junio de 2004).

- f. Club y localidad se confunden, lo que refuerza los efectos identitarios de la actividad. Al apoyar al equipo, se es hincha del pueblo en el cual se vive.
- g. El papel de la mujer de campo en el deporte difiere por completo del de las ciudadinas. Las chicas juegan al fútbol a la par de los chicos ya desde la escuela, y hubo campeonatos femeninos en la zona mucho antes que esa modalidad se instalara en las ciudades. Eso hace que las mujeres *sepan de fútbol* y tengan un papel muy activo como hinchas.¹⁰
- h. El encuentro asume características de *fiesta* y es acompañado por la provisión de comida y bebida según las pautas de la urbanidad campestre, y en muchos casos de bailes animados por músicos, ya cultores del folklore, ya conjuntos de música tropical. Se exige de esos artistas versatilidad suficiente como para incluir vales, tangos y pasodobles en su repertorio, para los bailarines veteranos.¹¹

Concluyendo

La relativa bonanza económica que significó para el agro el fin de la convertibilidad (2001) tiene como uno de sus indicadores el resurgir de formas de sociabilidad que parecieron perimidas, en algunos casos, durante un lapso de

10 Nuestros informantes masculinos sostienen que la rivalidad entre mujeres en el campeonato femenino era más exacerbada que la de los hombres: “*Se agarraban de los pelos*”, afirman. Era muy difícil mantener el orden, y por eso habría cesado la actividad.

11 “Hubo vuelta olímpica multitudinaria [...] También definición en bochas y juegos de salón; mate, tortas, pasteles, asado y baile hasta pasada la medianoche, con la música de Ilusión Tropical, como en cada fecha que se desarrolló en Iturregui” (*El Popular*, 13 de junio de 2004).

veinte años.¹² El campeonato de fútbol de campaña, tras un letargo de seis años, vuelve a disputarse. Frente a la limitación para integrar conjuntos deportivos que representa el despoblamiento, los impulsores de la actividad parecen doblar la apuesta.¹³

Los recursos para financiar el torneo provienen de modalidades solidarias y redistributivas tradicionales hoy reactivadas, como la donación de cabezas de ganado vacuno (vaquillonas), el insumo más caro y apreciado para los comensales regionales. Esto es lo que hace posible el asado, centro gastronómico de la fiesta, que es la principal fuente recaudadora de ingresos de la comunidad. Hay una inversión en trabajo gratuito o casi gratuito (asadores, mozos), en alimentos complementarios (ensaladas, choripanes, tortas, postres). Se reactiva así la red solidaria, y los servicios ofrecidos justifican el pago de entradas al juego, fuente de recursos monetarios muy necesarios, por ejemplo, para pagar a la orquesta o conjunto que animará el baile. Y reforzar las arcas del club.¹⁴

Además, y como signo de los tiempos, empresas de insumos agrícolas actúan como *sponsors*, y donan camisetas y zapatillas para los jugadores.

Y algo que no tiene cotización es la sensación de alegría que les da el torneo a estos trabajadores del campo y a sus familias, el sentirse *alguien*, el orgullo de vestir la casaca de su club, el salir en los diarios. Recuperar rivalidades históricas

12 Comerciantes de la zona registran un aumento en las ventas y un mayor movimiento en sus negocios (que incluyen actividades recreativas diarias, como los partidos de cartas). Son entusiastas promotores del fútbol.

13 Comerciantes de la zona registran un aumento en las ventas y un mayor movimiento en sus negocios (que incluyen actividades recreativas diarias, como los partidos de cartas). Son entusiastas promotores del fútbol.

14 Las cuotas sociales de los clubes de campaña son increíblemente bajas. Tres o cinco pesos *anuales* por ejemplo, que dan derecho a comer gratis en las fiestas, pese a lo cual casi todos los socios son morosos.

con los pueblos vecinos y no tan vecinos levantando una modalidad deportiva bastante diferente del modelo profesional que se impulsa desde las grandes urbes. Ser gente de campo no solo les da derecho a jugar, sino que es la condición exigida para poder hacerlo.

Larga vida al resurrecto fútbol de campaña.

Bibliografía

Archetti, E. P. (1995). Estilo y virtudes masculinas en El Gráfico: la creación del imaginario del fútbol argentino. En *Desarrollo Económico*, vol. 35, núm. 139, pp. 419-442.

———. (1997). Hibridación, diversidad y generalización en el mundo ideológico del fútbol y el polo, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, núm. 1, p. 53.

———. (1998). El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino. En *Nueva Sociedad*, núm. 154, pp. 101-154.

———. (2003). *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia.

Conde, M. y Rodríguez, M. G. (2002). Mujeres en el fútbol argentino: sobre prácticas y representaciones. En *Alteridades*, año 12, núm. 23, pp. 93-106.

Da Matta, R. (2003). Conferencia en el Seminario Internacional Esporte e Sociedade. Vila Mariana, Serviço Social do Comércio (SESC).

El Popular. Iturregui y 16 de Julio desde adentro, 13 de junio de 2004.

———. Júbilo campero en Iturregui, 16 de junio.

Etchichury, L. (2003a). Clubes de Campaña y liderazgos locales. En *Realidad Económica*, núm. 195, pp. 107-123.

———. (2003b). Viejos y nuevos liderazgos en poblaciones rurales de la campaña bonaerense. Ponencia presentada en las Primeras Jornadas de Jóvenes Investigadores en Antropología Social. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Faure, J. M. y Suaud, C. (1994). Les enjeux du football. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 103, pp. 3-6.

Gastaldo, E. (2001). Um tempo para jogar. O "Ser Brasileiro" na publicidade da Copa do Mundo de 1998. En *Campos, Revista de Antropología Social*, núm. 1.

Gil, G. J. (2000-2002). Autobiografía etnográfica y memoria mediática: dos recursos para comprender las identidades deportivas. En *Etnia*, núm. 175-199, pp. 175-199.

Leite Lopes, S. y Faguer, J. P. (1994). L'invention du style brésilien; Sport, journalisme et politique au Brésil. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 103, pp. 27-35.

Mauss, M. (1979). *Sociología y antropología*. Madrid, Tecnos.

Ratier, H. E. (2004). *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*. Buenos Aires, La Colmena NADAR.

Selim, M. (1993). Un dépassement symbolique: le terrain de football. En Althabe, G., *Urbanisation et Enjeux Quotidiens. Terrains ethnologiques dans la France actuelle*, pp. 71-112. París, L'Harmattan.

Soares, A. J. (1999). História e a invenção de tradições no campo do futebol. En *Estudos Históricos*, vol. 13, núm. 23.

Capítulo 3

Los pueblos rurales

Formas de vida, identidad y revalorización patrimonial*

Introducción: la entidad *pueblo*

El pueblo rural —la *aldea* en denominaciones usadas en otras latitudes— ha sido un objeto clásico de la antropología, como sede de poblaciones campesinas cuando nuestra ciencia se apartó del objeto considerado “clásico”, los llamados *primitivos*. En algún momento tal pueblo fue considerado unidad natural, sede de los llamados *estudios de comunidad*, cuyos habitantes y sus formas de vida podrían ser estudiados dentro de sus límites.

Las críticas a ese recorte basadas en el justo reclamo de que tal aislamiento separa a las comunidades de sus condicionantes estructurales llevaron a no considerar más al pueblo o aldea como el escenario “natural” de los estudios sobre campesinos u otros habitantes del agro. Se dio prioridad a los macroestudios y al análisis sociológico de esas comunidades.

* El presente artículo fue realizado en coautoría con María Inés Pagano (Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Ciencias Antropológicas), elaborado y publicado originalmente en 2013, en Adad, L. y Villafañe, A. (coords.), *La antropología social hoy: a 10 años del nuevo siglo*. Tandil, Unicen.

El tema *pueblo* preocupó a varios autores. Para Andalucía, Julian Pitt-Rivers (1989) destacó un fuerte sentimiento de patriotismo local al respecto. Este se expresaba en la identidad entre lugar y comunidad dada a la expresión *pueblo*, manifestada claramente en el lenguaje. La palabra para designar tanto a una comunidad de un centenar de habitantes como de varios miles es *el pueblo*. Y lo que esta palabra significa, no solo para el diccionario, sino también en el habla cotidiana, es tanto el lugar como la gente que pertenece a ese lugar. “Esta forma de concebir al pueblo como una comunidad humana expresada en un idioma geográfico me fue muy bien ilustrada”, dice Pitt-Rivers...

... cuando la gente me explicó que “Benamahoma es una calle de Grazalema”. Y esto a pesar del hecho de que diez kilómetros y una semana separan a las dos localidades. Además el lenguaje refuerza esta identidad a través de un ejemplo inverso. La palabra *población* se escucha comúnmente en el sentido de lugar poblado, sea ciudad, villa o aldea. (Pitt-Rivers, 1989)

Entre nosotros Murmis y Feldman (2005), en su estudio sobre un pueblo pampeano, manifiestan que no hay acuerdo para delimitar estos asentamientos. Se trata de localizar un tipo especial de estos:

En él debe existir un nivel suficiente de agrupamiento como para que sea distinto de las zonas rurales de población dispersa y al mismo tiempo ese nivel de agrupamiento debe permitir que se conserven características vecinales consideradas propias de lo rural y que exista participación directa en la vida económica y social de la campaña. Si bien un basamento teórico de esta delimitación remite a la clásica teoría de la comunidad (Galeski, 1977) puede pensarse también

una delimitación ligada a un análisis de las interacciones entre el centro poblado y las zonas rurales aledañas, por un lado, y los asentamientos urbanos, por el otro... (Murmis y Feldman, 2005: 24)

Dicen los autores:

Si nos acercamos a la provincia de Buenos Aires, donde se encuentra el poblado de nuestro estudio, nos encontramos con repetidas muestras de utilización del concepto de pueblo sin una identificación estricta de sus características y del número de habitantes a que corresponde [Las ciudades de Lobos, Olavarría o Chascomús son incluidas como pueblos]. (Murmis y Feldman, 2005)

Los criterios estadísticos para distinguir pueblos de ciudades (o *rural de urbano*) tienen una enorme variación según los países (Abramovay, 2000). Pueden ir desde los doscientos habitantes hasta los cincuenta mil. Por ello el límite argentino, fijado en dos mil habitantes, es convencional y carece de validez científica. Murmis y Feldman (2005) concluyen que "... el pueblo rural pampeano constituye una realidad económica, un centro político y por sobre todo una forma de sociabilidad relativamente poco conocida".

El historiador Waldo Ansaldi (1993) dice que el pueblo tuvo siempre características propias, fue un espacio urbano y semiurbano, y se diferenció de la chacra.

Para el desarrollo del presente trabajo partimos de una caracterización provisoria, basada en nuestra experiencia, considerando que los *poblados rurales*¹ (parajes y pueblos) constituyen concreciones urbanas que se levantan en áreas

1 La diferencia entre *pueblo* y *paraje* nos fue señalada por nuestros informantes como significativa. Por ello adoptamos la expresión *poblado* para abarcar a ambos.

rurales, casi siempre vinculadas al entorno agropecuario, cuya población es pequeña, por lo general con un máximo de quinientos a mil habitantes y que se integran en redes. Sus particulares condiciones demográficas determinan formas de vida diferenciadas tanto de ciudades mayores como de establecimientos agrícolas.

Poblados desde los pobladores

La singularidad del pueblo rural fue algo que se nos fue imponiendo desde que comenzamos, en 1996, a trabajar en ellos. Su peculiaridad es bien señalada por historiadores como Ansaldi y remarcada desde la sociología. Si es difícil fijarle límites cuantitativos, lo es más distinguir sus peculiaridades cualitativas. Desde 2007, a nuestra tarea académica² se agregó la aproximación de un grupo de pobladores que manifestó interés en trabajar con nosotros, y eso nos propició nuevos enfoques. Ya la investigación antropológica nos había permitido penetrar en aspectos poco conocidos de esta forma de vida rural. Entendemos que nuestra disciplina permite acceder a territorios que otras técnicas científicas no alcanzan. Es por ello que nos proponemos, en este trabajo, privilegiar la perspectiva del actor para captar la vida pueblerina. Dicha perspectiva se va configurando a partir de la amenaza de extinción de estas poblaciones y de las propuestas de acción frente a ella. Nos centraremos en dos de dichas propuestas que consideramos antagónicas: una formulada desde una ONG; otra, desde una organización de pueblos y/o pobladores.

2 Desde 1995, venimos realizando investigaciones sobre pueblos pampeanos en la provincia de Buenos Aires (UBACyT Fi163, F138, 20020100100621).

ONG: diagnóstico y propuesta

La geógrafa Marcela Benítez concluyó su tesis doctoral (1998) sobre bases estadísticas. De ella se desprende que hay en la Argentina cuatrocientas treinta localidades en riesgo de desaparecer. Cálculos posteriores basados en el censo de 2001 elevan esa cifra a seiscientos dos pueblos de menos de dos mil habitantes. Los poblados en riesgo albergan 268.920 habitantes y representan casi el 40% de los poblados rurales del país. Ya en 1999 Benítez creó una ONG destinada a combatir ese problema a la que nos referiremos más adelante.

Murmis y Feldman (2005) cuestionan los datos consignados. Marcela Benítez se centraría en los “pueblos que desaparecen”, por perder población. No consideró el peso relativo de los pueblos en el conjunto de la población rural. Pese a las pérdidas de población, afirman los autores, debe considerarse el crecimiento del conjunto.

Al efecto, proveen cifras comparativas de los censos de 1991 y 2001, tanto a nivel nacional como provincial y municipal. En todos los casos disminuye la población rural dispersa, pero crece la agrupada. Eso relativiza el “hallazgo” de Benítez y su diagnóstico sobre una desaparición al parecer inevitable de los pueblos.

Familiarizados ya con la idea de que los pueblos rurales representan localizaciones no afectadas en su totalidad de enfermedades terminales, presentaremos materiales generales acerca de formas que la pluriactividad puede tomar en los pueblos y en particular en nuestro pueblo pampeano. (Murmis y Feldman 2005)

Centrarán en tal pluriactividad la explicación de la vitalidad de tales unidades demográficas.³

3 “La importancia de los pueblos en el mundo rural se expresa directamente a través de su comportamiento demográfico, dada su capacidad de crecer en un mundo rural que se achica. Su capacidad

Frente al problema, Benítez funda RESPONDE, sigla que significa *Recuperación Social de Poblados Nacionales que Desaparecen*. Desde el nombre, la desaparición de los pueblos luce inevitable. Sintetiza así su propuesta:

En un tiempo y lugar donde la asistencia es el modo de atender la emergencia; RESPONDE se preocupa por el mañana de los pequeños pueblos.

Esta Convocatoria nos permite llegar a cada uno de ellos e invitarlos a trabajar por su futuro, porque estamos seguros que entre todos los que hoy reciben, hay miles dispuestos a comprometerse y a realizar esfuerzos.

Lo asistencial aparece como mecanismo privilegiado. Supone que miles de pueblos quieren trabajar y los convoca a un gran concurso nacional. Hay una página con una lista de pueblos en crisis, los que están autorizados a intervenir. Para ello, deben cumplir una serie de exigencias (aporte municipal, locales, garantía de grado de compromiso, etcétera) y preparar una documentación con detalle de posibles lugares para instalar el Club Responde, organismo encargado de motorizar la iniciativa, envío de fotos y llenado de compromisos con firmas de la comunidad.

Un jurado compuesto por cuatro directivos de RESPONDE determinará el vencedor en un fallo absolutamente inapelable. Los encargados de llevar adelante el proyecto serán voluntarios con preparación profesional, todos externos a la comunidad. Hay otros detalles, como la inmunidad que la institución se asegura, pero lo fundamental es que no hay lugar para la participación de los pobladores. Nunca se la plantea

de permanencia y aun crecimiento implica que en ese tipo de unidades existe un mundo ocupacional con cierto dinamismo" (Murmis y Feldman, 2005: 43).

siquiera y se desconfía de su capacidad y afición al trabajo.⁴ La ONG canaliza fondos, entre otros, de Fundación Cargill, American Express y Banco Banex.

Tuvimos oportunidad de conocer la actividad de RESPONDE en Mechita, localidad de la zona donde trabajamos, que hoy forma parte de Pueblos que Laten, organización a la que nos referiremos más adelante. Mechita fue una importante localidad ferroviaria del entonces Ferrocarril Oeste, con grandes talleres. Tiene cuatro mil habitantes y una interesante fisonomía arquitectónica.⁵ RESPONDE llegó al pueblo por vía municipal y su acción es visible en el pavimento que une Mechita a la ruta, en las placas de turismo y la clásica “I” de informes a la vera de la ruta. Ha propiciado un importante museo ferroviario y otros de interés, y ha puesto en valor algunos edificios. Los vecinos reconocen que fue la ONG la que los concientizó respecto de las capacidades turísticas del pueblo. Llegó con el Centenario de la localidad, en 2006, traída por la Municipalidad de Bragado, es decir, sin someterse a la selección o concurso a la que nos referimos. Da la impresión de que en Mechita tuvo lugar una verdadera experiencia piloto.

Los vecinos que constituyen el Grupo de Turismo de Mechita se consideran demasiado dependientes de la Municipalidad y de las políticas de turismo. No son una comisión formal y ninguno de ellos recibe remuneración alguna. Consiguieron, como sede, una casa que les cedió la

4 “En nuestros seis años de vida como ONG, hemos trabajado, no pocas veces y en algunos pueblos, con más compromiso y ahínco que las mismas comunidades involucradas. Dicha situación, entendemos, no resulta muy sensata ni razonable. Por otra parte, para llevar adelante nuestra Misión, hemos recibido y recibimos el apoyo de individuos, empresas y organizaciones preocupadas por la recuperación y desarrollo de nuestros pequeños pueblos. Todos ellos merecen la alegría de ver que sus semillas crecen en tierra fértil” (Documento de RESPONDE. Disponible en: <www.responde.org.ar>).

5 La cantidad de habitantes excluye formalmente a Mechita de la categoría *pueblo*. No obstante, sus vecinos la consideran como tal y se integran en instituciones con otros pueblos.

Municipalidad. La alternancia de gobiernos radicales y peronistas perjudicó su continuidad y sienten sus falencias organizativas.

Pueblos que Laten

En Patricios asistimos a las Primeras Jornadas de Pequeñas Localidades sobre Territorio, Historia y Ferrocarriles, el 23 y 24 de noviembre de 2007. Allí *la organización Pueblos que Laten se definió de esta manera:*

Lejos de sentirnos pueblos “fantasmas” o “en vías de desaparición”, revalorizamos nuestra identidad y nos sabemos parte del desarrollo de nuestra provincia y nuestro país, pueblos con futuro, al que queremos construir defendiendo nuestro derecho al arraigo, desde lo que somos, promoviendo el desarrollo desde lo local, el mejoramiento de la calidad de vida y la preservación del medio.⁶

Una vecina y dirigente de Pipinas dijo que los de *Pueblos que Laten* eran los únicos que estaban armando algo “desde los habitantes” y se quejó de que en el Instituto Nacional de Estadística y Censos (Indec), Pipinas aparezca en una lista de pueblos que desaparecen, replicando que “lo que te hace sentir pueblo no tiene que ver con la cantidad de habitantes”.

Pueblos que Laten es un movimiento de pequeños poblados que reclaman su especificidad. “Como vecinos de pueblos rurales (no pobladores rurales), que vivimos en lo que queda de los pueblos antes pujantes y vigorosos, rodeados de taperas, estamos estrechamente vinculados con la población

6 La presente cita y las que siguen del Movimiento *Pueblos que Laten* fueron extraídas de diversos documentos no siempre reproducidos. Pueden hallarse referencias en <www.pueblosquelaten.blogspot.com.ar> y documentos en <www.pql.blogspot.com.ar>.

rural y los productores de cada zona”. Se consideran, entonces, distintos de la población campesina dispersa y de otros productores. Serían pequeños poblados de menos de dos mil habitantes de los que se excluyen las cabeceras de partidos.

Identifican las causas que perjudicaron a sus localidades: abandono estatal, cierre de ferrocarriles, modelo agrícola productivo expulsor, cierre de fuentes de trabajo por concentración en los conurbanos, inundaciones que los afectan desde hace veinte años sin solución visible.

La primera y principal reivindicación es el *derecho al arraigo*, a seguir habitando en esos pueblos de los que se amenaza expulsarlos. Así lo expresan: “Vivir y sentirse bien en las pequeñas poblaciones rurales” sería un buen eslogan. En relación con valores que son culturales y que hacen a nuestra identidad y contra los que el sistema productivo imperante arremete.

La organización de este agrupamiento de pueblos es poco formal, pese a contar ya con personería jurídica. La convocatoria a reuniones no es regular y los temarios varían, pero hay un evidente liderazgo de algunos pueblos, a los que denominamos *núcleo duro*. Esos, de hecho, convocan y tienen presencia notoria en las comisiones. Estos serían los pueblos involucrados:

- » -*Núcleo duro*: Pipinas (Punta Indio), La Niña (9 de Julio), La Limpia (Bragado).
- » -*Pueblos integrantes*: Arroyo del Medio, Bavio, Beruti, Carlos Tejedor, Los Toldos, Magdalena, Mechita, Pasa-je Monasterio, Patricios, Payró, Punta Indio, Quiroga, Roque Pérez, Timote, Trenque Lauquen, Ugarte, Verónica, Vieytes.

Hay criterios no siempre consensuados sobre los alcances del accionar societario. En general, se proponen incidir sobre

las políticas públicas, en especial las dedicadas a los pueblos, como la frustrada *Ley Volver*, para facilitar el regreso de los emigrados, y la *Ley de Pueblos Rurales*, nunca sancionada. Programáticamente, se proponen constituirse en movimiento social, político, cultural y productivo, y defender la identidad de cada poblado integrado. Defienden la soberanía alimentaria y la preservación del medio ambiente, piden mayor participación popular en el gobierno formal de los pueblos (delegaciones) y proponen constituirse en una marca de calidad para su producción. También defienden los derechos humanos junto con los ambientales.

Pero no todos son acuerdos. Cuando tuvo lugar la crisis agraria del año 2008, el movimiento preparó un duro documento contra las corporaciones que se manifestaron contra las retenciones establecidas en la Resolución 125. La posición, bien fundada y con un pronunciamiento claro que colocaba a la agricultura familiar y a la agroecología en el extremo opuesto al llamado “campo”, fue rechazada por algunos asociados que no compartían tales posturas y formulaban críticas al gobierno y a su indefinición en muchos aspectos. El documento nunca fue publicado.

Hacia una salida

Pueblos que Laten ha dado pasos, o acompañado, a intentos de solución, o al menos a propuestas revitalizadoras de los pueblos para superar su crisis. En lo productivo, uno de sus integrantes, de La Limpia, se incorporó, representando a la organización, al Foro de la Agricultura Familiar primero, y hoy a la Secretaría de Agricultura Familiar, donde ocupa un lugar destacado. Participa en diversos programas, por ejemplo, uno que propicia la formación de técnicos adecuados a las exigencias de ese tipo de agricultura, y no a las del

agronegocio, fomenta la agricultura orgánica y gestiona importantes mecanismos para favorecerla.

El turismo rural es otro rubro al que se acude como forma de valorizar la identidad pueblerina y ofrecer a los eventuales turistas especialidades “campestres”. Se destaca en ese sentido la localidad de Pipinas, que cuenta con un hotel que algunos de sus pobladores, reunidos en cooperativa, consiguieron recuperar y poner en funcionamiento. Recientemente, Pipinas se incorporó a los *Pueblos Turísticos*, programa bonaerense que le ha de significar algunos recursos. Merced, entre otras cosas, al esfuerzo de nuestro equipo de investigación,⁷ la localidad intenta recuperar su identidad fabril, puesto que durante cincuenta años fue sede de importantes fábricas de cemento. A los atractivos ligados a lo rural, se agregará un circuito fabril organizado con la participación de toda la comunidad, puesto que muchas personas trabajaron en esas fábricas y esa circunstancia marcó profundamente la identidad local.

En la localidad de La Niña, está en marcha otro proyecto turístico que resulta atractivo tanto para argentinos como para extranjeros, donde se exalta el paisaje agrario con marcado tinte ecologista.

Algo que llama la atención entre las actividades emprendidas en los pueblos es la recurrencia a diversas formas del arte: pintura, artesanías, fotografía, formas representativas de una creación artística única, como “campo desde el aire” o la esquila artística de ovejas y el hilado de su lana.

Respecto de las actividades artísticas mencionadas, nos interesa destacar que el arte es concebido como “instrumento de cambio”.⁸ En este sentido, abre un espacio de so-

7 Proyecto de Voluntariado Universitario Turismo Rural e Identidad Fabril en Pipinas, Buenos Aires, 2011.

8 La cita corresponde al trabajo de Natalia Cádiz y Eliana Regales (2010), quienes integran nuestro equipo.

ciabilidad que propicia la interacción, el intercambio de saberes, de problemáticas comunes, a la vez que la reflexión colectiva para imaginar soluciones a través de la revalorización y actualización de prácticas y saberes tradicionales. En la localidad de La Niña, se han desarrollado diversos proyectos artísticos, tales como “El Almanaque”, edición gráfica anual, que surge como iniciativa de los habitantes del pueblo con el propósito de que quienes visitaran el lugar se llevaran “algo más que el recuerdo”. Retrata a los distintos pobladores en sus quehaceres y a las instituciones del pueblo, y de este modo va reconstruyendo y actualizando, a través de la memoria de sus habitantes, su propia historia. Se empezó a realizar en el año 2001, y cada año se escogen distintos temas. “El Almanaque”, en la voz de un vecino, a más de lo mencionado, constituiría un vehículo para “dar a conocer sus artistas, [...], una carta de presentación”. Otra de las propuestas artísticas fue el “Proyecto Rebaño”. Este surge en colaboración con una licenciada en Artes Visuales y un grupo artístico (*Fin Zona Urbana*). A partir de la esquila de ovinos con motivos artísticos, ciertas prácticas tradicionales se resignifican y en este proceso se ponen en valor para los propios agentes que realizan esta tarea en lo cotidiano. En palabras de una participante pobladora: “El proyecto tiene la condición de enseñar y aprender, es un proceso colectivo [...] es una forma de poder hacer de otra manera”. El proyecto llamado “Campo del Arte” consistió en la reproducción de distintos diseños siguiendo sus líneas y colores sobre campos cultivados con soja, maíz, y girasol, de acuerdo al tono con que esas especies se ceñían al dibujo; en forma de hecho artístico, se pone de relieve un quehacer cotidiano. Finalmente, el proyecto “Hilar/Lanzar”, que vincula lo lúdico con una práctica tradicional, relacionando el juego del trompo con el huso para hilar.

Otra actividad importante y con mucha aceptación en los pequeños pueblos es el teatro comunitario. Este comenzaría

a hacerse presente a partir de 1983 y con la restauración de la democracia (Proaño Gómez, 2013: 27) pero, según nuestros datos, surge con más fuerza, en las comunidades rurales, después de 2001. Desde 2007, el Instituto de Teatro los incluyó como teatro independiente y les otorgó subsidios. Seguiremos a Lola Proaño Gómez (2013: 31) en su caracterización de este tipo de teatro, que vincula con el llamado teatro popular o nuevo teatro: “Los grupos tienen una organización alternativa, poseen el control de la producción y del material artístico, no están organizados de modo jerárquico sino más bien igualitario y ponen especial énfasis en los procesos colectivos”.

Lo integran vecinos no profesionales, quienes pueden irse profesionalizando, acompañados a veces de actores profesionales o directores teatrales. El público, al que suelen llegar en forma gratuita o simbólica, está compuesto por ciudadanos, y las obras representadas suelen referirse especialmente a la identidad del lugar.

Esa suerte de eclosión del nuevo tipo de teatro viene a reverdecer antiguas raíces. En todos los pueblos rurales, ocupa lugar principalísimo el Club de Campaña, cuyo salón de actos incluye, siempre, un escenario de teatro *all’italiana*. Allí se presentaban obras de aficionados locales (Ratier, 2009; Etchichury, 2000). Tal práctica se fue perdiendo, entre otras cosas, por el predominio (hoy inexistente) del cinematógrafo.

Un dato significativo es que en nuestros trabajos de campo anteriores (1996-2000) no encontramos expresiones artísticas como las que aquí mencionamos en los partidos de Olavarría, Azul o Tapalqué, donde trabajamos. En ese momento se instalaba otro fenómeno económico, el trueque.⁹ Según documentos, hay grupos de teatro comunitario que comienzan

9 Ratier y Etchichury, 2002, véase en p. 73 de esta edición.

a gestarse en un Club de Trueque, lo que daría idea de continuidad de inquietudes entre una iniciativa y otra.

En la zona que recorrimos en el nuevo siglo, encontramos teatro comunitario en Patricios, Timote, 9 de Julio (grupo Cruza Vías), González Moreno y Rivadavia, entre otros. *Pueblos que Laten* incorpora esa modalidad en su propuesta:

Trabajamos en el eje Arte y transformación Social, entendiendo que el arte sensibiliza, permite dar lugar a la creatividad, al espíritu de juego que cada uno lleva adentro. Nos permite relacionarnos de otra forma, ser más creativos en todos los aspectos de nuestra vida y lograr, todos juntos, encontrar un camino hacia una vida más digna. En el teatro comunitario todos pueden participar, basta tener la voluntad de hacerlo. Los ensayos se realizan en las instituciones, en las calles, las plazas. Usamos los espacios públicos para las representaciones y las transformamos en fiestas populares. (Sitio web Pueblos que Laten. El destacado es nuestro)¹⁰

En relación con las prácticas culturales como uno de los proyectos planteados por los pueblos como salida, podemos percibir la importancia que le es otorgada a la esfera de la producción de sentido. En esta línea pensamos que se coincide con la noción de cultura propuesta por García Canclini, para quien esta comprende “... todas las prácticas e instituciones dedicadas a la administración, *renovación y reestructuración del sentido*” (García Canclini, 1982: 41. El destacado es nuestro). Además de lo enunciado en el párrafo anterior por *Pueblos que Laten*, se cumpliría también con una de las funciones de la cultura destacadas por García Canclini: la de “reelaborar las estructuras sociales e imaginar nuevas.

10 <www.pueblosquelaten.blogspot.com>.

Además de *representar* las relaciones de producción, [la cultura] contribuye a *reproducirlas, transformarlas e inventar otras*” (Gracia Canclini, 1982: 43. El destacado es nuestro). En cuanto a la idea de transformar las representaciones en fiestas populares, aquí podemos identificar la fiesta como “... recurso privilegiado para restablecer el tejido social...” (Ratier *et al.*, 2001: 9).

En cuanto al teatro, este puede ser pensado desde lo propuesto por R. Bauman, como “actuación”, y en el sentido de “actuación cultural” (Singer, 1972), esta “se ocupa de acontecimientos públicos de repercusión simbólica [...] en los que se corporizan, se liberan, se dejan abiertos a examen e interpretación en forma simbólica, los significados y valores centrales del grupo” (Bauman, 1989: 7).

Desde el punto de vista de la incidencia en la vida cotidiana, es significativo el testimonio de una vecina de Patricios: “Antes nos levantábamos, preparábamos la comida, limpiábamos la casa. Era todo lo mismo. Con las obligaciones del teatro [...] revivimos totalmente, revivimos no solamente nosotras, porque hacemos el movimiento en el hogar mismo” (Entrevista, 2005; Proaño Gómez, 2013: 37).

Esta forma de teatro tiene un alto valor reivindicativo. Parte de acontecimientos históricos reconstruidos a partir de la vivencia de la gente, por ejemplo, de la eliminación del tren y sus consecuencias, o el cierre de fábricas, y recoge reivindicaciones que caben dentro del concepto de *utopía* que penetra en la historia como propuesta de un tiempo futuro (Roig, 1995, citado en Proaño Gómez, 2013) y no es algo no realizable. Recurriendo de nuevo al grupo de Patricios, esto se expresa en su canción escénica:

Con Patricios resistiendo
Siempre unidos y de pie

Si luchamos todos juntos

Nada nos podrá vencer. (Proaño Gómez, 2013)

A modo de conclusión

La desaparición inevitable de los pequeños pueblos puede no operarse. Ahora mismo en aquellos que visitamos, se registran incluso construcciones de nuevas casas y radicación de gente con anterior residencia urbana con un tímido crecimiento poblacional. Ello no habilita un exagerado optimismo, pero permite actuar sobre bases menos catastrofistas en los intentos de reversión. Tal repoblamiento no excluye cambios e inconvenientes a raíz de la distinta población recién llegada y sus peculiares usos del pueblo.

Lo que aparece como un hecho nuevo es el surgimiento del *pueblo como sujeto político* y su acción colectiva desde una organización formal. Aún hay problemas de funcionamiento que limitan su acción, pero desde la entidad *Pueblos que Laten*, con la que trabajamos, se ha logrado inserción en terrenos importantes, como la agricultura familiar y el agroturismo de base comunitaria. Es de destacar el caso de Mechita, formalmente fuera de los criterios estadísticos que habilitan a una localidad para llamarse *pueblo*. Esto se completa con la declaración de la delegada pipinense enojada porque el Indec otorgó la condición de *fantasma* a su nativa Pipinas. “*Lo que te hace sentir pueblo no tiene que ver con la cantidad de habitantes*”, afirmó.

Estudios sobre pluriactividad plantean que otras tareas productivas pueden ayudar a superar limitaciones inherentes, en este momento, a la práctica de agricultura de tiempo completo.

También es de destacar que a partir del *derecho al arraigo* se han reactivado aspectos identitarios que se traducen en

expresiones artísticas. Ese parece ser un camino válido para la reconstrucción comunitaria, que coloca nuevamente a los pueblos en contacto con un colectivo variado. Todas las expresiones artísticas tienden a reconocer y afianzar la identidad. Creemos que el ataque a estas poblaciones, efectivizado desde causas objetivas como la pérdida de conexión con la red ferroviaria, el levantamiento de industrias en ellas instaladas o el recurso a la asistencia externa casi como única salida, fomentaron una profunda revisión y rescate de la propia identidad. Se revalorizan desde formas y costumbres de vida hasta los propios bienes culturales que se exhiben con orgullo frente al forastero.

Creemos que los daños infligidos a las pequeñas localidades se inscriben en el proyecto neoliberal que no dudó en desarticular la red de transporte ferroviario, imposibilitar la radicación de industrias en áreas rurales, obligar al cierre de las ya existentes y atentar contra antiguas formas de sociabilidad en pro del cultivo de un individualismo competitivo orientado por el afán de lucro. Tales agresiones generaron formas de defensa como, en los noventa, el trueque (Ratier y Etchichury, 2002).

Después del agravamiento casi terminal de la crisis, a partir de 2001, los poblados prueban otros caminos. Por ejemplo, el turismo rural. Como señalamos en otro trabajo (Ratier, 2012) hay una tendencia a “ruralizar” al lugar, a veces en desmedro de otras composiciones identitarias, por ejemplo, más cercanas a lo industrial. En nuestra experiencia, puede superarse esa tesitura incorporando toda la riqueza identitaria de una población, incluso al aspecto turístico.

La recurrencia al arte, desde una perspectiva económica y neoliberal, parecería incongruente con la angustia económica del momento. Por el contrario, representa un recurso fundamental para poder pensar la crisis —en especial, desde el teatro comunitario—, integrarse en redes con

otras comunidades que transitan la misma vía, multiplicar la fuerza de su mensaje y hasta aportar recursos para continuar la actividad. Los grupos en viaje expanden su mensaje frente a públicos variados, cultivan solidaridades, pelean en conjunto por reivindicaciones similares y refuerzan su valor instrumental. La aparición de organizaciones de pueblos en tanto sujetos políticos integradas por habitantes de las localidades es también un hecho nuevo inexistente en la década de los noventa.

Como polo opuesto a este intento organizativo, se yergue la propuesta de una ONG que se propone paliar el problema “inevitable” de la desaparición de estas poblaciones. No nos cabe a nosotros evaluar su acción, solo destacar que promover la participación popular parece un camino mucho más eficaz para revertir, desde sus propios habitantes, la decadencia que afecta a estas poblaciones cuya resistencia y acción son una esperanza mucho más sólida para detener y superar la proclamada extinción de esta forma de vida social.

Bibliografía

- Abramovay, R. (2000). *Funções e medidas da ruralidade no desenvolvimento contemporâneo*. Río de Janeiro, Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada.
- Ansaldi, W. (comp.). (1993). *Conflictos obrero rurales pampeanos (1900-1937)*. Buenos Aires, CEAL.
- Bauman, R. (1989). Estudios norteamericanos de folklore y transformación social: Una perspectiva centrada en la actuación. En *Serie de Folklore* núm. 10, pp. 3-19. Buenos Aires, Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Benítez, M. (1998). *La Argentina que desaparece*. Tesis doctoral. Universidad de Belgrano.

- Cádiz, N. y Regales, E. (2010). Pequeños poblados rurales. Expresiones artísticas por el derecho al arraigo. Ponencia presentada en el *Encuentro de Jóvenes Investigadores*, Fundación El Colegio Santiago del Estero.
- Etchichury, L. (2000). Clubes de campaña: espacios de identidad y poder en el centro de la provincia de Buenos Aires. Ponencia presentada en el *VI Congreso Argentino de Antropología Social*. Mar del Plata.
- Galeski, B. (1977). *Sociología del campesinado*. Barcelona, Península.
- García Canclini, N. (1982). *Las culturas populares en el capitalismo*. México, Nueva Imagen.
- Müller, A. (2007). De trenes y pueblos "fantasma": acerca del impacto de la reducción del servicio ferroviario en la Argentina. En *Desarrollo Económico*, vol. 46, núm. 184.
- Murmis, M. y Feldman, S. (2005). Pluriactividad y pueblos rurales: examen de un pueblo pampeano. En Neiman, G. y Craviotti, C. (comps.), *Entre el campo y la ciudad: desafíos y estrategias de la pluriactividad en el agro*, pp. 15-47. Buenos Aires, CICCUS.
- Pitt-Rivers, J. (1989). *Un pueblo de la sierra: Grazalema*. Madrid, Alianza.
- Proaño Gómez, L. (2013). *Teatro y estética comunitaria: miradas desde la filosofía y la política*. Buenos Aires, Biblos.
- Ratier, H. E. (2009). *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*. Buenos Aires, La Colmena.
- . (2012). "Reconstrucción de lo rural como intento de salida de la crisis. Turismo y cambios identitarios". En Wiggers, R., Ratier, H. E., Rodrigues, C. M. C. (orgs.), *Comunidades Rurais: organização, associações e lideranças*, pp.158-198. Manaus, EDUA.
- Ratier, H. E. y Etchichury, L. (2002). Globalización y crisis en el campo argentino: trueque en un poblado bonaerense. En Barros, H. de y Rubio, B. (orgs.), *Globalización y desarrollo rural en América Latina*, pp. 339-360. Recife, Imprenta de la Universidade Federal Rural de Pernambuco.
- Ratier, H. E., Del Campo, E., Etchichury, L., e Iriberry, M. (2001). Organizaciones rurales y cultura de las pampas: la construcción social de lo gauchesco y sus implicaciones. Ponencia presentada en la IV RAM-FORUM: Cultura y Organizaciones. Curitiba, Brasil.

Roig, A. A. (1995). *Proceso civilizatorio y ejercicio utópico en nuestra América*. San Juan, Fundación Universitaria.

Singer, M. (1972). *When a Great Tradition Modernizes*. Chicago, University of Chicago Press.

Capítulo 4

Globalización y crisis en el campo argentino

Trueque en un poblado bonaerense*

Aproximación metodológica

Esta ponencia se basa en un trabajo de campo relativamente prolongado (quince días) a cargo de equipos que incluyen a profesionales y estudiantes avanzados de antropología de las universidades de Buenos Aires y Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Fue posible gracias a un subsidio UBACyT de la primera universidad.¹ La redacción del trabajo se basa en las cuidadosas etnografías llevadas a cabo por Eugenia del Campo, Pablo Cardoso, Laura Díaz Galán, Carolina Diez Brodd, Verónica Liljesthröim y Mario Rodríguez.²

* El presente artículo fue realizado en coautoría con Leandro Etchichury (Universidad de Buenos Aires-NADAR), elaborado y publicado originalmente en 2002, en Barros, H. de y Rubio, B. (orgs.), *Globalización y desarrollo rural en América Latina*, pp. 339-360. Recife, Imprenta de la Universidade Federal Rural de Pernambuco.

1 Proyecto F086 Asociaciones, espacio social y acción política en poblados rurales bonaerenses.

2 Véase, al respecto, Iriberry, 2001.

Argentina en crisis

El caso argentino ha ganado las primeras planas de la prensa mundial sacudiendo a la región y contagiando sus efectos a los países hermanos. La imposibilidad de pagar la deuda externa, los efectos deletéreos de una política económica ortodoxamente neoliberal, la fuga de ahorros del sistema bancario y el “remedio” de impedir la quiebra de los bancos inhibiendo el retiro de fondos por parte de los ahorristas (“corralito”) generaron una explosiva situación. Gigantescas movilizaciones populares forzaron la renuncia, primero, de Domingo Cavallo, ministro de Economía impulsor de esas políticas, y luego la del propio presidente de la República, Dr. Fernando De la Rúa. Su efímero sucesor, Adolfo Rodríguez Saá, proclamó el *default* de la deuda externa. Duró solo una semana en el poder. Asumió entonces como mandatario provisional el Dr. Eduardo Duhalde, justicialista y perdedor en la elección anterior, quien eliminó la paridad monetaria con el dólar, dando fin a diez años de convertibilidad.

El nuevo gobierno debió enfrentar una situación económica muy difícil con la industria nacional destruida, las riquezas del país y los servicios públicos en manos del capital extranjero y una enorme presión del capital financiero internacional. El Fondo Monetario Internacional y otros organismos fiscalizadores manifestaron desconfianza hacia las políticas económicas implementadas y amenazaron con otras medidas de ajuste. En lo regional, se intentó instalar el ALCA, zona de libre comercio continental liderada por los Estados Unidos, en perjuicio del Mercosur que nuclea a Brasil, Uruguay, Paraguay y la Argentina, con participación de Bolivia y Chile.

La Argentina asiste hoy a fenómenos que eran impensables en una nación con mística de progreso, granero del mundo, gran productora de alimentos. Quebrado el aparato productivo, la situación social se precipitó. En mayo de 2002, la tasa

de desempleo alcanzaba el 21,5%; la de subempleo demandante, el 12,7%; y la no demandante, el 5,9% (Indec).³ En cuanto a la pobreza, cifras de mayo apuntan a un 53% de población pobre, y un 25% bajo la línea de indigencia. Regionalmente, el porcentaje de miseria varía entre un mínimo de 20% para la ciudad de Buenos Aires y un máximo de 80% para Formosa (*Página 12*, 22 de agosto de 2002; Indec).

Ello se traduce en un vuelco hacia labores marginales, como el reciclaje de residuos (los *cartoneros*), que ocupan a familias enteras en todas las ciudades del país. Miles de personas recorren las calles revisando las bolsas de basura en busca de material aprovechable, dado que el precio de cartones, latas y botellas ha subido al caer la paridad cambiaria y hacerse imposible la importación, como antes.

Los desocupados se encuentran organizados en agrupaciones de los denominados *piqueteros*, cuyo elemento de protesta más frecuente es el corte de rutas. Consiguieron participar en la distribución de paliativos laborales (planes *Trabajar*, y *Jefes y Jefas de Hogar*) antes en manos de la dirigencia política y sus punteros. Ponen en marcha actividades productivas y asistenciales, como la preparación de alimentos para los múltiples comedores que funcionan en escuelas y otros establecimientos, las panaderías, las bloqueras que fabrican ladrillos para la construcción, etcétera.

La gente de clase media se agrupa en asambleas barriales, en un principio para enfrentar las restricciones bancarias, luego volcándose hacia otro tipo de problemas. Todo esto genera una gran comunicación a nivel horizontal, formas democráticas de funcionamiento y una extrema desconfianza hacia la política formal, rechazo a los partidos, a legisladores y gobernantes, expresada por el lema “Que se vayan todos”.

3 <<http://www.indec.mecon.gov.ar>>.

Entre los recursos que proliferan en estos días, está el llamado *trueque*, forma de intercambio de crecimiento inusitado que se ha expandido por todo el país. A esa práctica y a su reflejo en pequeñas localidades rurales queremos referirnos en este artículo.

Esta dramática situación, que incluye desnutrición y hambre en medidas nunca vistas, repercute en el campo, incluidas la región pampeana y sus pequeñas poblaciones.

El campo hoy

Teóricamente, la nueva paridad cambiaria favorece a los productores agropecuarios. No obstante, esto debe relativizarse según las clases sociales implicadas. La devaluación, se afirma, provocó una gigantesca transferencia de ingresos al campo que triplicó sus ganancias. Eso pese a las retenciones aplicadas a las exportaciones, fuertemente resistida por los productores. Los cuatro principales granos, soja, maíz, trigo y girasol, triplicaron su precio y también la carne —superada la amenaza de aftosa— alcanzó mejor precio y accedió a mercados antes cerrados (Garzón, 2002).

Ese clima general se ve atemperado. Si bien los lácteos, en general, repuntaron con un buen ritmo exportador, disminuyó en un 8% la cantidad de tambos y cayó el 5% de la producción diaria de leche, lo que hace prever una baja del 7% respecto del año pasado. El precio de la leche, mantenido muy bajo por las usinas procesadoras, dio lugar a movimientos que llevaron a tirar la leche, algo chocante en un panorama de hambre como el que se vive. Si bien algo se consiguió en cuanto a precio, los valores son bajos y muchos productores se pasaron a la soja (Garzón, 2002: 7). Veremos más adelante una consecuencia de esta situación en la venta directa del producto.

El campo pagó el costo de la globalización, padeció éxodo demográfico, sufrió la llamada *flexibilización laboral*, en verdad precarización, y debió apelar a todo tipo de recursos para enfrentar la crisis. Las carencias en las ciudades han cortado la salida migratoria, otrora manejada como éxodo definitivo de la esfera rural, o bien como estrategia familiar para permitir continuar con la explotación.

El acceso a la tierra para vastas mayorías es imposible. En cambio, llegaron al país las llamadas *megaempresas*, grandes inversionistas como Soros o Benetton o figuras públicas del *show business* estadounidense atraídos por los precios accesibles, como Sylvester Stallone o Jane Fonda. El capitalismo se apodera de rubros antes en manos de productores pequeños o medianos, por ejemplo, el algodón o la caña de azúcar, e inaugura plantaciones de dimensiones desmesuradas para los usos locales.

La crisis en los pueblos

El pueblo en el que trabajamos tiene entre doscientos y trescientos habitantes, según los censos. Está enclavado en una zona dedicada a la ganadería de cría, con escasa agricultura en algunas localidades cercanas. La desocupación golpea fuerte dada la disminución en el requerimiento de mano de obra por los establecimientos pecuarios, que tradicionalmente no necesitan demasiada. Hubo compra de campos por grandes empresas que adquieren sus insumos fuera de la región y ocupan muy poca gente. Una de ellas perteneció a la firma Bunge y Born. Hoy, el titular es Born y su estancia alcanza a trece mil hectáreas.

El empleo fijo es una rareza y la gente vive de *changas*, es decir, trabajo eventual. Dadas las dimensiones de la localidad el empleo público todavía es importante, si bien el

plantel de la Delegación Municipal se redujo de ocho a cuatro empleados. El *Plan Jefas y Jefes de Hogar*⁴ habría de beneficiar a seis personas. Cinco trabajan todavía en el ferrocarril —reducido al tráfico de carga— luego de momentos de incertidumbre ante la amenaza de traslado a la cuadrilla ferroviaria.

Durante un tiempo estuvo cerrada la tradicional casa de remates de hacienda de la localidad, pero fue reemplazada por otra firma. Eso asegura trabajo a una decena de personas encargadas de manejar el ganado en los días de venta, cuando el pueblo se anima con la llegada de compradores. Hasta ese tráfico se ve perjudicado, sin embargo, por sistemas comerciales menos formales, transacciones arregladas por teléfono o por radio, concretadas por camiones que cargan y llevan animales a toda hora. Se habla de maniobras irregulares por parte de los propietarios de esos vehículos, integrantes de la elite local. De hecho, disminuyeron las ventas en el tradicional circuito de las ferias.

La vida pública del pueblo, el ritual cívico, se ha reducido de año en año. Hay una fiesta anual instaurada por el delegado municipal bautizada con el que se quiere que sea el lema del pueblo: *Aguirre*⁵ *Crece*.⁶ Su razón de ser es mostrar la vocación de progreso de la localidad, exhibir indicadores de su crecimiento. El primer año se inauguró un barrio de viviendas, con presencia del gobernador de la Provincia. En el siguiente, se puso en marcha un tambo para fabricar queso, que terminó fracasando. Después se entregó una sola vivienda destinada al médico del pueblo. En la última oportunidad, el festejo se redujo a la imposición

4 Plan social del gobierno que otorga a jefas y jefes de familia una mensualidad de \$150, pagados no en pesos sino en bonos, a cambio de cuatro horas de trabajo en diversas funciones. Se propagandiza como un derecho, y no como un subsidio. El dólar en estos momentos cotiza a \$3,60 cada uno.

5 Nombre ficticio, como el de todas las localidades rurales mencionadas y el de las personas que allí viven.

6 Ratier, 2002, véase en p. 173 de esta edición.

de nombres a las calles con las correspondientes placas metálicas esquineras.

Aguirre pone en práctica todos los recursos de que dispone para sobrevivir. Las mujeres cocinan y venden el producto a sus vecinos. Los hombres las ayudan a vender. Cuando se lanzó la campaña antiaftosa, hubo trabajo para los vacunadores por dos o tres días. La paga era escasa, pero incluía la comida diaria, retribución apreciada en estos tiempos.

Existe un buen nivel de servicios de salud y educación. Tras algunos episodios poco claros, la atención médica se ha normalizado y la localidad es centro de una red que sirve a parajes vecinos. Entregan en forma gratuita remedios fabricados por el hospital de Olavarría, cabecera del partido.⁷ Se brindan todos los niveles de enseñanza no universitaria, incluso el secundario obligatorio, lo que asegura al pueblo un contingente bastante nutrido de jóvenes. Los que completan el ciclo, sin embargo, tienen dificultades para continuar estudiando o ingresar al mundo laboral.

Falta o escasez de trabajo, baja remuneración y angustia familiar han generado un vuelco en las actividades productivas aguirrenses. Parte de la población, en particular los jóvenes, se dedica a la caza de animales silvestres con diversos propósitos. La coyuntura económica es favorable para productos de exportación y uno de ellos es la liebre (*Lepus europaeus*), cuya carne desde antiguo es procesada en un frigorífico y enviada a Alemania. El precio por animal se triplicó y hay muchos acopiadores que los compran. Otro tanto sucedió con la llamada *nutria* (coipo, *Myocastor coypus*), cuyo cuero también se revalorizó. Al aumentar el precio del principal producto local, la carne, tanto vacuna

7 Hay una directiva municipal para cobrar por esos remedios, pero el personal de salud no la aplica alegando que no les fue comunicada oficialmente. Todo indica una resistencia a arancelar un servicio gratuito, cuestionando la creciente privatización.

como ovina, la gente busca sustitutos silvestres, y así pasa a consumir mulitas (*Dasypus septemcinctus*), especie en peligro de extinción. Aparecen, en las cocinas, milanesas de chajá (*Chauna torquata*), ave poco palatable, o hamburguesas de “avestruz” o ñandú (*Rhea americana*).

Los pobres urbanos y rurales apelan a recursos paralelos: invaden espacios públicos o se aventuran en los privados en busca de sustento, apoderándose de lo que consideran *res nullius*. En un caso son los desechos amontonados en las calles. En el otro, los animales silvestres, sin dueño, del campo.

Según los aguirrenses, la crisis ha llevado al pueblo a gente de ciudades, como Olavarría. En verdad, contabilizamos pocos casos. Se afirma que la vida en el campo sería más fácil y barata, y entre los recursos diferenciales favorables estaría la disponibilidad de animales silvestres.

La presencia de camionetas con reflectores que conducen a los cazadores de liebres es cuestionada por la población, que los considera sospechosos. Se dice que cortan los alambres, penetran ilegalmente en los campos, y aun que practican el cuatreroismo.

En medio de esa explotación exhaustiva del medio provocada por la crisis, aparece hoy un nuevo recurso social.

El trueque y su auge

El veloz crecimiento de los clubes de trueque a lo largo del país ha generado tentativas de análisis que resumiríamos en dos extremos explicativos: instancia superadora del deshumanizado mercado capitalista, en pos de la recuperación de valores sociales solidarios en la economía y, por lo tanto, en oposición al concepto de maximización de utilidades; o bien, retroceso a formas más elementales de operaciones económicas, estrechamente vinculadas al violento

proceso de desarticulación social, política y económica que vive la Argentina. Según los últimos informes disponibles,⁸ el fenómeno alcanza a cinco mil clubes que comprometen la participación de más de dos millones y medio de personas, lo cual coloca a la Argentina a la cabeza mundial en la reorganización de esta modalidad de intercambio.

Del primer “nodo” —sede donde se realizan las ferias— en 1995, se pasó a diecisiete en 1996, cuarenta en 1997, ochenta y tres en 1998, doscientos en 1999, cuatrocientos en 2000, mil ochocientos en 2001, hasta alcanzar los cinco mil actuales. Se estima que diariamente se abren treinta nuevos “nodos”.⁹

La sola enumeración de estos datos señala una estrecha vinculación entre el crecimiento del trueque, en la Argentina y la agudización de la crisis con sus efectos sobre el desempleo y los niveles de ingresos. En el partido bonaerense de San Martín se detectó que el 58% de los participantes se encuentran desocupados y, de ellos, el 66% asegura que la actividad del trueque es fundamental para obtener los elementos básicos para su subsistencia.¹⁰

Esta renovada versión de una vieja práctica económica se organiza a partir de los llamados *nodos*, espacios sociales para el intercambio de bienes y servicios autorizados según estrictas normas del grupo.¹¹ Los *nodos* pueden operar entre

8 Trabajo del Centro de Estudios Nueva Mayoría (*Le Monde Diplomatique*, junio de 2002).

9 Trabajo del Centro de Estudios Nueva Mayoría (*Le Monde Diplomatique*, junio de 2002).

10 Marquini, Jorge, “Economía de trueque”, *Clarín*, 5 de mayo de 2002 (*Le Monde Diplomatique*, junio de 2002).

11 “Las reglas de comportamiento y negociación son compartidas, siendo la negociación sin dinero y la prohibición del comercio de drogas y prostitución las tres más importantes” (Revista *Punto G*, Guadalajara, México, mayo de 2002). La participación de un número limitado de personas por *nodo* (alrededor de doscientas) es otra de las pautas sugeridas, con el objetivo de alcanzar una mejor interrelación a partir del conocimiento mutuo.

ellos y cada uno es representado por un coordinador electo por los miembros participantes, aunque, como veremos, no siempre es así. Su organización espacial es similar a la de las ferias, con puestos instalados ordenadamente en un espacio común, desde los cuales ofrecen sus productos y servicios. Cabe destacar que los bienes ofrecidos no son necesariamente de elaboración propia. Escuelas, iglesias, centros culturales y otros espacios públicos son el continente desde donde los *nodos* despliegan su particular dinámica.

Sus inspiradores¹² han desarrollado una terminología ligada a la moderna sociedad de la informática. *Redes*, *nodos* y hasta el concepto de *prosumidor*¹³ tomado del “futurólogo” norteamericano Alvin Toffler, autor del libro *La tercera ola* (1980), buscan resignificar una práctica económica que está asociada a un pasado *primitivo*.

Para integrar estos clubes de trueque, se requiere el pago de una suma de dos pesos, único momento en que aparece la moneda de curso legal. Desde la organización, este hecho se justifica para cubrir gastos específicos, y que en una sociedad como la argentina, donde la actitud de desconfianza hacia las instituciones es moneda corriente, no deja de provocar comentarios, si bien aislados y sin probados fundamentos, respecto de las dudas sobre el destino del dinero recaudado.

Diferencias internas derivaron en dos grandes redes, la Red Global del Trueque —con sede en Bernal— y la Red de Trueque Solidario, que hoy reagrupan a la mayoría de los “nodos” [...] del país, cuyo funcionamiento es independiente y horizontal. Si bien aún se reali-

12 “Un grupo de ecologistas preocupados al mismo tiempo por la calidad de vida que por el crecimiento acelerado del desempleo”, residentes en la localidad de Bernal, provincia de Buenos Aires (Primavera, Heloisa, “Moneda Social: ¿gatopardismo o ruptura de paradigma?” <www.geocities.com/RainForest/Canopy/5413/index.html>).

13 Productor y consumidor en una misma persona.

zan algunos intercambios directos, el trueque entre “prosumidores” —productores y consumidores— funciona de manera “multirrecíproca” por medio de una “moneda social”, no convertible, denominada “crédito”. Esta moneda, emitida por los clubes para evitar los inconvenientes del trueque directo y facilitar el intercambio, es el eje de una lógica económica diferente. (Stancanelli, Pablo, *Le Monde Diplomatique*, junio de 2002, s/p)

La aparición de esta nueva moneda paralela¹⁴ a la oficial, que se suma a los múltiples bonos emitidos por distintos gobiernos provinciales, ha tenido su efecto en la economía formal, reemplazando en algunos lugares a los casi extintos pesos, circunstancia que la lleva a funcionar como moneda local. Algunos municipios han aceptado el pago de impuestos a través de estos *créditos*, a la vez que son utilizados en la compra o alquiler de viviendas, y aun de campos, y hasta en programas vacacionales. Recientemente, un juez de familia autorizó a un padre a pasar alimentos en *créditos* para su hijo.

Cada *crédito* asume el valor de la unidad monetaria nacional, y la valía del artículo o servicio lo establece libremente el productor en referencia con el mercado formal.

Para la Red Global del Trueque:

Aún la red no tiene grupos de discusión que busquen consensuar las “fórmulas” para establecer el valor de las cosas, nos manejamos con grupos heterogéneos donde prevalece más lo intuitivo que lo justo. Y en estos momentos estamos con el tema de la “reventa” dentro de la red que provoca una desviación del valor de algunos

14 El “*crédito*” nace luego de transitar una breve experiencia utilizando un sistema de libreta centralizada, planillas, luego cheques nominales y tiques.

artículos de primera necesidad. Esto se está neutralizando con compras comunitarias.¹⁵

La falsificación de créditos y la especulación en los precios son vicios que se filtran en el nuevo sistema.

El Estado parece asumir una actitud dual respecto de este nuevo fenómeno social. A la vez que en numerosos lugares brinda su apoyo, no le deja de causar preocupación el crecimiento de una economía paralela, con moneda propia y, hasta el momento, con escasa capacidad de supervisión, aun en cosas tan elementales como las condiciones en que se encuentran los productos alimenticios que se ofrecen. Por su parte, la total independencia de estas redes del mismo Estado comienza a manifestar su costado problemático, como en el caso de las falsificaciones de *créditos*, actividad que no puede penalizarse porque no es un delito tipificado.¹⁶

Pero no fue solo el Estado el preocupado por esta actividad. Numerosos comerciantes intentaron gestiones ante el poder político, aduciendo verse afectados en su empresa. Finalmente, ante la realidad de un vertiginoso desarrollo del trueque, los propios comerciantes comenzaron a participar de él con productos de sus negocios.

Entre otros, la Red Global del Trueque postula los siguientes principios:

- » -Nuestra realización como seres humanos no necesita estar condicionada por el dinero.
- » -Sostenemos que es posible reemplazar la competencia estéril, el lucro y la especulación por la reciprocidad entre las personas.

15 <www.geocities.com/RainForest/Canopy/5413/index.html>.

16 En agosto de 2002 y ante la creciente falsificación de *créditos*, la Red Global del Trueque extremó las normas de seguridad para sus bonos tal como si fueran billetes de banco: transparencias, líneas de agua, papel especial, etcétera. Es la propia Red la encargada de imprimir sus *créditos* y montar un sistema para sanear el circulante.

- » -Creemos que nuestros actos, productos y servicios pueden responder a normas éticas y ecológicas antes que a los dictados del mercado, el consumismo y la búsqueda de beneficio a corto plazo.
- » -Los únicos requisitos para ser miembro de la Red Global de Trueque son: asistir a las reuniones grupales, capacitarse, y ser productor y consumidor de bienes, servicios y saberes, en el marco de las recomendaciones de los círculos de calidad y autoayuda.
- » -Creemos profundamente en una idea de progreso como consecuencia del bienestar sustentable del mayor número de personas del conjunto de las sociedades.¹⁷

En la actualidad el fenómeno del trueque ha cobrado auge no solo en Argentina, sino también en países como Uruguay, Colombia, México, El Salvador, Perú, Bolivia, Brasil y Chile. Aún países centrales, como Canadá, Estados Unidos, España, Finlandia, Bélgica, Gran Bretaña, Holanda, Francia y Japón, alejados de las crisis latinoamericanas, han visto crecer esta economía del trueque dentro de sus propias fronteras. Así los términos van cambiando de país en país. Los *clubes del trueque* argentinos equivalen a los *tianguis* en México, los *SELS* en Francia o el *Ithaca Hours* en los Estados Unidos; los *créditos* son los *talentos* en Colombia o *no dines* en España.

Para Heloisa Primavera (s/f)¹⁸ el modelo argentino se caracteriza respecto del resto por la emisión de una *moneda social* casi desde sus inicios, el desarrollo de lazos comunitarios a partir de encuentros semanales y de las propias jornadas de trueque, y la...

17 La institución de *principios* como guía ética fue repetida por la Red de Trueque Solidario y por los *nodos* locales independientes, estableciendo una pauta estructural en la materia. La llamada Red Solidaria reivindica a la persona como principio de la economía, al trabajo como elemento supremo y al crédito solo como un instrumento.

18 *Community Currency Devises*. Sitio canadiense con información de mercados paralelos y monedas comunitarias en Asia, África y América latina.

... configuración abierta en Red, a partir del momento en que los intercambios se empiezan a hacer entre varios clubes que se reconocen y se organizan en su autonomía. Los participantes construyen una doble pertenencia, a su Nodo o Club de origen y a la Red como un todo, afianzando una nueva pertenencia múltiple.

El trueque y la crisis local en Aguirre

En la ciudad de Olavarría, por disposición municipal, se legalizaron formas no ortodoxas de comercialización acordes con la crisis, como la venta directa de leche no pasteurizada de los tambos a los hogares urbanos. Las plantas procesadoras pagan un máximo de veinte centavos a los productores, y el litro de leche envasada se vende a más de un peso en los supermercados. Ahora el producto se ofrece a cincuenta centavos al público, envasado en botellas plásticas de gaseosa. La oficialización por la comuna de tal práctica, que ya era frecuente en todo el interior bonaerense, despierta polémica en los medios sanitarios.

Asimismo, ante la falta de salida laboral y las crecientes carencias alimentarias, el trueque pasó a ser una opción importante en toda la zona, con apoyo oficial. En la ciudad cabecera y en las localidades del interior del partido se multiplican los nodos a los que acude una población variada. La nueva actividad está siendo incorporada en las prácticas cotidianas.

En Aguirre, la gente intercambia de forma espontánea productos de la huerta por huevos caseros, mermeladas por ropa, empanadas por azúcar. El trueque vino a estructurar una conducta ya existente, con matices diferenciales. Una vecina así lo relataba:

M: ¿De la verdura de la quinta te queda algo para vender? ¿No las vendés en el centro?

S: No, ahora no, salvo muy personalmente. Ahora como que está más nuevita, pero tenía una acelga así, algunas como que nos truequeamos, ponele, la que tiene huevos cambia por la acelga [...] y así. Porque no quieren cobrármelos, dicen, me los truequeás por la acelga, o yo te doy los huevos y me mandás acelga, perejil, como entre compañeras...

El neologismo *truequear* como término nativo (y no el *trocar* castizo) se define por la complementariedad de lo cambiado (“la que tiene huevos cambia por acelga”) e implica una forma de reciprocidad que evita la deuda jamás paga de la dádiva (“Porque no quieren cobrármelos...”) transformando la transacción en equivalente (Mauss, 1979).

El trueque no se vive, sin embargo, como una forma de intercambio normal, sino excepcional, solo justificable por la crisis. Uno de nuestros informantes, panadero, nos decía que el trueque no anduvo en Aguirre porque no hay miseria suficiente. En Olavarría en cambio, sí, lo que aseguraría el éxito de los nodos.

Los dos nodos

Existen en Aguirre dos clubes de trueque, nacidos casi simultáneamente, a los que llamaremos del Bajo y del Alto, intentando reflejar sus connotaciones clasistas, justificables tanto desde el punto de vista estructural como por su lugar en el sistema de representaciones local.

El *Nodo del Bajo*, llamado *Nodo 2002*, nace de la experiencia de su creadora, Mercedes, quien frecuenta trueques en

Olavarría y, a instancias de un primo, se propone inaugurar un club en Aguirre.

Yo tengo un primo en Olavarría que hace más tiempo, casi desde que se inició que está, y siempre que me veía me decía: tenés que llevar el trueque a Aguirre, pero yo andaba ocupada en otras cosas.

Y después empezó por tantas necesidades que había acá. Yo, primeramente fue mía, pero no era solamente mía la necesidad, vi que era de muchos, así que dije voy a probar, voy a ver. Primero me metí yo, digamos, para hacerme socia del trueque. Y empecé a ir a Olavarría y me dice mi primo: por qué no te formás un nodo allá, que con veintisiete personas armás uno. Y bueno, así que le pregunto cómo tengo que hacer y como que no me presenté a los coordinadores que vienen de Buenos Aires a hacer franquicias directamente porque mi primo se hizo cargo de todo, me llevó los papeles porque él sabe que yo acá no tengo cómo...

La iniciativa se gestó en reuniones en la modesta casa de la mujer, hechas tras una larga caminata casa por casa, de la que resultaron sesenta y dos socios, más que el mínimo de veintisiete exigido. Toda su familia la apoya, comenzando por el esposo, que, en una ocasión, ofreció su camión para, pago de combustible mediante, trasladar *prosumidores* aguirrenses a poblaciones vecinas. Esta parece la red preferida del grupo de Mercedes: las localidades cercanas, aunque es inevitable la convocatoria a gente de la capital del partido. El primo de la mujer que le planteó la idea utiliza su combi para trasladar gente de Olavarría al nodo. Otro primo, cantante de orquesta, llevó con urgencia los papeles a la ciudad cabecera.

Mercedes reconoce que, gracias al trueque, conoció mejor a todos sus vecinos. Las visitas fueron demoradas, e incluso a veces se quedaba durante horas explicando la iniciativa. Ahora tiene su propia clientela, gente que no fue al otro trueque.

Pragmática, Mercedes se adscribió a las dos redes de trueque presentes en Olavarría, especulando con las ventajas de ambas.

Ellos vinieron, los de Buenos Aires, e hicieron la franquicia. Yo entrego todo: tengo que llenar una hoja con los datos de los socios, entonces yo mando todo eso, fotocopia del DNI y \$2 tenía que cobrar a cada persona. Yo cobraba \$3 porque me dieron un papel que yo cobrara \$3, yo para la franquicia tenía que mandar \$2 y \$1 me quedaba para mí, que es lo que yo me manejaba acá con fotocopias, con teléfono, todo eso. Y me mandaban cincuenta créditos para cada persona. Pero en Olavarría, cuando mi primo me hace esta propuesta, en Olavarría había un crédito local. Habían abierto un crédito local también. Y justo es el coordinador principal el que me presentó en Olavarría, tanto del arbolito como del local,¹⁹ así que asocié para los dos. En el local se entregaban sesenta créditos con el mismo dinero.

En su club circulan las dos monedas sociales vigentes, que se aceptan indiscriminadamente. Su accionar sorprendió al otro grupo, que pensaba haber sido original en su iniciativa. Cuando este intentó lanzarse, ya buena parte de la población estaba asociada, y no se permite pertenecer a dos nodos simultáneamente.

19 Los créditos de la Red Global tienen como símbolo impreso un árbol, por lo que se los denomina *arbolitos*. Eso los distingue de los otros créditos.

Y sabés que hubo un problema porque cuando traje el trueque acá, sin saber que el delegado, con una gente de acá que tienen campo y eso, estaban por traer el trueque a Aguirre. Pero ellos, claro [...] ellos hacen reuniones en la escuela. Cuando yo hago esta reunión del trueque acá, como que sorprendió a todo Aguirre. Pero yo sin saber. Entonces medio como que se enojaron de que yo traía el trueque a Aguirre. No podía ser. Porque siempre los mismos que están en esa comisión son los que hacen y deshacen en Aguirre, organizan todo. Entonces [...] y pasé muchísimas hasta que pude hacer. Y le dije: no voy a bajar los brazos.

Mercedes disputa con el grupo del Alto el uso del local público más cotizado del pueblo: el Club Social.²⁰ Lo consigue, primero por avatares climáticos que inhibieron la inauguración del otro trueque, luego por organización. Reclamó ante el delegado municipal:

Entonces fui a hablar con el delegado a ver por qué, si el trueque no estábamos hablando de que era solidario. Y la señora que traía el [otro] trueque es una señora de Hortensias que es doctora. Vinieron los de la radio, los de la TV para cuando el otro nodo que se iba a hacer. Entonces le dije al delegado: ¿por qué no lo podía hacer yo? ¿Porque no soy la señora de un doctor no puedo hacer eso acá? No, me dijo, quedate tranquila.

Los socios del Nodo del Bajo se reclutan mayoritariamente en el llamado *otro pueblo o pueblo Gutiérrez*, considerado más pobre que Aguirre, o el centro.²¹ En la percepción

20 Véase Etchichury, 2000.

21 Pese a que Aguirre es administrativamente un solo pueblo, los lugareños reconocen la existencia de otro al que llaman *Gutiérrez*. Sus terrenos corresponden a otra estancia cuyo dueño llevaba ese apellido, pero que se negó a ceder tierras para construir la estación.

local, los dos nodos se identifican respectivamente con la pobreza y la riqueza.

En lo que todos coinciden es en el atractivo de la carne como principal elemento de trueque en Aguirre, rara en otras localidades. Mercedes diferencia sus mercaderías:

Y después ellos [el otro nodo] hicieron, sí, pero con mucha gente de [...] cómo te puedo explicar [...] del campo, y que no traen [...] Porque yo digamos lo formé con [...] la mayoría de mis socios traen alimentos. Lo que es carne, de todo y es lo que sale a buscar la gente de afuera. Desde gallina, mulita, peludo, todo, sí. En cambio el otro nodo que se armó es mucha gente de plata y tenían muchos retratos [...] [pregunta al marido] ¿la señora de G., qué era lo que hacía? —Tapices— Ahh [...] Claro, la gente no busca eso, como está la situación la gente lo que busca es comida. Pero yo le pedí a la gente de Olavarría que trajeran mercadería, que es lo que precisamos la gente de acá. Porque acá es muy caro.

El Nudo del Alto, bautizado *Amigos de Aguirre*, está encabezado por el estanciero Lombardini, ex empresario urbano. Sus promotores carecen de experiencia y no recurrieron al trueque por razones económicas, sino políticas. El delegado municipal, en el cargo desde 1984, apareció cuestionado en el periódico de la zona por demorar la entrega de documentación. Como resultado, la población se dividió a favor y en contra.

... porque acá, tenemos un pequeño problema. Ahora parece que está un poco más tranquilo, pero hubo un momento que había una división en el pueblo. A consecuencia de eso tuvimos esa reunión con el intendente, porque [...] dijimos, ¿cómo puede ser que seamos tan poquitos y que haya una división tan gran-

de en este momento? Y entonces, ¿qué podemos hacer? Yo no quiero que en mi pueblo pase esto [...] porque soy nacida y criada, y yo quiero que todos estemos integrados y que todos seamos uno. Siempre fue muy difícil este lugar, como son los pueblos así, en todos lados pasa lo mismo. Entonces, este, bueno, íbamos a ir a Olavarría, pero coincidió que él [el intendente] tenía que venir a Aguirre, entonces, tuvimos una charla con él, y nos propuso que hiciéramos el Club del Trueque... (Mujer dirigente de grupo tradicionalista, esposa de encargado de estancia)

A falta de un órgano formal de consulta —como el Concejo Deliberante municipal—, existe en el pueblo un grupo afín al referido funcionario local. Lombardini, su líder virtual, lo definió como “la peña”, “los notables” o, jocosamente, “el Rotary de Aguirre”. Lo forman el referido estanciero y su esposa, directora de una escuela; un encargado de estancia y su mujer, dirigente de una agrupación tradicionalista; directivos de empresas consignatarias, profesionales, docentes y otras personas con militancia en asociaciones. No llegan a diez, pero concentran un considerable poder económico para la limitada dimensión pueblerina. Un negocio de veterinaria y peluquería es su lugar de reunión informal, y el local escolar, su ámbito más institucional de deliberaciones. Son visualizados por el resto de la comunidad como un grupo de poder. Su propósito al implantar el trueque es explícito: “Arrancamos a ver si podíamos hacer una actividad, era para calmar un poco a la población porque estaba un poco una [...] ebullición, que venía dividiendo al pueblo y entonces, no, ¿qué hacemos acá?...” (Lombardini).

Para poner en marcha el club del trueque son derivados hacia la localidad de Hortensias, con un buen desarrollo en

ese sentido e integrada en la Red Global. Acuerdan establecer intercambio:

... entre las ideas que salió [...] a ver [...] ¿iqué pasaría con lo [...] con lo del trueque? Bueno. Nosotros no teníamos ni noción de cómo era el tema, y fue cuando nos comunicó el intendente, nos dijo que fuéramos a ver a esta señora, domingo a la mañana [...] Después nos explicó toda la filosofía, nos dio papeles, folletos, cómo era la mensualidad y todo eso y [...] y una de las preguntas que yo me hacía, y que se la pregunté a esta señora, fue [...] ¿a usted le parece que con una población tan chiquitita puede llegar a funcionar? “Sí, sí, tiene que funcionar”, dice [...] Ellos arrancaron con [...] no sé si con diez o quince, con diez o quince socios y tienen más de quinientos ahora. (Lombardini)

El grupo instructor les gustó: “A mí me encantó ese nodo porque la señora, incluso es la señora del médico la que dirige el nodo de [...] de Hortensias. Y, este, una barbaridad el tipo de gente, bueno, todo todo, muy lindo, muy lindo. Muy lindo” (Mujer integrante de “la peña”).

Superados los problemas de superposición con el otro nodo, la experiencia fue estupenda. Dos ómnibus trajeron a los hortensienses en el papel de compradores (los grupos que intercambian asumen uno u otro papel, nunca ambos).

Bueno, fue [...] bárbaro como [juntamos] como doscientas [...] doscientas y pico de personas [...] Y le interesa muchísimo a la gente de Olavarría, le interesa muchísimo porque acá hay [...] [con énfasis] *carne!* tanto de animales silvestres, como oveja, eso [...] queso, no se ve, prácticamente en los trueques de Olavarría. Se desesperan. Porque, ya partiendo de la base que en

los trueques lo que [...] se comercializa, llamémosle así, el sesenta por ciento es comestible. (Lombardini)

La carne de ovino fue aportada por un encargado de estancia. Las mujeres prepararon escabeche de vizcacha, hamburguesas de avestruz y milanesas de chajá. Los forasteros arrebatan la mercadería, que incluía también tortas, empanadas, panqueques, canelones. Igual que los del otro nodo, los organizadores se quejan de la falta de mercaderías aptas para llenar las necesidades de los prosumidores locales.

... se necesitan otras cosas, artículos de necesidad, como yerba, azúcar, harina, fideos, esas cosas que aquí, no haciéndolo acá, no lo tenés, entonces, ¿qué pasa? Que irremediamente o te tenés que ir, a Olavarría, o te tienen que venir de Olavarría. Y los que te vienen de Olavarría se hacen, tres, cuatro horas entre los viajes y lo que están acá, vienen a sacar provecho, no vienen como realmente... (Lombardini)

El segundo y último trueque del grupo del Alto no fue exitoso. Menos gente, esta vez de Olavarría, mercadería innecesaria para los aguirrenses, ansiedad por llevarlo todo. En la visión de Lombardini: “Vienen con los vicios ya [...] de la ciudad, porque en Olavarría hay tanta cantidad de [...] hay más de ciento cincuenta, y algunos son, inclusive se han, medio, como [...] degenerado un poco la cosa, lo hacen los coordinadores para beneficio propio de ellos...”.

Según algunos testimonios, el líder de este grupo “no quiere pobres” y le molestaría el bajo nivel de concurrencia. Algunos vecinos se quejan de que, tras asistir, les sobraron créditos por no encontrar mercaderías aptas para cambiar. Otros descreen del trueque en sí y se ríen de los forasteros: “A los de Olavarría si les das un perro carneado se lo llevan. ¡Tienen un hambre!”.

El futuro

El auge del trueque parece haber alcanzado un techo y el control del intercambio se hace cada vez más difícil. En su forma tradicional el trueque implica, necesariamente, complementariedad y conveniencia mutua. Es un contrato privado y construye relaciones diádicas y, aunque admite el regateo, sus precios o equivalencias son mucho más estables que los del mercado. Son productos de la actividad económica de quienes truecan (por ejemplo, entre pastores y agricultores) y se extienden por largos períodos; a veces, generaciones. En nuestra sociedad, pese a las buenas intenciones de quienes ven en el trueque una alternativa al mercado, hay una relación determinada que condiciona a todas las otras y que se vincula a dicho mercado. En la clásica formulación marxiana: “Es como una iluminación general en que se bañan todos los colores y que modifica las tonalidades particulares de estos. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí se destacan” (Marx, 1977: 225).

El trueque moderno no se basa en la confianza, como el tradicional, y debe ser controlado y condicionado. En el caso analizado, la complementariedad se hace difícil. Elementos de trueque urbano, como las artesanías ornamentales, no funcionan en un pequeño pueblo de campo. La ropa usada no compensa la oferta de carne de animales silvestres, producto de esforzadas cacerías de familias y jóvenes desocupados. Eso se vive. Lombardini, cabeza del Nodo del Alto, reconoce:

... lo vamos a tener que replantear muy bien, yo creo, el tema este, antes, de largarlo otra vez. Y arrancamos ya en un nivel medio alto, y arrancamos entonces no podemos verlo así [rebajado de nivel].

Pero yo estoy viendo, yo estoy viendo que [...] si no tenés una cantidad de gente, qué sé yo, por lo menos ciento cincuenta personas, porque con la gente de acá solamente tiene casi todos la misma, el mismo producto...

No fue posible devolver la visita a los de Hortensias. No se consiguió juntar la gente para alquilar un colectivo, y siempre se tropieza con el problema de los caminos, intransitables ante cualquier lluvia. La gente del Alto se detuvo tras sus dos versiones del trueque, una buena y otra floja. La del Bajo no sabe si va a seguir, si bien su radio de acción es más modesto y pragmático.

La disputa entre los dos trueques revela conflictos. El trueque del Bajo se arma a partir de necesidades primarias y su proselitismo se dirige a la mitad más humilde del poblado. En esa prédica, la fundadora conoce en profundidad a vecinos que antes no frecuentaba. El nodo es obra de una familia emprendedora que utiliza el parentesco como vía de acción y se vale de su práctica en la actividad para implantarlo. El Nodo del Alto nace a instancias de la autoridad comunal y política para restablecer la unidad pueblerina alterada por cuestionamientos. Está a cargo del grupo de poder, elitista, que ingresa en el mundo del trueque, que desconocía, asesorado por otro grupo de elite. No consigue reciprocidad de la visita de sus instructores y su organización es visualizada por los pobladores como “el trueque de los ricos”.

El enfrentamiento de los del Bajo con ese grupo y la disputa por espacios puede vincularse al clima general del país, donde la horizontalidad de las relaciones se impone y toda autoridad es cuestionada (“Que se vayan todos”). El grupo del Alto tiene su sede en un local de comercio ocupado por dos de ellos, así como en la escuela cuya asociación cooperadora dominan.²² El grupo del Bajo utiliza la casa de la fundadora y,

22 El presidente de la Asociación Cooperadora (“*Presidente de la escuela*”, en términos nativos) no tiene hijos que vayan a ella. Dice que debió asumir el cargo porque “no se puede confiar en

al pensar que no contaría con el club, buscó sustitutos en galpones de ferrocarril o en una iglesia protestante. Lo que todos sienten como propio es el Club Social y discuten su derecho a utilizarlo.

En todo Olavarría en general se habla de decadencia del trueque. El cambio de productos manufacturados por los prosumidores no siempre es posible, y se necesita dinero para adquirir productos (como en todo trueque).²³ Hay otros problemas, como la eventual presencia de artículos robados o sin el debido control sanitario.

No tenemos datos concretos de si los dos trueques de Aguirre se desactivaron. El del Alto parece desanimado al no poder mantener el nivel del primer encuentro. El del Bajo apela a recursos más modestos (vehículos menores, viajes a localidades cercanas) y había concretado cinco reuniones. Lo que aparece evidente es que el enfrentamiento entre ricos y pobres, la, para muchos, obsoleta lucha de clases aparece por debajo y entreverada con la novedosa propuesta de solidaridad que alimenta teóricamente este tipo de transacciones.

Bibliografía

Casaverde, R. J. (1981). El trueque en la economía pastoril. En Llobera, J. R. (comp.), *Antropología económica. Estudios etnográficos*, pp. 131-145. Barcelona, Anagrama.

Coraggio, J. L. (sin fecha). *La Red de Trueque muestra las posibilidades de la economía popular*. En línea: <<http://www.fronesis.org/jlc>> (consulta: 10-12- 2001).

los padres". Es una versión local de "la carga del hombre blanco", esgrimida como justificación por los imperialistas.

23 Véase Casaverde, 1981: 138.

- Etchichury, L. (2000). Clubes de Campaña: espacios de identidad y poder en el centro de la provincia de Buenos Aires. Ponencia presentada en el VI Congreso Argentino de Antropología Social. Mar del Plata.
- Garzón, A. (2002). Agro. Fuerte repunte en los lácteos. El negocio que da leche. En "Suplemento Cash", *Página 12*, 11 de agosto de 2002.
- Horowitz, S. (2002). *El trueque en la encrucijada*. En línea: <<http://ar.geocities.com.reddeltrueque/>> (consulta: 15-07-2002).
- Indec, <<http://www.indec.mecon.gov.ar>>
- Iriberry, M. (2001). *Etnografía de la etnografía. Crónicas de trabajo de campo*. Olavarría, mimeo.
- Le Monde Diplomatique* (2002). *Trabajo del Centro de Estudios Nueva Mayoría*. Junio de 2002, Buenos Aires.
- Marquini, J. (2002). Economía de trueque. En *Clarín*, 5 de mayo de 2002.
- Marx, K. (1977). *Contribuição à crítica da economia política*. San Pablo, Martins Pontes.
- Mauss, M. (1979). Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas. En *Sociología y antropología*, pp. 153-263. Madrid, Tecnos.
- Navarro, R. (2002). Quejarse de lleno. En "Suplemento Cash", *Página 12*, 11 de agosto de 2002.
- Poggiese, H. (moderador) (2001). *Redes de Trueque en América Latina. ¿La alternativa buscada o un amortiguador del modelo?* En Biblioteca *Urbared*, sitio web de la biblioteca: <<http://www.urbared.ungs.edu.ar/>>.
- Primavera, H. (s/f). Redes de trueque en América Latina. ¿Quo Vadis? En *Urbared, Portafolio de Experiencias*, núm. 4. En línea: <<http://www.urbared.ungs.edu.ar/>> (consulta: 13-07-2002).
- Ratier, H. E. (2002). Asociativismo y poder en la campaña bonaerense. Una aproximación etnográfica. En Villafañe, A. (comp.), *Construyendo lo local*, pp. 175-201. La Plata, NuRES-Al Margen.
- Razeto, M. L. (sin fecha). *La economía de solidaridad: concepto, realidad y proyecto*. En *Urbared*. En línea: <<http://www.urbared.ungs.edu.ar/>> (consulta: el 08-06-2002).

- Sin autor. (2002). Las reglas de comportamiento y negociación son compartidas, siendo la negociación sin dinero y la prohibición del comercio de drogas y prostitución las tres más importantes. En *Revista Punto G*. Guadalajara, México.
- Singer, P. (1998). Crise do trabalho e economia solidária. Seminário de Tropicologia, Universidad Federal de Pernambuco. Recife. En línea: <<http://paissandu.fundaj.gov.br/dosc/tropico/semi>> (consulta: 18-06-2002).
- Stancanelli, P. (2002). Sin título. En *Le Monde Diplomatique*, junio de 2002. Buenos Aires.
- Toffler, A. (1980). *La tercera ola*. Bogotá, Plaza y Janés.

Capítulo 5

Sobrevivir sin tierra

Estrategias para reproducirse y crecer entre encargados de campo y empleados rurales*

Los pueblos de campo

La población dispersa de nuestra pampa húmeda registró cierta aglomeración geográfica, primero en los cruces de caminos (ocupados por las pulperías), luego en las estaciones de tren. Estas últimas, generadas por el modelo agroexportador, constituyeron un núcleo importante de actividades comerciales y de servicios, y generaron relaciones entre pobladores que se iban incluyendo en redes que los vinculaban entre sí y con grandes ciudades distantes, como Bahía Blanca y Buenos Aires. La opción política por el automotor y el camino asfaltado como también el progresivo cierre de ramales ferroviarios significaron un duro golpe para estos pueblos de campo que la gente sigue denominando *estaciones*. Por algunos pasan trenes cargueros que no se detienen, propiedad de empresas monopólicas que los utilizan por su

* Ponencia presentada en 2004, en el VII Congreso Argentino de Antropología Social, Villa Giardino. Colaboraron Magdalena Iriberry, Victoria Corte, María Eugenia del Campo, Laura Díaz Galán, Carolina Diez Brodd, Liliana Landaburu y Mario Rodríguez.

evidente ventaja en comparación con el camión como medio de transporte de carga. En el imaginario local, la *época del tren* es vivida como una edad de oro, cuando los diarios de Buenos Aires llegaban todos los días y el acudir a los andenes para curiosear la presencia de pasajeros era parte importante de la vida social.

El éxodo de población fue grande. La falta de servicios educativos obliga aún hoy a mandar a los hijos que concluyen la escuela primaria hacia las ciudades locales adonde, muchas veces, los padres terminarán por mudarse. La concentración de la propiedad de la tierra, el modelo productivo basado en la exportación, la aparición de nuevos entes financieros como los *pool de siembra*, la sojificación agrícola y la dependencia de insumos importados derivada de las nuevas tecnologías (siembra directa, pesticidas, herbicidas), así como los nuevos recursos productivos que requieren una disponibilidad de capital a la que los pequeños y medianos productores no pueden aspirar obligan a estos últimos a arrendar campos.¹

Hay una vasta literatura que describe el proceso general que se abatió sobre el país y en particular sobre nuestro campo.² Damos por conocidos sus efectos: la generalización del ajuste, la llamada *flexibilización laboral* y la presión hacia el abandono del agro. Ese abandono, sin embargo, no garantiza que quienes lo practican encuentren en medios urbanos remedio a las carencias que padecen. Parte de la población

1 "Debido al cambio tecnológico, el poder de la propiedad de la tierra es menor al del capital empleado en la producción. A ello se suma que suelen ser los más apretados pequeños productores quienes se muestran dispuestos a operar por la rentabilidad máxima de corto plazo. En consecuencia, la forma dominante de los arrendamientos es a través del pago de una cantidad fija del cultivo de máxima rentabilidad, una situación que induce, precisamente, al monocultivo y sus conocidos riesgos, tanto sanitarios como de sobreexplotación de los suelos" (Díaz, 2004: 7).

2 Véase Barsky y Pucciarelli, 1997; Basualdo y Khavisse, 1993; Murmis, 1998; Teubal y Rodríguez, 2001; Villafañe, 1998-1999.

rural se resiste y pretende permanecer en el campo, alegando que allí es más fácil la supervivencia. Otros combinan ocupaciones rurales con trabajo o residencia urbanos, como los contratistas de maquinaria agrícola.

En un pasado, los trabajadores rurales vivían en los establecimientos donde trabajaban. Dormitorios para peones y materas hoy abandonadas atestiguan una presencia demográfica mayor allí. El trabajo precario actual impone muchas veces mantener una vivienda en los pequeños pueblos. Cuando aparece alguna ocupación (la *changa*), el hombre se traslada por el período que esta dure a áreas campestres. Conocimos trabajadoras domésticas especializadas en la limpieza por horas en residencias de estancia que viajaban todos los días a esos lugares y regresaban a dormir a sus casas. Cuentan que antes había más trabajo de ese tipo, tanto en estancias como en el propio pueblo. Por otra parte, los poblados albergan algunas fuentes laborales, como estaciones de servicio, talleres mecánicos, panaderías, comercios y el omnipresente empleo público (hoy viabilizado a través de los planes sociales paliativos). Pero la posibilidad de trabajo también se encuentra en el campo circundante y esto vale también para quienes tienen empleo en el poblado. Los trabajadores rurales, como dijimos, viven en el pueblo. Allí aguardan la aparición de *changas*. En alguna medida, al no residir las familias en los campos, el poblado recuerda la estructura de las aldeas europeas cuyos habitantes viven en ellas y trabajan fuera de su jurisdicción (Galeski, 1977; Mendras, 1978). Sin embargo, hay notorias diferencias, como que quienes realizan esas tareas no lo hacen en tierra propia, a la que no tienen acceso. Prácticamente todos son empleados en relación de dependencia cuyo lugar de desempeño es variable.

Trabajo rural y urbano

Basamos la caracterización que sigue en datos obtenidos en sendos trabajos de campo en Recalde (Olavarría), de trescientos habitantes (1996 y 2002); Santa Luisa (Olavarría), de sesenta habitantes (1999 y 2003); 16 de Julio (Azul), de ciento cincuenta habitantes (2000 y 2003); Campodónico (Tapalqué), de veinte habitantes (2000); y El Luchador (Benito Juárez), de veinte habitantes (2003).³ Elegimos esos pueblos⁴ por su principal actividad productiva y su ubicación geográfica en los partidos de Azul y Olavarría, pero luego desechamos los estrechos límites políticos para integrar localidades relacionadas por vínculos de otro tipo.

Al respecto, detectamos verdaderas tipologías nativas, representaciones contrastantes: El Luchador y Durañona se consideran unidas y colaborativas; 16 de Julio y Santa Luisa, en cambio, fueron señaladas como más divididas y conflictivas. Todos estos pueblos conforman un circuito particular, separados de otro sector más al norte en torno a Recalde, relacionado con Arboledas en Lamadrid y con la ciudad de Bolívar. Campodónico, por su parte, enclavado en un área de latifundios, se acerca a Cacharí en Azul.

En este trabajo y para la región, hemos focalizado en especial la forma de vida de trabajadores sin tierra propia, sean encargados de campo o empleados, y los recursos que arbitran para sobrellevar diversas situaciones. Como excepción, nos referimos también a pequeños propietarios.

Tanto en el caso de empleados como de encargados, el papel del trabajo femenino es muy especial. Teóricamente,

3 Las investigaciones correspondientes contaron con la financiación de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires.

4 En El Luchador se nos aclaró que no estábamos en un pueblo sino en un paraje, que sería una pequeña concentración urbanística que nunca fue estación de tren. El diccionario consigna "lugar, sitio o estancia".

y cuando se procura seguir la ley, la mujer siempre es contratada como cocinera, aunque no cocine nunca. Su labor debería desarrollarse en el ámbito doméstico, dentro de la casa. Pero pocas se resignan a eso:

“Claro, yo no sirvo para adentro. No, no puedo. Yo estoy adentro nada más en el momento que limpio, después ya no estoy más. Haga frío o haga calor. Yo no sé por qué me cuesta adentro. Yo tengo que salir afuera”
(Mujer de Santa Luisa, 1999).

Ese *afuera*, espacio masculino, es el que la mujer reclama simbólicamente. Y reconoce la ambigüedad que puede haber en ello: “*Soy tipo varón-mujer*. Y es de la forma en que podemos estar en un lugar juntos [con su marido], porque, si yo me dedico acá nomás [a la cocina, donde tomamos mate] y estoy en esto, ¿y lo demás? [¿Quién lo hace?]”.

Sea esposa de encargado o de empleado, la mujer se hace cargo de las aves y del ganado menor (ovejas y cerdos) en el establecimiento, así como del ordeño para el consumo casero. Las gallinas y sus productos, carne y huevos, son de resorte femenino. En lanares y porcinos, el marido tiene más injerencia. Sin embargo, por sobre ese papel prescripto, la mujer asume junto al marido el trabajo agrícola, que puede incluir conducción de tractores y recorridas a caballo, manejo de la hacienda vacuna y su tratamiento sanitario, esquila de lanares y otras operaciones. Conocimos el caso de un encargado en Santa Luisa cuya mujer lo sustituía por completo en tareas que él no podía cumplir por razones de salud. Los patrones siguen la pauta universal de considerar *ayuda al marido* y no *trabajo* a esa actividad laboral, y en el mejor de los casos el sueldo de la señora será el de cocinera.⁵ Son conscientes de que en verdad cuentan

5 No hay categorías que reconozcan la condición de “peona”, de “tractorista” o “vacunadora” al personal femenino. Ellas solo pueden ser “cocineras” o “mucamas”.

con el trabajo de la unidad doméstica como un todo, y que solo remuneran al marido.

Durante la aplicación de los llamados *Planes Trabajar* en Santa Luisa, la autoridad municipal empleaba a una mujer para que rasqueteara paredes para pintarlas, tarea inconcebible, por ejemplo, en la ciudad de Olavarría, donde las mujeres se ocupan de tareas de costura o domésticas. El delegado parecía tener en cuenta la ubicuidad productiva de la mujer rural.

En cuanto al trabajo masculino en el campo, la antigua escala jerárquica descendía desde el patrón al administrador; de este, al mayordomo, al encargado del establecimiento, al capataz, a los puesteros y, por fin, a los mensuales o peones. Hoy esa estructura se ha simplificado y pueden faltar uno o varios de sus escalones. El mayordomo es hoy un personaje raro. Lo hemos encontrado en caso de estancias de propiedad eclesial, por ejemplo, en campos de la Orden de Don Bosco, cuyos integrantes mantienen esa figura algo arcaica. De todas formas, cabe más en los grandes establecimientos que en los medianos o pequeños.

Lo más común es que un administrador intermedie entre el patrón y los empleados, aunque muchos dueños prefieren entenderse directamente con el encargado de campo.⁶ La disminución del contingente laboral impone que no haya capataces y que muchas veces puesteros y mensuales sean la misma persona. La figura del encargado adquiere en la actualidad ribetes peculiares.

6 El poder decisorio del encargado es bien conocido por los agrónomos, extensionistas o veterinarios. Sin la aprobación de este personaje, ninguna medida aceptada por el patrón podrá ponerse en práctica.

Encargados de campo

Examinamos doce casos de personas que se desempeñan dentro de la categoría. Entendemos que su situación solo puede entenderse si la relacionamos con los dueños de las explotaciones donde trabajan. La mayoría de estos son absentistas y los informantes contabilizaban por años sus ausencias: *hace seis años que no pisa, en 15 años nunca apareció; los H. tienen por costumbre no venir en veinte años*. Los lugares de residencia varían según la extensión del campo, nos afirmaron: Azul, Olavarría, Bolívar para establecimientos menores. Los de más de mil hectáreas, y hasta diez mil, tienen a sus propietarios radicados en Buenos Aires y dependen de un administrador. La principal diferencia entre administrador y encargado es que este último reside en el campo. Además, domina las tareas rurales. El estar solo y obligado a enfrentar los problemas genera una actitud muy especial respecto del terreno a su cargo.

Hay propietarios más asiduos en su presencia. Existe el hábito, por ejemplo, de pasar las vacaciones en el establecimiento con toda la familia. Otros vienen a ejercitar aficiones, como la de practicar polo. Es común en el discurso del encargado exaltar la actitud de los patrones y lo bien que llevan ambos la relación, pero se hace evidente que todo cambia cuando el dueño llega. Se nos pidió posponer la visita a casa de un encargado amigo, que nos había invitado, hasta tanto el patrón se fuera. Se nos dijo que podrían habernos alojado en una estancia, pero que era inminente la llegada de los patrones y ya no dispondrían de las comodidades que querían ofrecernos.

La proximidad de la visita moviliza a la familia local: se arregla el parque, se revisa la casa (el *chalet*), se prepara todo, pues la convivencia significa un cambio cualitativo en la utilización de tiempos y espacios. El derecho de propiedad, que parecía en suspenso, de pronto se corporifica.

Se contabilizó ante nosotros, como deferencia y muestra de buen trato, el hecho de que tanto el patrón como su familia comieran en la cocina con el encargado. El hecho no se vivía como invasión, pese a que los empleados raramente son invitados a los espacios patronales. Pero esos espacios nos fueron mostrados por un encargado como parte de una suerte de “visita guiada” que incluyó fotos familiares y habitaciones patronales.

La categoría *encargado* no siempre es explícita. Por lo pronto, el contrato suele ser *de palabra*. Esto es algo muy extendido en el medio rural: *de palabra* se arreglan los arrendamientos, se pacta el pago a los contratistas de maquinaria, se forman asociaciones para compartir máquinas, se entregan animales para su capitalización.

El encargado puede figurar como simple empleado y recibir el sueldo de convenio (de \$300 a \$500, por lo general) pero, además, se pactan otras retribuciones: la comida, el gas, la luz, el abono a la TV por cable, etcétera. Sin embargo, lo más importante es *la autorización para tener y criar animales*: las aves (gallinas, patos) que suelen estar bajo responsabilidad de la mujer, y que pueden comercializarse; las ovejas, que son el animal prescripto para consumo y cuyo número oscila entre cuarenta y cincuenta cabezas; los cerdos, cuyo subproducto principal es el lechón, pero que se utilizan también en carneadas para fabricar facturas; y los caprinos. Algunos agregan a ese repertorio colmenas, pues la miel de abejas está siendo promovida en la zona.

Si la oveja es el animal del peón (o del encargado en este caso), el vacuno es el del patrón. No obstante, hay excepciones, como los treinta novillos de un encargado que el patrón permite que críe como inversión.

Un encargado atípico es el responsable de un tambo, virtual gerente del moderno establecimiento. Mediante cursos, se perfeccionó en el manejo del ganado lechero, practicando

inseminación artificial y cesáreas, si esto último hace falta. Ese hombre llegó a ganar más, pero decía recibir, en 1999, \$2.000 por mes. Claro que con eso debía hacerse cargo de pagar a los cuatro empleados del establecimiento. Reclamaba, sin embargo, que desde hacía dos años tenía dificultades para cobrar su salario. Cuando llegamos, la patronal parecía estar abandonando el absentismo y comenzando a tomar las riendas del tambo. El informante nos dijo que, pese a que el patrón no le dejaba tener animales propios, él criaba de ocho a diez vacas (no lecheras, porque decía detestarlas) en la seguridad de que no sería reprimido en tanto no perjudicara al establecimiento: “Porque si tus animales rompen, al patrón no le va a gustar. Si vos tenés las cosas bien, podés tener las cosas...”. Se tomaba esa atribución como quien ejerce un derecho consagrado por la legalidad local.

El personal a cargo de este personaje no es muy numeroso. A veces basta con la esposa para manejar un establecimiento; otras, se agregan uno o dos mensuales. La propia colocación en el puesto suele venir de padres a hijos. Una excepción cuantitativa es un encargado en El Luchador, que cuenta con nueve puesteros para las tres mil hectáreas que controla, que son sus nueve hijos. En términos generales, las superficies controladas oscilan entre cuatrocientas y ochocientas hectáreas propias, y algunas arrendadas.

El encargado supervisa la actividad ganadera. Para la agricultura (la llamada *chacra*), se apela a los contratistas de maquinaria. Si el encargado realiza alguna labor de ese tipo, se le paga aparte.

La relación patrón-encargado suele ser fuerte. Conocimos un caso en que el matrimonio a cargo de la estancia se mudó cinco veces de establecimiento, siguiendo los avatares de fortuna de su patrón, que quebró varias veces. Y no solo por problemas comerciales, sino de juego. También entrevistamos a un patrón encargado. Es dueño de una parte

proporcional de un campo que recibió por herencia, pero sus hermanos le dieron la responsabilidad de ser encargado y llevarlo adelante.

Empleados

Como vimos, muchas veces el encargado es camuflado tras la figura del empleado. Estos últimos son de varios tipos, desde los ancianos jubilados a quienes los patrones les permiten permanecer en el campo, hasta jóvenes pasantes de origen urbano que llegan a las estancias como consecuencia de los planes sociales. Todos se someten a la flexibilización laboral: las vacaciones pueden o no tomarse. Si no se lo hace, les son pagadas. No existe derecho a la vivienda, y al jubilarse una persona o ser despedido, debe abandonarla. Esto representa un serio problema social: el que deja el campo queda, literalmente, en la calle.

Es frecuente que a los empleados jóvenes no se les dé franco. Cuando lo tienen, acuden al pueblo a tratar de divertirse, en particular aprovechan los feriados largos.

Los habitantes permanentes del pueblo que están a la pesca de alguna *changa* en el campo alternan esa actividad con inserciones en planes sociales, trabajo en comercios, realización de mandados u otras que les permitan paliar la inseguridad del trabajo. Encontramos ocho empleados estables en el enorme latifundio eclesiástico de Campodónico, que atendían cuatro mil ochocientas hectáreas. Había más antes, pero en 2000 su número había disminuido en función de políticas de achique.

En términos generales, el panorama laboral en el medio rural es absolutamente precario. Los empleos estables, con cobertura sanitaria, derechos sociales plenos y aportes previsionales, son una ínfima minoría. Quienes practican el trabajo agrícola ocupan posiciones precarias y no son, de ninguna

manera, propietarios de la tierra que laboran. Sin embargo, gozan de cierto poder de disposición sobre lo que producen. Esto les permite generar estrategias productivas propias y maniobrar los escasos recursos a su alcance para sobrevivir. A ellas queremos referirnos.

Maniobrando con lo ajeno

La ausencia durante la mayor parte del tiempo de patrones residentes crea en la gente de campo la costumbre y la necesidad de gerenciar con criterio propio los recursos que se ponen a su alcance. Los encargados de establecimientos registran altísima antigüedad. Llevan décadas al frente de la explotación, y en muchos casos los patrones que adquieren nuevas propiedades los llevan consigo al nuevo destino. Si se sigue la trayectoria laboral de estos empleados, se advierte que ser encargado significa una verdadera carrera profesional, y que no faltan interesados en contratarlos cuando se quedan temporariamente sin empleo, por problemas económicos de los establecimientos o por decisiones personales. El capital que significa la confianza como forma de acceder al empleo viene muchas veces por herencia: parientes fallecidos o jubilados son el referente para obtener el cargo.

En los casos que analizamos, ningún encargado tenía como horizonte adquirir tierra y convertirse en patrón. Pretendían continuar con su actividad y, en el mejor de los casos, adquirir y capitalizar ganado (casi siempre obtenido por convenio con el patrón) y ahorrar para cosas tales como el cambio del modelo de automóvil o la compra de una casa en alguna ciudad cercana. Los que gozaban de una inserción laboral más sólida y “en blanco” aspiraban a jubilarse y se preparaban para ello. La condición de encargado se vivía profesionalmente, no como un escalón hacia

la propiedad de la tierra. Es más, el encargado asimilaba su condición a la del pequeño o mediano propietario, el hombre que vivía en el campo y con el que alternaba diariamente. En una reunión que compartimos, destacaron que si bien había allí dos propietarios y dos empleados (encargados) presentes, aquí eran todos iguales, y todos colaboraban en las actividades del club.

Como todos los habitantes de la región, los encargados distinguen entre lo que es propiedad privada y los espacios o elementos públicos para los cuales no hay barreras. La fauna silvestre, por ejemplo, no tiene dueños. Todos pueden cazar liebres, nutrias, peludos, mulitas, avestruces, chajás o perdices. Esto a veces genera conflictos con los propietarios de campos donde se ejerce la caza, en especial en relación con cazadores profesionales de los que se desconfía mucho (“Si no encuentran una liebre, te matan una vaca”). Pero la carne de caza es muy importante en estos tiempos de escasez, y constituye buena parte del aporte local a las redes de trueque.⁷ Forma parte innegable de lo público y es un recurso de todos.

Otro tanto ocurre con calles o carreteras. Sabido es que su uso es colectivo y dedicado al transporte. Sin embargo, en el campo no siempre se las preserva y el pasto las cubre. Otros espacios comunales, como las plazas, tampoco son siempre cuidadas, y en ellas se ven con frecuencia animales pastando. Ese pasto no es como el forraje natural o sembrado que crece dentro de los establecimientos. Es tan *res nullius* como los animales silvestres y mucha gente los considera un recurso apropiable, pese a las ordenanzas municipales contra los animales sueltos; tanto que vimos ganado pastando en la banquina de la vieja ruta de tierra, contenido por un alambre electrificado.

7 Ratier y Etchichury, 2002, véase en p. 73 de esta edición.

Detectamos varios casos de utilización de las calles como campo de pastoreo. Uno muy antiguo en Santa Luisa, hacia los años cuarenta o cincuenta, de un tambero expulsado de un establecimiento que criaba diez vacas en la calle, las ordeñaba y producía leche, que vendía; luego compró un campo. Otro fue un encargado, también echado por los hijos de su patrón. Se llevó las vacas, ocho o diez, *y las tenía “en la calle”*. Lo de “calle” es muy amplio porque el hombre mantenía los animales en el vasto terreno del ferrocarril, cerca de la estación desactivada, y los encerraba de noche en el campo de unos amigos. El hombre había accionado judicialmente contra sus ex patrones y mantenía veinte vacas más capitalizándose.⁸

La capitalización fue el negocio emprendido por un puestero. Trabajaba en un establecimiento la mitad del cual estaba a su cargo, y la otra, al de un capataz. Ambos reportaban a un mayordomo. Este regenteaba cuatro propiedades de un mismo dueño, con un total de dos mil seiscientas hectáreas, y venía semanalmente al campo de nuestro hombre.

Entonces llevo, propias mías yo tengo seis vacas, ¿no?, y un vecino ahí me dice: “Jorge, ¿no querés tomar unas vacas capitalizadas?” [...] Y entonces, bueno, yo hablé con el mayordomo, y el mayordomo es primo mío, la madre de él es hermana de mi viejo, pero más allá de la parentela o de [...] Este [...] entonces yo le dije que esa persona me había ofertado unas vacas de cría, qué sé yo. Pero, primero estás vos, siempre y cuando vos me autorices y me des permiso para entrarlas al campo. Me dice: “¿cuántas son?”. Diez. Me dice: “Sí, echalas”.

8 Se capitaliza la hacienda cuando alguien tiene animales y se los confía a otra persona que dispone de un campo. Si se trata de vacas de cría, los terneros se dividen (por lo general, por mitades) entre ambos contratantes. Si son reses de engorde, se acuerda compartir el precio de venta.

[Jorge plantea posibles inconvenientes y el modo de vencerlos] “Sí”, dice [el mayordomo], “de una forma u otra se va arreglando”, le digo porque, yo no [...] tampoco le digo al hombre si le tomo la hacienda, y del día a la noche, a los cuatro, cinco meses, las vacas quedan en la calle, entonces [...] Me va a decir: “Che, pero *¿por qué las vacas en la calle?* Pero *¿cómo?* *¿No te daban permiso en el campo?*”. Entonces, yo primero tanteé por ese lado y después [el mayordomo] me dice, mirá Jorge vos en la quinta sos dueño de cuanto vos quieras tener, cuanto quieras tener, claro [...] en doce, trece hectáreas no voy a tener cien vacunos. (Entrevista a Jorge D.)

La calle, sin embargo, funcionaba como reaseguro. Si por casualidad el patrón venía, las diez vacas serían sacadas subrepticamente a la calle mientras él estuviera, y después volverían a mezclarse con las otras. La operación permitió a quien ofrecía el campo eludir la prohibición patronal de tener más vacunos que las “lecheras” y hacerse con algunas cabezas.

Registramos otro negocio con bienes ajenos, entre el prestigioso encargado de una estancia de dos mil hectáreas y nuestro puestero. Así lo relata:

El Vasco me dice: “Jorge”, dice, “¿quiere aprovechar un poco el trigo?, hay que limpiar el cono”, que le llaman la parte de la base del silo, es un cono así, entonces, “Sí”, le digo, entonces “el sábado, Vasco”, digo así por decir una suposición, le digo “vamos con [...] [el hijo]. Y bueno, y sí, y hemos sacado treinta, cuarenta bolsas de trigo, ¿sabés lo que es eso? Y [...] entonces le digo: “Pero, Vasco, esto no se lo pago ni con dos, ni con tres lechones, usted cuando necesita

un lechón mientras haya, yo por ahí yo cuando ha habido lechón, le digo mire, Vasco, ahora hay lechón, ¿gusta comerse uno?, se lo traigo. O por ahí el patrón, cuando está el patrón así, no sabés lo que es, darle un lechón o dos, mientras tenga, viste, lo mismo que cordero, por estos cambalaches así por semilla, a mí me conviene, pero... No lo pensás ni dos veces, te conviene diez mil veces más así que andar comprando; si tenés que comprar semillas, directamente no tengo ni una chancha.

Jorge calcula en mil kilos la semilla recibida. Ese capital le permite ampliar su propio rebaño porcino, cosa no fácil, pues algunos patronos no autorizan a tener cerdos. Nuevamente, el puestero encargado hizo uso del terreno donde trabaja para ayudar a un vecino que padecía esa prohibición. Le regaló una cerda de las cuatro o cinco que tenía, sin sacarla de su campo, la que resultó estéril, aunque parecía a punto de parir. Vendieron ese animal y compraron otros en sociedad. “Hicimos una sociedad con él, compramos tres chanchos; un macho, un capón y dos chanchitas, dos cachorras. Cuando se sirvan; la primera que pare es para vos y bueno y la otra, no sé cuándo parió la otra, para mí, y parió cinco, seis lechones, y bueno”.

En el terreno ajeno, los dos hombres consiguieron tener hacienda propia. Esto es aceptado entre los usos que el patrón permite, pero, como vimos en el caso anterior, también se apela a la trasgresión al usufructuar el pasto patronal y capitalizar ganado.

Algunas conclusiones

Las estrategias relevadas merecerían un análisis más profundo que por ahora debemos posponer. Lo que sigue debe considerarse una generalización muy preliminar.

-Como observara Miguel Murmis (1998), la precariedad siempre fue inherente al trabajo rural. Lo nuevo es que ahora haya llegado al trabajo urbano. Entre los encargados y puesteros actuales, los escasos salarios son compensados con “atenciones” de la patronal, como la provisión de comida y el pago de servicios. Cuando se proveen vacas, se supone que son lecheras, y se destinan también al consumo.⁹ Se permite la cría de aves de corral, ovejas y, a veces, cerdos como retribución adicional. El trabajo femenino no se reconoce como tal, salvo el doméstico, y se naturaliza la “ayuda” aportada por la mujer a su marido. De todas formas, el sistema permite que el trabajador en relación de dependencia posea rebaño propio. Este consiste en unas cincuenta ovejas, menos de diez cerdos, yeguarizos y algunos novillos, además de las aves de corral. Es ese capital vivo el que permite al trabajador subsistir y hacer diferencias, por ejemplo, con la venta de lechones y corderos. La cría de animales es, tal vez, la inversión más frecuente con vistas al futuro.

-El absentismo impone a los encargados de campo la necesidad de tomar decisiones. Las personas que ocupan esa posición son fundamentales para el éxito de la empresa, y los patrones lo reconocen. En ausencia de los dueños, los encargados se apropian de los espacios, disponen de ellos. Los que se destinan a los patrones son acondicionados cuando estos llegan. Antes, permanecen cerrados. Mediante una serie

9 “... generalmente, la mayoría así, por no decir todos, los que estamos en el campo, en lo de H., tenemos dos o tres vacas lecheras por permiso del mayordomo, como lecheras, por más que no las ordeñen, pero están como lecheras” (Puestero).

de mediaciones y complicidades, el empleado se apodera de parte del espacio empresario y lo explota para su beneficio. Es una suerte de expropiación mínima que, se acuerda, debe ser hecha con discreción y de la que solo el patrón no debe enterarse. El resto de la comunidad parece aprobarla, incluidos los empleados jerárquicos.

-En general por cuestiones de herencia, la propiedad de los establecimientos pasa a la generación de los hijos del dueño, quienes suelen desconocer acuerdos anteriores y quebrantar normas establecidas por años. Registramos dos casos de ese tipo, y otro que parecía inminente, al que ya nos referimos: una familia verdaderamente trashumante que siguió a su patrón por varias propiedades:

Actualmente, el patrón nuevo [contador del antiguo dueño] les dijo: “Yo no sé nada del campo, así que haga lo que haya que hacer, que yo sí sé de números y si a fin de año esto no da, usted verá lo que hace”. También les ha prohibido tener sus animales [sí aves para autoconsumo] y recibir visitas. En cuanto al salario, la esposa afirma: “Lo que sí, cumple, por ahora cumple”. Reciben \$500 por mes de sueldo, él es el único empleado pero no es encargado aunque cumple esta función, cuando se necesita ayuda, busca un peón en la zona.

Se quebranta toda la lógica de la relación con criterios contables, se quita el rebaño al trabajador y se le desconoce la condición de encargado.

-Los encargados entablan entre sí relaciones de aparente reciprocidad mediante las cuales disponen, también, de bienes patronales. Quien manda limpiar los silos, sin embargo, favorece también al propietario al no remunerar monetariamente la tarea. Crea, en cambio, una fuerte obligación en quien recibe el *favor* (bolsas de semilla para alimentar

cerdos), quien siente aquello que dijera Marcel Mauss: “Los dones que no se devuelven siguen transformando en inferior a quien los aceptó, sobre todo cuando se recibieron sin ánimo de devolverlos” (Mauss, 1979: 246).¹⁰ Ese intercambio de favores, o *cambalache*, no monetario rige buena parte de las relaciones articuladas por estos agentes sociales, que actúan como si fueran dueños de los bienes.

-Hay espacios públicos que operan como última garantía para quien no tiene un ámbito privado donde criar a sus animales. Son lo que se denomina *calle*. Dada la falta de asfalto de los poblados, las pasturas naturales crecen profusamente tanto en calles o caminos como en baldíos, por ejemplo los cercanos a las estaciones de tren. En la calle se refugian quienes han sido expulsados de un establecimiento. Muchos llegan a cercar con alambre electrificado la banquina de la ruta, espacio público, para impedir la fuga de las reses que pacen allí.

A la *calle* también irá a parar la hacienda subrepticamente incluida en terrenos ajenos, hasta tanto el dueño vuelva a ausentarse. Lo público, pues, es apropiado sin escándalo, en una actitud que recuerda la antigua costumbre de considerar propiedad común las áreas de pastoreo.

-La familia trabajadora (marido, esposa e hijos) que se encuentra a cargo de un campo no se propone adquirir tierras. Profesionaliza su actividad y cambia eventualmente de empleo (aunque lo preferido es permanecer en el mismo), pero su proyección de futuro se dirige más hacia el ahorro —basado, fundamentalmente, en la cría de animales— para adquirir un nuevo vehículo o comodidades en ciudades cercanas. Eso sí, no se puede dar continuidad a la aludida profesión, como lo manifestó un encargado para quien, pese al desempleo rural, su hijo tenía colocación asegurada

10 “Y entonces le digo: ‘Pero, Vasco, ¡esto no se lo pago ni con dos, ni con tres lechones!’”.

en el campo, dada su buena relación con el patrón.

Por cierto, todas estas estrategias y “olvidos” de algunos principios del derecho de propiedad o de la prohibición de apropiarse de lo público no alcanzan para paliar la grave situación que padece el poblador de nuestros campos. No obstante, revelan una gran dosis de ingenio y de esperanza para poder seguir practicando una forma de vida que no quisieran cambiar por un incierto destino urbano. La precariedad ciudadina, justamente, pone en valor a los ojos de los trabajadores rurales las ventajas comparativas que sienten que les ofrece su hábitat.

Bibliografía

- Barsky, O. y Pucciarelli, A. (1997). *El agro pampeano. El fin de un período*. Buenos Aires, FLACSO-CBC.
- Basualdo, E. M. y Khavisse, M. (1993). *El nuevo poder terrateniente. Investigación sobre los nuevos y viejos propietarios de tierras de la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires, Planeta Espejo de la Argentina.
- Bourdieu, P. (1991). La casa o el mundo invertido. En *El sentido práctico*. Madrid, Taurus Humanidades.
- Díaz, S. (2004). El capital versus la tierra. En "Suplemento Cash", *Página 12*, 28 de marzo 2004.
- Galeski, B. (1977). *Sociología del campesinado*. Barcelona, Península.
- Mauss, M. (1979). *Sociología y antropología*. Madrid, Tecnos.
- Mendras, H. (1978). *Sociedades camponesas*. Río de Janeiro, Zahar.
- Murmis, M. (1998). El Agro argentino: algunos problemas para su análisis. En Giarracca, N. y Cloquell, S. (comps.), *Las agriculturas del Mercosur. El papel de los actores sociales*, pp. 205-248. Buenos Aires, La Colmena-Clacso.

- Pucciarelli, A. (1991). Evolución del proceso de desconcentración de la propiedad rural en la pampa bonaerense. 1920-1980. En *Ruralia*, núm. 2, pp. 57-94.
- Ratier, H. E. y Etchichury, L. (2002). Globalización y crisis en el campo argentino: trueque en un poblado bonaerense. En Barros, H. de y Rubio, B. (orgs.), *Globalización y desarrollo rural en América Latina*, pp. 339-360. Recife, Imprenta de la Universidade Federal Rural de Pernambuco.
- Sabato, J. F. (1991). *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y características*. Buenos Aires, CISEA/Imago Mundi.
- Teubal, M. (2001). Globalización y nueva ruralidad en América Latina. En Giarracca, N. (comp.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, pp. 45-65. Buenos Aires, CLACSO.
- Teubal, M. (2003). Republiquetta sojera. El nuevo perfil agropecuario. En "Suplemento Cash", *Página 12*, 4 de mayo de 2003.
- Teubal, M. y Rodríguez, J. (2001). Neoliberalismo y crisis agraria. En Giarracca, N. y colaboradores, *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, pp. 65-116. Buenos Aires, Alianza.
- Villafañe, A. G. (1998-1999). Procesos globales y consecuencias locales. El caso de comunidades de la pampa bonaerense argentina. En *Etnia*, núm. 42-43, pp. 85-103.
- Wolf, E. (1971). *Los campesinos*. Barcelona, Labor.

Capítulo 6

Mujer y cultura rural frente a la globalización*

Yo —dice— he hecho de varón y mujer. Acá, uno en el campo, lo hace.
Ser varón y mujer.
Porque si te dedicás a ser mujer únicamente, no lo ayudás.

Mujer de encargado (1999)

Por la convocatoria de esta mesa, por su título y, en particular, por la composición del panel, el foco de interés está puesto en la inclusión de las mujeres de campo en movimientos sociales, en especial el de las Mujeres en Lucha (MML). Aclaré a la organización de la mesa que esa no es mi área de trabajo, por lo cual mi intervención va a ser bastante breve. Como acotación, existió en Olavarría una expresión local del MML a partir de 1995, sobre cuyas características trabajaron algunos colegas, como Roberto Ringuelet, María del Carmen Valerio y María Inés Piriz.

Según últimas informaciones, las integrantes del movimiento canalizaron sus inquietudes hacia los partidos políticos.

Yo trabajo con un equipo de colegas y estudiantes en el centro de la provincia de Buenos Aires. Comenzamos por Azul y Olavarría, pero luego fuimos olvidándonos de esas fronteras formales para determinar un área de comunidades relacionadas por vínculos de diverso orden y que

* Comunicación presentada el 24 de abril de 2005, en la mesa redonda "Mujeres y cultura rural frente a la globalización" en la Feria del Libro de Buenos Aires.

se sitúan en los partidos citados y en los de Benito Juárez, Laprida, Bolívar y otros.

Allí relevamos una serie de temas partiendo de un concepto amplio de *política* centrado en las *asociaciones* donde, entendemos, se articulan en alguna medida funciones de gobierno: cooperadoras escolares o sanitarias, centros tradicionalistas, clubes de campaña, agrupaciones de productores convocados por instituciones estatales, comisiones de apoyo o asesoras de la delegación municipal, etcétera.

Un primer producto de nuestro trabajo es el libro *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*, que editaron el año pasado el NADAR y La Colmena. Cabe aclarar que no encontramos en nuestra ya larga indagación, basada en una metodología antropológica bastante tradicional, ninguna mención al movimiento de las Mujeres Agropecuarias que, sin embargo, como dijimos, tiene expresión en Olavarría. Las veces que preguntamos por el movimiento durante nuestro trabajo, encontramos respuestas negativas, cargadas de machismo. Incluso en las mujeres.

Optamos entonces por avanzar hoy algunos apuntes sobre la situación de la mujer en nuestra área de estudio y algunos cambios que apreciamos. Pero no son cambios de ahora; se trata de procesos más antiguos que no sabemos si vincular con la globalización, lo que nos lleva a preguntarnos sobre ese concepto bastante ambiguo. *¿Cuándo comienza la llamada globalización?* Para algunas posturas, debería llevarse tan lejos como a la expansión del imperialismo europeo sobre el resto del mundo. Nosotros la limitaríamos a las últimas décadas, con el dominio absoluto de los principios económicos ultraliberales, la minimización del papel del Estado, la desaparición de organismos reguladores (en especial, en el campo) y los procesos concomitantes de concentración de la propiedad, éxodo rural, sojificación en perjuicio de las producciones tradicionales, etcétera.

Si es así, vamos a apartarnos un poco de la consigna globalizatoria para referirnos a procesos más antiguos. En ellos el género femenino avanza, en el campo, sobre terrenos de masculinidad tan absolutos como la práctica del fútbol. Eso se dará en las ciudades más de una década después.

Fútbol femenino en la década del setenta

La práctica de fútbol por las mujeres es, en esferas urbanas, muy reciente y aún no se ha impuesto. En los pueblos de campo hay registros periodísticos de equipos de mujeres en los tempranos años setenta, y es muy probable que vinieran de mucho más atrás.

Es fama, tal vez por prejuicios machistas, que los partidos entre mujeres fueron reñidísimos y que peleaban, incluso, con pasión. “Se tiraban de los pelos”, dicen las malas lenguas. También, como espectadoras, las mujeres intervienen activamente en los encuentros de fútbol masculino.

Todo esto viene a cuento, pues muy recientemente se ha reanudado, con singular fuerza, el campeonato de fútbol de campaña que, centralizado en Olavarría, confronta equipos de ese partido y de los de Azul, Benito Juárez, Laprida y Tapalqué. No aparece todavía la modalidad femenina, pero se entiende, dada la penuria para reunir once jugadores de cualquier edad y género. En realidad, como ocurre en el trabajo, hombres y mujeres (chicos y chicas, en verdad) jugaban juntos. Salían de la escuela y se iban a “patear”. Eso no es demasiado frecuente en las ciudades.

De todas formas, la reaparición de esa modalidad de integración regional a través del deporte es atribuida por diversos informantes a que “el campo se está moviendo” ante una momentánea bonanza.

Junto al deporte principal, las mujeres compiten en bochas, donde también la región fue pionera porque, en un principio, no era un deporte femenino. Hoy los equipos son mixtos. Todo comenzó en Muñoz, pequeña localidad, que se arriesgó a innovar. Había torneos juveniles, pero casi todos los jóvenes eran mujeres. Se arriesgaron entonces a montar un certamen femenino, y tuvieron trece inscriptas.

Traigo a colación los cambios en la participación de la mujer en fútbol y bochas porque el deporte es un ámbito de enorme importancia en términos de desarrollar la sociabilidad y de reafirmarse identitariamente. Integra la vida social de los clubes, centrales en la comunidad campestre.

Mujeres en la Sociedad Rural

Conocimos en los ochenta a una productora rural mediana, que encabezaba un grupo de productores. Estos pertenecen a un estrato que no cuenta con asesoramiento del INTA por el tamaño de sus parcelas y tampoco tienen acceso a los grupos del Consorcio Regional de Explotación Agrícola (CREA), demasiado caros para su presupuesto. Articularon, entonces, esta suerte de autogestión con una metodología semejante a la del CREA y a *Cambio Rural*, contratando un asesor y discutiendo variantes tecnológicas para incrementar su producción.

Nuestra productora fue consagrada presidenta. Además, militó en la Sociedad Rural local, donde fue electa vicepresidente. A raíz del fallecimiento del presidente de esa institución, pasó a ocupar el cargo máximo. Su trayectoria es muy interesante por el continuo ejercicio de un liderazgo reconocido por sus pares, hombres y mujeres.

Presidentas de clubes de campaña

Como dijimos, en cierta pequeña localidad olavarriense se introdujo tempranamente a la mujer en competencias deportivas, porque no había hombres suficientes para cubrir las. Ese problema demográfico determinó un cambio de modalidad. En esa misma localidad, hoy, una mujer ocupa el cargo de presidenta de un club de campaña, sitio tradicionalmente reservado a los hombres. Consiguió evadir la frontera admitida de la *Subcomisión de Damas*.

La delegada municipal

En el partido de Benito Juárez hay un paraje llamado *El Luchador*. Por una trasposición extraña, esa alusión a la lucha corresponde en realidad a una mujer que, expulsada de su campo, pudo rehacerse en un comercio gracias al apoyo de sus vecinos. El nombre es en homenaje a ella, pero no es *La Luchadora*. En ese lugar de veinte habitantes, el gobierno municipal fue ejercido durante treinta años por una mujer nacida en la ciudad, que siguió a su marido hasta el campo. Fue designada como delegada por el gobierno del Partido Intransigente, pero luego fue confirmada por gobiernos de todos los signos. Renunció para jubilarse, y todos extrañan su determinación y dotes de gobierno.

La mujer en el trabajo

Es conocida la relatividad de la división sexual del trabajo en el campo. Hemos trabajado, preferentemente, con mujeres de pequeños productores o de empleados rurales.

Pocos de nuestros informantes son dueños de tierra. Lo que constatamos es el protagonismo de la mujer junto a su compañero para enfrentar la crisis. En muchos casos, es la mujer la que tiene trabajo permanente, mientras que el hombre vive de changas. Una pareja está al frente de un campo como encargada. Digo una pareja, pero en realidad es el hombre el que figura al frente, aunque por su estado de salud es su esposa la que asume toda la labor productiva. A nivel de peones, donde eso es harto frecuente, a la mujer se le reserva el puesto de cocinera, aunque no cocine, porque no se acostumbra contratarla como empleada o “peona”.

Cuando se produjo el auge del trueque, las mujeres utilizaron todo su capital cultural doméstico para agregar valor a los elementos que tenían a su alcance: escabeches, dulces, preparación de tortas. En el trueque, en el campo, las mujeres fueron el motor y las organizadoras, fundadoras de nodos.

Por los *planes Trabajar y Jefas y Jefes de Hogar*, en el campo, la exigencia de contraprestación es en general muy estricta, y a veces supera el tiempo de obligación formal; y allí las mujeres ejercen en pleno su capacidad laboral. Así, una mujer en Santa Luisa rasqueteaba las paredes de una escuela para pintarla, como contraprestación, cosa impensable en una ciudad como Olavarría, donde cuando se exige algo es coser para un ropero comunitario, barrer o lavar, u otras labores consideradas femeninas.

Tratando de concluir

Entendemos que la índole de las tareas rurales y las formas culturales de vida otorgan a la mujer de campo características peculiares.

Pese a viejos malentendidos, tanto en el campo como en la ciudad, que llevan a considerar la labor de la mujer

como *ayuda* y no *trabajo*, a pesar incluso de la existencia de normas legales que categorizan a la empleada rural como *cocinera*, aunque su tarea sea muy otra, por su socialización la mujer está capacitada para todas las tareas, y las ejerce cuando hace falta.

Su papel es fundamental en las actividades recreativas con peso identitario. La adhesión al club de fútbol significa la adhesión al lugar, que ha de competir con otros lugares por la gloria deportiva. En ese terreno, la intervención femenina se impone tanto en juegos que ella domina (como los de cartas) como en las bochas o el mismo fútbol.

El pionerismo en ese terreno —que no ocurrió en las ciudades— tiene que ver con la convivencia de géneros en las actividades campestres, en localidades donde a la salida de la escuela chicas y chicos se trezaban en partidos de fútbol. Jugar al fútbol no es algo raro en las chicas de campo ni provoca extrañeza en el público comunitario.

El papel secundario o subordinado de la mujer en tareas de dirección está cambiando. En el ámbito del club de campaña ya supera los límites de las subcomisiones de género, para encabezar la institución. Se ha probado en la conducción política de pequeños poblados donde se desempeña con acierto en un período extenso.

Algo tiene que ver en ese desplazamiento la despoblación del campo como consecuencia de las políticas liberales imperantes en las últimas décadas. Son las mujeres las protagonistas de las alternativas a esa tendencia, como el intento de los nodos de trueque, hoy en decadencia, o mil otras actividades para paliar la desocupación que aflige a sus esposos. Muchas veces, son ellas las empleadas o semiempleadas y sus maridos son los que venden la producción que ellas crean. Y será la cultura del trabajo femenina la que le brindes las herramientas para subsistir, ya sea con el empleo en el servicio doméstico o en el uso

de su sapiencia culinaria para preparar el fruto de la caza de diversos animales, hoy en auge en un campo pauperizado.

Y es muy probable que, tal como en el caso del Movimiento de Mujeres en Lucha, cuando los hombres parecen bajar los brazos, sean las mujeres las que ocupen su puesto y continúen la lucha por mantener sus medios de subsistencia y sus formas de vida.

Capítulo 7

Dimensiones turísticas y conformación de identidad en una localidad bonaerense*

Contacto, investigación y proyecto

Nuestra relación con la localidad de Pipinas, partido de Punta Indio, provincia de Buenos Aires, se remonta al año 2007. En esa ocasión, entró en contacto con nuestro equipo una asociación de pobladores de pequeñas localidades bonaerenses, entre las cuales estaba la mencionada, llamada *Pueblos que Laten*. Nos propusieron trabajar conjuntamente y aceptamos. Tal contacto supuso una interesante modificación metodológica con un aumento de nuestra implicación (Fava, 2014) con quienes pasaron de interlocutores o informantes a ser virtuales socios en la investigación.

Representaba principalmente a Pipinas la cooperativa *Pipinas Viva*, entidad que había conseguido superar con éxito los resultados de la crisis motivada por el cierre de una antigua fábrica de cemento en el año 2001, y refaccionar y poner en marcha un hotel edificado por aquella, que recibió muy deteriorado como consecuencia de esa crisis.

* Ponencia presentada en 2015, en las V Jornadas de Antropología Social del Centro, UNICEN, Olavarría.

Ahora se proponían explotar comercialmente el hotel recuperado, en el marco del llamado *turismo rural* al que imaginaban como de base comunitaria, así caracterizado:

Se reconoce al turismo rural de base comunitaria por su carácter didáctico, participativo y familiar. Es una actividad económica solidaria que relaciona directamente a cada comunidad con los visitantes desde una perspectiva intercultural, con participación de sus miembros, con un manejo adecuado de los recursos naturales y la valoración del patrimonio cultural.

Está basado en principios de sostenibilidad y equidad distribuyendo los beneficios generados entre los habitantes. La comunidad local tendrá control sustancial y participativo en su desarrollo y manejo. Una importante proporción de los beneficios quedan en la comunidad. (Pipinas Viva, s/f: s/p)

Los atractivos de la localidad para un eventual turismo foráneo así se evaluaban:

Sin embargo, este tranquilo pueblo rural de la campaña bonaerense tiene mucho más para brindar, entre la impronta gauchesca y la calidez de su gente, sumado a que emociona y hace ilusionar.

Desde la entrada a Pipinas, el ambiente invita a descansar y olvidarse de la agitada rutina de la ciudad. La casi total ausencia de autos en calles, el aire puro y la orientación amable de cualquier vecino llevan al complejo recreativo, que se encuentra a escasos kilómetros de la ruta 36.

Reserva natural cercana a Capital

Las actividades deportivas se complementan con el alquiler de *caballos* para conocer los alrededores rurales (se cobra \$10 la hora) y la visita guiada por Pipinas (\$6). Otro destacado atractivo es la excursión a Punta Indio (entre \$10 y \$25), a unos veinte kilómetros, para visitar su playa de arena fina y vivir a pleno el verde en el Parque Costero del Sur.

Por su valor ecológico, en 1984 la Unesco otorgó a ese sitio el título de *Reserva Mundial de Biosfera*. A la vera del Río de la Plata, esta franja de tierra comienza a ciento diez kilómetros de la Capital Federal y encuentra su límite a sesenta kilómetros de La Plata, con un ancho de cinco kilómetros en promedio. Este último puede sobrevolarse gracias a paseos turísticos en avioneta.

Su mayor interés lo debe a que sirve de alojamiento a especies florísticas y faunísticas de la llanura pampeana y de la costera rioplatense. En los avistajes, precisamente, es posible —aunque difícil— encontrar aún algún venado de las pampas, que está en peligro de extinción.¹

Todo tenía que ver con el campo y un pasado gauchesco, agregado a la reserva ecológica cercana. Pipinas se insertaba en un contexto de “pueblos rurales” cuyo principal atractivo era la naturaleza. Cuando comenzamos a trabajar en la localidad descubrimos que, además de una gigantesca chimenea, por todas partes rondaban los recuerdos de cincuenta años

1 Material promocional de Pipinas en Internet.

de vida fabril en torno a la elaboración de cemento, primero a través de la fábrica Corcemar, luego por Loma Negra.

Pipinas formó parte de lo que en ciencias sociales se conoce como *fábrica con villa obrera* (Neiburg, 1988). De un pasado con escasa población y un entorno de grandes latifundios, pasó a albergar a obreros y empleados dedicados a la explotación de las calizas locales con importante producción de cemento. La fábrica Corcemar moldeó socialmente a la localidad facilitando la construcción de viviendas, u ofreciéndoselas al personal jerárquico. De hecho, creó el pueblo. Atrajo población y, en alguna medida, conformó la vida social al ser casi la única fuente de empleo, apoyar el sistema educativo, ofrecer abastecimiento en alimentación y otros rubros, brindar atención médica, propiciar prácticas deportivas e influir, de esta forma, no solo en la vida laboral de los habitantes sino también en su vida doméstica. La fábrica parecía servir a todas las necesidades y el pueblo llegó a contar con mil ciento setenta y dos habitantes en 1991, mil veinte en 2001 y novecientos en la actualidad. Los problemas comenzaron con la venta del establecimiento a otra empresa, Loma Negra, que disminuyó y modificó la producción (de cemento a cal), y terminó cerrando y expulsando, en 2001, con indemnización y varios tipos de arreglo, a todo su personal. Casi al mismo tiempo, se cerró un establecimiento para cría intensiva de cerdos, importante fuente de empleo.

Este drama cementero se vincula a varios establecimientos sobre los cuales, en las décadas del ochenta y del noventa, el cambio tecnológico provocó una drástica reducción de personal y modificaciones en el proceso productivo, por ejemplo en Villa Cacique-Barker² y en la propia Loma Negra en Olavarría. En todos los casos, hubo merma de población y amenaza a la integridad de los pueblos.

2 Véase Fernández y Guzmán Ramos, 2004.

En Pipinas, esa crisis se vivió como tragedia. Se dice que, incluso, hubo suicidios. La población del lugar declinó, con éxodo de jóvenes y caída de fuentes de trabajo. Ante la desesperante situación se deliberó febrilmente, se constituyeron grupos de reflexión y discusión y se imaginaron algunas salidas. Se reactivó, por ejemplo, la sociedad de fomento cuyo presidente era un muchacho de diecisiete años. Es de destacar en toda esta etapa el papel preponderante de los jóvenes en la lucha.

Entre las iniciativas exitosas estuvo la creación de la cooperativa *Pipinas Viva*. Desde el nombre, se proclamaba la supervivencia de la localidad y el rechazo a su muerte. Fue en esa organización donde se impulsó la vía del turismo comunitario como salida de la crisis. Entre otras cosas, el modelo de ese tipo de actividad turística sostiene que ella debe coexistir con la producción de la zona, presuponiendo que esta ha de ser agrícola-ganadera. Es decir que ha de ser complementaria de las explotaciones rurales. No fue el caso de Pipinas, donde la actividad productiva principal no se vinculaba con tales explotaciones.

Hubo intentos de poner en marcha la empresa turística. Se convenció a los vecinos para que ofrecieran sus casas de familia para alojar a turistas. Se hizo con regular éxito, pero los pobladores tenían reluctancia en cobrar por ese alojamiento. Es más, cuando algunos visitantes quisieron volver al pueblo y a sus anfitriones, estos se negaron a que les pagaran porque consideraban sus amigos a los visitantes. Aquí la teoría de la participación comunitaria chocaba contra las añejas normas de hospitalidad propias de los pequeños pueblos. Comercializarlas parecía difícil. Por suerte, la existencia del hotel obvió esos obstáculos.

En su labor investigativa, el equipo de la UBA comprobó la importancia que había tenido para la población su denso pasado fabril y evaluó como valiosas y museables

también las construcciones que habían sobrevivido al cierre de la empresa. Eran estructuras gigantescas que mostraban todavía cuál había sido el proceso industrial y podían ser aprovechadas museográficamente. Era evidente que en el patrimonio cultural local el complejo industrial, aun en estado ruinoso, tenía un peso importante en la conformación de la identidad de la población. La evocación de la vida en tiempos de la fábrica conmovía hasta las lágrimas a los pobladores y no había familia en la que esos recuerdos no estuvieran vivos o se guardaran como reliquias objetos y documentos provenientes de esos tiempos añorados.

Sin duda, la evocación de ese período fundante de la localidad era sentida como parte del patrimonio cultural local, pero era difícil pensar en mostrarlo turísticamente. El patrimonio industrial ha sido considerado como “... el conjunto de objetos, espacios o manifestaciones, con un valor histórico, tecnológico, social, arquitectónico o científico, que han surgido en torno de los diferentes tipos de actividad industrial, es decir, que han obtenido ese rango de valor por su uso y aplicación en la industria a través del tiempo” (TICCIH, 2008). Además:

Para muchos, la definición turismo industrial supone una contradicción de por sí, ya que turismo es sinónimo de actividad lúdica mientras que lo industrial indica lo contrario, es decir, tiempo laboral o no lúdico. Por eso, mucha gente descarta el turismo industrial como alternativa para su tiempo libre. Además asociamos lo industrial con lo sucio, lo feo, lo antinatural, lo ruidoso y lo inhumano. (Fernández Josefs, 2008)

No es de extrañarse, entonces, que en el momento de decidirse a exaltar los valores de la localidad se haya optado por el estereotipo que vincula lo rural con lo específicamente campestre.

Concreciones parciales y cambios

Discutida y consensuada con nuestros socios locales la posibilidad de ampliar el concepto de *turismo rural* a una manifestación de turismo industrial, elaboramos un proyecto dentro de la sistemática de voluntariado universitario de la UBA. Con un equipo de diez estudiantes y cuatro profesionales, comenzamos a informarnos sobre el período de vigencia de la fábrica y sus consecuencias. Como uno de los objetivos para poder trazar un circuito turístico en el local de la fábrica, habíamos pensado en tramitar su declaración como patrimonio cultural de la comunidad. Tanto ese local como un extenso establecimiento rural perteneciente a la firma cementera estaban en ese momento en manos de un empresario español residente en México que, de vez en cuando, los visitaba. Es decir, todo estaba en términos de propiedad privada. Gracias a vínculos locales, tuvimos acceso al propietario y conseguimos autorización para visitar lo que quedaba de la fábrica. Lo hicimos acompañados de un ex trabajador de esta, quien nos ofreció una verdadera visita guiada detallándonos la función de cada uno de los edificios supérstites, las pérdidas que habían venido sufriendo (por ejemplo, la de un gigantesco horno, pieza central para la elaboración del cemento) y relatando muchas anécdotas sobre la vida obrera en otros tiempos.

En ese momento, una docente habitante de Pipinas, mu-seóloga universitaria, impulsaba un proyecto para declarar patrimonio local a la gigantesca chimenea que había quedado de la fábrica (Peralta, 2010). La consideraba todo un símbolo de Pipinas, visible desde muy lejos, que podría centralizar un sendero turístico y propiciaría la aproximación de estudiantes primarios y secundarios a tal elemento. Había llevado la propuesta al propietario casi al mismo tiempo que nosotros la nuestra.

En la charla que mantuvimos al terminar nuestra visita, el empresario nos dijo que no se oponía al proyecto vinculado a la chimenea, pero sí al nuestro. Estaba preocupado por obtener algún rédito de esas ruinas fabriles y, si bien no nos lo dijo, había recibido algunas ofertas para instalar otra fábrica allí. Eso le importaba, dijo, porque se vinculaba al futuro del pueblo. Nuestra recordación, en cambio, tenía que ver con el pasado. No la autorizaría.

De tal forma, nos vimos ante un conflicto entre el concepto de *patrimonio cultural o fabril* y el menos social pero más fuerte de *propiedad privada*. Podríamos haber intentado tramitar una declaración, pero no nos pareció apropiado frente a la atractiva propuesta de crear fuentes de trabajo para los pipinenses. Limitamos, entonces, los objetivos de nuestro proyecto de voluntariado a recoger datos y elaborar un informe final. Mientras tanto, incluso con repercusiones televisivas, se hablaba de la inminente instalación de una fábrica electrónica de leds, la única en el país.

Vedado el acceso a la fábrica, nuestro accionar quedó limitado a sus alrededores. Pensamos en reducir el proyecto a la instalación de un centro de interpretación y al planteo de una museografía basada en carteles ilustrados por fotos para ser colocados en la calle aledaña. Eso significó todo un movimiento de investigación en el que mucho ayudaron los estudiantes locales. Estando la fábrica frente al hotel, supusimos que los carteles y su mensaje podrían servir a eventuales huéspedes.

Nuestro proyecto suponía la formación de guías turísticos, jóvenes de la localidad, lo que implicaría promover algunas fuentes de empleo. Proseguimos, asimismo, entrevistando gente y recopilando datos entre la población. De todas formas la propiedad privada, protegida por altos alambrados, seguía impidiendo nuestro desarrollo turístico. La búsqueda de eventuales clientes interesados en adquirir el viejo

establecimiento tropezó, al parecer, con dificultades. Además de la mencionada, varias propuestas no se concretaron.

Suspendimos nuestra tarea de investigación, pero no los contactos con nuestros amigos de Pipinas. Además de analizar la experiencia en ponencias presentadas en diversos congresos (Ratier, 2009a y 2009b), concurrimos juntos a encuentros sobre la temática, y lo seguimos haciendo.

Proyecciones espaciales

La situación varió en función de acontecimientos externos. Cambió la orientación del municipio y entre los nuevos funcionarios hubo interés en promover nuevas actividades. La localidad y el partido de Punta Indio, donde está situada, pasaron a formar parte de un importante proyecto estatal llamado *Tronador II*, cuyo objetivo es la construcción de cohetes lanzadores de satélites que está a cargo de la Comisión Nacional de Actividades Espaciales (CONAE). La iniciativa forma parte del esfuerzo espacial argentino y ya hubo dos ensayos de lanzamiento, el último de los cuales fue exitoso. La fábrica Corcemar es mencionada como base de la actividad industrial y científica, y fue adquirida a su anterior propietario por la CONAE.³

Esto cambió totalmente el panorama en el que pensábamos desarrollar nuestro proyecto turístico. La propiedad privada del predio pasó a ser propiedad estatal. La fábrica se reactivó en parte, y ya hay trabajadores desempeñándose en ella. Tuvimos pruebas de la aceptación del enfoque turístico industrial al acondicionar las nuevas autoridades el lugar donde se exhibe la emblemática chimenea limpiando y alambrando un perímetro a tal efecto. En él fueron

3 Véase <<https://www.conae.gov.ar/index.php/espanol>>.

colocados carteles dirigidos a eventuales visitantes. Al menos parte del espacio fabril se tornó público.

Los avances en dirección a nuestros objetivos se nos manifestaron incluso en términos emocionales. Luego de una larga ausencia de Pipinas, regresé convocado para un encuentro académico organizado, entre otros, por la Universidad Nacional de Quilmes.⁴ Un público de especialistas fue llamado para participar de una visita guiada, nada más ni nada menos que a la chimenea. Fuimos acompañando a los dos jóvenes guías, saliendo del hotel y caminando unas cuadras hasta el lugar. A través de los guías, y con mucha solvencia, se nos ubicó en Pipinas y, en especial, en lo que fue el mundo de su etapa fabril. En el sitio de la chimenea nos sentamos en el pasto, muy bien recortado y libre de arbustos, recibimos información y dialogamos con los guías, y entre nosotros.

Nuestro equipo, hasta ese momento, daba por fracasado el proyecto turístico que habíamos intentado llevar a cabo. No solo sus objetivos cognoscitivos en cuanto a dar a conocer una realidad poco divulgada, sino también los prácticos, vinculados a las posibilidades de generar puestos de trabajo en especial entre los jóvenes. En ese momento, frente al accionar de los estudiantes, quienes nos informaban, comprendimos que habíamos alcanzado cabalmente todos los objetivos. Faltaba, es cierto, la extensión del circuito a la totalidad de la fábrica, pero había razones para ser optimistas al respecto. Por lo pronto, la propia comunidad, incluidos profesores, alumnos de las escuelas locales y sus familias, consiguieron generar un guion turístico plausible. Las autoridades habían demostrado comprensión por la iniciativa y dieron pasos hacia su concreción parcial, como la limpieza del terreno que rodeaba a la chimenea

4 Primer Encuentro Provincial de Turismo Social y Solidario de base comunitaria. Pipinas, mayo de 2015.

y su señalización. Pasamos, entonces, de la desesperanza al asombro ante los inesperados logros.

Los jóvenes guías demostraban solvencia en el manejo de los datos históricos sobre el pueblo y los enriquecían con testimonios obtenidos en el seno de sus familias. La identidad fabril de la localidad se afirmaba.

Algunas conclusiones

La asociación entre las entidades comunitarias y los equipos de investigación-extensión de la UBA se reveló fecunda. Saltaron a la vista elementos identitarios que hasta ese momento no se explicitaban, al subsumirse el proyecto de desarrollo turístico local al estereotipo del turismo rural = campo, tranquilidad, aire puro.

Se introdujo así, de común acuerdo, la temática de turismo industrial. Pese a ser mucho menos popular que el turismo rural-campestre, concitó de inmediato el interés de los pobladores y su movilización para enriquecer el proyecto.

Todo esto implica que, antes de plantear el turismo rural como salida financiera para una localidad apremiada por factores críticos, es necesario evaluar correctamente las posibilidades que el patrimonio cultural de esta brinda para desarrollar un proyecto turístico integral. Para ello, un análisis desde la antropología rural puede ser de mucha ayuda. De todas formas, tal análisis no se ha de limitar a lo estrictamente académico, sino que ha de suponer la colaboración y el diálogo con la población local.

Los principios generales del turismo rural de base comunitaria deben contextualizarse. Al respecto, la situación en nuestro país no puede compararse, por ejemplo, con la imperante en España, donde ese tipo de empresa se instala directamente en reemplazo de la actividad agrícola-ganadera

(Fernández Josefs, 2008). Tal vez esa experiencia europea sea el estereotipo al cual solemos ceñirnos en nuestro país, donde no cabe en cuanto las formas agroganaderas están vigentes y no podrían ser fácilmente reemplazadas por el turismo.

La exploración y explicitación del pasado industrial de la localidad concitó un interés generalizado. Diríamos que esa condición siempre formó parte de la identidad local y de su conciencia patrimonial. En un artículo periodístico acerca del futuro del partido de Punta Indio, Pipinas era considerada el pueblo industrial por excelencia frente a otras localidades más turísticas o administrativas. La referencia se hacía ante los rumores de la instalación de fábricas en la zona.

Hoy se dice:

El sitio de la ex fábrica será utilizado como base de control de las pruebas de lanzamiento de los vehículos VEX y, además, se instalará un lugar de manufacturas de los elementos de los VEX y el Tronador donde se realizarán ensayos y pruebas sobre los vehículos completos. El mismo puede albergar a los grupos de trabajo de la CONAE y de la Universidad Nacional de la Plata, y de otros centros de investigación del país.

Tener este sitio en forma permanente para el proyecto Tronador II permitirá ir recuperándolo gradualmente y resguardar todo lo que se haga en él, para este u otros proyectos que pueda llevar a cabo la CONAE junto al Ministerio de Planificación Federal.⁵

Hay en Pipinas unos cien operarios trabajando, y se acondicionan algunas de las instalaciones de la fábrica Corcemar para manufacturar los elementos necesarios para el

5 Véase <<http://www.conae.gov.ar/index.php/espanol/acceso-al-espacio/tronador-ii>>.

programa espacial. Este se promociona a través de múltiples carteles que van desde la ciudad de La Plata hasta la entrada del pueblo. A la vera de la ruta se levanta una reproducción del lanzador espacial. La vocación industrial del pueblo, que estuvo oculta tras la fachada campestre, parece haberse activado. Junto a la mítica chimenea, otra estructura gigantesca apunta hacia los cielos. Esta, con voluntad de alcanzarlos.

Bibliografía

Adad, L. y Aguilar, V. (2004). Cuando el patrimonio se convierte en recurso: la valoración del patrimonio en el turismo rural. Ponencia presentada en el *III Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Rural*. Tilcara.

Díaz, C. (1998). La experiencia de recuperación del Hotel Pipinas. Un proceso de gestión cooperativo. Ponencia presentada en el *IX Congreso Rulescoop 2015*. La Plata.

———. (2009). *Nuestro pueblo*. Pipinas, mimeo.

———. (sin fecha). *Punta Indio Late. Turismo rural de base comunitaria. Una apuesta al desarrollo del turismo comunitario*. La Plata, mimeo.

Fava, F. (2014). En el campo, una vuelta diferente. En *Atek Na*, vol. 4, pp. 179-216.

Fernández, G. y Guzmán Ramos, A. (2004). El patrimonio industrial minero como recurso turístico cultural: el caso de un pueblo fábrica en Argentina. En *Pasos, Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, vol. 2, núm. 1, La Laguna.

Fernández Josefs, Y. (2008). *Turismo industrial y tecnoturismo*. Sevilla, mimeo.

Historia de Pipinas (2012). Pipinas, mimeo.

Neiburg, F. B. (1988). *Fábrica y Villa Obrera: historia social y antropología de los obreros del cemento*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina 1988. 2 tomos.

Peralta, R. (2010). *Un Gigante. Cenizas para el recuerdo. Proyecto Huellas. Pipinas 2010*. Pipinas, mimeo.

Pipinas Vive. Grupo Cooperativo. (s/f). *Punta Indio Late. Turismo Rural de base comunitaria: una apuesta al desarrollo del turismo comunitario*. Pipinas, mimeo.

Ratier, H. E. (2009a). Lo rural y lo urbano en un ex pueblo industrial. Ponencia presentada en el *IV CALAAR*. Mar del Plata.

———. (2009b). Re-construcción de lo rural como intento de salida de la crisis. Turismo y cambios identitarios. Ponencia presentada en la *VIII Reunión de Antropología del Mercosur*. Buenos Aires.

———. (2011). *Turismo rural e identidad fabril en Pipinas, Buenos Aires*. Proyecto de Voluntariado Universitario UBA. Universidad de Buenos Aires.

TICCIH-Argentina (Comité Nacional para la Conservación del Patrimonio Industrial) (2008). *Declaración Iberoamericana de Turismo Industrial*. Buenos Aires 2008. En línea: <<http://www.ticcihargentina.com.ar/>> (consulta: 14-04-2014).

Parte II

Política lugareña: especificidad

Capítulo 8

Liderazgo y gobierno en el campo

Política lugareña en poblados del campo argentino*

Yo digo siempre que estos pequeños pueblos se mantienen y se nutren y se llevan delante de una sola manera: mientras tengan gente con ganas de trabajar, con ganas de mantener vivas las instituciones como lo está haciendo hoy la gente de Amanecer [agrupación tradicionalista], como lo hace otro día la gente del club, la gente de la cooperadora escolar, la gente de otros centros, la gente [...], toda esta gente que se moviliza y que pone en funcionamiento a las instituciones del lugar.

Delegado municipal inaugurando una fiesta.

La región y sus poblados: características

Los datos en que se basa el presente artículo fueron obtenidos en trabajos de campo llevados a cabo en pequeños poblados del centro bonaerense. Se trata de localidades que tienen desde veinte hasta quinientos habitantes, cifras que en nuestra experiencia, y cuando practicamos censos mnemónicos,¹ siempre resultaron menores.

* Elaborado en 2006 y publicado originalmente en 2007, en *Raíces*, vol. 26, núm. 1-2. Campina Grande. Debo agradecer muy especialmente la lectura y discusión de una versión previa de este trabajo, por parte del colega Fernando Balbi. Sus comentarios, la orientación bibliográfica que me brindó, su generosidad al permitirme el acceso a materiales de su propia investigación fueron fundamentales para enriquecer el artículo y me abrieron perspectivas nuevas hacia ulteriores profundizaciones. Vaya mi sincero reconocimiento.

1 Llamamos *censo mnemónico* al realizado a partir de un mapa de la localidad con el auxilio de uno o varios informantes. Dado el tamaño del poblado y el interconocimiento entre sus habitantes, prácticamente todos pueden dar razón de quiénes viven en cada una de las casas, su sexo y sus edades. Con solo sumar se obtiene con exactitud la cantidad total de habitantes y diversas variables más (escolaridad, empleo o profesión, etcétera).

Geográficamente aisladas de las poblaciones más importantes —de las cuales dependen en diversos aspectos—, llegar hasta ellas suele ser difícil, por ejemplo, en tiempos de lluvias, cuando los caminos se convierten en lodazales intransitables. Por algo a estos pueblos se los denomina *estaciones*, recuerdo del que fuera su principal medio de transporte, hoy virtualmente desactivado, y nexos entre todas ellas: el tren.

El sistema telefónico es precario. Los teléfonos celulares raramente tienen señal. Dicha precariedad afecta, asimismo, a la comunicación informática vía Internet.

Hay una población estable con empleos dentro de la misma localidad, mayoritariamente públicos. En un universo tan pequeño, tienen bastante incidencia. A ello hay que agregar los planes sociales, por lo general, objeto de manejos clientelísticos. Hay cierto nivel de comercio y servicios: pequeños almacenes, talleres mecánicos, carnicerías, panaderías, peluquerías. El resto de la gente vive del empleo precario (*changas*) y se inserta en diversas actividades de supervivencia. La ocupación urbana y la rural pueden ejercerse alternativamente.

El representante del poder político formal es el delegado municipal. En el partido de Olavarría es designado por el intendente. En otros partidos se recurre a algún tipo de consulta a la población, pero como advierte Diez Brodd (2006: s/p):

... suele consultarse a los pobladores a través de la junta de firmas o algún mecanismo por el estilo. En ningún caso se trata de un puesto elegido por voto directo, siguiendo las normas electorales de la democracia representativa: no hay candidatos de diferentes fuerzas políticas compitiendo en las urnas por el cargo.

Es que existen impedimentos constitucionales para la elección directa. Autorizar algún tipo de consulta popular

depende de la voluntad del intendente. Hay delegados con larguísimos mandatos, prácticamente vitalicios, que han sabido sortear incluso varios cambios de partidos políticos en el gobierno del municipio. Algunos concitan la adhesión de los pobladores; otros son duramente criticados. De todas maneras, el delegado es el mediador indispensable para encarar la resolución de problemas de la comunidad, dada su buena relación —en general— con el intendente municipal. Tal mediación depende de su vínculo con la política formal.

El relativo aislamiento de estas localidades, los obstáculos para encontrar una vía institucional apta para enfrentar las dificultades, el extremo conocimiento que todos tienen de los otros generan formas de gestión peculiares de este tipo de pueblos. El asociativismo es bastante activo en este conjunto de poblaciones² y las asociaciones no siempre desempeñan las funciones que supuestamente les competerían.

Si a ello agregamos el auge de las políticas neoliberales, su énfasis en la privatización y tercerización de servicios y la decadencia del estado de bienestar, la necesidad de que las comunidades resuelvan por sí solas sus problemas es creciente.

¿Asociativismo es política?

Pensar la actividad asociativa como una forma de política no es simple, y siempre nos generó algunas dudas. La antropología tuvo un papel destacado en cuanto a enriquecer la reflexión sobre el quehacer político. La variedad de sistemas políticos o lo que se juzgó la ausencia de ellos planteó problemas teóricos, científicos y filosóficos importantes. Entre las discusiones sobresale la suscitada por las llamadas *sociedades sin Estado*. Resultaba paradójico que pudiera

2 Véase Ratier *et al.*, 2002, en tomo I, pág. 295, de esta edición.

haber gobierno sin ese organismo que parecía previo a su existencia. La antropología, al ampliar el repertorio de las sociedades humanas, desnaturalizaba creencias arraigadas y mostraba que algo como la política podía aparecer en escenarios insólitos, insospechados. Eso nos animó a buscarla en el accionar de nuestros asociativistas.

Balandier (1969: 8) reseña: “Los politicólogos reconocen, ya desde ahora, la necesidad de una antropología política [...] R. Aron observa que las sociedades llamadas *subdesarrolladas* están empezando a fascinar a los politicólogos deseosos de substraerse al provincialismo occidental e industrial”. David Easton sugiere tres aspectos de los sistemas políticos: la *comunidad política*, el grupo mayor dentro del cual se puede decidir pacíficamente; *el régimen*, o sea las reglas del juego para resolver demandas, que legitiman las acciones de los involucrados en el proceso político. Deja sin respuesta la pregunta sobre legalidad, que puede derivar de la legitimidad o de otra fuente. Y, por fin, *el gobierno*, entendido como los funcionarios y las organizaciones de las que forman parte (Citado en Swartz *et al.*, 1994: 107).

A fines de los cincuenta y en los tempranos sesenta es cuando se deja de lado la taxonomía, estructura y función de los sistemas políticos para pasar al examen de fenómenos dinámicos, de procesos (Swartz *et al.*, 1966: 1-2). El análisis institucional del funcionalismo pierde vigencia y se producen cambios revolucionarios para la época, como el programa de investigación impulsado desde 1939 por el *Rhodes Livingston Institute*, primero por Godfrey Wilson y luego por Max Gluckman (*cf.* Kuper, 1973: 180; Vincent, 1990: 276). Analizando la estructura social total del África Central, abarcaría tanto las áreas rurales como las urbanas, atendiendo simultáneamente a la articulación política y económica de las comunidades locales con el Estado colonial y con el sistema político y económico mundial, y examinando prioritariamente los acelerados

procesos de transformación —industrialización, urbanización, migraciones masivas, etcétera— que se estaban produciendo en el área. En un sentido similar se desarrollan investigaciones de las universidades de Chicago y Columbia en el área del Caribe, dirigidas por Julian Steward en Puerto Rico y llevadas a cabo, entre otros, por Eric Wolf y Sidney Mintz. Los fenómenos políticos locales se relacionaban con el entorno mayor, mundial. En el ámbito europeo, Pitt-Rivers (1989) realiza un análisis ejemplar de las relaciones políticas vigentes en un pueblo andaluz, y sus conexiones con la política regional y nacional.

La confluencia entre estos trabajos europeos y la línea inaugurada por Wolf y Mintz en América daría lugar, en los sesenta, a la extensa bibliografía antropológica sobre “patronazgo”, “mediadores”, “brokers”, etcétera (*cf.* los trabajos incluidos en Gellner, 1986 y Schmidt *et al.*, 1977) representada en nuestro país por el volumen editado por Hermitte y Bartolomé (1975). Se impone así un enfoque relacional donde a las tipologías estructurales le suceden análisis de procesos, y luego de la acción e interacción políticas.

La disputa por el poder dentro de los Estados, ya cuando la antropología abandona su especialización en los otros culturales lejanos, preocupa tanto a la sociología como a la antropología política. Los antropólogos, ya abocados al análisis de las sociedades con Estado, se centran en los llamados “intersticios”, instituciones y formas de relación no formales que coexisten con las formales o se insertan en ellas, o bien colaboran en su operación (parentesco, amistad, patronazgo, redes, cuasi grupos, mediaciones).

La actividad política y la relación entre políticos y pobladores suscitan también interés. Se continúa, para ello, la matriz weberiana centrando los análisis en la figura del político profesional y el ejercicio de su tarea específica (Weber, 1985). El concepto de *campo político* acuñado por Pierre Bourdieu

(1989) otorga un marco teórico adecuado para la indagación de este tipo de disputas. Dentro de ese campo es donde se mueven los agentes a él vinculados. La preocupación por la estructura de los partidos políticos,³ sus proyecciones ideológicas y los procesos a ellos vinculados ocupan buena parte de la bibliografía argentina reciente (Balbi y Rosato, 2003; Balbi, 2004; 2005; Auyero, 2001). Las políticas públicas y sus efectos también despertaron el interés antropológico (Grassi, Hintze y Neufeld, 1994).

Ese énfasis en lo específicamente político también aparece en Brasil. Desde la antropología, estudios como los del Núcleo de Antropología de la Política (NuAP, 1998) tras una crítica de la llamada *antropología política*, también privilegian el citado campo. En Brasil, muchos estudios se centran en las concepciones nativas de la política, en las formas en que los actores se representan sus actividades, tanto políticas como no políticas (religiosas, sociales, de parentesco). El *tiempo político*, tomado como categoría nativa (*tempo de la política*), que interrumpe la cotidianeidad en poblaciones campesinas, tiempo que cesaría en cuanto finalizan las elecciones, se va constituyendo en el ejemplo clásico de ese tipo de enfoques. Se hace una prolija etnografía de esa temporalidad cualitativamente diferente a cualquier otra (Palmeira y Goldman, 1996; Guebel, 1995; Crespo, Novaes y Birman, 1997).

¿Dónde quedan, entonces, nuestras asociaciones y sus integrantes como agentes políticos? ¿Dónde, su acción en cuanto virtual órgano de gobierno de los pueblos y no como electores o punteros?

Ubicamos a esos individuos entre los agentes políticamente pasivos, al decir de Weber, esos "... ciudadanos comunes reducidos al estatuto de 'consumidores' de los productos políticos" (Bourdieu, 1989: 164). Son aquellos que están en

3 Véase Weber, 1966: 228-141.

los bordes del campo político, pero que desde allí producen una cesión de confianza a quien ejerce el gobierno formal. “Como el campeón divino o humano [...] el hombre político retira su fuerza política de la confianza que un grupo pone en él” (Bourdieu 1989: 188). Y esa politicidad no se limita al mundo de los partidos y de las elecciones, aunque lo incluye indirectamente. Podríamos preguntarnos si casos como el que analizamos no nos permitirían relativizar o aun diluir esta clásica distinción entre activos y pasivos.

M. G. Smith contrapone la acción política y la acción administrativa pese a su íntima asociación en el gobierno de las sociedades humanas. La primera se sitúa al nivel de la decisión y de los “programas” formulados más o menos explícitamente; la segunda se sitúa al nivel de la organización y de la ejecución. Una se define a través del poder, la otra por la autoridad [...] El gobierno de una sociedad implica siempre y en todas partes esa doble forma de acción. Por consiguiente, los sistemas políticos solo se distinguen en la medida en que varían en el grado de diferenciación y el modo de asociación de esos dos tipos de acción. (Balandier, 1969: 36-37)

Radcliffe Brown, por su parte, consideraba la “organización política” como un “aspecto” presente en toda la estructura social. Dividía las funciones políticas, en dos grupos: “las que asientan o mantienen el orden social al organizar la cooperación interna; y las que garantizan la seguridad al asegurar la defensa de la unidad política” (Balandier, 1969: 20). Dentro del primer tipo pensamos que pueden ubicarse las instituciones que queremos analizar.

Un investigador mucho más reciente, Javier Auyero, observa y critica:

En los estudios actuales, la manera en que la política afecta e involucra la vida diaria de gente de carne y hueso está [casi completamente] ausente o representada por el pobre sustituto de las encuestas de opinión [...] Lejos de ser una actividad restringida a las elites nacionales o provinciales, para algunos, *la política es una práctica cotidiana*, aun cuando no lo sepan. A pesar de esto, los analistas políticos recurrentemente miran a un lado [el más visible] de la dinámica política a expensas de sus aspectos más oscuros, intrincados y —a mi juicio— interesantes. (Auyero, 2001: 40. El destacado es original)

A esa política como práctica cotidiana nos queremos referir. Frente a las críticas al clientelismo, Auyero también remarca: “el acto *dramatiza redes informales existentes con anterioridad a la manifestación pública y representaciones culturales compartidas —aunque no siempre cooperativamente construidas*” (Auyero, 2001: 29. El destacado es original).

Esas redes son de importancia central para nosotros y nos interesa analizar su existencia y funcionamiento, que, por ahora, no relacionaremos con lo explícitamente político-partidario. Proponemos tentativamente al asociativismo como forma (parcial) de gobierno.

En lo específicamente rural, recordamos la advertencia de Moacir Palmeira (s/f) en uno de sus cursos, acerca de la reificación de la aldea campesina en cuanto espacio social diferente y de la propuesta de Wolf sobre la existencia de una pequeña política aldea adentro, y una gran política afuera de ella, que los mediadores relacionaban. Creemos con el autor brasileño que hay una sola política dentro y fuera de las aldeas.⁴

4 Una definición apta para nuestros propósitos es la así enunciada: “Tenemos, por consiguiente, tres características que deberían servir para iniciar nuestra división del universo de lo que es po-

Asociaciones y liderazgos

Desde nuestra llegada al campo, nos llamó la atención la cantidad de asociaciones actuantes en relación con la población total de los lugares. Si se siguieran las exigencias estatutarias, demográficamente no alcanzarían las personas disponibles para llenar la totalidad de los cargos exigidos. La militancia de los individuos suele extenderse a varias entidades y los nombres se repiten en distintas comisiones directivas. De tal forma se va conformando una elite de notorio protagonismo en el manejo de la cosa pública. En muchos casos funcionan como referentes para el delegado municipal, suerte de concejo deliberante *ad hoc*. En otros, pueden enfrentarlo.

Como anticipamos, consideramos la actividad de estas asociaciones como acciones de gobierno, en cuanto expresan una acción administrativo-jerárquica que integra el quehacer político. Buscamos lo político en instituciones que, formalmente, no lo son. Procuramos indagar, desde la base, cómo se opera la transferencia de poder, el otorgamiento de confianza hacia quienes ejercen la política formal (Bourdieu, 1989) y cómo puede hasta sustituirse el papel de los funcionarios que no merecen esa confianza (Ratier y Etchichury, 2005).

En estos pueblos pueden identificarse líderes con experiencia, capaces de accionar prescindiendo de la colaboración de otros vecinos. El líder asume la conducción, aunque no lo acompañen, y busca a los otros integrantes de comisión solo para cumplir formalidades. Se opera una verdadera cesión de poder hacia quien lidera, estado de cosas que parece conformar a todo el mundo, salvo en casos de conflicto.

lítico y de lo que no lo es. El adjetivo 'político' como lo hemos definido ampliamente se aplicará a cada cosa que sea al mismo tiempo pública, orientada según metas definidas y que involucre un poder diferenciado [en el sentido del control] entre los individuos del grupo en cuestión" (Swartz *et al.*, 1994: 104).

La posición de presidente de cooperadora escolar, por ejemplo, es independiente de que la persona sea padre de algún alumno de la escuela, o que lo haya sido. Registramos casos de presidentes con veinte años de ejercicio, a veces con nietos, otras sin parientes en el establecimiento. Directivos de clubes de campaña lo fueron durante treinta años consecutivos. Tales personajes conforman una verdadera casta de dirigentes.

Tan vitalicio es el cargo que a un presidente de cooperadora le renovaron los mandatos durante dos décadas sin siquiera la formalidad de una asamblea. Estos funcionarios institucionales son, además, mediadores preferenciales en el momento de conseguir cosas, en especial del poder político.

A título de ejemplo, analizamos datos sobre instituciones de cuatro localidades y su acción dentro de estas.

a. Necesidades y servicios a cargo de las asociaciones:

-Edificios escolares: construcción, ampliación y mantenimiento.

-Comedores escolares: mantenimiento y funcionamiento.

-Ropa: provisión para niños, ancianos e internos de hospitales, acondicionando prendas donadas por entidades religiosas.

-Caminos vecinales: entoscado y arreglo. Gestión para mantenimiento y construcción.

-Jubilaciones: los centros de jubilados distribuyen la ayuda estatal (bolsones de alimentos) y ayudan a los afiliados en trámites de todo tipo. Organizan actividades recreativas y festivas, viajes, etcétera.

-Actividad deportiva: fútbol de campaña, *papi fútbol*, bochas, otros deportes. Organización, mantenimiento de los equipos, entrenamiento especializado, financiación de árbitros profesionales, asociación en ligas regionales, construcción y mantenimiento de campos de deportes. Organización de campeonatos de diversa entidad (locales, provinciales).

- Juegos de salón: de cartas, dominó, damas.
- Campeonatos de estos juegos en el pueblo y fuera de él.
- Actividad ecuestre y tradicionalista: desfiles gauchos. Carreras de sortija y tacuara. Domas y jineteadas. Carreras cuadreras. Fiestas tradicionalistas. Danzas folklóricas.
- Bailes: de todo tipo, elemento infaltable en todo encuentro local, con contratación de orquestas.
- Espectáculos: antes, montaje de obras de teatro. Hoy, espectáculos foráneos que se llevan a cabo en el club.
- Actividades para chicos: celebración de Reyes, Día del Niño y otras.
- Actividad religiosa: comisión de Iglesia, con construcción y mantenimiento de templos y ermitas. Catequesis. Material de culto. Financiación del traslado y permanencia de sacerdotes, misioneros y catequistas. Sostenimiento de cultos no católicos por los creyentes.
- Salud pública: apoyo total a salas de primeros auxilios y hospitales, incluidas la compra de aparatos como tensiómetros, y la provisión de alimento y ropa a los internos.
- Transporte. En ocasión de fiestas o celebraciones. La comunidad arbitra desde el arreglo de caminos precarios, hasta la organización del transporte vehicular.
- Fiestas comunitarias: muchas en desuso, como los corsos de carnaval. Otras vigentes: Fiesta del Socio, aniversarios del pueblo, fiestas neoidentitarias.
- Asociaciones juveniles preocupadas por el éxodo forzado (movimiento excepcional, solo vigente en una de las localidades).

b. Financiación: solidaridad, redistribución, fiestas como fuente de recursos

Todas las actividades reseñadas requieren la asignación de fondos para llevarlas a cabo. En ese sentido, hay entidades fundamentales como centralizadoras de recursos, que

son los clubes de campaña,⁵ primera expresión de sociabilidad pública en la estructura pueblerina. Casi todos muy antiguos, ediliciamente importantes, albergan actividades deportivas o ecuestres, recreativas; cuentan con equipos de sonido, un escenario en el salón principal y camarines. Muchas veces son la única opción gastronómica, y siempre son la puerta de entrada y el salón de recepción de la comunidad para recibir visitantes conspicuos y celebrar eventos. Aquí acuden políticos en campaña o para presentar proyectos. Representan al poblado mucho más que la Delegación Municipal, centro teórico del poder político.

La Comisión Directiva del club está compuesta por un mínimo de entre veinte y treinta personas cuyas tareas se dividen por comisiones y subcomisiones. El presidente muchas veces es una persona influyente que no reside en el lugar, sino en alguna ciudad vecina. Esto puede facilitar su papel mediador. Es en el espacio del club, pero también en el de otras instituciones públicas, como las escuelas, donde se celebran algunas de las actividades que enumeraremos, cuando no tienen lugar directamente en la calle o en la plaza.

—*Fiestas*. Sus motivos pueden ser varios.⁶ Anualmente tiene lugar la *Fiesta del Socio*, celebratoria del aniversario del club. Otras son las fiestas patrias o los aniversarios del pueblo, las conmemoraciones patronales, o bien cenas especiales con fines precisos: ayuda a un enfermo, búsqueda de fondos para construcciones escolares, conmemoración de un sector específico (jubilados, niños, docentes o alumnos). En épocas recientes, se dieron también fiestas nuevas, de reafirmación identitaria, como *Santa Luisa Vive* o *Recalde Crece* (Ratier y Guebel, 2004; Iriberry, 2004; Ringuelet *et al.* 1999).

5 Véase Etchichury, 2003.

6 Véase Iriberry, 2004.

La fiesta puede agregarse a cualquier otra actividad como su coronación. Constituye una verdadera reconstitución de la comunidad dispersa gracias a la llegada de los nativos que hoy habitan en otros lugares. El centro de la celebración es una cena en la que colabora todo el pueblo. El prestigio de la localidad se juega en estas ocasiones, no solo por la calidad de los comestibles, sino también por la de la atención. Todos los lugareños se comprometen en el evento. Casi siempre, el aporte es gratuito y la retribución puede darse en especie.

—*Baile*. Incluido en la fiesta, y su culminación supone la contratación de un conjunto musical foráneo con un repertorio ecléctico, que va desde tangos o pasodobles, hasta cumbia o expresiones del rock y el pop nacional.

—*Partidos de fútbol*. Existe en la zona un campeonato de fútbol de campaña con equipos de varias categorías, representativos de las localidades⁷ y dependientes de una Liga. Supone mayor nivel de gastos, pago de árbitros y traslado de equipos e hinchadas a pueblos distantes. De menor envergadura, se suelen disputar también partidos entre equipos chicos, varios por cada pueblo, en lo que se denomina *papi fútbol*. Se cobra entrada para asistir a los encuentros. Finalizado el juego, puede haber cena y baile. Es importante subrayar que en todas estas actividades la asistencia sobrepasa largamente a la población del pueblo, lo que facilita la recaudación de fondos.

—*Otros deportes y juegos*. Bochas, con canchas muy bien mantenidas y campeonatos de diversa categoría, que suelen adosarse a los de fútbol, así como los llamados *juegos de salón* de barajas (truco, mus, conga, canasta, etcétera). La taba a veces se practicó, pero está prohibida.

—*Actividades ecuestres tradicionalistas*. Los desfiles gauchescos constituyen un circuito en el que los visitantes, en ocasión

7 Véase Ratier y Etchichury, 2005.

de un aniversario o de una fiesta patria, participan con sus caballos enjaezados y la ropa criolla de gala. Implican un compromiso de reciprocidad hacia los visitantes por parte de los tradicionalistas locales. Siempre se incluye un asado, tanto en estas actividades como en las carreras de sortijas y tacuara.

—*Carreras de caballos*. Teóricamente prohibidas, sin embargo, suelen realizarse. Se cobra inscripción y se hacen apuestas. En algunas escuelas rurales se considera este recurso económico como muy rentable, superior a las carreras de sortija y tacuara.

—*Domas y jineteadas*. Actividades tradicionales que atraen a gran cantidad de gente. Algunas se celebran desde hace más de medio siglo, convocan a dos mil personas o más, y se incluyen en un circuito semiprofesional que concluye en un campeonato nacional cuya final se disputa en Jesús María, Córdoba. Se cobra entrada, inscripción, tarjeta para el asado y atraen a gran número de *pilcheros*, vendedores de ropa, artesanías, discos compactos, botas, zapatos, sogas y todo lo que se pueda imaginar. Intervienen, con gran protagonismo, animadores gauchescos especialmente contratados y hay un jurado encargado de otorgar puntaje a los competidores.

—*Rifas*. Están presentes en todas estas actividades. Los premios suelen ser cabezas de ganado, platos de comida u otros. Los alumnos de las escuelas las distribuyen.

—*Cantina*. Infaltable en cualquier actividad, ofrece a los asistentes variedad de comidas y bebidas.

—*Trabajo solidario*. Desde las instituciones, se promueve la construcción de locales o dependencias escolares o sanitarias, donde participan todos. También, el arreglo de caminos. En esas ocasiones intervienen todos los géneros. Las mujeres, por ejemplo, pueden llegar a transportar tosca en carretillas para arreglar un camino.

Solidaridad, reciprocidad. El circuito de las donaciones

Lo que acabamos de reseñar constituye, poco más o menos, el repertorio de que disponen los pobladores rurales para obtener fondos que permitan hacer frente a las necesidades comunitarias. Más que el dinero, resultan fundamentales las donaciones. La habilidad de los dirigentes de asociaciones consiste en obtenerlas, y hay una etiqueta prescripta acerca de la forma de pedir las y agradecerlas. Por lo pronto, hay que saber qué pedir y a quién. Para necesidades menores, como premios en sorteos, lechones, gallinas, pavos pueden solicitarse a casi todos. La presencia de una reunión de gente adinerada es ocasión propicia para que dirigentes asociativos soliciten apoyo. Pero no ha de dilapidarse el capital social del que pide con requerimientos menores a donantes poderosos. Esos deben reservarse para grandes necesidades.

Quien posee animales juega con su donación en pugnas por espacios políticos: ofrece anticipadamente una vaquillona a una institución. Y hay individuos con poder para pedir, como un delegado municipal: “A mí me conoce todo el mundo por acá, donde voy me regalan una vaca, en eso no tengo problemas [...] así que capaz que después tenía un montón de vacas, pero las vendía y compraba lo que necesitaba, las cosas para hacer los pastelitos por ejemplo, la bebida...”.

Quien recibe la donación, entonces, puede disponer del pequeño rebaño reunido, vender animales y comprar otras cosas. Lo refrenda así otro testimonio:

Sí, eso fue costumbre, por ejemplo, para el aniversario del club, para una fiesta grande [...] Ahora el otro día en Santa Luisa le donaron tres, carnearon dos, y tienen tres más donadas para una próxima fiesta. Y hay gente, qué sé yo, que no le [...] que no le siente que tiene unas

cuantas vaquillonas o vacas, y dona una, y ni la siente.
Sentiría más a lo mejor dar cien pesos [ríe]. (Veterano
dirigente del fútbol de campaña)

O sea que el ganado adquiere características de una verdadera moneda. Se cambia por otras cosas y se cede más fácilmente que el dinero.

Casi todo el mundo puede ofrecer ovinos. La gente de las cooperadoras, por ejemplo, va tranquila por tranquila solicitando corderos, y dicen no salir desairados. Dieciocho corderos con destino al hospital obtuvo en una ocasión el presidente de su cooperadora. Esto no solo para alimentación de los pacientes, sino para obtener fondos. Con corderos se pagaron el tensiómetro del establecimiento y aparatos odontológicos.⁸ Un costillar de vaca, en cambio, fue la retribución de los servicios profesionales de un escribano hacia el centro de jubilados, dispuesto por su comisión directiva. La donación de la carne provino de un encargado de campo, agente social con poder de decisión equivalente al de un patrón.⁹

Se debe recordar que en el mito de origen de muchos de estos pueblos, antiguas estaciones, aparece la donación de terrenos (supuestamente, generosa) por parte del propietario de los campos atravesados por las vías, cuyo nombre o el de sus familiares bautizó la estación. Esa recurrencia al don como mecanismo habitual de relación social aparece, entonces, desde el inicio.

8 El ovino es, en la zona, considerado animal de consumo. No hay grandes rebaños de ovejas ni se aprovecha demasiado la lana, aunque esto varía según los precios. El cordero se destina a la peonada, pues se alega que por su tamaño es más fácil aprovecharlo que el vacuno. Novillos y vaquillonas, en cambio, pertenecen a los propietarios de campo, quienes los donan para venta a beneficio o para asados. De ahí que donar un cordero sea más accesible. En casos de cuatrerismo, se supone que quien roba y carnea una oveja lo hace para comer. Matar un vacuno, en cambio, sería para comercializarlo.

9 Véase Ratier *et al.*, 2004.

La consecución de donaciones dependería también de la estructura catastral que rodea al poblado. Se supone que los establecimientos pequeños o medianos, cuyos propietarios viven en la zona, son más generosos. En cuanto a los grandes, la situación varía. Se nos ha dicho que las viejas estancias tradicionales tenían fuertes vínculos con las poblaciones cercanas a sus dominios. Hablamos de propiedades pertenecientes a industriales locales (que comenzaron sus negocios por lo agropecuario), como los Fortabat, o bien a familias de la elite ganadera nacional, como los Pereyra Iraola. Compraban todo en los pueblos, los visitaban y hacían una política explícita del mantenimiento de esas relaciones. Por ejemplo, veraneaban en la localidad ampliando el mercado interno local.

El proceso de desnacionalización y reestructuración de las propiedades pampeanas ha sustituido a los grandes propietarios por entidades anónimas. Los imponentes vehículos que pasan rumbo al casco de esas estancias solo dejan en los pueblos la polvareda, y es muy difícil activar, con ellas, el circuito de las donaciones. El mecanismo redistributivo se resiente. En el testimonio local, la cercanía de ese tipo de propiedades amenaza el desarrollo de los propios pueblos al disminuir la capacidad de empleo y reducir el comercio.

Desaparecidos los antiguos *grandes hombres*, las fuentes de financiación se reducen a lo que puedan aportar los vecinos que quedan, y a los fondos que consigan arrancarle al Estado.¹⁰

10 La buena relación con los poblados vecinos de las estancias parece formar parte, según nuestras indagaciones, de la ética y las costumbres de las clases dominantes, que siempre habrían cuidado tales buenas relaciones.

Líderes en acción

Queremos ejemplificar ahora, a través de algunos casos, el ejercicio del asociativismo. Uno es el de un mediano productor que opera un tambo manual. Fue diez años presidente de la cooperadora del hospital. Allí obtuvo dieciocho corderos en donación. También, ocho años tesorero del jardín de infantes, donde nunca tuvo un familiar como alumno. Fue presidente del club, por seis años y medio, período durante el cual impulsó torneos de *papi fútbol*, construyó el campo de deportes donde se puede practicar tanto la doma como partidos de fútbol y lo dotó de iluminación para que pudiera usarse de noche. En ese campo hizo construir una ermita para la Virgen de Luján, cuya imagen donó su señora. También levantaron veintidós parrillas para hacer asado. Comenta con orgullo que en su gestión el club obtuvo la donación de ocho vaquillonas.

Consiguió la inauguración de un *Centro Tradicionalista*, destinado a mostrar las raíces gauchescas del pueblo, no solo al lucimiento de sus integrantes, aclara. En exitosos desfiles llegaron a participar ciento cincuenta y dos jinetes de otras localidades.

Entre sus logros, nuestro hombre cuenta que consiguió que los jubilados internados en el hospital (que tiene mucho de geriátrico) dejaran el 60% de sus haberes mensuales para la institución. Hubo protestas, pero él argumentó que quienes se beneficiaban debían contribuir a solventar el lugar. Hoy, afirma, con una comisión mucho menos actuante que en sus tiempos, ese dinero que iba a la cooperadora va al municipio.

El tambero se proclama no político, y lo justifica en cuanto no tiene reparos en recurrir a la figura partidaria que sea con tal de hacer obras. Siendo afiliado radical, no dudó en recurrir a un estanciero y vendedor de ganado peronista,¹¹

11 La Unión Cívica Radical y el Partido Justicialista (fundado por Juan Domingo Perón) son los dos grandes partidos argentinos, cuyas características han variado mucho en los últimos tiempos.

no solo cuando el justicialismo gobernó el partido, sino también después. Durante su administración, el hombre mejoró los caminos y organizó rondas de una patrulla rural. Quiso montar una pista para carreras automovilísticas, pero no lo consiguió, y cuando los justicialistas perdieron las elecciones, los radicales discontinuaron el proyecto.

A él le interesa la persona, afirma, y que quiera hacer algo bueno para su pueblo, no importa su filiación. Sin embargo, en este momento se encuentra en crisis, por cuanto el intendente local abandonó el radicalismo para agregarse al partido del gobierno. Tal vez por eso el asociativista ha abandonado un poco el ejercicio activo. Sigue llevando leche y panes dulces al hospital, con el que ha creado un vínculo indestructible, colabora con la escuela agrícola,¹² pero piensa que sus colegas ya no tienen el ímpetu de otras épocas. “No hay como una comisión para conocer a la gente”, afirma. Cree que el mal de su pueblo es que el delegado municipal no es electo, y el actual se perpetúa en el poder sin hacer nada. Como muestra de apoliticismo (pese a su filiación), dice que nunca repartió boletas ni afiches.

Le preguntamos si no había sido tentado nunca con un ofrecimiento para un cargo, por ejemplo, los de concejal o delegado. Nos dijo, enfático, que *siempre* había soñado con ser delegado. Ante nuestra insinuación de que más que una identidad política él parecía llevar “*la camiseta de Espigas*” (su pueblo), asintió satisfecho.

Una mujer octogenaria, residente en el mismo pueblo, es nuestro segundo ejemplo. Por cinco períodos (diez años)

12 La escuela agrícola, Centro Educativo para la Producción Total (CEPT), responde a la modalidad de alternancia. Los alumnos pasan una semana en el establecimiento y quince días en casa de sus padres. Desarrollan proyectos en los terrenos paternos, asesorados y supervisados por el Centro. A diferencia de otros establecimientos de la especialidad, no priorizan la productividad en el predio escolar (lo que se considera pedagogía de demostración). Eso no siempre es entendido y muchas veces es criticado. No obstante, nuestro asociativista ayuda al CEPT dando charlas sobre la cría de pavos, por ejemplo, ayudando a implementar pasturas o tendiendo alambrados eléctricos.

fue presidenta del *Centro de Jubilados*, y por veinticinco integró la comisión del club. Solicitó y obtuvo de una diputada provincial justicialista dos máquinas de coser y piezas de tela. Las utilizaron con otras mujeres para confeccionar sábanas, toallas y ropa de cama para el hospital. Aprovechaban donaciones de ropa usada hechas por la Iglesia, para reformar las prendas y entregarlas a los escolares. Durante cinco años estuvo en la comisión de madres de la escuela primaria, y con los fondos recaudados donaron un terreno para que el establecimiento construyera un edificio.

Esta mujer emprendió diversos negocios, como una fábrica de tejidos y una zapatería, para lo cual compró máquinas industriales y llegó a emplear a veintidós personas. Fabricaba medias que vendía, en especial, a los ferroviarios, en los míticos tiempos del tren, la edad de oro.

En momentos de vida social más intensa, participó en cursos y todavía le gusta bailar, por ejemplo, folklore. Practicó deportes y enseñó tejido a máquina, a dos agujas y *crochet* en un lugar llamado Centro Recreativo, hoy desactivado. Dejó su labor docente porque le exigieron un título, y ella ni siquiera había terminado la escuela primaria.

En su afán asociativo, tuvo muy buena relación con el grupo de jóvenes llamado *Raíces*, con quienes favoreció tanto a los niños de las escuelas como a los ancianos. Celebraban Navidad y el Día del Niño. Desde el Centro de Jubilados, participó en los torneos provinciales Abuelos Bonaerenses, presentando durante tres años obras de teatro de su autoría. Los ensayos fueron importantes para juntarse y, en sus dichos, “*farrear*”.

Como casi todos, considera que el espíritu asociativo ha declinado y que la gente no se ocupa como antes de los problemas.

Tanto ella como el ex asociativista del hospital participaron de una iniciativa que reunió a todas las asociaciones de Espigas (catorce en total). Tal unidad duró solo un año, pese a haber conseguido realizar una gran fiesta conjunta.

Intentaron, sin éxito, obtener el asfalto para los 14 km que separan la localidad de la ruta. Tanto la provincia como la nación evadieron toda responsabilidad al respecto. La mujer explicita su interés por hacer algo por su “pago chico”, afirmando que lleva la “camiseta” de Espigas.

El tercer asociativista que queremos presentar vive en el partido de Tapalqué, y es un mediano productor también. Desde hace veinte años, es el indiscutido presidente de la *cooperadora escolar*.¹³ El establecimiento está en medio del campo, en terrenos que alguna vez fueron de un importante ejecutivo cementero, quien los donó. Equidista de las localidades de Campodónico, en Tapalqué, y Cacharí, en Azul. El entorno está rodeado de tranqueras (se las cuenta para indicar las dificultades para transitar: “*Hay que pasar nueve tranqueras*”) y los caminos son malos en tiempo de lluvias.

Nos encontramos con este asociativista en 2001, tiempos difíciles. Fuimos presentados por la ex directora de la escuela, hoy jubilada, esposa del mayordomo de un importante campo de propiedad de la Iglesia. La docente y el cooperador guardan excelente relación.

Como adelantamos, el hombre es presidente sin necesidad de elección formal. Admite que la cooperadora no solo se ocupa de la escuela. “Es comunitaria”, define. Sucede que la escuela *es* el poblado. Centraliza lo que llaman *el barrio*, que, para la directora, son simplemente los vecinos. Tiene hasta su propia agrupación tradicionalista con un banderín que reproduce el nombre y el dibujo del edificio escolar. También, equipo de fútbol, con camisetas y todo, que participa en campeonatos y juega en la cancha vecina a la escuela.

13 Los asociativistas vinculados a instituciones se autodesignan como *presidente, tesorero o integrante* de la escuela, del jardín de infantes, de la salita. No de la cooperadora o de la comisión. Consideramos significativo este dato en cuanto el vínculo se vive como directo, no intermediado por un grupo. Se presentan como “presidente de la escuela”, “tesorero del jardín”.

El problema principal, el que los desvela, es el camino. Luchan para conseguir la tosca como para paliar el efecto del fango, y para que las máquinas viales reparen la precaria ruta luego de las lluvias. Juegan, gracias a su situación limítrofe, con los recursos de los municipios de las dos localidades vecinas. Utilizan vínculos con una radio local para impulsar sus demandas. No todos los vecinos acompañan el accionar asociativo y, según el presidente, los que más tienen son los que menos apoyan. Sin embargo, gracias al estanciero cementero, consiguieron buena cantidad de material.

El camino condiciona incluso la consecución de fondos. Cuando planifican una fiesta, la mayoría de las tarjetas o entradas no se compran por adelantado, justamente por temor a no poder llegar si llueve. Eso impide calcular cantidad de gente y prever los recursos necesarios. Cuentan infinitos episodios de apuro cuando el público es mayor que el esperado, y los trucos que se ven obligados a utilizar para no defraudar a los concurrentes. Eso tiene que ver con la competencia entre poblados por prestigiar sus fiestas en el *ranking* local.

Todos los domingos organizaban carreras de caballos. En un principio, con los animales locales, nada de pura sangre o parejeros famosos. Luego se agregaron gateras, como en los hipódromos, y se organizaron mejor las apuestas. Cobran entrada. Como siempre, la justa hípica incluía el tradicional asado.

Hay períodos en que, al decir del presidente, “*se vive*” en la escuela. Los padres acuden a trabajar los fines de semana. La escuela organiza también el sistema de transporte en combis de los chicos que cursan de séptimo a noveno grado en Cacharí.

Nos interesa destacar un caso que el presidente cuenta como aleccionador. Obtuvieron una partida provincial para construir un salón nuevo y un baño. La cooperativa operó como intermediaria. Los fondos se depositaron en su

cuenta, y tuvieron que emitir cheques para pagar a las empresas ganadoras de la licitación. Se asombraron del monto acordado a esos contratistas, exorbitante en su concepto. Si los hubieran dejado actuar según su sistema, aseguraban, hubieran hecho una escuela nueva. Pero lo que distorsionó todo, afirmaban, fue la intervención de los políticos. Eso explica, dijeron, la situación en la que está la Argentina, y en la que va a seguir estando con esos procedimientos. “*Si eso pasa en una escuela, imagínese lo que será el país...*”.

Conclusiones

Creemos haber delineado algunos elementos indicadores de una forma peculiar de hacer política que denominamos *política lugareña*. La escala de estos poblados, su condición de comunidades de interconocimiento, su marginalidad respecto de otros centros urbanos imponen un estilo de gobierno municipal diferente, con recursos que no son tan usuales en pueblos o ciudades mayores. En espacios geográficos y demográficos minúsculos, conviven diez, doce o catorce asociaciones.

Aunque al decir de un delegado municipal es más fácil conseguir cosas en épocas preelectorales “porque los políticos prometen y mientras tanto, algo se consigue”, hay otro elemento en contra de los poblados: representan muy pocos votos, irrelevantes en un proceso electoral.

Frente a esa suerte de orfandad, el poder político formal está representado por un funcionario menor, no siempre electo, que actúa como mediador ante el municipio. Muchos de ellos ni siquiera residen en la localidad. El delegado se ve obligado a apuntalarse en conjuntos de vecinos que ora lo apoyan, ora lo critican. El asociativismo debe suplir carencias no solo del gobierno municipal, sino del provincial y del nacional.

Esos vecinos, que weberianamente podríamos ubicar como políticamente pasivos, consumidores de productos políticos, se ven obligados a arbitrar recursos no tradicionales para solucionar temas de gobierno. Carecen del capital simbólico necesario para competir en el campo político, diría Bourdieu, y permanecen en sus márgenes, si bien los políticos dependen de su apoyo para legitimarse. Ejercen la acción administrativa que proponía M. G. Smith u organizan la cooperación interna, como marcara Radcliffe-Brown. Y, sobre todo, como observa Auyero (2001), ponen en marcha redes informales que existieron desde siempre como forma de resolución de problemas, con representaciones culturales compartidas. Son los que, sin saberlo, tienen a la política como una práctica cotidiana.

A cargo de las asociaciones está la buena marcha de instituciones en todos los niveles, Mantienen clubes, prácticas deportivas, encuentros identitarios, fiestas. De todas esas actividades obtienen recursos monetarios a partir de la cesión de animales (ovejas los más pobres, vacunos los pudientes) que permiten la preparación y venta de la apetecible cocina regional, base gastronómica que sostiene el encuentro, el juego, el baile, el cortejo. Una administración, que ellos dicen es transparente, acumula y destina esos recursos al mantenimiento de la localidad en todos los aspectos. El buen criterio, el *saber pedir* opera esa redistribución corporizada en el ganado (Sahlins, 1983) que, convenientemente trabajada, es el primer paso para arrimar recursos a la obra de gobierno asociativa. Y algo destacable en la idiosincrasia del accionar asociativista es el enorme lugar que se adjudica al festejo, al baile, a la competencia en el juego o el deporte, a la buena atención hacia invitados locales y forasteros, como prenda de honor de la localidad. Se cultiva la alegría, que no es poco.

Entre los asociativistas hay gente de ambos géneros con décadas de experiencia. Gente que ha rotado por varias

instituciones, aunque carezcan, aparentemente, de títulos para integrar algunas. Están allí por razones vocacionales, porque les gusta la tarea. Confiesan que no les atrae practicar o ver fútbol, pero sí organizar torneos. Que su fuerte no es el caballo, pero les gusta colaborar en las domas. Son como profesionales en la gestión, aunque sin sueldo.

No dudan en recurrir a los políticos cuando hace falta, pero aclarando que no lo hacen por afinidad partidaria, sino en aras del vecinalismo. *Ellos llevan la camiseta de la localidad, no la de un partido político.* A ella se deben. Resuelven sin empaño que los jubilados alojados en un hospital cedan la mayor parte de su sueldo al establecimiento. No piden permiso para hacerlo, argumentan y convencen a los remisos.

Y distinguen su forma de hacer política (que no juzgan tal; se ofenderían si se los calificase como *políticos*) de la que impera en el aparato formal. En realidad, pareciera que el descartar toda ligazón con la política formal es una condición para acrecentar su legitimidad y su prestigio, fortaleciendo su poder. Ellos se suponen libres de corrupción. De hecho, la de ellos es *otra política*. Un dirigente insinuó que el país sería otro si se aplicara el sistema que utilizan en su escuela.

Por cierto que no faltan los conflictos en este mundo del vecinalismo rural. Hay instituciones enfrentadas, algunas toman partido en disputas de poder, se rebelan contra las autoridades oficiales de las asociaciones con las que teóricamente cooperan. El poder político formal interviene para llevar agua para su molino; algunos vecinalistas abandonan su tarea y penetran en el mundo de la otra política. Y hay divisiones de clase, también, gente que se piensa explotada por las instituciones, delegados que usan el clientelismo para dividir las y sabotearlas. Aparecen facciones y disputas.

De todos modos la base participativa, el esfuerzo conjunto por la localidad, la construcción de solidaridades y el largo ejercicio de esta forma de política *sui generis* abren

perspectivas interesantes para construir formas de administración diferente, dentro y fuera de los pequeños poblados rurales. La antropología puede contribuir a iluminar estos caminos solo aparentemente menos distantes y exóticos que los de aquellas sociedades sin Estado que asombraron a los clásicos y obligaron a repensar la ciencia política.

Bibliografía

Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires, Manantial.

Balandier, G. (1969). *Antropología política*. Barcelona, Península.

Balbi, F. A. (2004). Sabe que significa a lealdade? Análise antropológica de um valor moral peronista. Tesis de doctorado, Programa de Pos Graduación en Antropología Social de la Universidad Federal de Río de Janeiro.

———. (2005). Esa avalancha de homenajes: campo de poder, lealtad y concepciones de política en el primer peronismo. En *Anuario de Estudios en Antropología Social*, vol. 1.

Balbi, F. A. y Rosato, A. M. (orgs.) (2003). *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios de antropología social*. Buenos Aires, IDES-Antropofagia.

Bourdieu, P. (1989). *O poder simbólico*. Lisboa, DIFEL.

Crespo, S., Novaes, R. y Birman, P. (eds.) (1997). *O mal à brasileira*. Río de Janeiro, Universidad del Estado de Río de Janeiro.

Diez Brodd, A. C. (2006). La carneada: sociabilidad, reciprocidad y política tradicional en poblados rurales del centro de la provincia de Buenos Aires. Tesis de licenciatura. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

Etchichury, L. (2003). Clubes de campaña y liderazgos locales en la pampa central bonaerense. En *Realidad Económica*, núm. 195, pp. 107-123.

- Gellner, E. (1986). The Concept of Kinship and Other Essays. *British Journal for the Philosophy of Science* 37 (3), pp. 367-369. Londres.
- Grassi, E., Hintze, S. y Neufeld, M. R. (1994). *Políticas sociales, crisis y ajuste estructural*. Buenos Aires, Espacio.
- Guebel, C. (1995). El mundo de Tita: redes sociales, política y bar. En *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 8, pp.47-60.
- Hermitte, E. y Bartolomé L. (eds.) (1975). *Procesos de articulación social en América Latina*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Iriberry, M. (2004). Las fiestas rurales: una forma de ser y permanecer. Ponencia presentada en el *Tercer Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Rural*, Tilcara, Jujuy, Argentina.
- Kuper, A. (1973). *Antropología y antropólogos. La escuela británica: 1922-1972*. Barcelona, Anagrama.
- NuAP. Núcleo de Antropología da Política. (1998). Uma antropologia da Política: rituais, representações e violência. Projeto de Pesquisa. En *Cadernos do NuAP*. Río de Janeiro. Palmeira, M. (s/f). *Introdução a curso de antropologia social*. Río de Janeiro, mimeo.
- Palmeira, M. y Goldman, S. (eds.). (1996). *Antropologia, voto e representação política*. Río de Janeiro, Contracapa.
- Palmeira, M. y Heredia, B. M. A. (1994). Os comícios e a política de facções. En *Anuario Antropológico*, núm. 94, pp. 31-94. Río de Janeiro.
- Pitt-Rivers, J. A. (1989). *Un pueblo de la sierra: Grazales*. Barcelona, Alianza.
- Ratier, H. (2002). Asociativismo y poder en la campaña bonaerense. Una aproximación etnográfica. En Villafañe, A. (comp.) (2002), *Construyendo lo local*, pp. 175-201. La Plata, NuRES y Al Margen.
- Ratier, H. E., Del Campo, M. E., Etchichury, L. e Iriberry, M. (2001). "Organizaciones rurales y cultura de las pampas: la construcción social de lo gauchesco y sus implicaciones". En *Etnia*, núm. 44-45, Olavarría, (2002), edición digital, p. 81-98.
- Ratier, H. y Guebel, C. F. (2004). Las antropologías argentina y brasileña según algunos testimonios: exilios, tránsitos y permanencias". En *Raíces, Revista de Ciências*

Sociais e Económicas, Campina Grande, vol. 23, num. 1-2, enero-diciembre, pp. 140-158.

Ratier, H. E., Iriberry, M., Corte, V., Del Campo, M. E., Díaz Galán, L., Diez Brodd, C., Landaburu, L., Rodríguez, M. (2004). Sobrevivir sin tierra: estrategias para reproducirse y crecer entre encargados de campo y empleados rurales. Ponencia presentada en el VII CAAS, Villa Giardino, Córdoba.

Ratier, H. E. y Etchichury, L. (2005). Resurrección del fútbol de campaña: el deporte como constructor de identidad en áreas rurales. Ponencia presentada en la *Primera Jornada de Antropología Rural*, San Pedro de Colalao.

Ringuelet, R., Piriz, M. I. y Valerio, M. del C. (1999). *Un movimiento social agrario de los 90: las Mujeres Agropecuarias en Lucha de la región pampeana*. Olavarría, Núcleo Regional de Estudios Socioculturales, NuRES, UNICEN.

Sahlins, M. (1983). *Economía de la Edad de Piedra*. Buenos Aires, Akal Universitaria.

Schmidt, S. W. et al. (eds.) (1977). *Friends, followers and factions*. Berkeley, University of California Press.

Swartz, M. et al. (1966). *Political Anthropology*. Aldine Publishing Company.

Swartz, M. J., Turner, V. W. y Tuden, A. Reseña de "Introducción" a *Political Anthropology*, de Marc J. Swartz, Victor W. Turner y Arthur Tuden. En *Alteridades*, vol. 4, núm. 8, pp. 101-126. México, Itzapalapa.

Villafañe, A. (comp.) (2002). *Construyendo lo local*. La Plata, NuRES y Al Margen.

Vincent, J. (1990). *Anthropology and politics. Visions, traditions, and trends*. Tucson and London, The University of Arizona Press.

Weber, M. (1966). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México, Fondo de Cultura Económica.

———. (1985). *Ensayos de sociología contemporánea I*. Barcelona, Planeta Agostini.

Capítulo 9

Asociativismo y poder en la campaña bonaerense

Una aproximación etnográfica*

Introducción¹

El presente artículo es producto de dos proyectos de investigación llevados a cabo mediante sendos subsidios de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires,² en localidades rurales de los partidos de Azul y Olavarría. Como resultado de esa indagación, la presencia de corporaciones agropecuarias (sociedades rurales, cooperativas, sindicatos) y su influencia entre productores y trabajadores del campo se revelaron escasas. Su accionar concreto carecía, asimismo, de visibilidad. Para la vida diaria de la gente, mucho más significativas que las organizaciones formales que deberían nuclearlos como categoría eran una serie de pequeñas asociaciones de variado origen.

* Elaborado en 1998 y publicado originalmente en 2002, en Villafañe, A. (comp.). *Construyendo lo local*, pp. 175-201. La Plata, NuRES y Al Margen.

1 Todas las traducciones de textos en lengua extranjera citadas pertenecen al autor.

2 FI163 Corporaciones agropecuarias y asociativismo en la región central de la pampa bonaerense (1995-1997) y TL23 Asociativismo y acción corporativa en la región central de la pampa bonaerense (1998-2000).

Ahora bien, las tareas comunitarias desarrolladas en esas instituciones no siempre tenían que ver con su propósito estatutario. Los integrantes utilizaban tales estructuras como motor apto para llevar a cabo variadas propuestas.

De ahí nuestras preguntas y el propósito de explorar, mediante recursos etnográficos, las formas de sociabilidad imperantes en tales poblaciones, suponiéndolas representativas de la sociabilidad rural de la región.³ El conjunto de estas redes sociales anudadas en torno a las organizaciones locales configuraba un espacio político peculiar de la campaña bonaerense, una forma de plantear, analizar y procurar resolver problemas que escapaba a los canales institucionalizados, y cuya lógica nos interesó explorar.

Las localidades

La mayoría de la población del partido de Olavarría reside en su ciudad capital, que lleva el mismo nombre y que fuera importante en términos industriales en razón de la actividad minera y de fabricación de cemento. Esa impronta es evidente en las llamadas *localidades serranas*, donde lo

3 La mayor parte de nuestro material se obtuvo en sendas campañas de quince días cada una llevadas a cabo en las localidades que denominamos Aguirre y Santa Rita. En Aguirre nos acompañó un equipo integrado por la Lic. Laura Vugman, los estudiantes de la UBA Dolores Cárcova, Tábata Sosa, Guillermo Borzi y José Muñoz Azpiri, y el entonces estudiante de la UNICEN Raúl Visvequi. También colaboró en esa etapa la Lic. Alicia Villafañe, de la UNICEN, quien continúa haciéndolo en forma permanente. En retornos puntuales a la misma localidad, se incorporaron el Lic. Marcelo Pagliaro y los estudiantes de la UNICEN Carolina Diez Brodd, Viviana Aguilar, María Isabel López y la docente auxiliar Julieta Soncini. Participaron en el trabajo de campo en Santa Rita la MSC. Claudia Guebel, el Lic. Leandro Etchichury, ambos de la UBA, y los estudiantes de la UNCPBA Carolina Diez Brodd, Pablo Cardoso, Eugenia del Campo y Ana Zabalza, así como la estudiante de la UBA Dolores Cárcova. Procedimos al registro etnográfico de una serie de situaciones sociales y llevamos a cabo entrevistas grabadas y no grabadas. Se llevaron sendos diarios de campo cuyo análisis y elaboración estamos procesando.

extractivo fue también lo principal. En el interior agroganadero, la unidad económica es la *estancia*, entidad civilizatoria que se afirma al término de la guerra de exterminio del indígena (circa 1880).

La unidad de ese mundo rural y su vinculación con los mercados nacional y mundial se dio a través del desarrollo de la red ferroviaria. Las *estaciones* del tren son, aún hoy, los topónimos que la gente antepone al nombre de las localidades. La memoria local recuerda la época de plena vigencia del tren como una edad de oro que el transporte automotor no consiguió reemplazar.

Estas localidades rurales pueden ser, a los ojos del eventual viajero, solo un par de casas que albergan al club, algún negocio o la escuela, o bien estructuras más formalmente urbanas, con manzanas y calles y un espectro comercial e institucional más amplio. En esos casos, suele originarse en un loteo impulsado por un estanciero que, en acuerdo con la empresa ferroviaria, dio a la localidad el propio nombre u otro vinculado a su familia. En virtud de esta práctica generalizada, Aguirre se llama así por el apellido del estanciero fundador. Otro terrateniente, quien ya había usado su patronímico en otra estación, optó por poner el nombre de la santa de su mujer, Rita, al segundo poblado que estudiamos. Una localidad de la zona, en cambio, tiene como designación una fecha, que es la del cumpleaños de quien cedió los terrenos. De tal forma, la toponimia refleja y glorifica a los dueños de la tierra.

Elegimos estos pueblos en función de su especialidad productiva. Aguirre se ubica en tierras que, según técnicos locales, no tienen aptitud agrícola. Su actividad es la ganadería de cría, y su principal producto, el ternero. Por falta de pasturas, estos animales son llevados a otras zonas, denominadas de *invernada*, donde se los engorda para su venta en el mercado. Santa Rita practica la agricultura (conocida con el término nativo de *chacra*) y sus pastos permiten *terminar*

a los bovinos para el mercado. Registra bastante actividad lechera. Sin embargo, los *tambos* fueron muchísimo más importantes en el pasado.⁴

Quien contemple el plano de Aguirre —aún vigente a efectos municipales— no recibirá una imagen ni siquiera aproximada de su estructura actual. No existen las tres plazas que plantea el mapa ni las proliferas manzanas donde se entrecruzan las calles, sino casas aisladas en medio de dichas manzanas teóricas. La población se estima en doscientos cincuenta a trescientos habitantes —cuya presencia tampoco es visible— y no ha cesado de disminuir. Como rasgo notable, todavía alberga una casa de remates de hacienda que ha levantado otras sucursales en localidades más importantes, como la capital de un partido vecino. Ediliciamente, en el contexto local sobresale una suerte de centro cívico, donde funcionan la delegación municipal, la cabina telefónica y algunas otras oficinas. No lejos de allí, una ochava es ocupada por el club social y deportivo, en obras en ocasión de nuestra estadía. El delegado municipal, máxima autoridad nombrada por el intendente de Olavarría, es de la zona y tiene campos allí, pero actualmente vive en la capital del partido, y viaja a diario hacia Aguirre.

El pueblo dista 80 km de la capital del partido, de los cuales treinta son de caminos de tierra que se vuelven intransitables en tiempo de lluvia.

Santa Rita, en cambio, es solo una única calle, a lo largo de la cual se alinean casas. Como en Aguirre, son importantes el *club de campaña* y los dos edificios escolares (primaria

4 En una antigua estancia local funcionó, hacia 1908, un *tambo* considerado el más grande del país: trece mil hectáreas, con cuarenta mil vacas lecheras. Proveía de leche a ciudades lejanas como Bahía Blanca, y producía crema, manteca y sofisticados quesos. Una de las fábricas procesaba quince mil litros de leche diarios, y la otra, doce mil. Los quesos se destinaban en parte, vía Buenos Aires, a la exportación (Archivo Histórico, 1994: 25-42). Hoy la actividad *tambera* que persiste es mucho menor.

y jardín de infantes). La sede de la delegación municipal no está activada, y el delegado, que es de Olavarría pero vive aquí, prefiere atender sus obligaciones comunales en su casa-negocio, pues es dueño de una estación de servicio que vende insumos automovilísticos y diversos productos de almacén y tienda. Según el censo mnemónico efectuado junto a nosotros por la directora de la escuela, recordando las familias y sus casas, Santa Rita tiene sesenta habitantes. Está a solo 40 km de la capital municipal, y muy cerca de la ruta asfaltada, lo que hace muy fluida la comunicación con la ciudad cabecera.

Pero estas concreciones urbanísticas no reflejan el área de influencia de las localidades. Esta se extiende hacia el campo, polarizando a otras pequeñas poblaciones o establecimientos agroganaderos que se sirven de los poblados para funciones tan diversas como el pago de impuestos, la compra de combustible o la adquisición de pan. Y esa influencia no se detiene en las fronteras políticas del partido. La de Santa Rita abarca, por lo menos, a dos de los partidos vecinos, cuyos límites están muy cerca. A esas localidades teóricamente subordinadas concurren los santarritenses con fines recreativos (deportes, competencias gauchescas y/o ecuestres, tertulias y bailes) y también de cortejo. Esto último se va diluyendo en la medida en que las luces de Olavarría están más próximas, y la gente de campo se incorpora a las diversiones urbanas.

En Aguirre también la localidad se vincula con otras del propio partido⁵ y de tres partidos vecinos. Además de los eventos deportivos o encuentros patrióticos o tradicionalistas, sus delegados coordinan gestiones conjuntas en asuntos de mutuo interés (caminos, reactivación productiva, educación).

5 Una población muy cercana a Aguirre, cuya decadencia es visible, tiene su propio delegado municipal. No obstante, una vecina consideraba a Miguel, el de Aguirre, como su delegado, al que acudía para todo lo que necesitaba.

La población de Aguirre suele trasladarse casi en masa hacia desiertas “estaciones” vecinas, en ocasión de fiestas o encuentros deportivos, dotándolas temporariamente de habitantes. En ambas localidades, las líneas de influencia e interrelación siguen las vías del tren. Pese a estar casi desactivadas, estas todavía orientan la sociabilidad.

Instituciones

Los habitantes de estos poblados pueden pertenecer a varias organizaciones locales: la cooperadora de la escuela, la de la sala de primeros auxilios, la del *club de campaña* con sus diversas subcomisiones, como la importantísima de fútbol, las peñas folklóricas, organismos de iglesias de varias confesiones o entidades creadas en función de planes de desarrollo, representados por los *Grupos Cambio Rural*. Son las actividades de estas organizaciones las que ponen en movimiento a las poblaciones de una o varias localidades, generando lo que hemos llamado *núcleos de sociabilidad*.⁶

Estas instituciones colaboran, a su manera, con eventos regulares, algunos con muchos años de vigencia, otros creados hace poco. Se ponen en movimiento, entre otras cosas, para recaudar fondos. A todos ellos, prácticamente sin excepción, se adosan actividades que caen dentro de lo que denominamos *situación gauchesca*, caracterizada más adelante, y que se relaciona con lo ecuestre.

En su momento funcionó la cooperadora policial, con un sesgo clasista, pues la integraban solo los mayores

6 Llamamos *núcleos de sociabilidad* a aquellos lugares y situaciones donde el intercambio social es más intenso, donde la trama de relaciones se torna más densa y se van conformando conductas peculiares. Es allí donde se opera la socialización del conjunto, se traspasan valores, se actualizan pautas culturales y se las modifica, se brinda y adquiere información. Allí los diferentes estratos sociales se comunican y la estructura social, con sus acuerdos y conflictos, se torna visible con mayor nitidez.

productores de la zona. En Aguirre apoyaba el accionar de los dos efectivos que debían combatir el delito en un radio de doscientas cuarenta mil hectáreas, comprándoles desde la nafta para sus inadecuados vehículos, hasta las balas para sus armas. Una reforma en la fuerza terminó con esas asociaciones. Propósito similar tiene la *Comisión de Seguridad Rural*, dedicada a la lucha contra el abigeato, azote de la zona, cuya sede está en la capital del partido, y a la que acuden los estancieros más conspicuos. La *Mesa Agropecuaria*, entidad corporativa que actúa junto al intendente municipal, discute problemas agrarios zonales, y también está integrada por grandes productores. Tales asociaciones quedarán fuera de este trabajo.

En ocasiones, una sola de tales instituciones representa el asociativismo local. Por ejemplo, la escuela.⁷ Como dijimos, los padres de los alumnos, para ayudar al funcionamiento del establecimiento educativo y a sus directores, constituyen asociaciones cooperadoras. Nuestra primera sorpresa fue que, en muchas de ellas, sus directivos no tenían hijos en la escuela y muchos llevaban ya varias décadas como autoridades. Al decir de una directora de escuela rural en el partido de Azul, le es más conveniente trabajar con esos vecinos sin hijos en la escuela, pues tienen más tiempo para acompañarla a hacer trámites.

Algunas cooperadoras pueden representar mucho poder político y económico. Tal es el caso de una escuela agropecuaria de la región que manejaba un importante capital y efectuaba convenios con productores. El presidente de la cooperadora era un hombre soltero, que jamás había tenido hijos.

7 Uno de nuestros informantes, empleado jerárquico de un haras productor de equinos, nos invitó a la fiesta de la escuela del paraje donde habita, "porque ahí no hay club ni nada". Es la ausencia de club la que aumenta la importancia de la escuela, que, superando su papel educativo, ejerce, como institución, la representación total del lugar.

Parecería que una lógica propia, producto de las condiciones locales, tiñe en forma peculiar la vida social de la zona, “distorsionando” las funciones establecidas para diversas instituciones. Todas ellas tienen peso político y se relacionan con la toma de decisiones.

Algunas formas de sociabilidad

Definimos como *situación gauchesca* el “... conjunto de características y actividades siempre presentes cuando se actúa ceremonialmente la evocación sacralizada del gaucho (ropa de gala + caballos criollos + emprendados + banderas argentinas + música “folklórica” + comidas criollas)” (Ratier, 1999: 26).⁸ Su importancia responde a factores identitarios de fuerte vigencia en la región, donde lo rural pasa por esa glorificación del pasado que tiene en el *gaucho* a su figura epónima. Tal evocación se reserva para grandes acontecimientos o fechas importantes, y supone siempre un desfile o bien la realización de torneos hípicas (domas, jineteadas, carreras de sortija y tacuaras). Esas actividades, cuya organización es compleja, suelen estar a cargo del *club de campaña* o, en su defecto, de escuelas u otras instituciones, como las llamadas *peñas folklóricas* o *fortines tradicionalistas*.

Otras manifestaciones de sociabilidad caen dentro de lo que llamaríamos *normas de urbanidad campestre* y suelen actuarse ante la presencia de forasteros. Suponen la recepción de la visita por los representantes del grupo local y el ofrecimiento de una comida, por lo general un asado, en la que no puede faltar el vino u otra bebida alcohólica (la cerveza está adquiriendo popularidad creciente). Esa instancia de comensalidad es aprovechada para dialogar con el externo.

8 Véase en tomo I, pág. 317, de esta edición.

No siempre estas formas se acompañan con la situación gauchesca, si bien es frecuente que la gente local vista ropas de campo, en su versión de gala.

La *urbanidad campestre* se utiliza deliberadamente en el diálogo con la autoridad. Intendentes en campaña, para promover obras como el entoscado, la electrificación rural o la telefonía, buscan al club como ámbito “natural” para entrar en contacto con la comunidad. Los dirigentes de clubes, por su parte, buscan invitar a esos funcionarios cuando están cerca de sus sedes. Nunca esos encuentros se dan sin el aditamento de la comida y la bebida. Allí se conversan los problemas y se le entrega al funcionario el peticitorio donde, por escrito, se formula la inquietud. Es allí donde entra en juego el *capital cultural* del presidente del club quien, normalmente, es propietario de campo o empleado jerárquico de alguna compañía o, en especial en la actualidad, una figura externa a la localidad. Él traduce las inquietudes locales en el instrumento fundamental, que es el peticitorio.⁹ Todo político de visita recibe uno o varios documentos de ese tipo, cuyos requerimientos satisfará o no.

Un caso: el grupo Cambio Rural en Aguirre. ¿Empresarios o constructores?

Uno de los últimos productos de la ingeniería social en el agro argentino fue el *Programa Federal de Reconversión Productiva para la Pequeña y Mediana Empresa Agropecuaria*, conocido como *Cambio Rural*. Entre otros, tiene como objetivo la transformación de los productores agropecuarios

9 “La concentración del capital político en las manos de un pequeño grupo es tanto menos contrariada y, por lo tanto, más probable, cuanto más desposeídos de instrumentos materiales y culturales necesarios para la participación activa en la política están los simples adherentes —sobre todo, el *tiempo libre* y el *capital cultural*—” (Bourdieu, 1989: 164).

en empresarios, como forma de insertarlos en el universo competitivo que la globalización consagró mundialmente. Si antes la forma organizativa promovida era la cooperativa, ahora se prefiere la empresa, en especial si esta es integrada por varios de los participantes. Un asesor (ingeniero agrónomo o veterinario) reúne y conduce al grupo. La metodología es de matriz francesa y ya fue empleada por instituciones corporativas, como los *Grupos Crea*. La hemos visto aplicar, también, por grupos independientes de productores. La operatoria se reserva para establecimientos pequeños y medianos. Consiste en reuniones mensuales rotativas, una vez en el campo de cada uno, en las que se examinan las estrategias puestas en práctica, se efectúan críticas y se ponen en marcha novedades tecnológicas.

El INTA, agencia estatal de promoción agraria, implantó este programa en Aguirre, a pedido de dos productores. Según la clasificación de uno de los técnicos, estos pertenecían a los llamados *empresarios*: gente con otra actividad urbana, que invierte en el campo. Oponía esta categoría a la de los *genuinos*, aquellos que viven de la labor agropecuaria y habitan en el campo. A su criterio, es bueno tener un grupo donde ambos tipos convivan por mitades. Los empresarios arrastrarían a los otros, gráficamente descriptos como *vagones de cola*.

Motor principal para la concreción del grupo fue Miguel, delegado municipal en Aguirre, con enorme prestigio y liderazgo en la comunidad, productor rural en origen, pero, en el momento, dedicado preponderantemente a la labor política. El campo perteneciente a su madre estaba arrendado. En 1993 comenzó la operatoria, que duró hasta 1998. No fue fácil.

Cuando el terreno es virgen para los profesionales uno lo primero que hace es cambiarle el ritmo, no de tra-

bajo, de vida, a un tipo que hace veinticinco años que vive así. Puede hacerse por la razón o la fuerza. Y por la fuerza no sirve. (Jorge, ingeniero agrónomo, asesor)

Si se intentaba forzar una mejora, como un alambrado eléctrico, sin el consentimiento del beneficiario, este se esperaba para que no funcionase. Acostumbrado a un cálculo anual, según el técnico, al ganadero le cuesta realizar otro tipo de previsiones temporales.

Pero las reuniones periódicas dieron sus frutos. Vecinos que convivieron años lado a lado sin conocerse realmente, aprendieron a contarse cosas, y todos opinaron en torno a las mejoras productivas implementables. Al margen de la propuesta original, el grupo se reveló un poderoso núcleo de sociabilidad donde, además, convivían al menos tres estratos:

- a. Los productores *genuinos*, tanto patrones como empleados o encargados de campo.
- b. Los *empresariales*, entre los cuales había verdaderos empresarios, comerciantes, y también profesionales, como abogados u otros.
- c. Los *técnicos* a cargo del proyecto, primero un ingeniero agrónomo y luego un veterinario.

La relación común con el agro posibilitó ese contacto interclases, que el talento político del delegado municipal supo utilizar.

Y realmente, el hecho de haber un grupo atrás que había logrado cosas, que la comunidad que es chiquita percibe en seguida cuando alguien está haciendo algo, sirvió. Fue una simbiosis que Miguel, el dele-

gado, “usó” el grupo, entre comillas y el grupo usó a Miguel, o sea, fue una sociedad de lo más conveniente. (Ingeniero Jorge)

Se conversaba sobre todo. Por ejemplo, sobre el problema que representaba para un habitante de la campaña mandar a sus hijos a la escuela de Aguirre, ya que no había lugares donde alojarse. Miguel comentó: “Qué fácil sería si hubiera más casas en Aguirre”.¹⁰ Un productor, además abogado y concejal del partido político contrario al de Miguel, recogió la inquietud y comenzaron las gestiones por las diez primeras casas. Todos trabajaron sin distinciones partidarias. Se recurrió a una entidad gremial de guardias penitenciarios, que funciona como empresa constructora, y al poco tiempo se empezó a edificar. En una población tan chica, el emprendimiento representó toda una reactivación de la mano de obra local.

Pero no todas las casas se destinaron al propósito original. La mayoría sirvió para subvenir las necesidades de gente que habitaba viviendas deficientes en el pueblo. Como parecieron pocas, se procuró ingresar en una propuesta de autoconstrucción, esta vez auspiciada por el partido gobernante en el municipio. Muy cerca del otro barrio, hacia 1997-1998, comenzaron a alzarse treinta casas. Estas, según el testimonio de Miguel, se destinaron más para peones y trabajadores rurales, y para jubilados del campo. Estos últimos vivían años en los establecimientos donde trabajaban, y al retirarse perdían ese derecho y quedaban en la calle. Con su trabajo personal y materiales provistos por el municipio, los favorecidos levantaron sus viviendas.

10 Las familias que viven en el campo tienen a veces dificultades para mandar a sus hijos a la escuela del pueblo. Una estrategia para superar el problema, agravado cuando hay varios chicos en edad escolar, es que la esposa se instale en la localidad durante los días de clase acompañando a sus vástagos, y que la familia se reúna durante el fin de semana, ya viajando a donde está el padre, ya trasladándose este a la nueva residencia de los suyos.

En algunos testimonios, esta iniciativa fue descrita como fruto de la preocupación de los patrones hacia su personal, y en dos sentidos: como forma de ofrecer vivienda a los peones temporarios (*changarines*) y de resolver el aludido problema de los jubilados.

Paralelamente, y repitiendo una conducta vigente en los clubes de campo, las mujeres de los productores genuinos comenzaron a reunirse. Esto tampoco estaba previsto en los lineamientos de *Cambio Rural*, pero respondía a una conducta de género recurrente. Fue en ese foro femenino donde surgieron ideas acerca de la mejora de la situación sanitaria, ya que la sala de primeros auxilios carecía de médico y llenar la plaza parecía imposible. Cuando se cubrió por fin, el médico designado fue el hijo de uno de los integrantes del Grupo.

La inauguración de las diez primeras casas fue convenientemente solemnizada, como veremos, nada menos que con la primera visita de un gobernador de la provincia de Buenos Aires a la localidad.

Del mismo nucleamiento nacieron otras iniciativas. Una, no realizada, fue la creación de un museo en la localidad. Otra, que prendió de inmediato, fue la organización de la fiesta llamada *Aguirre Crece*, parafraseando la de *Santa Rita Vive*, de la localidad vecina.

La euforia ante el logro comunitario es visible a nivel simbólico en el propio nombre de la fiesta, producto del impacto progresista que significó el nuevo barrio, como también en la inclusión del dibujo de tres casas, que lo representaba, en lo que sería el escudo de la fiesta y el de la localidad, que luego se reproduciría en una bandera izada junto a la nacional en la plaza, como símbolo del pueblo.

Lo que debió haber sido la coronación de todo el trabajo fue un proyecto de tambo-fábrica ideado por el segundo asesor del grupo, José, veterinario, acogido con entusiasmo por el pionero de la iniciativa, productor empresario. Se bus-

caba aprovechar un recurso: las vacas del rebaño que los patrones permiten tener a sus empleados, como pago extrasalarial de sus servicios. La actividad debería dirigirse a los hijos de los peones y encargados de campo, de los que se esperaba el ordeño manual de sus cinco o seis animales y una producción de treinta a cincuenta litros de leche diarios. Las vacas se entregarían al tambo —cuyo propietario había invertido bastante en equipo y maquinaria modernos—, que esperaba elaborar tres mil litros del producto. Se dictaron, incluso, cursos de ordeño. El establecimiento produciría quesos tipo *mozzarella* y otros de industrialización simple, pero nunca superó los seiscientos litros de materia prima, obtenidos por el empresario de su propio rebaño, los que fueron insuficientes.

La puesta en marcha de la iniciativa tuvo una solemne inauguración y fue motivo central de la segunda fiesta de *Aguirre Crece*. Pese a las ínfulas empresariales, la forma societaria elegida para el proyecto fue una cooperativa: La Aguirrense.

Al parecer, hubo problemas de precio. La carne había bajado muchísimo cuando se emprendió la iniciativa, pero luego subió espectacularmente. Pese a que se iban superando problemas de transporte (vehículos, malos caminos), nadie se acordó más del proyecto. El dueño, cuya producción fue excelente, terminó vendiendo el campo, al separarse la sociedad que constituía con otro empresario.

La trayectoria del grupo, hoy disuelto, merece varias lecturas. Si se toma en cuenta el emprendimiento productivo final, inteligentemente planteado en términos de verdadera tecnología apropiada, todo parece haber desembocado en un fracaso. Sin embargo, todos los involucrados señalan algunos logros:

- a El grupo, pese a no existir oficialmente, constituye un colectivo que se hace presente en foros tales como la Comisión para el Desarrollo, encargada de determi-

nar el perfil del Polimodal, extensión de la enseñanza que se instaló en Aguirre. Sus integrantes son los primeros en aceptar las ofertas de INTA, en cuanto a cursos o visitas técnicas. Los propios ex asesores siguen en contacto con el grupo y están presentes en cada una de sus actividades.

- b El prestigio del grupo sirve para que algunos de sus integrantes lo invoquen a los efectos de conseguir ventajas como exportadores. Esto constituye una salida individual, en la que el resto de los socios no participa.
- c Modificando antiguas conductas, todos los integrantes utilizan hoy por su cuenta e individualmente asesoramiento técnico, aunque no consiguieron acordar una forma de remunerar entre todos al asesor del Grupo, una vez vencidos los cinco años en que este es pagado por el Estado.
- d Productivamente, todos consiguieron incorporar mejoras tecnológicas.

Lo que según uno de los asesores no se consiguió es la utópica formación de un estrato empresarial en los campos aguirrenses: “Nos guste o no nos guste, el *productor* es productor. El productor genuino, *es productor*. No es empresario, ni lo va a ser” (ingeniero Jorge).

Con esa enfática declaración, el ex asesor reafirmaba su planteo de que el empresario está afuera, puede invertir en el agro, pero carece de la “genuinidad” de la auténtica gente de campo.¹¹ Tal vez, relativizaba, en una o dos generaciones

11 El tema de genuinos y no genuinos se repite en otros testimonios, en cuanto a que el auténtico hombre de campo, merecedor de confianza, es aquel que ha hecho su dinero trabajando, no quien lo heredó de sus padres o abuelos. Esto se vincula al tema de la profesionalidad en agricultura,

las cosas puedan cambiar. Se lamentaba de que ellos, como técnicos, no tuvieran formación en dinámica de grupos. Los resultados, sin embargo, desmienten esa supuesta carencia. El mismo ingeniero nos contaba cómo, jugando en equipos de fútbol de campaña, había conseguido “ablandar” a un productor relucante, que finalmente aceptó instalar un alambrado eléctrico. Su conocimiento de la sociabilidad campesina significó más para el profesional que el eventual estudio de técnicas formales para convencer a la gente.

El principal logro del grupo fue iniciar una dinámica de sociabilidad que luego serviría para muchas otras cosas. “Para el productor que viene funcionando como grupo, el hecho de que sea Cambio Rural o Peña El Fogón, para el caso es lo mismo” (ingeniero Jorge).

Con tambo o sin tambo, el grupo ganó prestigio, y este fue zonal. Durante el tiempo de funcionamiento de la fábrica láctea, sus responsables produjeron un queso muy bien presentado, con logo diseñado profesionalmente, pensado para una clientela de alto poder adquisitivo. Sin embargo, el 80% de la producción se vendió en Aguirre y la constelación de localidades vecinas, que, al decir de nuestros informantes, defendían a muerte el producto, que consideraban propio. *El logro era asumido regionalmente.*

A nuestro entender, el grupo fue un éxito en un terreno que no estaba pensado: el de la política lugareña. Volveremos sobre el tema.

Fútbol de campaña y sociabilidad: los clubes

“En ese paraje no hay pueblo”, se nos dijo, “solo el club”. La existencia de esas instituciones es, por lo tanto, previa a la

que se reconoce en los llamados *productores* y no en los empresariales, cuyo principal interés es la obtención de ganancia (Galeski, 1977: 77 ss.). La participación personal en el trabajo es la que produce la *genuinidad* o autenticidad.

de los poblados, las delegaciones municipales o las escuelas. Algunas de estas últimas comenzaron funcionando en el local de un club. Los hay muy antiguos: uno de ellos cumplió noventa años, es decir que fue creado en la primera década del siglo. El de Santa Rita, al que nos referiremos, es de 1927. El resto de las instituciones similares de la región fue formándose en la década siguiente.

En su origen, los clubes parecen haber satisfecho las necesidades recreativas de estas aisladas comunidades campesinas, cubriendo en especial bailes y prácticas deportivas que incluían lo hípico. Antes, los bailes tenían lugar en casas de familia al son de instrumentos tocados por los lugareños, o de una mítica vitrola comprada en 1910 en la Avenida de Mayo de Buenos Aires. Esos espacios privados cedieron su lugar al club, que, muchas veces, en los comienzos, era apenas un galpón prestado.

Pero será a partir de 1934 cuando nazca, oficialmente, la *Liga de Fútbol de Campaña*, propiciada por dos periodistas deportivos de Olavarría. Eran tiempos de crisis. La práctica del fútbol ya gozaba de gran popularidad entre la gente de campo. Santa Rita jugaba partidos contra la localidad vecina, que llamaremos Altamirano. En el primer campeonato del año aludido compitieron, además de los equipos de ambos poblados, los de El Jinete y Dupuy (nombres también ficticios), todos sobre el mismo ramal de ferrocarril que, como ya vimos, ordenaba la interacción. A esos cuatro clubes se agregarán otros, hasta llegar a un máximo de diecisiete. Hoy, nuevamente, el número se redujo a cuatro; esta coincidencia con la cantidad inicial lleva a pensar, mágicamente, a los optimistas en un reiniciarse de la actividad. En los buenos tiempos, el partido de Olavarría se dividía en dos sectores futbolísticos: este y oeste. Los campeones de cada uno de ellos jugaban la final en la cabecera departamental.

Toda la población se movilizaba en función del representativo local. El *Santa Rita Foot-ball Club* (grafía conservada

en la leyenda de la puerta de la institución) tuvo su primera bandera bordada por las mujeres. Las maestras tejieron los gorros blancos que distinguían al equipo en los comienzos, puesto que los jugadores carecían de ropa adecuada, y jugaban con bombachas o polainas.

El fútbol aparecía como el principal motivo para la constitución del club, pero a decir de un antiguo dirigente, “era solo un pretexto”. Detrás de él venían otros deportes, como la otrora popular pelota a paleta, el automovilismo en forma de *picadas* en Santa Rita (en todo el partido de Olavarría la afición al deporte motor es dominante), las carreras de caballos (*cuadreras*) en las cuales se apostaba y que constituían el recurso más importante para recaudar fondos, y las aún hoy existentes bochas. También los juegos de naipes, popularísimos entre la gente de campo y motivo principal de reuniones diarias. En algún momento se jugó a la ruleta. Hubo subcomisiones para cada una de las actividades reseñadas, que llegaron a siete; entre ellas, la muy importante subcomisión de damas (“la columna vertebral del club”, al decir de un informante). Las mujeres acondicionaban los salones y, en ocasión de los sempiternos asados (hechos a partir de la donación de vaquillonas por los ganaderos), preparaban los fiambres y las ensaladas, y servían las mesas. Eran mayoría en la comisión de fiestas, y cuidaban del mantenimiento y la estética del local.

Pero no se limitaban las mujeres a esos tradicionales “deberes” de género. En fecha tan temprana como los inicios de la década del setenta, había varios equipos de fútbol femenino, cosa para nada habitual en ese deporte y que solo en fecha reciente llegó a áreas urbanas. La modalidad se sigue practicando. Asimismo, las chicas de la zona innovaron en los torneos de bochas, donde se incorporaron junto con los hombres al representativo de su club, iniciando una variante (las competencias *mixtas*) en la que fueron pioneras absolutas en el país.

Indefectiblemente, el día de partido de fútbol había un asado y, por la noche, un baile, muchas veces con orquesta. Santa Rita creó las llamadas *tertulias abiertas*, donde no se pagaba entrada. La tertulia es un baile que se realiza en un horario temprano. Se aprovechaba la realización de partidos en localidades cercanas, procurando que jugadores y público concurrieran al evento. Según testimonios de chicas de la zona, a ellas lo que en realidad les interesaba era el baile, oportunidad para el cortejo.

También se recuerda el montaje de tres exitosas obras de teatro, a cargo de los jóvenes locales, con música, zapateo y danza, todas de tema criollo y campero. La repercusión fue grande, y el elenco viajó a localidades vecinas llevando el espectáculo.

Así, el fútbol aglutinaba una serie de actividades conexas, con públicos variados. En días de partido, las mujeres servían una cena (chuletas con papas fritas, empanadas) para recaudar fondos. Estas clientelas masivas y fugaces constituían un importante recurso que no se podía despreciar, ya que superaban ampliamente a la población estable.

El club tiene sus *habitués*, que suelen concurrir todas las noches a jugar un partido a las cartas y tomar algún trago. Es el local más grande del pueblo, y por ello allí se realizan casi todas las reuniones. Puede tomar personal permanente (cantineros), y auxiliares cuando aumenta el trabajo, como en las grandes comidas. Vimos la planificación de una cena para recaudar fondos destinados a un joven accidentado que debía viajar a Cuba. Estuvieron presentes los presidentes de clubes de campaña de las inmediaciones, en una suerte de plenario para organizar la solidaridad, junto con el delegado municipal, única autoridad gubernamental formal.¹² La sensación

12 El delegado municipal suele integrar la comisión directiva de los clubes y utiliza las instalaciones casi como propias para las más diversas actividades. En su sede suelen guardarse recursos comunitarios, como luces, equipos de sonido, muebles y estufas.

era que en alguna medida se reunían allí las cabezas de los distintos parajes de la región, representando a los pobladores y corporificando un gobierno comunal que traspasaba las formales fronteras de partidos.

Según un antiguo presidente, la organización de la Liga de Fútbol fue montada para mitigar y canalizar las rivalidades acérrimas que se iban dando en la competencia deportiva. A tal efecto se citó, en 1971, la *reunión número uno* (hoy ya llegaron a la 350) a celebrarse una vez por mes en diferentes clubes. Las instituciones debieron ceñirse a un reglamento, sostener con sus cuotas a la Liga y disponer de un arbitraje oficial de los partidos, con jueces pagos por ellas.

Paralelamente, ordenaron las fiestas de cada uno de los adheridos, para evitar superposiciones, articulando un calendario anual que aprovechaba los feriados para realizar las llamadas *Fiestas del Socio*, que a veces coincidían con el aniversario del club. A dichos eventos iba la masa societaria de la zona, y concurrían todos los demás clubes, con presidentes, secretarios y sus señoras, lo que daba lugar a reuniones —almuerzos— de cuatrocientas personas. Se invitaba a los intendentes de cada partido, que se hacían presentes. Se aprovechaba la ocasión para jugar uno o dos partidos de fútbol. Podía haber números folklóricos y, por fin, el infaltable baile.

El club se constituía así en un referente de toda la población campesina de la región, cuyo nexo principal era —además de las vías del tren— la práctica del fútbol. Mezclada con la faz deportiva estaban la presencia de políticos y el aprovechamiento del salón para eventos notables, como el fraccionamiento y venta en remate de los lotes de una estancia de la zona.

Cabe destacar que la cancha de fútbol de la campaña no tiene tribunas. A veces, ni alambrado (su implantación en Santa Rita se consideró un logro). El público sigue los partidos desde vehículos de diverso tipo (en el pasado, desde *sulkys* y carros; hoy en autos y camionetas), lleva vianda

para comer y alguna bebida, circula y charla, a veces sin siquiera mirar el espectáculo, en especial hoy en día, cuando se hallan en crisis los partidos de Liga. Se venden algunos alimentos, como tortas o empanadas, a beneficio del club. Las familias se reencuentran aquí, pues concurren los hijos que ya no viven con los padres, hermanos u otros parientes de localidades apartadas. Incluso, los ciudadanos con familiares en el campo aprovechan ya el pretexto futbolístico, ya alguna otra reunión, para reatar sus lazos con la parentela campesina.¹³ Como en toda reunión en la campaña, llegan camionetas sobre cuyos *capots* se exhiben variadas mercaderías, desde ropa hasta fantasías o música grabada. Sus tripulantes son los llamados *pilcheros*.

La notoriedad social y edilicia de los clubes (hay lugares donde constituyen casi el único edificio; siempre son el más grande) los hace recinto obligatorio de reuniones, incluso políticas. Los candidatos en campaña hacen sus actos en la sede. Los intendentes que ponen en marcha planes de gobierno conversan, en primer término, con su delegado y con el presidente del club para reunir a los vecinos. En Santa Rita recuerdan cuando allí, en la década de 1950, se efectuaron nutridas asambleas para impulsar el entoscado de caminos, y en los sesenta se discutió el programa de electrificación rural.

Ese tránsito del poder político a la base es de doble mano. Tras la reunión inaugural de la Liga en 1971, los presidentes de clubes fueron a ver al intendente para contarle sus planes “y no pedirle nada”. No le pidieron en conjunto, pero al concluir la audiencia, siete de ellos presentaron sus petitorios individuales.

13 La distancia entre olavarrrienses ciudadanos y del campo suele ser corta. Todos o han pasado parte de su vida en el campo, o tienen familiares allí. Momentos estratégicos para la renovación de vínculos son las fiestas y los bailes locales, las *carneadas* (fabricación colectiva de chacinados y embutidos) y los encuentros deportivos.

Siguiendo un ritual reiterativo en la campaña, la invitación a almorzar era el primer y necesario paso para formular un pedido a la autoridad. En el ambiente descontracturado de la comensalidad, ablandada con un buen vino, la voluntad del funcionario podía ganarse en función de normas no escritas de reciprocidad. Así se consiguió asfaltar un sector de Santa Rita, nivelar sus calles, pintar la escuela. Esto consagraba al club como portal de encuentro entre gobernantes y gobernados, donde el presidente operaba como verdadero representante y mediador.

La posición de presidente del club es, entonces, conspicua.¹⁴ Teóricamente, lo acompaña una numerosa comisión directiva. Tomando el caso de Aguirre, en su club militan seis directivos (presidente, vice, tesorero, etcétera), ocho vocales, ocho suplentes y seis revisores de cuentas. Santa Rita no tiene población suficiente para llenar tantos cargos. En el momento actual, gobierna su club una persona que no vive allí. Como en casi todos los casos, representa a la “aristocracia” local.¹⁵

La gente de extracción más baja es convocada a colaborar en ocasión de grandes asados o comidas. Esa participación no es remunerada en dinero, pero sí les daría cierto derecho a no pagar la tarjeta, y poder comer y beber junto con su familia. Los directivos —según la queja de esta gente— manejan el club como cosa propia, y arbitrariamente, sin reconocerles su esfuerzo. De hecho, ellos no cuentan con recursos para pagar lo exigido. Muchos son desempleados con familias numerosas.

14 Sus propios pares consideran a los presidentes por encima de la media. Hablando de las reuniones de la Liga, el que fuera su máximo directivo nos decía que el nivel de discusión era excelente, “porque eran todos presidentes, no como en las comisiones directivas, que la mayoría permanece callado”.

15 La expresión quizás resulte excesiva, pues solo se trata de una *aristocracia* en el reducido contexto pueblerino. Son los mayores propietarios que, muchas veces, ya han abandonado el pueblo, pero se jactan de su prosapia como pioneros.

La crisis del fútbol

La crisis económica generalizada que vive la Argentina llegó al fútbol de campaña. Muchos clubes se desafiliaron de la Liga —entre ellos, el de Aguirre— e iniciaron actividades alternativas. No pueden —dicen— pagar la cuota de la federación ni remunerar a los árbitros que vienen de afuera. Tampoco, afrontar los gastos de transporte de aquellos jugadores citadinos que militaban en los clubes. Entonces, se recurrió al llamado *papi fútbol* (equipos de cinco jugadores en cancha más pequeña) o a campeonatos *ad hoc* entre agrupamientos de vecinos, organizados sin mayor formalidad.

En el minicampeonato que se montó en Santa Rita, las formaciones representaban a una firma de contratistas agrícolas; a un tambo; a una estancia; a un equipo armado por el policía del lugar; a otro con el nombre convencional de *La Amistad*, que representaba al paraje El Jinete; otros con el nombre de fábricas o comercios; etcétera. Decidido impulsor del evento fue José Luis, delegado municipal, quien considera caro e inviable al campeonato oficial. Además, comprometía solo a padres e hijos varones, y dejaba fuera al resto de la familia. En el de Santa Rita (muy breve), los inscriptos tienen que llevar, junto al equipo de fútbol, un dúo de canasta, un trío de truco, uno de mus y otro de bochas. En la división sexual de estos juegos, la canasta es femenina, el mus y el truco masculinos, y las bochas —como vimos—, mixtas.

Este arreglo es anunciado como novedoso por el delegado. Sin embargo, los de la Liga de Fútbol dicen que ellos arrancaron, ya en la década del setenta, con el programa para la familia, que incluía todas esas actividades, también como forma de que las mujeres participaran. Claro que este campeonato suponía un traslado mayor, a veces de hasta 130 o 140 km.

Llamaremos *papi* a ese estilo de torneos alternativos, si bien no en todos los casos responde a la modalidad así

designada. Esquematizando, estas son las diferencias entre ambas modalidades:

- a El *fútbol de campaña* supone equipos *representativos de localidades*. En caso de localidades despobladas, pero con fuerte tradición futbolera, como la que llamaremos Errasti, la desaparición del pueblo no supuso la del club, ya que los chicos de localidades vecinas, como Aguirre, forman el grueso del equipo representativo. El club mantiene un viejo ómnibus para trasladar a los jugadores y organiza concurridas fiestas donde a los partidos se les agregan otras actividades.

En el *papi* los equipos son *ad hoc*, y representan desde establecimientos rurales hasta comerciales, formaciones de nombres variados, que a veces reúnen a gente de una sola familia. No hay tradición ni trayectoria. Todo se limita a un *ámbito doméstico y heterogéneo*, sin mayores compromisos de rendimiento o continuidad.

- b El *fútbol de campaña* cuenta con *fiscalización externa* y supuestamente neutral, como los árbitros profesionales remunerados. La vigencia de sus reglamentos implicaría canalización de agresividad, no controlable de otra manera. Esto se verifica en la condición normada de los jugadores: juveniles (hasta quince años), segunda y primera divisiones. Todos llevan uniforme distintivo y elementos deportivos homogéneos.

En los equipos de *papi* convive gente de todas las edades: adolescentes casi niños junto con adultos que peinan canas. *Arbitran personas de la zona, no profesionales*. Cada cual viste la ropa que puede. Es decir, se juegan *picados*, término que designa encuentros recreativos sin mayor compromiso.

- c El *fútbol de campaña* es la salida hacia fuera del pueblo o caserío, respaldado en su club. *Es lo público*. El *papi* es el repliegue, el achique que se practica en todos los órdenes de la vida en estos tiempos.¹⁶ Es el *refugio en lo privado*.

La disputa divide a Santa Rita y, más allá del pueblo, a los santarritenses no residentes. Es un verdadero choque de lógicas que se prenden a concepciones distintas. Por un lado, los argumentos en favor de la nueva modalidad aducen razones económicas y casi morales, en tanto que el *papi* permitiría una mayor integración familiar. No se ve el beneficio de integrarse a la Liga (“¿Qué es lo que nos dan a cambio?”). Lejos de producir pérdidas, el nuevo sistema da ganancias.

El presidente del club, por su parte, considera el abandono de la Liga como una cuestión de preferencias del delegado (“A José Luis no le gusta”). Ignacio, como lo llamaremos, ya no vive en Santa Rita, pero su mujer tiene campo y vienen todos los años con sus hijos a pasar las vacaciones. Siempre acompaña la marcha de la institución. Se dice que ya no hay ni comisión directiva, pero él acepta la responsabilidad personal de ejercer la conducción. Ignacio parece gozar con la vida del club y elogia a la población de Santa Rita. Él y otro estanciero, a su vez dueño de una casa de remates, parecen ser los que mantienen a la asociación (“El dirigente tiene que invertir”, afirma). Y lo siente como un deber y un servicio. Mientras él

16 La lógica recesiva ligada a la globalización y la retirada del Estado es visible en el retorno a prácticas antiguas en terrenos tan dispares como la tecnología (regreso a la producción individual de semilla; reducción a un ordeño diario en la extracción de leche, dejando luego a la vaca con el ternero; reemplazo de la cría de ovejas a galpón por la cría a campo), las relaciones laborales (reparación del patriarcalismo y retroceso en las condiciones de trabajo; regreso a la mano de obra familiar), los hábitos de consumo alimentario (retorno al lanar en desmedro de la compra de carne vacuna para el consumo de los peones), y en el ámbito recreativo, este reflotar del entretenimiento doméstico en detrimento de la compulsa pública.

esté al mando, declara, el fútbol de campaña no va a terminar. No quiere que el día de mañana lo señalen como el que acabó con esa actividad. En nombre de los gloriosos antecedentes de Santa Rita, va a continuar.

Ejerce así la costumbre del “gasto noble”, ese que no admite devolución y, por eso mismo, crea obligaciones inextinguibles (Mauss, 1979: 246-247). Hace caso omiso de las objeciones, por cuanto se siente intérprete de sus comandados.

La actitud de José Luis es todo lo contrario, y se prende a la lógica capitalista expresada en las leyes de la oferta y la demanda. Él es un comerciante, funcionario público. Junto con otro amigo suyo, contratista de maquinaria y ex presidente de un club cercano, privilegian el rendimiento económico por sobre un supuesto prestigio. Ignacio se adscribe más a los dueños de la tierra, esos *herederos* vilipendiados que representan al estrato de los grandes propietarios.

Si bien la comunidad está escindida entre estas dos posiciones, deja hacer a sus dirigentes. Eso sí, se recuerda con nostalgia la pequeña multitud de los grandes partidos, que alcanzaba a varias centenas de aficionados, y el movimiento que eso significaba para el pueblo. Hoy los espectadores del *papi* no llegan a la centena. Los practicantes del deporte, en muchos casos, han emigrado hacia las ligas regionales. Pero por ahora el fútbol de campaña sobrevive, y Santa Rita en él. Nadie sabe por cuánto tiempo.

La política lugareña

Queremos enmarcar nuestro análisis en un enfoque político, porque consideramos a las instituciones descritas como instancias políticas en un área geográfica un tanto alejada de los centros de poder. Si bien hay dos figuras que reunirían las características de funcionarios gubernamentales,

que son los *delegados municipales*, ni una directora de escuela ni un presidente de club ostentan tal condición. Sin embargo, de hecho, cumplen una función política.

Pero ¿qué entendemos por política en este contexto? Sobre todo, ¿cómo se procesan conductas políticas en una *colectividad de interconocimiento*?¹⁷ Lo político y su tratamiento antropológico siempre generaron polémicas. Para tomar solo una de las últimas manifestaciones críticas sobre el particular, el Núcleo de Antropología de la Política, de Brasil, advierte sobre el desprestigio que alcanzó a la *antropología política* como rama diferenciada de nuestra ciencia, considerando que tanto la variante sistémica como la procesualista oponen individuos o interacciones individuales a sociedades, y sustancializan la política y el poder. La antropología política se hizo fuera del Estado, lo que es erróneo (NuAP, 1998: 9). La crisis, tanto de la antropología política como de otras supuestas especialidades, provocó reacciones. Hoy se pasa a reconocer que la política está imbricada en el tejido social y se funda en principios que atraviesan a toda la sociedad, lo que problematiza las fronteras entre dominios sociales.

Desde nuestra posición, pretendemos descubrir lo político en instituciones aparentemente no políticas. En ese sentido, nos apartamos de muchos de los trabajos del Núcleo citado, en cuanto estos privilegian lo que Bourdieu llamaría *el campo*

17 “‘Conocerse’ asume por lo tanto un sentido al mismo tiempo preciso y pleno: cada uno conoce a ‘todo el mundo’, esto es, a todos los demás, y todos los aspectos de la personalidad del prójimo. Y no se trata de una percepción ocasional y parcial, limitada a un cuadro social o a una actividad particular, como es regla en la sociedad urbana, sino, al contrario, de un conocimiento total y prolongado de la persona del otro, en el conjunto de sus posiciones sociales actuales y pasadas y en las particularidades de su personalidad. En la ciudad [...] no [...] En suma: primero, cada uno está ligado a los demás por una relación bilateral de conocimiento global y tiene conciencia de ser conocido del mismo modo; segundo, el conjunto de esas relaciones forma un grupo o una colectividad de interconocimiento” (Mendras, 1978: 88).

político, cuya lógica interna procura captar (Bourdieu, 1989). Estos análisis, siguiendo las huellas weberianas,¹⁸ se centran en el político profesional y en el ejercicio de su tarea específica, la de competir por los instrumentos de producción política y ofrecerlos, a su vez, a quienes son su clientela: los consumidores de sus productos.

Nosotros queremos trabajar en los bordes de ese campo, centrándonos en esos consumidores, en cuanto “El poder simbólico es un poder que aquel que está sujeto a él da a aquel que lo ejerce, un crédito con el que él se acredita, una *fides*, una *auctoritas* que le confía poniendo en él su confianza [...] Como el campeón divino o humano [...] el hombre político retira su fuerza política de la confianza que un grupo pone en él” (Bourdieu, 1989: 188).

Intentaremos partir, por lo tanto, no desde los políticos, sino de quienes generan ese poder mediante esa cesión de confianza.

Siguiendo a Gramsci (1981), nos interesa captar el proceso de construcción de hegemonía mediante el cual se procura legitimar el dominio ideológico de la clase dominante, o, en otras formulaciones, el de la producción de consenso.

Trabajamos, pues, desde esos márgenes del sistema político, en comunidades cuya propia condición de sociedades de interconocimiento las hace aparecer como poco afectadas por los avatares de los partidos políticos y donde los intereses prevalentes serían los comunitarios. No proponemos, por cierto, el regreso al concepto de *comunidad* como un todo integrado, autosuficiente. Al contrario, sabemos que las localidades están profundamente relacionadas con el entorno nacional y, en lo regional, con la capital del partido y otras ciudades importantes. No obstante, sostenemos que poseen cierta especificidad. Si bien no están aisladas del contexto estatal ni de la gran política, el tipo de

18 Véase Weber, 1985.

relaciones con esas instancias no es el mismo que opera en ciudades de mayor porte.

Aquí la gestión de gobierno se procesa en instituciones variadas, ninguna dedicada solamente a tales funciones, dentro de las cuales se recortan grupos diferenciados, y donde participan también hombres políticos. Tales instituciones son portales a los que se acercan gobernantes y funcionarios cuando tratan de comunicarse con la comunidad y, como camino de doble vía, son también el *locus* elegido por los habitantes de la campaña para pleitear ante las autoridades sus peticiones. Se constituyen, de tal suerte, en un ágora o arena de encuentro de gobernantes y gobernados, directamente o por medio de sus representantes.

Creemos haber captado una *forma de hacer política en la campaña bonaerense* con características peculiares. Estos *lugares de la política* no se sienten como tales, sino como instancias de otras formas de tomar decisiones, desde las que se puede partir o no hacia lo político. La condición rural del entorno torna intercambiables a estas organizaciones locales y otorga centralidad política ora a una escuela primaria, ora a un club de fútbol, ora a una agrupación tradicionalista. Como vimos, en el seno de grupos pensados como herramientas de desarrollo agrícola, sus participantes aprendieron a tomar e instrumentar decisiones de cualquier contenido, al margen de los objetivos explícitos.

Dentro de ese contexto, y para captar mejor el objeto que queremos construir, nos descentramos del campo político hacia formas de gobernabilidad que, tal vez, no serían calificadas como *políticas* por los informantes. Nos interesa el análisis de mecanismos de gobierno imbricados en marcos institucionales aparentemente no políticos, de sistemas de diálogo o negociación con las fuentes de poder utilizados por los pobladores de pequeñas localidades de la región pampeana. La peculiar condición de esas comunidades,

donde no existen cuerpos deliberativos *ad hoc* que asesoren o influyan sobre el delegado designado por el poder central del municipio, hace que este último gobernante deba apelar, para la generación de consenso, a las instituciones actuantes en la población. Los integrantes de esos cuerpos colegiados realizan allí un aprendizaje sobre las formas de peticionar ante las instancias superiores para obtener sus objetivos, entre las cuales figura la intervención de hombres políticos vinculados a la vida local, e integrantes también de esos grupos, cuyo poder dentro del campo político se pone en juego. Todo esto es acompañado de un peculiar ritual.

Situación gauchesca y política: invención de tradición e identidad

La entrega de petitorios es un tema sensible para la localidad, y puede tener lugar en pleno desarrollo de una situación gauchesca, como el desfile que solemnizara la visita del gobernador de la provincia de Buenos Aires a Aguirre. Esta visita iba a verificarse en ocasión de la inauguración del primer barrio construido a partir de las inquietudes del grupo *Cambio Rural*. Artífice del acontecimiento fue uno de sus integrantes, político profesional y correligionario del mandatario.

Meses antes, para resolver qué pedir, se reunió en privado un pequeño grupo, tres productores y el delegado municipal, en la sede de la Delegación. Se discutió el pedido (el asfalto desde Aguirre a la ruta, hoy de tierra, y un plan para prevenir inundaciones) y a quién entregárselo. Se desechó hacerlo a un diputado provincial y, en cambio, se privilegió como receptor a la máxima autoridad presente. Uno de los integrantes, abogado, iba a redactar el documento que, luego, se haría circular para que todos lo avalaran con su firma (“Y que no nos llamen elitistas”).

La recepción del gobernador constituyó un verdadero modelo de sociabilidad comunitaria y política. El delegado municipal, con traje y corbata, asumió la representación de Aguirre, y, en tal condición, encabezó la nómina de oradores dando la bienvenida a la autoridad provincial y a la comunal. Previamente, había mantenido una larga conferencia con funcionarios de Ceremonial de la provincia, ajustando detalles. Funcionarios y público foráneo arribaron antes, en ómnibus y automóviles. El gobernador, legisladores provinciales y un concejal (integrante del grupo *Cambio Rural* y padre político de la iniciativa edilicia), el intendente municipal y parte de su gabinete arribaron en helicóptero. Nada parecía diferir mucho de otras inauguraciones: escenario y palcos frente a las obras porhabilitar, cintas para ser cortadas, delegaciones escolares con sus banderas de ceremonia, presencia de todo el espectro político olavariense alineado con el gobernador, y la situación gauchesca en todo su esplendor dando color local al acto. Los asadores humeantes junto al club prenunciaban la celebración gastronómica de las nuevas obras (barrio nuevo, sala de primeros auxilios, jardín de infantes). La urbanidad campestre imponía su etiqueta: se advertía al público que trajera sus cubiertos, pues no les serían provistos.¹⁹

Los políticos jugaron su juego. Trajeron a sus partidarios o a clientes que acudieron atraídos por el banquete gratuito (para ellos, pues el público común pagaba la consumición, no demasiado barata). Manipularon el acto cambiando los

19 El asado, típica comida de las pampas, tiene, en áreas rurales, esa particularidad. El cuchillo es, en el hombre de campo, una herramienta de trabajo indispensable, que se ha de guardar envainado en la cintura, siempre filoso. Cuando se invita a compartir la carne, junto a las brasas, los comensales extraen sus cuchillos y cortan el pedazo que prefieren. Normalmente, sobre un pedazo de pan que hace las veces de plato, se maniobra, mordiéndolo, para trozar el manjar con el cuchillo. Los invitados urbanos suelen verse en problemas, y dependen de la buena voluntad de los rurales para acceder a los cubiertos.

símbolos nacionales por los propios: sobre banderitas celestes reemplazaron la franja blanca de la enseña patria por el nombre, en letras blancas, del Gobernador. De lejos y en movimiento, la sustitución no se notaba. Se trajeron pasacalles de la capital provincial en los que se saludaba al mandatario y a su ministro de Obras y Servicios Públicos. Cabe acotar que ambos funcionarios aspiraban a candidaturas electivas: uno para presidente de la República, el otro para gobernador de la provincia de Buenos Aires.

Lo que no todos deben haber notado es que el delegado municipal conducía su propia ceremonia. La inusual presencia de la más alta autoridad de la provincia contribuyó a jerarquizar el instante en que se verificó un verdadero rito de institución, llevado a cabo ante la indispensable presencia de un público ajeno, ante quien se proclamó la identidad aguirrense (Bourdieu, 1993: 117-118). Los automóviles que entraron raudamente en el pueblo pasaron indiferentes, llenándolo de polvo, por el obelisco identificador (con las dos fechas clave) que marcaba la frontera de Aguirre con el resto del mundo. Sendos escudos que sintetizaban los símbolos del lugar (ganado, obelisco, barrio nuevo, legado del estanciero Aguirre, el Fundador, todo iluminado por un sol naciente), cincelados en metal y madera noble, fueron obsequiados al gobernador y al intendente.

De tal forma se comunicaba a los otros poderes territoriales el nacimiento de esa nueva entidad, cuya divisa era el lema *Aguirre Crece*.²⁰ Al mismo tiempo, aparecía la bandera del pueblo, donde se reproducía el escudo, y que figuraba junto a las banderas del club y del *Centro Tradicionalista*.

20 Se operaba así una verdadera *invención de tradición* en el sentido de Hobsbawm y Ranger (1996) cuyos elementos distintivos, el lema (o eslogan, como prefieren llamarlo), la concreción heráldica del escudo y la bandera, la fiesta y la exaltación de la localidad, fueron copiados de la iniciativa de Santa Rita (Piriz y otros, 1999).

Cuando el gobernador hubo inaugurado las obras, entregado la documentación a los adjudicatarios de las viviendas y la llave del automóvil policial que donó al destacamento local, y pronunciado su discurso en el que reivindicó la —según él— desdibujada identidad bonaerense; cuando el intendente hubo respondido a las palabras de Miguel, el delegado, diciendo que la visita del mandatario no era importante solo para Aguirre, sino para todo el partido (que él gobierna); cuando hubieron partido en el helicóptero de regreso a sus sedes, en el asado conmemorativo grandes letras sobre terciopelo rojo repetían el lema. A su sombra, el ministro, máxima autoridad todavía presente, aseguró que se pavimentaría el acceso a la ruta, cosa que aún no se hizo, y prometió un estudio para la iniciativa para solucionar el problema de las inundaciones. Todo en la sede del club, simbólica ágora del aguirrismo.

Se completaba así la función primigenia del ritual en la sociedad moderna: promover la identidad social, construir su carácter, transformar lo individual en colectivo. Al decir de Roberto Da Matta (1997: 38):

... [el rito] define una posición especial, reforzando nuevamente la individualidad del grupo. Siendo así, esa respuesta es la que permite crear las condiciones de una conciencia de identidad común y, encapsulada en lo que llamamos ritual, conjunto que da forma y realidad a esa respuesta, irá a permitir la invención de un campo trascendente, donde la proyección del grupo podrá generar y orientar nuevas determinaciones y estímulos.

Según Bourdieu, la institución de una identidad es la imposición de una esencia social. Esta se asigna a través de competencias que constituyen “un derecho de ser, que es un deber ser” (Bourdieu, 1993: 117). Son las “nuevas

determinaciones y estímulos” arriba aludidas, que en el caso de Aguirre se traducen en la obligación, destacada por el demiurgo lugareño, de hacer honor al lema: todos los años el festejo —que tiene como fecha la de su primera versión— tiene que centrarse en torno a un logro. Sin él, la festividad no tendría sentido. El crecimiento es, desde entonces, una meta insoslayable.²¹

Algunas conclusiones

En el seno de los grupos cuya actuación reseñamos es donde se conversan, debaten y tratan de concretarse iniciativas que tienen que ver con los problemas y necesidades de la localidad. De ahí que la finalidad principal de dichos grupos muchas veces se desdibuje.

Cualquiera de las instituciones sirve como foro de reivindicaciones locales, tal como notara nuestro informante ingeniero agrónomo: una vez que el hombre de campo aprende a funcionar en grupo, tanto da una organización productiva como una recreativa. Las opciones institucionales son limitadas y, al parecer, intercambiables.

Para subvenir a las múltiples necesidades locales, se hace necesario articular con el poder político y proceder a una transferencia de dicho poder. Sin el gobernador, no hubiera habido casas. Sin el intendente, no se hubiera conseguido el segundo lote de viviendas.

Dentro del grupo *Cambio Rural* de Aguirre militaban no solo productores *empresariales* y *genuinos*, como indicara su asesor, sino también gente común y políticos. El primero entre estos últimos fue Miguel, el delegado municipal, que

21 Al año siguiente del fundacional, se inauguró el tambo modelo del grupo *Cambio Rural*, que luego fracasaría.

ingresó allí como una forma de obtener confianza y consenso para su tarea. En la gráfica expresión del informante, Miguel *usó* al grupo, y el grupo *usó* a Miguel. En ese *usarse* se puso en juego el prestigio del conjunto. En rigor, al no desempeñarse como productor, el delegado carecería de calificación para integrar la agrupación. Su presencia solo se justifica en su condición de líder, de hombre político interesado en los emprendimientos de su comunidad, pero también en obtener un núcleo donde legitimar sus iniciativas. Otro tanto hizo el concejal opositor, si bien él era productor. Fue este quien consiguió traer al gobernador, traduciendo en rédito político la construcción de las casas y montando un acto proselitista adonde estuvo presente, también, el partido gobernante en la zona, de signo contrario.

Al mismo tiempo, fue en ese organismo colectivo donde se instituyó el sello identitario presente en la fiesta del *Aguirre Crece*. Ese espacio y ese tiempo simbólicos, consagrados sin saberlo por el propio gobernador, se irían a convertir en espacio y tiempo políticos para seguir afianzando a la comunidad. Ante la presencia de los mandatarios de la provincia y del municipio, se proclamaba la individualidad del poblado. Desde ahí en más, todas las versiones de la fiesta ven acercarse a políticos y funcionarios. Ellos son atraídos hacia la localidad, donde se va a ejercer el derecho a peticionar, traducido en petitorios. Siempre bajo la presión de las que hemos llamado *urbanidad campestre y situación gauchesca*.

Oficialmente el grupo *Cambio Rural* está disuelto. Sin embargo, funciona y es convocado como colectivo que representa a un sector de la comunidad. Tal representatividad persiste más allá de la extinción burocrática.

Fuera de los actos netamente políticos, como el que comentamos, hay otras ocasiones donde la situación gauchesca crea un entorno peculiar. En la doma, cincuentenaria tradición ecuestre de Aguirre, llegan a juntarse dos mil personas en el

casco de una vieja estancia. Allí sorprende comprobar que la ropa predominante es la de campo, o “de gaucho”, como dicen algunos. Y bajo el atuendo de sombreros peculiares o boinas, bombachas, botas, ponchos, corralera, pañuelo al cuello, rastra o cinto tradicional, donde lucen cuchillos o puñales descomunales envainados en plata, se descubre a todas las clases sociales. Por un instante parece producirse la *liminaridad* que da lugar a una verdadera *communitas* en el sentido de Turner (Citado en Kemp, 1999: 83-84; Da Matta, 1997: 57), en un ambiente igualitarista donde las diferencias parecen desaparecer.²²

Esa liminaridad del mundo campestre resulta muy atractiva para gente de origen urbano, como los productores foráneos, los *empresariales* y también los políticos.²³ Y es ese atractivo el que se manipula políticamente, adornado por el ritual del asado y el vino.

Es un igualitarismo aparente, en cuanto las grandes decisiones son tomadas en grupos pequeños de productores conspicuos, donde es visible su primacía, incluso, frente al delegado. Pero, luego, la iniciativa se socializa y el documento resultante se hace circular para que firmen todos, buscando alejar acusaciones de elitismo.

22 “Communitas es una ‘modalidad de interrelacionamiento social’ que existe fuera de las estructuras sociales regulares de la sociedad” (Turner, 1974: 231-234). Al contrario de las sociedades, en las cuales la gente está diferenciada estructuralmente por, por ejemplo, raza, clase y género, en la *communitas* el igualitarismo prevalece. La gente no está más separada una de otra por posiciones segmentadas en el orden social, sino que se vuelven parte de “un todo indiferenciado [...] como seres humanos totales” (Turner, 1974: 234). “Los marcadores externos de estatus se han descartado, permitiendo a la gente, como iguales, experimentar una proximidad y amistad entre ellos que es a menudo rica en simbolismo” (Kemp, 1989: 83-84).

23 En una entrevista reciente de una estudiante olavarriense, Claudia Lajud, un productor *empresarial*, de raigambre urbana, manifiesta su satisfacción al asistir a los remates de hacienda en Aguirre, porque, aunque raramente compra algo, puede verse con todo el mundo e intercambiar ideas, poniéndose al día sobre lo que pasa en la comunidad. Y eso le agrada.

Dentro de estos grupos pasa la frontera entre lo político y lo no político, y se produce la transmutación de confianza en fuerza política (Bourdieu, 1989: 188).

Importantes en ese sentido son, también, los clubes de campaña donde, si bien la principal actividad parece ser el fútbol, se produce asimismo el encuentro con lo político. Los políticos profesionales acuden allí para hacerse escuchar, dentro o fuera de una acción proselitista. No todas las poblaciones o caseríos cuentan con un delegado municipal, pero sí con un club, cuyo presidente funciona como representante legal de la comunidad. La realización de cotejos de fútbol trae hasta allí a pobladores de localidades distantes y de la cabecera del partido. Otro tanto sucede con las *Fiestas del Socio* o las domas, jineteadas, carreras de caballos y de sortija que los clubes centralizan. En esas ocasiones, el espacio campesino se ve alterado por verdaderas multitudes que van marcando la vida pueblerina con sístoles y diástoles significativas. La aglomeración significa recursos para la institución en entradas, consumo de comidas y bebidas, compra y venta de productos traídos por vendedores ambulantes. Para las instituciones convocantes, esas ocasiones funcionan como una verdadera cosecha, para la que se preparan todo el año. Y es el momento de reunión de los jóvenes, de cortejo y de formación de parejas.

Las comisiones directivas reunirían a una elite de vecinos particularmente sensibilizados: “Porque por el solo hecho de estar en el club, vos tenés inquietudes digamos, ya sea de caminos, de electrificación, de telefonía, qué sé yo, de todo” (Ex presidente de la Liga de Fútbol).

El conflicto aparente entre la vieja forma del fútbol de campeonato y las modalidades más domésticas y restringidas, que hemos llamado *papi fútbol*, pone al desnudo la contradicción entre la antigua elite y nuevos ciudadanos más pragmáticos y sensibles al avance de la globalización

y, sobre todo, a las restricciones que esta supone. Su lógica racional, base de una dominación legal, choca con la lógica del Gran Señor, que sustenta un dominio de tipo tradicional (Weber, 1996: 172). Hay aquí una disputa que supera lo meramente económico, puesto que el espacio del club es también político. Su captura por una clase alta casi totalmente foránea (no viven en el lugar) descentra ese poder más allá de los límites de la localidad. Dentro de ella, nadie parece poder sustentar el costo de la lógica señorial.

Bibliografía

Archivo Histórico, Municipalidad de Olavarría, Secretaría de Gobierno (1994). En *Revista del Archivo Histórico*, núm. 3. Olavarría.

Bourdieu, P. (1989). A representação política. Elementos para uma teoria do campo político. En *O poder simbólico*, pp. 163-208. Lisboa, Difel.

———. (1993). Los ritos como actos de institución. En Pitt-Rivers, J. y Peristiany, J. G. (eds.), *Honor y gracia*, pp. 111-123. Madrid, Alianza Universidad.

Da Matta, R. (1997). *Carnavais, Malandros e Heróis. Para uma sociologia do dilema brasileiro*. Río de Janeiro, Rocco.

Galeski, B. (1977). *Sociología del campesinado*. Barcelona, Península.

Gramsci, A. (1981). *Concepção dialética da História*. Río de Janeiro, Civilização Brasileira.

Hobsbawm, E. y Ranger, T. (eds.). (1996). *The Invention of Tradition*. Cambridge, Cambridge University Press.

Kemp, S. F. (1999). Sled-dog racing: the celebration of co-operation in a competitive sport. En *Ethnology*, vol. XXXVIII, núm. 1.

Mauss, M. (1979). *Sociología y antropología*. Madrid, Tecnos.

Mendras, H. (1978). *Sociedades camponesas*. Río de Janeiro, Zahar.

- Piriz, M. I., Ringuelet, R. R. y Valerio, M. del C. (1999). Nuevos movimientos rurales regionales: movimientos agrarios y movilizaciones culturales en la región pampeana argentina. Ponencia presentada en la *III Reunión de Antropología del Mercosur*, Posadas, Misiones.
- Ratier, H. E. (1999). Vigencia actual del gaucho y de lo gauchesco en la región pampeana argentina. En *Fronteras culturales y ciudadanía. II Reunión de Antropología del Mercosur*, tomo I, pp. 19-30.
- Turner, V. (1974). *Dramas, Fields and Metaphors: Symbolic Action in Human Society*. Ithaca, Cornell University Press.
- Weber, M. (1985). *Ensayos de sociología contemporánea I*. Barcelona, Planeta Agostini.
- . (1996). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México, Fondo de Cultura Económica.

Parte III

Técnicos agrícolas y gente de campo: sus papeles

Capítulo 10

Técnicos agrícolas de nivel medio en el Nordeste de Brasil y en la región pampeana argentina

Aproximación comparativa*

Bases teóricas

Consideramos, con Grignon, a la enseñanza agrícola “... como un modo de actuar sobre el campesinado, sobre la agricultura y sobre la ‘sociedad rural’ por intermedio de los agentes y de las instituciones que pertenecen, en diversos grados, al sistema de enseñanza...”. El mismo autor define provisoriamente a este último como “... uno de los instrumentos de los cuales dispone la clase dominante para asegurar, de acuerdo con sus intereses, la transformación (o conservación) de la agricultura, del campesinado y de las categorías sociales y de las actividades económicas que están en relación directa con ellas” (Grignon, 1975: 78. Nuestra traducción).

Adoptamos, para caracterizar la acción pedagógica, el enfoque teórico de Bourdieu, Passeron y sus seguidores (Bourdieu y otros, 1966; Bourdieu y Passeron, 1975).

* Elaborado y publicado originalmente en 1994, en *Estudios Pampeanos*, núm. 2, pp. 15-43. Santa Rosa, Revista del Instituto de Antropología Rural de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa.

Brasil: fin de la esclavitud y enseñanza agrícola

En 1871, Brasil sancionó su Ley de Libertad de Vientres. Dos años después, un opúsculo anónimo recogería las inquietudes que ese acontecimiento, preludio de la abolición, provocaba. Privado de sus esclavos, el agricultor (o *labrador*, como se autodesignaban los latifundistas) se quedaría "... sin brazos, sin un pico o azada para plantar una rama de mandioca o un grano de maíz..." (Anónimo, 1873: 8. Nuestra traducción). El autor descartaba las alternativas llegadas de afuera. La solución debería venir del propio país, y del mismo material humano que componía el contingente de ese entonces, pero convenientemente reciclado a través de una Hacienda Escuela (*Fazenda Escola*). Tal establecimiento "... daría a la juventud la instrucción propia para de ella hacer obreros inteligentes, laboriosos y disciplinados..." (Anónimo, 1873: 20). Ingresarían allí "... todos esos negritos libertos, que vendrán a pagar su tributo al trabajo y a la industria" (Anónimo, 1973: 29-30). La educación vendría a cumplir así la función de fijar la mano de obra liberada del yugo esclavista. No sería el recurso pedagógico, sin embargo, el privilegiado por las clases dominantes; en cambio, prefirieron articular en la institución de la *morada*¹ un medio mucho más efectivo para asegurar la fijación de la mano de obra a sus establecimientos.

Los intentos de instalación de un sistema de enseñanza, sin embargo, fueron más antiguos en Brasil. En 1812, el rey don Juan VI propuso crear un *curso de agricultura* en Bahía, y más adelante otro en Río de Janeiro. La escuela bahiana serviría de modelo a las que le sucedieran, y así se inauguraría el sistema de *escuela patrón* que perduraría en Brasil. El esbozo del plan de estudios (dos años) implantaba también

1 Véase García, 1989 y Palmeira, 1976.

la jerarquía *teoría-práctica*, de gran éxito. Las ciencias “puras” deberían preceder a las aplicadas. Su dominio previo era considerado indispensable para incursionar en la práctica.

Tras múltiples fracasos, en 1875, por fin, la Imperial Escuela Agrícola de Bahía efectivizó la demorada propuesta. Sería la escuela patrón a cuyo modelo deberían plegarse las que le siguieran. Los cursos tenían dos niveles: elemental, para instruir a obreros y regentes agrícolas, y superior, que formaría agrónomos, ingenieros agrícolas, silvicultores y veterinarios.

El modelo establecía una estratificación en la enseñanza para dos tipos de alumnos: la superior se destinaba a la clase dirigente que se reservaba el monopolio de la *Ciencia*. La inferior procuraba formar agricultores esclarecidos, dependientes, pero técnicamente preparados para las exigencias de la explotación moderna.

Nunca el aprendizaje académico de la agricultura atrajo multitudes. La clase dominante prefirió siempre mandar a sus hijos a las carreras de Derecho o Medicina, llaves para futuros desarrollos políticos. Los alumnos de los cursos superiores eran en su mayoría de extracción urbana y no necesariamente vinculados al campo.

Siguiendo una tendencia general, el organismo rector de la enseñanza agrícola de nivel inferior fue, en Brasil, el Ministerio de Agricultura. Esto ya marcaba una diferencia con las escuelas que dependían del Ministerio de Educación. En 1918 se instituyeron los llamados Patronatos Agrícolas, que tendrían como objetivos:

... una obra de previsión social y económica [y] [...] se destinaban principalmente al aprovechamiento de “menores abandonados o sin medios de subsistencia por falta de ocupación legítima” [...] A los que concluyeran el curso, con aprovechamiento, se les aseguraba la po-

sesión de un lote de tierra, en un determinado *núcleo colonial*, libre de gastos, más la cuantía de doscientos mil reis. (Veleda, 1970: 11. El destacado es nuestro)²

De esta forma se ejercía un doble control de la población eliminando de sus lugares de origen a elementos considerados “marginales” y contribuyendo al poblamiento de zonas de frontera. Pero, al parecer, nunca se concretó la promesa de adjudicar tierras. Se enseñaba también a trabajar el hierro, el cuero y la madera.

El Colegio Agrícola “Vidal de Negreiros”, de Bananeiras, Paraíba, donde realizamos nuestra investigación había sido Patronato Agrícola y tenía como misión, según su reglamento interno, “administrar el Curso Primario complementado con trabajos agrícolas a menores desvalidos”. Un viejo empleado nos contaba que, cuando niño, tenía temor de entrar a los terrenos de la escuela. De allí salían hombres “a agarrar niños”. Si algún pequeño iba a pedir comida, terminaba “volviéndose alumno”.

De esa época data un calabozo (*cafú*), hoy reciclado, situado en la vivienda del director. La inscripción, como vemos, era una verdadera captura.

La disciplina era dura. Todavía algunos recuerdan las penitencias que obligaban a los internos a permanecer de rodillas en los rincones, y el uso de la palmatoria por los profesores.

El tiempo haría cambiar esos resabios carcelarios, sin disipar del todo, sin embargo, el viejo estigma. Lo que sí se

2 Grignon (1975) nos recuerda, para Francia, que las colonias agrícolas para jóvenes detenidos, niños expositos y huérfanos constituyeron la principal forma de enseñanza agrícola. La infancia delincuente o abandonada debería beneficiarse con la supuesta virtud purificadora del medio campesino. También consigna extractos de un artículo de 1845 donde se propicia el envío a Argelia de los jóvenes “bastardos” franceses para que, bajo dirección religiosa y militar, aprendieran el oficio agrícola, trabajaran luego bajo las órdenes de los colonos y pudieran acceder, por fin, a la posesión de un terreno.

mantuvo fue la orientación hacia la práctica. Un informante, ex profesor de la casa destinado, cuando lo entrevistamos, al curso universitario superior, comparaba: “Esta [la escuela de ingeniería agronómica] es la Academia. La de Bananeiras es la escuela del aprender haciendo”.

Aproximación etnográfica al Colegio Agrícola “Vidal de Negreiros”, Bananeiras, Paraíba, Brasil

El estado de Paraíba se sitúa en el Nordeste de Brasil, zona afectada periódicamente por el flagelo de la sequía. La ciudad de Bananeiras, sin embargo, está edificada sobre una sierra alta, húmeda, con un paisaje muy verde todo el año y manchones de lo que fuera la selva original (*mata*). El clima es más frío que en otras subregiones estaduais y alcanza, en invierno, temperaturas de 10° C con mucha lluvia y niebla. La producción principal es la caña de azúcar cultivada en un gran ingenio y en multitud de otros más pequeños. Estos últimos no producen azúcar, sino *rapadura*,³ su hermana más pobre, y aguardientes que gozan de gran fama en todo el Nordeste.

Oficialmente, el establecimiento que estudiamos se denomina *curso técnico agrícola* y forma parte del Campus IV de la Universidad Federal de Paraíba, o Campus Agrario. Comparte las instalaciones con el *curso de formación de tecnólogos de nivel superior en cooperativismo*.

La institución ocupa unas trescientas hectáreas y se extiende longitudinalmente en un valle entre sierras bajas. Dos entradas dan acceso a las localidades de Bananeiras y Solânea.

3 Azúcar de segunda producción, *mascavo* o *mascabado* producido en pequeños bloques o “ladrillos”, a veces mezclados con maní, coco y otros agregados. Hoy es utilizada por la población pobre para endulzar o directamente como alimento.

En ambas hay garitas, pero solo la del lado de Bananeiras la ocupa un guardia permanente. En Solânea hay un local de la cooperativa escuela a cargo de alumnos, donde se venden mudas de plantas a los agricultores.

La parte llana está totalmente cultivada y cubierta de pasturas donde pacen vacunos de raza cebú. Hacia Solânea hay una ladera empinada, cubierta de tierra roja, intransitable cuando llueve, donde se conservan manchones de selva original.

En la edificación se destaca el antiguo colegio, sede hoy en día de dependencias administrativas. Los alojamientos de los estudiantes y las aulas ocupan construcciones más simples y modernas, por lo general en largas tiras. Casi todo el equipo es flamante, y en ese sentido se destaca el sector de lechería, que produce manteca y quesos inusuales en la zona.

Para la ciudad, el colegio fue motivo de orgullo, y a sus fiestas concurriría toda la sociedad aldeana. Hoy en día su prestigio ha decrecido. La creación del *curso de tecnólogos* y su inclusión en un campus autónomo dependiente de la Universidad generó desconfianza a nivel pueblerino. Los docentes y alumnos de Cooperativismo son vistos por algunos como peligrosos, subversivos.

Grupos de alumnos con botas y uniformes azules, doblados sobre las azadas, labran la tierra, o cuidan cerdos relucientes que viven en chiqueros limpios, de cemento, con agua para baño y para beber, o cabras que gozan de privilegios semejantes. Varones y niñas trabajan también en la huerta, en canteros muy prolijos.

Producción y enseñanza

La Práctica Agrícola Orientada (PAO, o *peauó* en la pronunciación local) es el espacio estratégico donde el aprender haciendo debe concretarse. Ocupa la mitad de la jornada escolar

durante cuatro días de los cinco de la semana hábil. En la PAO, la mano de obra estudiantil concreta los llamados *proyectos* (bovinos, porcinos, banana, lechería, avicultura, etcétera). El producto de estos se destina al mantenimiento del comedor escolar o a la venta, a veces en cumplimiento de convenios con entidades externas. Teóricamente, la comercialización de la producción es realizada por la cooperativa-escuela, organización regida por una comisión de alumnos orientados por un profesor.

Desde el punto de vista de los alumnos, la PAO es una actividad inútil, exclusivamente dirigida a la producción y sin ningún valor didáctico. “Para aprender a plantar bananos”, comentaba uno de ellos, “bastaría con plantar diez. Aquí nos hacen plantar ciento diez”. Los profesores concuerdan con las falencias de esa práctica, pero su opinión tampoco es escuchada. En un contexto de retracción estatal, la exigencia de autoabastecimiento impone convenios con los grandes productores y comerciantes locales. Durante nuestra investigación, se celebró uno con un ente de desarrollo regional para la provisión perentoria de semillas de poroto temprano. Los alumnos fueron sacados de las clases y volcados al campo. Se limpiaron treinta hectáreas y se instaló un sistema de riego en tiempo récord.

Estos compromisos productivos generaron una situación de estrés que atraviesa a todos los estratos de la escuela. En particular a los que llamamos *profesores de campo*, todos técnicos agrícolas de nivel medio, quienes hasta deben asumir obligaciones financieras: firman pagarés en nombre de la escuela ya que esta carece, teóricamente, de capital. En el espacio y el tiempo escolares, se privilegia la producción: el gimnasio se transforma en fábrica lechera; la educación física no se práctica por considerarse que los alumnos desarrollan suficiente actividad en sus tareas rurales. El ritmo natural, por otra parte, obliga a saltar feriados o impide a los

docentes participar en huelgas: los organismos vivos no pueden ser abandonados.

Organización de la producción

Del director, figura fuerte y autoritaria con excelentes vínculos gubernamentales y privados en la zona, depende el destino de la producción generada en la PAO. La comercialización se hace vía la cooperativa de los alumnos, gobernada teóricamente por los estudiantes, con un profesor asesor designado por la dirección. Los directivos son estudiantes del último año que no tienen contacto con comisiones anteriores, lo que hace imposible capitalizar experiencias en esta supuesta autogestión.⁴

Aunque el cuerpo docente se opone, el director impide que se devuelva el retorno de la cooperativa, ya que —opina— esta no debe perseguir fines de lucro. Prefiere capitalizar esos fondos y dispone de ellos. Buena parte los invierte en la llamada *cortesía*: regalos a autoridades, financiamiento de estadía de personas en el campus, agasajos y otros rubros sobre los que no rinde cuentas. Desde el punto de vista contable, la cooperativa es deficitaria.

Siendo privada, permite un manejo de fondos imposible en un ente estatal. Repite sin rubores conductas generalizadas entre los hacendados (*fazendeiros*) de la zona. Por ejemplo, contratar mano de obra temporaria por un jornal por debajo del ya bajísimo salario mínimo regional, no pagar impuestos ni tasas, salario familiar u otros derechos labora-

4 " ... la imaginación filantrópica hizo coexistir, en la organización de las colonias [agrícolas], rasgos prestados por el régimen penitenciario tradicional y 'hallazgos', como la autodisciplina o la ficción de la autogestión del establecimiento por los alumnos, que están aún hoy a la vanguardia de la pedagogía moderna" (Grignon, 1975: 85).

les. Todas esas irregularidades se justifican por el carácter didáctico de la cooperativa. Las necesidades productivas —se dice—, sin las cuales no habría aprendizaje, no podrían atenderse como antes con obreros mensualizados. Se prefiere al destajista.

Los subsidios a la investigación contribuyen a mantener una fundación que recibe el 10% de estos y también contrata personal irregularmente. Con todo, nada parece dar ganancia. La escuela reproduciría una conducta campesina: subsistir sin acumular. La ganancia del sobretrabajo estudiantil se esfuma misteriosamente.

Profesores

Dividimos a los que se desempeñan en el establecimiento en *de campo* y *de aula*. Los primeros ejercen únicamente en la PAO, son técnicos y tienen un concepto pésimo entre los alumnos. Los segundos se encargan de las materias teóricas y nunca van al campo. Se erigen en modelo para los estudiantes.

Los técnicos califican a los agrónomos como profesionales de oficina que monopolizan la ciencia y la teoría. Los agrónomos, por su parte, los conceptúan y tratan como subordinados. Muchas veces, los técnicos deben iniciar su trayectoria en cualquier categoría a la espera de una oportunidad de acceder a la docencia.

Otra división vigente es la que separa a los profesores del curso agrícola de los docentes de Cooperativismo. Estos últimos no viven en el campus sino en Campina Grande, importante ciudad regional, desde donde se desplazan diariamente, tienen mayor nivel académico y lideraron movimientos huelguísticos. Los profesores locales los ven como forasteros y citadinos, desconocedores de la problemática del campus.

Alumnos

Una ley —conocida como *Ley del Buey* en la jerga— prioriza a los hijos de campesinos para ingresar a los cursos de enseñanza agrícola. De ese origen sería el 80% de los trescientos alumnos de la escuela, en su mayoría de condición humilde (informe de una asistente social).

Mayoritarios son, también, los sertaneros: jóvenes provenientes de la porción árida del estado, región donde la ganadería se alterna con los cultivos de subsistencia, el algodón o el agave. Allí la sequía es endémica y, cuando el hambre aprieta, los pobladores se abalanzan sobre las ciudades, cuyos comercios suelen saquear.

En la representación local —recogida incluso por la literatura— los sertaneros son sobrios, rectos y trabajadores. Los brejeros, en cambio, habitantes del *brejo*, región privilegiada, libre de sequías, serían más displicentes y poco afectos al trabajo.

El reclutamiento del alumnado se opera a través del sistema de parentesco y de una red de amigos y conocidos, que incluye a técnicos agrícolas que trabajan en los pueblos. Hay familias que han mandado a tres generaciones de vástagos a la escuela, y hermanos de la misma unidad doméstica que van ingresando a ella sucesivamente. La localidad también opera como reclutadora y, a su llegada, los chicos buscan a sus paisanos como grupo protector.

El ingreso es duro. Primero hay que aprobar un examen que consideran difícil. Meses después, acompañados por sus padres, los jovencitos llegan a la escuela con su baúl rústico y su ajuar: ropa de cama y de abrigo, un par de botas, pantalones y camisas de brin azul —que constituyen el uniforme— y un colchón. Antes los uniformes los daba el colegio; hoy deben solventarlos los propios alumnos. Los testimonios de este trance son muy emotivos. Primero, el contraste climático, la atmósfera húmeda y ese frío pegajoso que los penetra. Luego, la promiscuidad de la cuadra, con treinta cuchetas

ocupadas por desconocidos... Cuando los padres se marchan, muchos no contienen las lágrimas.

Los recién llegados son los *novatos*, categoría despreciada por el resto, los llamados *veteranos*. No hay rituales de iniciación fijos, pero sí existe cierto acoso al recién llegado.

Nadie niega las *sauudades* de casa, pero se enorgullecen por haberlas superado. En el semestre inicial es frecuente que se enfermen, dato que la asistente social y el médico interpretan como aclimatación al *brejo* húmedo.

Los novatos no pueden entrar al dormitorio de los veteranos. Conflictos de este tipo —incluso porque un novato pasó por la puerta del alojamiento— desatan batallas donde se arrojan bolsas de plástico llenas de agua. En la oscuridad del dormitorio son frecuentes las guerras de botas, donde el calzado sirve como proyectil. A menudo también se destruyen cosas sin motivo aparente. Toda esa agresividad es considerada por las autoridades como demostración de un salvajismo que sería típico de los campesinos.

Entre los estudiantes circula otra caracterización significativa: *doctorcitos* (primer año), *pre-doctores* (segundo) y *doctores* (tercer y último año).⁵ Esto, a nivel simbólico, significa una apropiación del terreno de la ciencia, ese que los ingenieros agrónomos pretenden reservarse.

En el tránsito por los diferentes años, los jóvenes van cambiando de actitud. Los grupos de primer año son la mejor mano de obra de la PAO: siempre obedecen las directivas de los profesores. En segundo cuestionan dichas órdenes y pretenden seleccionarlas. En tercero solo hacen lo que quieren. Es entonces cuando se opera el tránsito hacia la profesión y hacia la categoría de ciudadano, esa por la cual sus pares campesinos vienen luchando.

5 *Doctor* es, en Brasil, mucho más que un grado académico. Es el título que las clases subalternas adjudican siempre a las hegemónicas. Cualquier persona cuya ropa, léxico o comportamiento hagan suponer que pertenece a estas últimas es llamada *doctor* en lenguaje coloquial.

Los que sobrellevan bien el choque iniciático consideran que, gracias a él, han adquirido algo que antes no conocían: la responsabilidad. Sin ayuda de sus padres, sin siquiera el auxilio de su madre o hermanas para las labores de costura, demostraron poder desenvolverse bien. “Si ahora me dejaran solo en las calles de São Paulo”, ejemplificaba un estudiante, “no tendría el menor problema. Antes, no”. Es decir: la educación agraria, paradójicamente, habilitaría para la vida urbana.

Las veinte muchachas alumnas se alojan en un chalet, donde conviven con la asistente social y, eventualmente, con profesoras. En el trabajo se les reservan las tareas livianas. Comparten ese privilegio con las *crianças* (criaturas), niños de 12 y 13 años con menor desarrollo físico.

Sobre este núcleo humano cae el peso de la producción, excepto tareas excesivamente duras (desmonte) o especializadas (manipulación de las máquinas de lechería). No siempre fue así. Antes de 1975, lo práctico no era tan absorbente ni la producción tan exigida. Esta estaba a cargo de obreros rurales, cuyo número disminuyó hoy de ochenta a treinta, y los alumnos efectuaban solo algunas tareas con finalidad didáctica. Fue la implementación del sistema de escuelas hacienda lo que cambió las cosas. Según un antiguo profesor, antes los alumnos trabajaban el 25% de lo que lo hacen ahora, esfuerzo más adaptado, según él, a las fuerzas de los chicos.

En la categorización del currículo y de los docentes, los estudiantes privilegian las materias técnico-agropecuarias. Luego, las teóricas básicas, en cuanto serían instrumentales para su aplicación. No aprecian las teóricas informativas (inglés, arte, historia, geografía) y detestan la PAO donde, a su entender, no aprenden nada nuevo. Respetan a los profesores de aula y desvalorizan a los de campo, quienes se encargan de las disciplinas o actividades menos apreciadas. Una cosa queda clara, sin embargo:

al aprender haciendo de la propuesta oficial, los alumnos oponen el aprender estudiando. Casi todos intentan continuar en la esfera agropecuaria y acceder a la universidad. Muy pocos lo logran.⁶

El hombre de campo o productor

Entre las más claras incumbencias del técnico agrícola, figura el asesoramiento al pequeño productor. Pensábamos encontrar en la escuela agrícola una clara sistematización de esos contactos. Sin embargo, nuestros informantes se sorprendieron cuando indagamos al respecto, en la actitud de quien descubre una incongruencia y le cuesta explicarla por no haberlo pensado nunca.

El pequeño productor, a lo sumo, acude al campus para comprar mudas en el local de la cooperativa. Nunca para pedir asesoramiento.

Antes, la escuela exigía del alumno una permanencia de cuarenta y cinco días en una agencia de extensión agrícola. Como la financiación era escasa, los alumnos cumplían esa obligación cerca de sus casas y residían en ellas. Vivieron negativamente la experiencia. En algunos proyectos⁷ los estudiantes se quejaban de su excesiva permanencia en la oficina (“al fin y al cabo es lo que hacen todos los técnicos”, se consolaban). Otras veces, la práctica se llevaba a cabo en la capital del estado, fuera de todo contacto con el ámbito rural. Los que tuvieron la suerte de acompañar al campo a un técnico debieron

6 Araújo verificó que, entre 1974 y 1981, los egresados del *Colegio Agrícola de Bananeiras* rindieron el examen de ingreso a la universidad en porcentajes que van desde un máximo de 93,3% en 1975, hasta un mínimo de 73,6% en 1981. En el mismo período el índice de reprobados en este examen fue desde el mínimo de 28,6% en 1974, hasta el máximo de 97,4% en 1981 (Araújo, 1984: 132).

7 Designación prescripta para grandes planes de desarrollo vehiculados desde agencias estatales para promover la agricultura. En la escuela, los profesores de campo llaman *proyectos* a las actividades productivas en que participan. Para los alumnos, son *materias* (*disciplinas*).

aprender a llenar una serie de formularios muy detallados destinados a medir el grado en que los agricultores cumplían con lo exigido por las agencias financiadoras.

En 1984 se cambió esa dinámica y los alumnos pasaron a insertarse en el Proyecto Rondón, plan federal de desarrollo comunitario de alcance nacional, motorizado por estudiantes voluntarios. Los resultados, al decir de los involucrados, no fueron satisfactorios.

Funcionarios

Dentro de esta categoría se incluyen, en Brasil, tanto los empleados administrativos, como los de maestranza y los obreros. Equivale a la de *no docentes* en uso en la Argentina. Fuera de los empleados, el resto de este personal es de origen campesino.

Los alumnos tienen escaso contacto con los obreros temporarios, cuya problemática explotó durante la huelga docente, al comprobarse la situación irregular en que la Universidad los contrataba. Conocen, sí, y respetan, a algunos obreros que están a cargo de actividades productivas, de los cuales dicen que saben mucho más que sus profesores de campo, los técnicos agrícolas. Pero la valoración de los funcionarios en general es negativa. Se trata de inculcar al alumno la idea de que esos campesinos son inferiores a ellos por su falta de preparación.

Huelga y política

Al momento de la investigación, Brasil vivía la llamada *apertura democrática*, transición hacia un gobierno civil. En la Universidad se celebraron elecciones en las que los estudiantes

podieron participar. Entre ellos comenzaron a aparecer militantes políticos. Una gradual efervescencia crecía en el establecimiento. En 1985, ausentes nosotros del lugar, se desató una huelga de los propios estudiantes, acontecimiento insólito que produjo considerable sorpresa. Pese a que ni los estudiantes universitarios se animaron a apoyarlos, los jóvenes hicieron públicas las condiciones de explotación en que vivían. No tenemos más datos sobre las consecuencias de este hecho.

Las escuelas argentinas

Don Bernardino Rivadavia, primer presidente formal de la República Argentina y notable ministro de gobiernos anteriores, sentó las bases de multitud de instituciones. Entre ellas, la de la enseñanza agrícola. En 1823 puso en marcha la *Escuela de Agricultura Práctica* en la Recoleta, barrio de Buenos Aires, y en 1826 un Jardín de Aclimatación a ella vinculado.

Nadie procuró inscribirse. Rivadavia dispuso entonces que:

... el juez de primera instancia procederá a recoger y poner a disposición del ministerio de gobierno [que Rivadavia ocupaba] [...] los huérfanos que existan en su distrito de edad de 14 a 20 años que no tengan ocupación ventajosa [y que se tome igual medida] [...] con los jóvenes que existan en aquel distrito de la misma naturaleza para destinarlos a emprender un oficio que al paso que proporcionarles medios más honrosos de subsistencia sirvan a generalizar y mejorar las artes en todo el territorio de la provincia. (Díaz de Vivar, 1945: 92)

Ni aun el recurso de la leva compulsiva sirvió. Se negoció, se aumentaron las concesiones a los padres, sin resultado.

El intento pionero de instaurar un sistema de enseñanza agrícola inauguró las que serán dos de sus constantes: el atractivo nulo de la oferta entre sus clientes “naturales”, los hombres de campo; y el recurso, ante esto, a la pura violencia para obtener alumnos, incorporando huérfanos.

Domingo Faustino Sarmiento, hombre público de notoria preocupación por lo educativo, sería el autor del por muchos años único proyecto de educación agrícola del país que, en 1879, se convirtió en ley. Sarmiento había sostenido en reiteradas ocasiones que la agricultura representaba el progreso del país, mientras que la ganadería —tal como era practicada— sustentaba el atraso. Había fundado la Quinta Normal en Mendoza e instalado la educación agraria en el gobierno de San Juan, su provincia. En 1871, impulsó la creación del Departamento Nacional de Agricultura, y en 1873, de la Quinta Experimental de Buenos Aires (Barsky y otros, 1992: 21). La ley sarmientina se basaba en la instalación de Quintas Agronómicas en provincias. Allí se impartirían cursos bipartidos en una rama superior, destinada a formar ingenieros agrónomos, y otra práctica elemental. Solo se puso en marcha la escuela de Mendoza —que, tras muchos avatares, prosperaría—, pero no las de Salta y Tucumán. En ninguna de ellas se concretó la rama superior.

En jurisdicción provincial, sin embargo, ya en 1867 se creó un instituto para el estudio práctico de la agricultura en la estancia Santa Catalina, de Lomas de Zamora, provincia de Buenos Aires, germen de la futura Facultad de Agronomía de La Plata.

En 1904, la capital del país albergaba a la segunda Quinta. Ello provocó perplejidad en algunos ingenieros agrónomos, quienes lamentaban que se sacara a estos establecimientos “... de su ambiente netamente rural, donde deben vivir estas instituciones, para incorporarse al ejido de una Ciudad donde se vive y se practican las costumbres ciudadanas que

alejan al futuro profesional del verdadero ambiente en que ha de actuar...” (Tarragó, 1959: 4-5).

No hay contradicción, sin embargo, si recurrimos a la lógica propia del sistema:

... las posiciones [dentro del sistema de enseñanza agrícola] se jerarquizan en función de sus distancias respectivas en relación a la clase dominante, a la ciencia, a la ciudad y en función inversa de sus distancias en relación al campesinado, a la práctica de la agricultura, al campo. (Grignon, 1975: 91)

Las jerarquías de las sedes de los establecimientos siguen similares principios. La Facultad de Agronomía se liga a la ciudad. La escuela elemental (o media), al campo.

Las escuelas dependían, desde 1898, del Ministerio de Agricultura. En 1968 pasaron al de Educación. El destino de sus egresados y su posición en la estructura social se transparentan en el testimonio de un ex ministro de agricultura, ex presidente de la Sociedad Rural Argentina y ex presidente del Banco de la Nación, trayectoria harto frecuente en nuestra cúpula agropecuaria. El Dr. Cosme Massini Ezcurra, luego de aludir a nuestras ventajas ecológicas en lo productivo, afirma:

Quienes echaron las bases de nuestra riqueza agropecuaria y la pusieron en la ruta de su gran desenvolvimiento eran hombres que estaban al día en los últimos conocimientos y adelantos en la materia; se hallaban en contacto con Europa, con Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos y nada de lo más perfeccionado en la técnica de la explotación como es el cultivo de las razas, les era extraño. Poseían *medios y educación* para asimilar rápidamente las nuevas conquistas [de la téc-

nica] [...] Esa *cultura agrícola* explica su éxito. (Aubone, 1948: 14. El destacado es nuestro)

Luego —reflexiona—, habrían cambiado las “condiciones sociológicas”: medianas y pequeñas explotaciones, en lugar de las grandes:

... al criollo hoy hijo de europeo con arraigo en el país y con heredada cultura y educación refinada vino a reemplazar un tipo de trabajador rural menos favorecido por la cultura, y la ganadería se mezcló con la agricultura. El estanciero —dueño del escenario de la pampa y el litoral en otros tiempos— tuvo que convivir con el chacarero, que [...] trajo hábitos de trabajo y sentido de la economía, pero carecía de los medios y costumbres que le permitieran adquirir por sí mismo una avanzada educación técnica. (Aubone, 1948: 14. El destacado es nuestro)

Ese *elemento humano más necesitado de cultura* y la mayor tecnificación del trabajo rural serían los que crearon la necesidad de implantar un nuevo tipo de enseñanza “... como requisito para soportar la competencia o imponerse en los mercados del mundo”.

Escuela Nacional de Agricultura de Olavarría, provincia de Buenos Aires, Argentina

Como tantas ciudades de la pampa bonaerense, Olavarría nació en 1866 a la sombra de un fortín. En 1879, consumada la ocupación del mal llamado “desierto”, alcanzaría jerarquía municipal. Lugar de paso desde siempre, situada en el abra que separa las viejas serranías del sistema de Tandilia,

usufructuó su posición privilegiada primero en las explotaciones agroganaderas, luego, aprovechando la materia prima de sus sierras, como centro minero de granito y cal y, sobre todo, ya en la década de 1910, como primer productor de cemento del país.

En el campo, explotado por los ganaderos de la vecina ciudad de Azul y luego por colonos e inmigrantes europeos, prevalece hoy la ganadería de cría, favorecida por un buen régimen de lluvias. Desde 1881, se instalaron escuelas primarias en Olavarría. En 1910, eran treinta y tres. En ese mismo año se consiguieron la creación de la Escuela Normal y "... la instalación de una granja o escuela práctica de lechería en el local que ocupa la Gendarmería Volante..." (Pequeñeces, 1929: 37). La primera llegó, con los años, a ocupar un fastuoso local. La otra permanece aún en el cuartel, en las afueras del pueblo, de cara a la llanura y mirando hacia el sur, "desde donde venían los araucanos con sus hordas", como nos decía el actual director.

La Normal y la Escuela Agrícola son las antípodas en la enseñanza secundaria olavarricense. La segunda muchas veces no es contabilizada en ese rubro. Sus razones hay, pues nació como escuela primaria.

El terreno original tenía noventa y cuatro hectáreas, pero al poco tiempo se arrendó por cuatro años un lote de trescientas más. La escuela actual tiene ochenta y cuatro hectáreas ubicadas en campos, según nuestros informantes, de baja calidad. Es común en la literatura sobre enseñanza agrícola la queja por la falta de tierras para sus escuelas, cosa comprensible en un país de latifundistas. Por eso, en 1984, el actual director gestionó y obtuvo la cesión gratuita de Monte Peloni, trescientas doce hectáreas en las mejores tierras del partido, finca perteneciente al Ejército, que la mantiene como reserva de dolomita. Todo Olavarría sabe que, en esa hermosa finca serrana, funcionó un centro

clandestino de detención durante la última dictadura militar (1976-1983).

Comienzos: enseñanza a pie de obra

La propuesta sarmientina de enseñanza agrícola procuraba instalar quintas modelo bien dotadas de maquinaria, donde actuarían profesores especializados contratados en Europa (Aubone, 1948: 25-26). La legislación sobre la materia no tuvo cumplimiento cabal. Tomás Le Breton (1918), partidario del trabajo compulsivo, derogó en 1923, siendo ministro de Agricultura “... el viejo sistema de enseñanza a base de teoría [...] Se implementó la llamada enseñanza exclusiva ‘a pie de obra’, que significa que el texto es la práctica diaria, el programa de estudio, el trabajo del año y la enseñanza es el resultado de ese trabajo”. Un artículo referido a la escuela que nos ocupa agrega: “Como en el establecimiento se sigue el sistema de explotación semejante al privado, las vacaciones para alumnos y profesores no tienen objeto (Pequeñeces, 1929: 37). Sería el director de la escuela quien decidiría liberar al personal, “cuando los trabajos lo permitan”.

En 1935, veintidós años después de su creación, la *Escuela Nacional de Agricultura* de Olavarría funcionaba, según un testimonio periodístico, “con singular acierto”. Los alumnos debían ser muy pocos, ya que por nuestros datos eran cinco en 1930 y dieciséis en 1940.

Los chicos ingresaban al curso trianual con cuarto grado. Ya ingresados, estaban sujetos al régimen tutorial por el cual debían:

... acatar las órdenes emanadas de la Superioridad, así como también las de los colaboradores inmediatos [...]

Es de rigor —afirmaba un cronista— *una obediencia y conducta irreprochable, no pudiendo rehusarse a ningún trabajo, cualquiera sea la naturaleza de estos, importando la negativa, motivo suficiente de expulsión.* (El Popular, 1935. El destacado es nuestro)

En ese “centro de orden y cultura [...] no se aplica a los alumnos los castigos comunes a otros Establecimientos Educacionales, en cambio automáticamente se elimina a todo elemento sin vocación o de mala conducta, que perturbe el normal funcionamiento del Establecimiento”.

El objetivo era formar granjeros, y la clientela provendría de un entorno de grandes y pequeños propietarios de chacras y quintas. No se habla de su repercusión. Años antes, un cronista más crítico afirmaba que al establecimiento “no le habían acordado aún los agricultores y chacareros de la zona la importancia que sus creadores presintieron” (Pequeñeces, 1929: 38).

El curso duraba tres años. En el primero se practicaban las llamadas *industrias* (agricultura, horticultura, ganadería, industrias de granja: avicultura, cunicultura, apicultura, fabricación de lácteos); en el segundo, se trabajaba en prácticas complementarias; y en el tercero se enfatizaban la parte industrial y el conocimiento del ganado.

La pedagogía era simple. Los jóvenes recibían la explicación razonada de lo que ejecutaban, mientras lo hacían. Marchaban luego al aula, donde el profesor les daba lección para fijar conceptos y razonar. Nada de libros: solo una libreta de apuntes que el profesor revisaba y corregía. El director las visaba y constituían elemento importante para aprobar el examen final.⁸

8 Los libros se destinaban solo a los profesores. En la biblioteca de la escuela encontramos toda una colección de textos técnicos en francés que databan de la primera época de la institución.

Solo un docente “puro”, maestro normal nacional, integraba el claustro de la escuela: el Encargado de Internado. Era el responsable de “... la buena marcha del alumnado, el cumplimiento de los horarios escolares, el régimen de estudios y el cumplimiento de la disciplina”. A su cargo estaban también las materias complementarias: Aritmética, Geometría, Idioma Nacional, Geografía Argentina, Historia e Instrucción Cívica.

Los alumnos ocupaban —y ocupan— la cuadra del antiguo cuartel. El encargado desempeñaba la función de imaginaria del argot militar: debería vigilar a los internos en todo momento.⁹

La disciplina tenía sus resabios cuarteleros: sacar a los chicos desnudos al patio, por ejemplo, y hacerlos correr en círculo, u obligar al culpable de algún desaguisado a humillarse delante de sus compañeros, eran prácticas corrientes.

Cambios en el modelo

El esquema de funcionamiento reseñado, vigente por mucho tiempo en Olavarría, respondía puntualmente al proyecto de un sector de las clases hegemónicas. Grignon (1975: 80) esquematiza, para Francia, dos concepciones de enseñanza agrícola: conservar al campesinado leal transformando la escuela, o sea, especializándola (antigua clase dominante) o transformar a ese campesinado conservando la escuela común.

En la Argentina, ambas posiciones son visibles. Por un lado, la propuesta de la escuela pública, obligatoria y gratuita,

9 “*Dormitorios*. Razones basadas en el mejor contralor del alumnado en las horas de descanso aconsejan construir los dormitorios de todo internado en la planta alta del edificio, en locales con una capacidad máxima de 50 alumnos. *El celador correspondiente será ubicado en local separado, pero en forma que asegure desde el mismo, la visión directa sobre el dormitorio de los alumnos*” (Aubone, 1948: 91. El destacado es nuestro).

tratando de expandir —como en Francia— un concepto de ciudadanía capaz de uniformizar a la masa de inmigrantes que entraba al país. Por otro, este proyecto, impulsado sobre todo por las corporaciones agrarias, que se proponía formar obreros rurales. En Francia, la propuesta especializante fue conducida en especial por la Iglesia. En la Argentina, las escuelas salesianas gozan de bien ganada fama como productoras de técnicos agrícolas.

Desde el comienzo hubo choques entre el proyecto estanciero y la realidad educativa y laboral argentina. Esa escuela *sui generis* colide con el *habitus* pedagógico de los profesores. Pese a la exigencia de Le Breton, el docente “... consideró prudente establecer planes y programas esenciales ajustados a la modalidad de la región” (Aubone, 1948: 110). Dichos planes se consagraron oficialmente en 1940.

Desde 1929, por lo menos, había cátedras, materias y profesores en la escuela agrícola de Olavarría. Los graduados, por su parte, no se limitaron al papel subordinado que el sistema les reservaba. En épocas tan tempranas como 1914, ya uno de ellos era director de la escuela, seguido por inúmeros colegas. En 1947, bajo la dirección de un ingeniero, tres de cinco profesores ostentaban el título de *práctico*, otorgado en la época a los egresados. No era título en realidad, sino certificado, pero en los hechos habilitaba para la enseñanza.

La exigencia de edad para los alumnos —16 años— fue dejada de lado al poco tiempo. Se basaba en la necesidad de contar con jóvenes fuertes, aptos para el trabajo, pero estos, al abandonar la escuela primaria en cuarto grado, no podían esperar varios años antes de ingresar. Esto erosionó también el modelo “a pie de obra”.

Paulatinamente, las escuelas agrícolas, y la de Olavarría en particular, fueron acercándose a la estructura de un secundario común. El único maestro y encargado de internado sería sustituido por una pléyade de docentes de materias no agropecuarias; el certificado cedería lugar a

un verdadero título; el régimen disciplinario seguiría los lineamientos de toda escuela media, anulando la proyectada enseñanza posprimaria. Y en 1964, el sistema en su conjunto dejaría la dependencia del Ministerio de Agricultura para pasar al de Educación.

En 1968, este asumió efectivamente la conducción de la enseñanza agrícola. En 1970, nuestra escuela registró un brusco aumento de matrícula. Los tres años únicos devienen ciclo básico, al que le sigue un ciclo superior de igual duración. Hoy, el título de agrónomo (la denominación cambió muchas veces) habilita para ingresar a la universidad.

El pasaporte para acceder a la enseñanza superior lo constituyen las llamadas *materias humanísticas* o *de cultura general*, absolutamente divorciadas de las técnicas. Tienen valor de cambio, no de uso (Bourdieu, 1981). En nuestra escuela corren por carriles separados y nadie imagina que se puedan integrar. Un plan didáctico productivo dice relacionarse con las explotaciones en marcha.

Pudimos refutar uno por uno todos los argumentos que adjudicaban a la ruralidad las deficiencias pedagógicas. La relación docente-alumno en las escuelas rurales es excelente. Los medios de comunicación de masas estaban presentes hasta en la casa del más humilde puestero, cuyo hijo extrañaba tanto su caballo como su televisor. Comprobamos también que todos los chicos, rurales y urbanos, participan en la común cultura *rock* adolescente. Los pequeños campesinos fueron harto locuaces y abiertos con nosotros. Para completar, uno de esos jóvenes “incapaces de pensamiento abstracto”, como se suele decir, ganó el primer lugar en las Olimpiadas Matemáticas de Olavarría.

Pero, si ya casi no había alumnos “rurales”, tal vez los hubiera cuando todos eran internos, ya que el internado se justificaba para albergar a jóvenes dispersos en el campo. La escuela que estudiamos en Brasil había sido antes un reformatorio. Sabíamos que no era el caso de esta, por eso nos

sorprendió cuando su director nos dijo que antes de 1975 “la escuela era prácticamente un reformatorio”. En el año citado, él dispuso que los internos regresaran a sus casas los fines de semana obligatoriamente. Ello implicó que solo los provenientes de localidades cercanas pudieran internarse. Con eso, afirmó, “se acabó el problema”. El dato iluminaba ciertos testimonios imprecisos sobre un tiempo duro, con un alumnado de edades mayores a la actual, díscolo y cerril, con fama de malevo en las vecindades.

La mayoría de los testimonios apuntaban hacia la década del setenta. Para un peón de la sección lechería, aquellos jóvenes bravos eran del campo y de provincias lejanas, de donde provenía su carácter cerril. Todas eran versiones sesgadas por la experiencia del informante. Un testimonio recurrente, por otra parte, indicaba que la escuela agrícola era el último recurso paterno ante hijos que fracasaban en otras escuelas secundarias. El imaginario social estigmatizaba a la escuela como represiva, pero purificadora.

Según el director, los jóvenes problemáticos eran integrantes de familias citadinas y pudientes que depositaban aquí a sus hijos cuando los padres se separaban o cuando aquellos presentaban problemas de conducta o psicológicos.¹⁰ Aubone (1948: 104) agrega que “... en la mayoría de los casos, solamente los que fracasaban en estos [estudios secundarios] son los que se refugian en las escuelas de agricultura”.

Los alumnos hoy

Primer año es numeroso: setenta inscriptos, por ejemplo, agrupados en dos divisiones. En segundo quedan solo

10 “... después de todo, las clases dominantes aplicaban a sus propios desviados un tratamiento análogo en principio al que ellos se propusieron aplicar a los delincuentes desheredados, como testimonio en el vecindario, en Mettray, de la colonia agrícola y de la ‘Casa Paterna’, ‘colegio de represión’ donde las familias encumbradas podían enviar discretamente a sus niños rebeldes” (Grignon, 1975: 85).

dieciocho. Esa enorme deserción no preocupa a nadie. Se vive como normal.

Los externos van y vienen desde Olavarría. Los internos comparten el alojamiento de lunes a viernes, y ese día regresan a sus hogares. Como en Brasil, el sistema de parentesco opera como reclutador: hay varias generaciones de cursantes, y hermanos de un mismo núcleo familiar en años diferentes.

Entre internos y externos hay rivalidad. No se rinde examen de ingreso, pero conseguir una vacante en el internado no es fácil. Se paga una suma simbólica para cubrir la comida. No hay uniformes ni botas. Cada cual viste como puede.

El dormitorio es un largo recinto dividido en habitaciones de cuatro o seis camas. Toda la ropa de cama y la vajilla es traída por los chicos. Hubo puertas que daban al exterior, hoy tapiadas. Una única entrada comunica con las oficinas de *regencia* y *preceptoría*, desde donde se ve todo. Fuera de las horas de sueño o del baño, nadie puede quedarse en el dormitorio. Si necesitan algo, tienen que pedir prestada la llave. Hasta las veintidós pueden ver televisión. Luego, solo el sereno usa el aparato. Las ventanas originales fueron modificadas: hoy son altos ventiluces que dejan entrar aire y luz, pero no permiten mirar hacia afuera.

No hay un rito iniciático prescripto, pero siempre se juegan bromas pesadas a los del primer año (manteo). Los de años superiores cobran a los ingresantes un “derecho de piso”. Exigen a los pequeños que les hagan las camas o les ceben mate, y estos acatan la jerarquía. Hasta hace poco tiempo, los de primero eran los encargados de encender la antigua caldera a leña situada fuera de la casa, tarea penosa que hoy comparten con los de años superiores.

Los viejos baños (inodoros rotos, canillas que gotean, azulejos desprendidos) son, en alguna medida, un área de libertad y transgresión. Allí se bebe alcohol o se fuma, y allí también

se aplican sanciones, como los toallazos a quienes no acatan la jerarquía interna. Rige la Ley del Silencio, salvo cuando se descubren robos de dinero. Casos hubo de delatores que hicieron expulsar a otros alumnos, pero luego debieron abandonar la escuela.

El ingreso es traumático, pero una pauta machista impide confesar lo que se sufre. Como en Brasil, el que no resiste es estigmatizado como “nene de mamá”. Se cuenta jocosamente el caso del chico que “lloraba hasta el segundo año”, evidenciando que las lágrimas abundan en primero.

Los alumnos de años superiores, aun cuando no vivan en Olavarría, rehúyen el internado y buscan otras salidas. Los de sexto año están más fuera que dentro de la escuela. El localismo, la división entre chicos campesinos y urbanos o la pertenencia a determinados años dividen las cohortes.

Nadie cuida de estos chicos. Solo se los vigila. El encargado de internado, que estaría obligado a convivir con ellos, no lo hace. Viene por la mañana y “se da una vuelta” por la tarde. Un sereno, no un docente, los “cuida” de noche. El estilo de trato con los alumnos es la orden y el grito, sin lugar para ninguna instancia afectiva.

Hay ocho chicas, pocas para un centenar y medio de alumnos. Su presencia marca otro de los retrocesos del proyecto original. A la “mujer campesina”, desde Sarmiento, se le reservaba una educación “no para formar mujeres eruditas”, sino para inculcarles conocimientos para el mejor desempeño de sus deberes y la mejora de su carácter moral (Aubone, 1948: 162). A ellas se destinaba un *Curso del Hogar Agrícola* donde se les enseñaba, básicamente, a hacer dulces y conservas. Las estudiantes de Olavarría, de excelente rendimiento, aspiran a algo más e invaden el reducto machista. Son externas. Según los chicos, porque su presencia aquí daría lugar a asaltos por parte de ellos, exacerbados sexualmente por su encierro. Tal declaración —sorprendente

en jóvenes de entre doce y dieciséis años que regresan a sus casas los fines de semana— se contradice con el trato que brindan a sus compañeras, decididamente mimadas y consentidas.

Profesores en funciones: aula y campo

Las aulas para las llamadas *materias generales* son las tradicionales de los colegios, con sus filas de pupitres y sus pizarrones verdes. Cada vez ocupan más espacios en los edificios. Hay turnos: los alumnos que concurren a estas clases por la mañana parten hacia el campo por la tarde, y viceversa.

El sector antes a cargo del maestro encargado de internado ha crecido. Hoy lo dirige un regente, tiene una dinámica propia y ninguna relación con el resto. Sus profesores son visita: corren de una escuela a otra y solo ven a los alumnos durante la clase. Las calificaciones en general son muy bajas. Esto es importante: el interno que no aprueba pierde derecho al alojamiento.

Los profesores de la parte técnica son casi todos ingenieros agrónomos o veterinarios. No siempre fue así. El director nos comentaba que, hasta su llegada, todo había estado bajo control de los agrónomos.¹¹ Y, en efecto, era frecuente que ocupasen la dirección de la escuela. Desde allí, según nuestro informante, hostilizaban y humillaban a los profesores universitarios. Cabe observar que el director había ingresado a la escuela como carpintero, mientras estudiaba Agronomía. Cuando alcanzó la dirección, trajo consigo un equipo con ayuda del cual recortó todo el poder a los técnicos.

11 *Agrónomo* es el título oficial de los técnicos de nivel medio, pero también una manera de designar coloquialmente al ingeniero agrónomo. Por ello, preferimos llamar *técnicos* a los egresados no universitarios.

Mucho ha cambiado la pedagogía de la parte técnica desde los viejos tiempos. En todas las secciones hay un módulo que incluye aula, depósito y baño. Cuando llegan, los alumnos entran al aula, en la cual reciben una clase teórica. Después van al campo: camino inverso al de la escuela del aprender haciendo. En todo sentido es visible un avance de la teoría sobre la práctica. Los alumnos se quejan de que les está vedado el uso del buen parque de maquinaria agrícola que posee la escuela. Este es manejado por peones tractoristas, o por técnicos (sugestivamente confundidos con peones por los ingenieros). No hay herramientas adecuadas para la huerta. Las baterías de jaulas para aves están vacías. La falta de partidas impidió seguir comprando la ración para las aves, y hubo que “bajarlas” para que procuraran en el suelo su alimento. Los estudiantes aprenden a armar colmenas, pero no manipulan abejas, pues carecen del equipo para hacerlo, y la escuela no se lo brinda.

En lechería, la fabricación de quesos es absolutamente artesanal y solo de dos tipos. No obstante, el queso sigue siendo un producto importante, así como el dulce de leche y la crema. La preparación que reciben los chicos, sin embargo, apenas les podría servir, cuando egresen, para recibir leche en una usina. No para manejar maquinaria moderna ni para producir queso en sus granjas, si las tuvieran.

El nuevo predio de Monte Peloni se explota con criterios netamente capitalistas: ganado de raza, plantaciones de soja o trigo, según lo aconseje el mercado. Los alumnos acuden a ver cómo se desplazan los imponentes tractores. No los manejan, pues los terrenos se arriendan a productores privados.

Salvo el encargado de avicultura, pocos técnicos tienen función docente. Algunos ayudan a los ingenieros. Otros los superan en experiencia, como el peón de lechería o el del tambo. Ese personal es temporario, y pagado por la cooperadora, y goza de muy buen concepto entre profesores y alumnos.

No así los peones permanentes, a quienes todos califican de vagos y borrachos.

Hay técnicos que pugnan por acceder a la escuela en cuanto mercado laboral. Algunos lo consiguen ocupando el cargo idóneo. La mayoría entra de cualquier forma, como el encargado de huerta, título honorífico de un talentoso técnico que secunda a la ingeniera agrónoma que dirige la sección, pero administrativamente es solo preceptor, responsable de la disciplina.

Cooperadora y producción

Como productora, la escuela tuvo su edad de oro: contaba con más de mil gallinas, gansos y patos; ovejas, cerdos y vacunos. Fabricaba quesos inéditos, miel, dulces, subproductos de cerdo. Las frutas de sus montes y las verduras de sus huertas inundaban Olavarría. Hasta una década atrás, el personal recibía vegetales gratuitamente. Hoy, en cambio, solo dos litros de leche diarios a precios irrisorios. El queso, la ricota y el dulce de leche se venden ya a precio de mercado.

Esa producción financiada por el Estado —pese a la alegada autofinanciación de las escuelas— constituía un importante capital, tanto económico como simbólico, hábilmente manipulado. La moneda de cambio prototípica era el queso, producto de mayor valor agregado. “¡Esto costó mucho queso!”, nos decía un informante respecto de Monte Peloni, predio cedido por el Ejército.

Son regalos interesados, adscribibles a las dádivas o dones de Mauss. Su uso pertenece a las costumbres del gasto noble, aparentemente sin medida, típicas del Gran Señor (Mauss, 1979: 246).¹² No se rigen por la lógica del valor de cambio, que implica equivalencia, sino por la ambivalencia

12 O *Big Man*, en la teoría anglosajona.

que gobierna el intercambio simbólico (Baudrillard, 1983: 138) y que produce relaciones sociales perdurables.

Parte de lo producido se consume en el comedor, donde reproduce la fuerza de trabajo de estudiantes y algunos profesores. Allí mismo funciona como dádiva: directivos y docentes reciben huéspedes a discreción, ya ocasionales, ya en verdaderos banquetes. Otra parte constituye un verdadero sobresueldo, en particular para los peones. Estos se niegan a pagar por la leche que reciben. Consideran un derecho obtenerla gratis, dados sus magros sueldos.

Comida y alojamiento gratuitos son también un sobresueldo para los esporádicos supervisores de la Dirección Nacional de Enseñanza Agrícola que cada lustro aparecen y economizan viáticos.

Los regalos creaban un circuito de retribuciones que permitía obtener personal (profesores o peones militares), maquinaria (Municipalidad), atención preferente (correo). Gran Señor entre Grandes Señores (corporaciones agraristas), la escuela se incluía en una reciprocidad generalizada (Sahlins, 1983: 211-214). El avance neoliberal produjo el retiro de ese apoyo y la imposición de las transacciones equivalentes (autosustentación). Venido a menos, el ex Gran Señor devino campesino. Tuvo que achicar costos, producir solo lo vendible, eliminar sobresueldos, reducir al mínimo las dádivas. Algunos alumnos accionan ante esto la reciprocidad negativa: roban quesos porque estiman que les corresponden. Señalan la falta de cumplimiento de deberes por parte de un nuevo Gran Señor: la *cooperadora*.

Este organismo funciona en la escuela no necesariamente integrado por los padres. No todos son miembros activos de la dirección de la cooperadora, ni todos los miembros activos son padres. Su presidente es soltero y no tiene hijos. Por estatuto, entre los seis miembros que la dirigen hay representantes permanentes de las corporaciones: Sociedad Rural y Cooperativas Agrarias. También, de organizaciones

profesionales de ingenieros agrónomos, veterinarios y técnicos de nivel medio, así como voceros municipales. Los padres “comunes” de alumnos brillan por su ausencia.

La cooperadora debe cubrir gastos tales como gasoil para vehículos y calderas, fermentos para quesería, elementos para alambrar, vacunas para el ganado, agroquímicos, etcétera. ¿Cómo afrontarlos? No con las magras cuotas de los padres —que ni cubren la alimentación de sus hijos—, sino con el patrimonio de la escuela: su capacidad productiva.

Para ello, se debe contratar personal eficiente en detrimento del aprendizaje estudiantil. Se arriendan campos —en condiciones abusivas para los intereses escolares, según un profesor—, se venden cosechas de productos muy rentables, como trigo o soja. En casos de apuro, hasta se enajena al ganado de la institución.

Conclusiones

Excepto en las primeras y fallidas etapas (don Juan VI en Brasil, Rivadavia en la Argentina), el sistema de enseñanza agrícola en ambos países es prohijado por el sector terrateniente de las clases hegemónicas: señores de ingenio y *fazendeiros* en Brasil, estancieros en la Argentina. Sus corporaciones apadrinan este tipo de escuelas, donan terrenos para erigirlas, están presentes en su conducción.

La constitución del sistema, sin embargo, obedeció a una propuesta profesionalizante que veía la necesidad de cambiar los contenidos educativos vinculándolos a una economía que necesitaba desarrollarse. A esta tendencia, sin embargo, se le opuso otra que, aunque aparentemente pareciera apoyar ese sesgo pragmático, pensaba aprovecharlo con otros fines.

El principal interés de la elite agraria era político: el control y fijación de una mano de obra problemática que ya

no podía ser controlada por los viejos sistemas (esclavitud en Brasil, peonazgo del gauchaje argentino). Al decir de Tedesco (1986: 37):

En tanto los cambios económicos ocurridos en este período no implicaron la necesidad de recurrir a la formación local de recursos humanos, la estructura del sistema educativo cambió solo en aquellos aspectos susceptibles de interesar políticamente en función de ese mismo interés político.

Esto explica la eterna frustración de quienes luchan por el progreso del sistema, frente a un apoyo estatal que se retacea y la escasa evolución de esta rama de la enseñanza cuyos logros, cuando los hay, no provienen del cumplimiento del plan original, sino de las desviaciones que históricamente se le han impuesto.

Aliadas de los Grandes Señores, las escuelas, como hemos visto, adoptan su lógica. Son ellas mismas Grandes Señores. De ahí la generosidad con que reparten dádivas y la habilidad de generar, en ese intercambio simbólico, perdurables relaciones con las esferas de poder.

La lógica del sistema impone su característica. En el caso brasileño el marco inicial de la iniciativa pedagógica era un real reformatorio. En el caso argentino se constituyó, en los hechos, otro. La ruralidad justificó, entre otras cosas, el régimen de internado. También la severidad de la disciplina de los primeros tiempos, dónde el castigo corporal estaba vigente.

El alumnado de Bananeiras proviene del seno de un campesinado cuyas relaciones sociales fueron pautadas por el modelo de la morada.¹³ Este parece inspirar el régimen de

13 "... la ideología del *ex morador* se impone con tanta fuerza que aun aquellos que nunca vivieron en un ingenio, que nunca estuvieron sometidos a un señor de ingenio o usinero (dueño de fábrica

trabajo y estudio de la escuela agrícola donde el alumnado, en cuanto fuerza de trabajo, está a disposición de las necesidades productivas del establecimiento.

En la Argentina, los hijos de chacareros que originalmente pudieron haber constituido el alumnado de la escuela olivariense ya no existen. Los rurales que quedan son hijos de ganaderos. El sistema de enseñanza a pie de obra no pudo sostenerse.

En ambos países —salvo fallidos proyectos jamás aprobados— nunca se apoyó a los egresados con tierras donde pudieran aplicar sus conocimientos. Lo que en realidad se quería formar era un auxiliar ya del *fazendeiro*, ya del estanciero o del agrónomo.

En el imaginario tecnocrático, el técnico agrícola de nivel medio tenía varios papeles por desempeñar. Uno era aprender una agricultura diferente, moderna, que se opusiera a la tradicional, y difundirla al regresar a su predio, en su condición de productor. Sin el acceso a la tierra, tanto en Brasil como en la Argentina, esta función no pudo desarrollarse.

El Estado brasileño promovió muy seriamente un programa de cambios en la agricultura mediante agencias federales y estatales. Allí los ingenieros agrónomos dirigían, pero el técnico era el nexo entre este *staff* universitario y los productores. Créditos condicionados a cambios tecnológicos, que los técnicos debían controlar, les otorgaron cierta cuota de poder. Tal mercado de trabajo propició su profesionalización y también la oportunidad de migrar, en especial hacia áreas de frontera, como los frentes agrícolas abiertos en Amazonia.

En el imaginario campesino, el modesto título intermedio se volvió doctorado y, en lugar de contribuir a fijar a su

de azúcar), operan con las mismas categorías y modelos forjados en la práctica del *morador*..." (Sigaud, 1979: 45. Nuestra traducción. El destacado es nuestro).

portador a la tierra como en la propuesta inicial, le permitió zarpar hacia otros rumbos e ingresar en la ansiada ciudadanía. Todo el sufrimiento iniciático del pasaje por el campus se justifica como necesario en función de esa salida hacia la responsabilidad.

En la escuela argentina, el *habitus* docente no pudo soportar la indeterminación de la llamada *enseñanza a pie de obra* y reimplantó una estructura académica tradicional. Lo reformatorial sobrepasó a lo educativo y la escuela albergó a “desviados” urbanos primero, de las grandes urbes o de provincias lejanas, a hijos de obreros y empleados después, habitantes de la ciudad de Olavarría. En muchos casos, con problemas en otros establecimientos de enseñanza media. Si el destino de la escuela brasileña fue la profesionalización, el de la Argentina desembocó en la secundarización, es decir, el tránsito hacia la enseñanza secundaria general vigente en otro tipo de escuelas.

Como vimos, el aprender haciendo justifica, en Brasil, la explotación de la mano de obra estudiantil, dedicada a producir para los latifundistas locales o a procesar su producción. La llamada “Práctica Agrícola”, los proyectos/materias de profesores y alumnos, son el lugar donde el sobretrabajo estudiantil se transfiere. Todo ese trabajo productivo se sostiene con fondos estatales supuestamente destinados a la investigación científica.

El entorno socioeconómico argentino no permite un esquema semejante. Se registra allí un constante retiro del Estado del área educativa y las apelaciones pseudopedagógicas al automantenimiento de los establecimientos suenan casi como un sálvese quien pueda. Entonces, se restringe al máximo lo específicamente educativo, en beneficio de lo productivo. Para comercializar en serio, no se puede utilizar como mano de obra a estudiantes en proceso de aprendizaje. Todo esto restringe la salida laboral de los egresados,

y los pocos que se insertan en oficios agrarios lo hacen al margen de la escuela.

En ambos países se usa, para operar esa privatización de lo educativo —ya comprometiendo mano de obra, ya enajenando o arrendando el patrimonio estatal— a instituciones aparentemente participativas: la cooperativa estudiantil o la cooperadora escolar. Alumnos y padres, respectivamente, serían quienes conducen tales organismos. No es cierto. Detrás de ambas fachadas, como siempre, se esconden las corporaciones agrarias.

La ruralidad, arbitrario cultural clave para la reproducción del sistema y justificativo de muchos de sus rasgos estructurales, es hoy en día apenas un artilugio ideológico que, tras una máscara técnica, pretende dar sustento al propósito político de controlar la mano de obra rural.

El modelo agronómico mismo está en crisis ante los cambios que quitan a las profesiones agrarias buena parte de su mercado de trabajo. La división entre un estrato superior dueño de la *ciencia* y otro subordinado, limitado al *hacer*, ha sido cuestionada por la práctica profesional tanto en Brasil como en la Argentina. La reproducción cultural de ese modelo jerárquico está comprometida.

Los elementos más retrógrados del sistema, esos que trocaron la violencia física por la simbólica para seguir permitiendo la reproducción social de la dominación sobre los trabajadores del campo, tampoco consiguen persistir.

La huelga de jóvenes estudiantes en Bananeiras, el llamado a participar dirigido a los alumnos ante la crisis de la escuela olavarriense, por primera vez en la historia de ese establecimiento, tal vez marque un camino.

Bibliografía

- Álbum (1947). Será ampliada la escuela de agricultura. En *Álbum*, noviembre de 1947. Olavarría.
- Alfonso, D. E. y *et al.* (1987). *Geografía urbana de Olavarría*. Partes I y II. Olavarría, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Anónimo (1873). *Fazenda-escola ou Colônia Agrícola de órfãos e meninos abandonados ou sem trabalho, por um amigo do Brasil*. Río de Janeiro, Typographia Universal de Laemmert.
- Araújo, A. L. d. C. B (1984). *Em busca de Trabalho: estudos sobre os egressos do ensino técnico agropecuário da Paraíba. 1974-1981*. Campina Grande, Universidade Federal de Paraíba, mimeo.
- Aubone, G. R. (1948). *Organización de la enseñanza agrícola*. Buenos Aires, El Ateneo.
- Barsky, O. y *et al.* (1992). *El pensamiento agrario argentino*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Baudrillard, J. (1983). *Crítica de la economía política del signo*. México, Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1981). Epreuve scolaire et consécration sociale. Les classes préparatoires aux Grandes Écoles. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 39, pp. 3-70.
- Bourdieu, P. y *et al.* (1966). *Rapport pédagogique et communication*. París, Mouton.
- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (1975). *A reprodução. Elementos para uma teoria do sistema de ensino*. Río de Janeiro, Francisco Alves.
- Díaz de Vivar, J. C. (1945). *Rivadavia: piedra angular de la enseñanza agrícola en las Provincias Unidas del Río de La Plata*. Buenos Aires, Suelo Argentino.
- El Popular* (1935). Con singular acierto cumple su finalidad la Escuela Nacional de Agricultura de Olavarría. En *Anuario El Popular*, pp. 125-127. Olavarría.
- Flenup, D. F. y *et al.* (1972). *El desarrollo agropecuario argentino y sus perspectivas*. Buenos Aires, Editorial del Instituto.

- García Jr., A. (1989). *O Sul: caminho do roçado: Estratégias de reprodução camponesa e transformação social*. San Pablo, Marco Zero.
- Giberti, H. C. E. (1964). *El desarrollo agrario argentino*. Buenos Aires, Eudeba.
- Grignon, C. (1975) L'enseignement agricole et la domination symbolique de la Paysannerie. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 1, enero, París, pp. 75-97.
- Le Breton, T. A. (1918). *Proyecto de Ley de Fomento Agrícola y Educacional*. Buenos Aires.
- Mauss, M. (1979). *Sociología y antropología*. Madrid, Tecnos.
- Ministerio de Cultura y Educación. Argentina. Dirección Nacional de Educación Agropecuaria (1978). *Jornadas de Capacitación y Educación Agropecuaria de Nivel Medio (20 al 24 de noviembre)*. Buenos Aires, mimeo.
- Palmeira, M. (1976). Casa e trabalho: nota sobre as relações sociais na plantation tradicional. Ponencia presentada en el *Congreso Internacional de Americanistas 42*. París.
- Pequeñeces. (1929). Escuela de Agricultura. En *Pequeñeces. Revista de Olavarría con motivo del cincuentenario de vida comunal. 1879 —26 de mayo— 1929*. Olavarría, mimeo.
- Ratier, H. E. (1983a). *Produção e reprodução dos técnicos agrícolas. Relatório do trabalho de campo desenvolvido em Areia e Bananeiras (Paraíba) de 14-08-83 a 23-06-83*. Río de Janeiro, manuscrito.
- . (1983b). *Ciência, fazer e ensino agrícola*. Río de Janeiro, mimeo.
- . (1986). El modelo agronómico: aproximación desde el sistema de enseñanza agrícola brasileño. Ponencia presentada en el Segundo Congreso Argentino de Antropología Social. Buenos Aires.
- . (1989). *Agrónomos de nivel medio e ingenieros agrónomos: su producción y reproducción en la región pampeana*. En Informe final Proyecto FI-027, SECyT-UBA Buenos Aires, mimeo.
- Ringuelet, A. (1984). *Cincuentenario de la Escuela Práctica de Agricultura y Ganadería "María Cruz y Manuel L. Inchausti"*. Síntesis histórica recopilada por el Ingeniero agrónomo. La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

- Sahlins, M. (1983). *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid, Akal.
- Sigaud, L. (1979). *Os clandestinos e os direitos: Estudo sobre trabalhadores de cana-de-açúcar de Pernambuco*. San Pablo, Duas Cidades.
- Tarragó, E. (1959). El maestro rural. En *Anales de Enseñanza Agrícola. Revista del Ministerio de Agricultura de la Nación*. Buenos Aires.
- Tedesco, J. C. (1986). *Educación y Sociedad en la Argentina (1880-1945)*. Buenos Aires, Solar.
- Veleda, N. L. (1970). *Problemas atuais do Ensino Agrícola no Brasil*. Tesis de Maestría. Universidad Federal de Santa María. Santa María.
- Villafañe, A. (1988). *Transformación tecnológica en el agro pampeano: el caso de los pequeños criadores de ganado*. Olavarría, mimeo.
- Ware, G. y Rodríguez, L. M. (1955). *Relatório sobre as escolas de Agronomia e Veterinária do Brasil*. Río de Janeiro, Escritório Técnico de Agricultura Brasil Estados Unidos.

Capítulo 11

El modelo agronómico

Aproximación desde el sistema de enseñanza agrícola brasileño*

¿Por qué este artículo?

Desde 1977 hasta 1985, tuve el honor de ser profesor en la Universidad Federal de Paraíba, Campus de Campina Grande, Brasil. Ejercí la docencia e investigué, en el marco del curso de doctorado del *Programa de Pós-graduação em Antropologia Social* de la Universidad Federal de Río de Janeiro, *Museu Nacional*. Mi objeto fue, entonces, el sistema de enseñanza agrícola en sus dos vertientes: la formación de técnicos de nivel medio y la de ingenieros agrónomos. No me interesaron aspectos pedagógicos formales, sino el condicionamiento social en la formación profesional de esos agentes. Ahora, gracias a la gentileza de *Educação em Debate* estas páginas, producto de investigaciones en Areia y Bananeiras en el *brejo* paraibano, podrán ser sometidas a la consideración de colegas y amigos de Brasil, a partir del Nordeste. De alguna

* Elaborado y publicado originalmente en 2003, en *Revista Educação em Debate*, vol. 2, año 25, núm. 46, (Fortaleza), pp. 55-69.

manera, desde mi punto de vista, son una devolución hacia el pueblo de la región y su estudiantado. Por otra parte, su propuesta teórica puede ser aplicada a la realidad argentina sobre el tema.

Exiliado, regresé a mi patria en 1985 y no pude continuar un estudio cuyos costos se hicieron imposibles en función de la distancia. El material estaba ahí, encajonado, y no me decidía a publicarlo en la Argentina. Incluso ahora las dudas son muchas.

Pasaron muchos años, entramos en un nuevo siglo. No obstante, releendo el trabajo, creo que el esfuerzo fue válido como retrato, instantánea de un momento crucial en la vida brasileña. El Estado autoritario iba retirándose. El movimiento de las *Diretas já* se expandía por todo el país. Las universidades inauguraban procesos democráticos anticipándose a los permisos institucionales, todo eran vísperas de otro país que se aproximaba. Creemos que nuestra etnografía recoge, en parte, ese proceso y, tal vez, aporte todavía algo a la comprensión crítica del tema educativo desde una mirada antropológica. Me arriesgo a dar a conocer el trabajo prácticamente sin retoques. Con la enorme alegría de volver a esos caminos del Nordeste, espero la opinión de los lectores como el mejor medio de evaluar mi esfuerzo.

Mis incursiones en la temática en la Argentina, entiendo, me permiten afirmar hoy que el modelo que intenté a partir de mi experiencia brasileña contiene elementos aplicables a la realidad nacional, o sea que su validez no se circunscribe apenas al ámbito académico del país hermano.

Aproximación metodológica

En trabajos anteriores, comenzamos a analizar algunos resultados de nuestro trabajo de campo en Bananeiras y Areia,

dos pequeñas ciudades del Nordeste brasileño (Ratier, 1983-1984; 1984; 1988). En la ocasión dedicamos nuestros esfuerzos, en especial, a analizar ciertas determinaciones que el sistema de enseñanza impone en la formación de los técnicos agrícolas de nivel medio. Pretendemos ahora iniciar aquí el examen de otra categoría de profesionales, los ingenieros agrónomos o, simplemente, *agrónomos*.

El estado actual de la investigación no nos permite profundizar demasiado en la exploración del universo, pues circunstancias coyunturales nos obligaron a interrumpir el trabajo de campo. No obstante, queremos anotar algunas ideas que surgen de una primera consideración de los datos obtenidos en nuestro relevamiento etnográfico.

El trabajo de campo

Se efectuó en el *Centro de Ciencias Agrarias* de Areia en el estado de Paraíba, Nordeste de Brasil, situado a escasos kilómetros del casco urbano de dicha población. Funcionan allí dos cursos: Fitotecnia y Zootecnia, desdoblamientos de uno anterior de Ingeniería Agronómica. El referido trabajo de campo fue realizado en dos campañas: una en junio de 1983 y otra en noviembre de 1984. Cabe acotar que la investigación se llevó a cabo sin financiación, utilizando el tiempo otorgado por la Universidad Federal de Paraíba para la actividad, en circunstancias en que me desempeñaba como profesor en la ciudad de Campina Grande, a cuarenta kilómetros de Areia. Viajaba diariamente a esta última localidad, llegaba alrededor de las nueve y retornaba hacia las diecisiete o dieciocho. Como mi prioridad era el relevamiento de la escuela de técnicos de Bananeiras, mi permanencia en Areia se extendió apenas a diez días. La residencia en la zona me permitió, sin embargo, relevar datos sobre el curso de

Agronomía en Campina Grande y Bananeiras y entrevistar a personas antes vinculadas al campus agrario. De todas formas, la escasa intensidad del trabajo de campo relativiza el alcance de estas aproximaciones.

Hacia la construcción de un modelo agronómico: alcances

A partir de nuestros trabajos anteriores, y a manera de hipótesis, intentaremos construir un modelo analítico. Este comenzaría a constituirse históricamente desde la implementación de las ciencias agrícolas y la correspondiente producción de los profesionales capaces de ejercerlas (ingenieros agrónomos). Es entonces cuando, a través del sistema de enseñanza y su función inculcadora, se produce un cambio radical en la percepción del campo y sus habitantes para la óptica hegemónica. El campesinado clásico, que producía para su propia subsistencia y para el mantenimiento de una elite que no trabajaba la tierra, comenzó a ser expropiado no solo de sus parcelas sino también de su *saber agrícola*. La expansión del modo de producción capitalista supuso, en el plano científico, la investigación y el manejo de la producción vegetal y animal conforme a cánones nuevos basados en principios considerados universales e irrefutables, cuya generación debía más al laboratorio que a la experiencia directa realizada en los campos de cultivo.

El agrónomo corporifica esa agricultura de nuevo tipo, científicamente fundada. A través del monopolio de la ciencia, socialmente aceptada como sinónimo de *verdad*, legitimó su papel rector en el proceso productivo y se preocupó por imponer pautas racionales que sustituyesen el despreciado saber campesino. El producto de esa práctica iría generando una particular manera de percibir el

campo y sus habitantes, y de actuar en consecuencia, a la que hemos llamado *modelo agronómico*.¹

Para aproximarnos a él, consideramos este trabajo como parte inseparable de los que ya dedicáramos al tema. Las conclusiones a las que podamos arribar no provienen solo de la labor realizada en Areia, sino que incorporan resultados del análisis de la escuela de técnicos agrícolas de nivel medio de Bananeiras (Ratier, 1984). Todo el sistema de enseñanza agrícola corporifica el proyecto de las clases hegemónicas para la agricultura y está informado por el mismo modelo al que nos referiremos.

La escuela de agronomía

Areia

Areia es una pequeña población situada en la región del *brejo* paraibano. La principal producción de su entorno es la caña de azúcar, cuyo destino final no es la fabricación de azúcar refinado, sino de *rapadura* (tabletas del melado de la caña) y aguardiente. La elite dominante estuvo constituida por señores de ingenio que utilizaban mano de obra esclava y que conformaron lo que en la región se llama —algo irónicamente— *aristocracia da garapa* (aristocracia del guarapo, jugo de la caña de azúcar), para contrastarla con la poderosa clase de los señores de ingenio del litoral, productores de azúcar. Su mercado fue siempre local, no internacional, dado que abastecía la demanda de las poblaciones campesinas y lugareñas. No obstante, hay en la región un gran ingenio con fábrica de azúcar (*usina*).

Si bien esa aristocracia experimentó cierta pérdida de poder político ante el encumbramiento de sectores burgueses,

1 Para un mayor desarrollo sobre esta cuestión, véase Ratier, 1983-1984 y Grignon, 1971.

conserva aún buena parte de su margen de maniobra y, sobre todo, el orgullo de su prosapia. Areia es caracterizada como una ciudad cerrada, tradicional y discriminatoria. Tiburcio, uno de nuestros informantes, funcionario administrativo de la escuela de agronomía vinculado por parentesco a esa aristocracia, calificaba no sin orgullo a su terruño como “ciudad de prejuicio” (*cidade de preconceito*), refiriendo concretamente dicho prejuicio a la cuestión racial.

El mito fundante: la alianza

Areia tiene un prócer, figura destacada de la política nacional que llegó a ser ministro de Getúlio Vargas e intervino activamente en la llamada Revolución de 1930, movimiento modernizante que marca en Brasil el comienzo de la caída de la vieja aristocracia latifundista en la conducción del país. Hombre ducho en las lides políticas, capaz de “hacer” gobernadores o legisladores, el ministro falleció con más de noventa años siendo, aún a tan avanzada edad, referente obligado de la política estadual y nacional.

El sistema educativo de Areia estaba en manos de la Iglesia. Desde comienzos de siglo, funcionaba un colegio religioso para mujeres, que a partir de 1937 estuvo en manos de monjas alemanas. “Dicen que era para la elite” —afirma Tiburcio— “pero educaba”. Más tarde se instaló allí un seminario, opción educativa por la que pasarían muchos jóvenes que no por ello concluirían la carrera eclesiástica, algunos de los cuales formaron parte de los cuadros de la universidad local.

Estuvo en manos del ministro la iniciativa de instalar en Areia una escuela de agronomía, primer establecimiento civil de enseñanza superior en todo el estado. Hacia 1936 comenzaron a construirse los edificios en los terrenos de un antiguo ingenio.

La tradición oral recoge una anécdota. Dirigiéndose a la entonces directora de la escuela de niñas, el ministro habría expresado que, si no para otra cosa, la escuela de agronomía serviría al menos para conseguirles marido a las muchachas de Areia. Esa anécdota nos ha sido referida por informantes de todos los estratos y todas las edades, y es a veces esgrimida como la verdadera motivación para fundar el establecimiento.

Tiburcio nos aseguró que durante diez años la directora comunicó por carta al ministro los casamientos efectivamente realizados entre alumnos de agronomía y alumnas del colegio religioso.

Sin embargo, la propuesta de alianza simbólicamente expresada en el matrimonio no parece haberse efectivizado. Tanto los informantes de la vieja aristocracia como alumnos actuales del curso agronómico destacan la desconfianza que reinó desde el principio entre la elite de Areia y los jóvenes alumnos. Hasta 1946, año en que se levantaron dentro del campus universitario los alojamientos para alumnos, los estudiantes vivían en el pueblo en las llamadas *repúblicas*, casas compartidas por varios de ellos. En sus paseos por la ciudad había áreas que les estaban restringidas, pues por allí se desplazaban solo los nativos de Areia de la clase alta. No se les permitía la entrada a las fiestas locales. Tiburcio enfatiza que “... no solamente a los negros, ni siquiera a los rubios”.

Nicasio, hijo de un mediano productor que siguió en Areia el curso para técnicos de nivel medio y después el de agronomía, manifestó que los viejos *coroneles*² no permitían que sus hijas se relacionaran con los estudiantes, situación que después se habría atemperado. Funcionarios

2 Se llaman *coroneles* en Brasil a los representantes de la vieja aristocracia latifundista que conducían con mano firme sus establecimientos agrícolas. Estos caudillos oligárquicos dominaban la escena política y contaban, incluso, con sus propias bandas armadas. Muchos de ellos obtenían el grado militar en la *guardia nacional*, cuerpo de reserva de las fuerzas armadas. Se denomina *coronelismo* al estilo político de dominación de esta elite.

de la escuela que no son de la zona y que viven en Areia coinciden en la dificultad de vincularse con la población local y la imposibilidad de encarar en el pueblo actividades de tiempo libre. Los fines de semana se marchan hacia la capital del estado para gozar de las playas, o a la cercana Campina Grande, ciudad interiorana de trescientos mil habitantes.

Los estudiantes actuales también se quejan de la distancia que ponen los areienses con su claustro. En el puesto que instalan todos los años en el pueblo, para las fiestas patronales, y con el que procuran obtener fondos para la fiesta de graduación, los únicos que compran son los mismos estudiantes. Coinciden, además, en que los que peor los tratan son los viejos profesores vinculados al pueblo y los funcionarios areienses de la escuela. Los estudiantes los llaman, en tono despectivo, *nativos* o *brejeiros*.

Estos y otros testimonios apuntan hacia una valla social que separa nítidamente a la elite local y a los forasteros, cuyas vidas de relación se desarrollan en esferas diferentes. El mítico casamiento no ha podido realizarse. La *aristocracia da garapa* y su aliada, la Iglesia, siguen desconfiando de los advenedizos vinculados a la ciencia.

Auge y decadencia de una alianza

Pero no siempre fue así. Informantes de Areia reconocen un período de cordiales relaciones con el claustro docente de la escuela. Eran poco más de treinta catedráticos, que recién hacia 1954 designaron a los primeros adjuntos entre sus mejores alumnos. El examen de ingreso (*vestibular*) se tomaba en la propia escuela y una legislación específica (*Lei do Boi*) privilegiaba la entrada de los hijos de productores agrícolas. El sistema era rígido y paternalista y, al decir de Tiburcio, serio y eficiente.

La escuela ofrecía fiestas a las que asistía la población local bajo rigurosa invitación. En esos tiempos, no había carreteras

asfaltadas que facilitaran el traslado a otros centros urbanos y la pluviosidad proverbial del *brejo* aislaba a Areia durante largos meses. Esa época de profesores serios y autoritarios que manejaban sus cátedras con mano firme, de alumnos sumisos y estudiosos, y de control efectivo en la sede local del ingreso a la escuela (mediante pruebas *ad hoc* allí tomadas), es considerada por los nostálgicos como la *edad de oro* de la educación areiense. Esa fue la alianza real entre dos aristocracias cuya base social no debía ser muy diferente: una vinculada a la estirpe colonial azucarera; la otra, a la ciencia positiva aplicada a la labor agrícola. De ningún modo hubo tal alianza entre las hijas de la primera y los alumnos de la segunda. Las muchachas siguieron casándose con jóvenes de su clase; los agrónomos estaban destinados a servir de intermediarios entre los latifundistas dominantes y un campesinado que iba alejándose de su dominio, estableciendo con él un nuevo tipo de relaciones legitimadas por la ciencia.

Entre 1950 y 1960, nos dijo Tiburcio, “... la zona rural fue hacia la ciudad, y ya nadie sabe quién es quién”. O, en la expresión de su madre, “... ya no se conoce persona”, solo hay *negros* en la ciudad. Lo rural y el color son relacionados en el testimonio del informante, y a los negros les es negada la condición de *personas*.

Sin embargo, Tiburcio reconoce excepciones en su categorización. Hubo personas *de color* (al referirse a las cuales Tiburcio jamás usó el adjetivo “negro”) que fueron respetadas y llegaron a ser profesores de la escuela. Se trataba de “gentes de comportamiento” tratadas con extrema delicadeza por los profesores que evitaban en su presencia toda alusión al color por miedo a herir su susceptibilidad. Entre ellas había una profesora negra.

Esta *gente de comportamiento* se ajustaría al modelo de los excelentes profesores del período inicial, hombres estudiosos

que se quemaban los ojos preparando clases a la luz del candil, que guardaban las distancias y que jamás se sentaban, por ejemplo, en un bar con estudiantes.

La irrupción de la *zona rural* parece coincidir con la decadencia de la *morada*,³ forma de inmovilización de la mano de obra que sucedió a la esclavitud en la explotación de los ingenios. Participa también de un período tormentoso en las relaciones sociales imperantes en el campo signado por el surgimiento de las Ligas Campesinas (*Ligas Camponesas*), que llevó a duros enfrentamientos y, entre otras cosas, sirvió de pretexto para el golpe de Estado de 1964.

A ello parece referirse Tiburcio cuando caracteriza las dos *crisis* (en sus propias palabras) que atravesó la escuela de agronomía en su historia. La primera en 1947, cuando un funcionario que trabajaba en una propiedad de la escuela en una localidad vecina cometió un acto de desobediencia. Los profesores exigieron su punición y, como no fueron atendidos, amenazaron con renunciar. El gesto surtió efecto y el desobediente fue sancionado. En 1962, en cambio, los estudiantes ocuparon el establecimiento y el informante tuvo que entrar en él subiendo un muro con una escalera. El director de la escuela, con mano firme, consiguió contornar la situación. Preguntado acerca de si el hecho había tenido que ver con la agitación generalizada que imperaba en la época, Tiburcio lo negó. Areia era un lugar aislado donde no llegaban las conmociones nacionales. Datos sobre ocupaciones ocurridas en otros estados, sin embargo, apuntan

3 *Morada* es la relación establecida entre el dueño de un latifundio, en particular de un ingenio, y un campesino, por la cual el primero autorizaba al segundo a levantar su vivienda y plantar su parcela de subsistencia dentro de la propiedad, a cambio de lo cual el agricultor se comprometía a trabajar determinado número de días al mes para el propietario. El contrato no escrito incluía otra serie de obligaciones mutuas: protección de la familia de los *moradores* en caso de enfermedad o problemas con la justicia, obligación del morador de vigilar la integridad del predio, etcétera. Históricamente, la *morada* alcanzó su mayor vigencia luego de la abolición de la esclavitud.

en otra dirección. Nótese que la segunda crisis marca la decadencia del autoritarismo y un nuevo grado de desobediencia en las relaciones sociales hasta entonces imperantes en el establecimiento.⁴

En la representación de los viejos areienses, la decadencia se acentúa en la medida en que el Estado federal toma cartas en el sistema de enseñanza. El sistema brasileño privilegia un establecimiento concreto, al que denomina *patrão* (*padrão*), cuya estructura debe ser reproducida por otras escuelas similares para que sean habilitadas. Así, la escuela agronómica de Areia comenzó a funcionar en 1936 y recién en 1940 alcanzó reconocimiento oficial.

En el comienzo albergaba un curso de técnicos de nivel medio que funcionó hasta 1970, junto con el de ingenieros agrónomos. Luego, el primero desapareció en beneficio de otro similar que funciona en la cercana Bananeiras. En 1953, la escuela pasó a jurisdicción federal en la órbita del Ministerio de Agricultura. En la década del sesenta, sobrevino un período de incertidumbre durante el cual los docentes fueron considerados interinos, situación que se regularizó hacia 1966. Al año siguiente, pasó a depender del Ministerio de Educación, como escuela aislada, y en 1968 se integró a la Universidad Federal.

En 1969, se produjo la expansión del establecimiento: las veintiuna materias anteriores se elevaron a sesenta y nueve, y llegaron nuevos docentes que quebraron la estructura de las antiguas cátedras. En 1974 se montó la reforma céntrica, y el establecimiento perdió su nombre. Cambió el sistema de ingreso y, en 1976, el examen respectivo pasó a ser tomado en otras ciudades.

4 La incipiente democratización que caracterizó al período durante el cual trabajamos no alcanzaba a quebrar los tabúes y autocensuras respecto de los conturbados tiempos pre 1964. Nadie hablaba con libertad sobre esa época, aun temían represalias. Esto se modificaría después.

Todo ese período fue vivido, desde la elite, como la progresiva bastardización de la escuela. Los nuevos docentes no mantenían ni siquiera las diferencias vestimentarias que los distinguían de los alumnos. Algunos hasta compartían la mesa de los bares con ellos. Estos últimos aumentaron en número y, según los informantes, disminuyeron en calidad. Areia parecía haber perdido el dominio de su viejo establecimiento. La ciudad, orgullosa de su pasado aristocrático, se cerró frente a la marea advenediza.

Los alumnos

Areia alberga quinientos alumnos, cincuenta de ellos mujeres. La mayoría vive en alojamientos en el mismo campus. Proviene del propio estado y de estados vecinos, y suelen agruparse según su región de procedencia. Excepcionalmente, hay alumnos oriundos del sur del país y algunos extranjeros.

El nuevo sistema de enseñanza departamentalizada ha eliminado las cohortes (*turmas*): grupos de compañeros que año tras año se reencontraban en las aulas cursando las mismas materias. Ahora se nuclean por lugar de alojamiento (en promedio, seis estudiantes comparten un cuarto; cuatro si son mujeres) y en puntos estratégicos del campus, el principal de los cuales es el restaurante universitario. Los alojamientos, ubicados en bloques cercanos, suelen heredarse según la región de origen. Uno de ellos ostenta un cartel: “Consulado Alagoano” y desde que se tiene memoria estuvo ocupado por jóvenes oriundos del estado de Alagoas. Las casas de las chicas son sede de reuniones sociales de ambos sexos y de fiestas que abundan hacia el final de cada semestre en las que corre el aguardiente, se hace música y se baila.

La disciplina es laxa. Poco a poco han desaparecido restricciones, como la de que los jóvenes debían abandonar los

alojamientos femeninos hacia las veintiuna, y se discute entre los funcionarios si hay o no un reglamento. El sistema de sanciones es moroso e ineficiente: un administrativo ejerce como responsable del restaurante (“irresponsable”, lo llaman irónicamente los muchachos) y vigilantes nocturnos se limitan a pasar partes con las novedades. El director del campus recibe esas denuncias y determina las sanciones.

Hay un rito de iniciación institucionalizado que se aplica a los *feras* (fieras) o sea a los ingresantes. Consiste en una ducha fría dada por un grupo grande de *veteranos* a cada uno de los *novatos*, que estos deben padecer sin reclamar. Si lo hacen, el baño es dado en la propia cama, siempre de madrugada. Antes el rito era mucho más cruento, e incluía, por ejemplo, la obligación por parte del iniciante de jugar al fútbol con una *jaca* (fruta pan), gran fruto espinoso, o soportar que se le ataran sapos. En los comienzos de la escuela, la iniciación era más ingeniosa: los jóvenes debían defender “tesis” absurdas en público (“¿Por qué los loros tienen clorofila?”, “¿Cómo plantar cabos de paraguas en la luna?”) o medir con fósforos, por ejemplo, el perímetro de la plaza de Areia.

Las primeras semanas son tensas, y las bromas, múltiples para los recién llegados, en especial en el restaurante. Es allí donde, por aclamación, los muchachos reciben su apodo, por el que se los conocerá de allí en adelante. Las chicas también, pero en su caso el apodo circula subrepticamente entre sus colegas masculinos, sin hacerse público.

La vida estudiantil transcurre en un universo cerrado. De vez en cuando, los jóvenes van a beber a Areia, pero no se relacionan con gente de la ciudad. En los fines de semana, la mayoría abandona el campus: algunos parten hacia sus ciudades natales; otros, hacia las playas de la capital o a Campina Grande. La violencia es un hecho frecuente. En oportunidad de nuestro trabajo de campo, se hizo estallar una bomba de estruendo que arrancó la puerta de uno

de los alojamientos. En otra ocasión, un *fera* se defendió a tiros de quienes pretendían darle el baño ritual. Cuando se aproxima la graduación, los que están a punto de alcanzarla suelen cometer destrozos en el restaurante o forzar la puerta del cuarto de sus colegas. Un estudiante se destacó en ese aspecto estrellando contra el techo del restaurante bandejas metálicas llenas de platos, vasos y cubiertos, al grito de: “¡Ya soy doctor!”.

La pertenencia a un grupo regional ayuda a sortear la dureza de los primeros tiempos. Hubo casos de jóvenes que eludieron, incluso, la iniciación amparados por colegas coterráneos.

Tanto alumnos como profesores y funcionarios coinciden en que no todos los estudiantes son violentos. Se trata de “barras bravas”: la barra del aguardiente (*turma da cachaça*) o la de la marihuana (*turma da maconha*). Los alagoanos sobresalen entre los revoltosos; casi todos son hijos de grandes propietarios y fabricantes azucareros. Hacen ostentación de su dinero.

Un grupo de estudiantes de la capital del estado manifestó que la convivencia estaba mejorando en los últimos años. Antes había grupos famosos, verdaderos *indios* según los informantes. El sustantivo fue inmediatamente relativizado: “No, indios no, que los indios son civilizados”. Los jóvenes citadinos atribuían esas formas de barbarie a la procedencia de sus compañeros. Las “barras” (*turmas*) del interior se identifican con conductas antisociales, que tenderían a desaparecer a medida que la composición del alumnado se torna más urbana (“Ellos, los del campo, vienen de un interior para otro interior”). La gente de la ciudad posee mayor capacidad de adaptación, tuvo contacto con una realidad diferente. Areia, por cierto, no es considerada una verdadera ciudad. A nivel del discurso, casi todos los jóvenes reclaman la necesidad de una mayor relación con el campo. Pocos, sin embargo, aprovecharon las prácticas realizadas en áreas irrigadas donde acudían a observar el accionar de los colonos. Se enfatizaba, sin embargo, el aspecto técnico sin ahondar en las relaciones

sociales allí imperantes (donde los colonos se subordinan totalmente a la autoridad de quienes conducen el experimento).

Según testimonios de profesores, los estudiantes no acuden a las prácticas (por ejemplo, en la materia *Suelos*) por la motivación de aprender, sino para huir del encierro de las aulas. Se niegan a realizar trabajos manuales, como fumiigar. “Yo soy doctor”, alegan. Manejan tractores o extraen muestras de suelo, pero esporádicamente. Jamás tocan una azada. Hay peones que cumplen las tareas agrícolas, y de los cuales muchas veces aprenden.

Como ya señaláramos, las alumnas ocupan un lugar especial. Sus casas, menos pobladas y más ordenadas, funcionan como sala de visita para reuniones y fiestas. No pasan por el baño iniciático y el apodo que reciben circula solo entre los varones. A ninguna le resultó fácil, sin embargo, convencer a su familia para que las enviara a ese establecimiento como internas. La escuela es estigmatizada en la región por el contacto estrecho y la falta de control de las relaciones entre mujeres y hombres. A menudo, sus compañeros les gastan bromas un tanto desafiantes, como jugar frente a su alojamiento un partido de “vestidos contra desnudos”, y las tratan muy familiarmente. Sus primeras vivencias en la escuela reúnen el miedo a lo desconocido con la alegría de sentirse libres del control familiar.

Los datos sobre la extracción social de los alumnos son dudosos. Según información de la asistente social del establecimiento, muchos, la mayoría, son los que denomina *alumnos carentes*. Un profesor concordaba con esa caracterización: Agronomía es una carrera barata, garantiza la manutención del muchacho durante el curso. Una profesora del área social, sin embargo, apuntaba en dirección contraria: habría más alumnos de mejor nivel económico en los últimos años. Como prueba mostraba los automóviles de estos, estacionados junto a los pabellones de aulas.

Un líder estudiantil pensaba que ricos y pobres constituían mitades más o menos equivalentes en el contingente estudiantil. Este joven ocupaba un lugar especial entre nuestros informantes: provenía de la ciudad de San Pablo y había acudido al Nordeste interesado por la problemática del semiárido pensando —decía con una sonrisa— en revertir un poco la masiva migración norte-sur. Lamentaba los resabios autoritarios que advertía en sus compañeros, para quienes su obligación hacia el liderazgo estudiantil terminaba con el voto, y no se sentían parte del centro de estudiantes. A lo sumo, criticaban la inoperancia de la comisión directiva electa, sin plantearse nunca ayudarla. Nuestro informante quería luchar contra esa tendencia y ampliar la participación masiva del estudiantado. Contaba, desolado, cómo algunos compañeros se extrañaban de las discusiones planteadas sobre la conducción del campus, argumentando: “¡Pero si aquí el que manda es el rector!”.

Esa búsqueda de unidad y de pertenencia se veía entorpecida por la extracción social de los jóvenes. Un tema como la reforma agraria, por ejemplo, sería tabú para el nutrido grupo de hijos de grandes propietarios, por tanto, se lo evitaba. Solo la profundización de la investigación podrá determinar cuál de esas visiones parciales se aproxima más a la real composición de la masa estudiantil.

Los profesores

No hay en el cuerpo docente de Areia el marcado contraste que advertimos en Bananeiras entre graduados universitarios y de nivel medio (Ratier, 1988), puesto que los segundos no existen aquí. Sí se repiten en este campus las diferencias entre quienes en él residen y los que viven en ciudades vecinas y viajan diariamente para trabajar. Conseguir una de las cómodas casas destinadas a los docentes es difícil, depende

de un orden de prioridades y, una vez adquirido el derecho, representa un privilegio para el adjudicatario y su familia que solo cesa con la jubilación.

Otra variable que marca diferencias es ser o no agrónomo. Es más, las profesoras de las llamadas *ciencias humanas* (sociología, pedagogía) suelen acceder al cargo por su condición de consortes de agrónomos y deben luchar duramente para legitimar sobre otras bases su lugar entre el resto de los docentes. Las parejas de profesores en general (*dobradinhas*, traducible como “doblete” en nuestros juegos de azar) son frecuentes. Se incentiva su contratación por considerarse la como un recurso válido para duplicar el salario del núcleo familiar. Es más, cierto sector de profesores prioriza tales contrataciones. En reunión de consejo universitario, se cuestionó la admisión de un profesor extranjero de brillante currículum con argumentos xenófobos, y se propuso, en cambio, para ocupar su lugar a la esposa de un profesor de la escuela. La condición de agrónomo o de consorte (agrónoma o no) se unía así al prurito localista como mérito suficiente para ocupar un cargo.

En general, los viejos profesores de la antigua escuela aparecen como epigonales frente a los nuevos, más jóvenes, distinguibles hasta vestimentariamente de los anteriores y casi todos insertos en la investigación (*pesquisa*). El campus cuenta con laboratorios bien equipados, una pequeña destilería de alcohol carburante y un parque de seis tractores nuevos. Tal equipo fue adquirido a través de convenios. La investigación aparece como actividad prioritaria, característica de la profesión (“Areia tiene como objetivo la investigación; Bananeiras, la producción”. Alumno de Agronomía).

La relación de la investigación con la producción aparece más mediatizada aquí que en la escuela de técnicos. El producto de la escuela no tiene vías de comercialización muy claras: abastece al comedor estudiantil y a las despensas

profesorales, pero no parece muy importante. Rumores entre el estudiantado —negados con indignación por un profesor— atribuyen a los docentes un aprovechamiento ilícito de recursos, como el abastecer gratuitamente de combustible sus automóviles en la destilería de alcohol.⁵

La vieja elite mira con desconfianza ese afán investigativo que se traduce en modificaciones del currículo: las materias optativas fueron sustituidas por la llamada *minitesis*, que supone investigación.⁶

Si bien verbalmente los profesores reconocen el aporte que las ciencias sociales podrían hacer a su labor, en la práctica pocas veces se recurre a ellas. Un profesor extranjero propuso relevar las técnicas de cultivo tradicionales vigentes en la zona, y su proyecto no despertó mucho entusiasmo entre sus colegas. La propuesta, de todos modos, planteaba simplemente conocer aquellas técnicas no para adoptarlas, sino para inducir a su modificación y reemplazo. Aun en el marco de las llamadas *tecnologías apropiadas*, lo que se introduce son sistemas ajenos a la experiencia campesina local, si bien más baratos que los más sofisticados (biogás, por ejemplo, que aprovecha desechos como combustible).

Un docente del Departamento de Suelos nos manifestó que la desproporción en la extensión agrícola no es un problema técnico sino social, y que nuestras disciplinas podrían dar un buen aporte en ese terreno. Resulta difícil —decía— llevar adelante propuestas de cambios en zonas donde rige

5 El alcohol carburante era el combustible mayoritariamente utilizado por entonces en Brasil.

6 Hay cierto formalismo en torno a lo que se llama *pesquisa* en el sistema de enseñanza brasileño que justifica, hasta cierto punto, las críticas irónicas de la elite hacia ese término. Carlos Drummond de Andrade, famoso poeta brasileño, lo hacía notar ante el reportaje al que lo sometió un grupo de escolares. Consideraba abusivo llamar “investigación” a aquella charla. A menudo se confunde *investigar* con *estudiar* o simplemente informarse sobre un tema. Es decir, ante la exigencia curricular de practicar la *pesquisa*, lo que se suele hacer es dar ese nombre a las mismas actividades de siempre, sin modificar demasiado su contenido y mecánica.

una estructura agraria injusta y el productor no puede arriesgarse en experiencias aventuradas cuando apenas si consigue reproducirse como tal. Por eso, depositaba esperanzas en un programa que iba a ser implantado en un municipio vecino donde la mayoría estaba constituida por productores medios con buen poder adquisitivo. Es decir, en cuanto científico, confiaba en tener éxito en un terreno donde el que denominaba *problema social* ya estuviese resuelto. Ayudar a resolverlo no entraba en su competencia profesional.

Si bien no tan acentuada como en los viejos tiempos, se verifica cierta distancia entre el cuerpo profesoral y los alumnos. Esto aparece en el testimonio de algunos de estos últimos, quienes consideran que los que más propician ese alejamiento son los que habitan en el campus, adocenados en una situación cómoda. Ya no existe el atuendo de agrónomo, pero los profesores no pueden vestir bermudas en la casa de huéspedes, primer escalón de su entrada al campus. En general, no comparten la vida social de los estudiantes (“Solo aparecen por aquí para pedir un vaso de agua”. Alumna). El líder estudiantil paulista considera que la actitud docente hacia los alumnos es la de profesores secundarios, no universitarios.

Un alumno, hijo de un latifundista de un estado vecino y oriundo de la capital del estado, se expresó con indignación respecto de un docente al que encontró borracho en un bar de Areia, reputándolo “una verdadera vergüenza”. Desde el lado estudiantil, por tanto, donde el recurso a la embriaguez es considerado como acompañante admitido de toda diversión, se exigiría a los profesores una conducta diferente. Sin embargo, es celebrada por los estudiantes y condenada por sus colegas la actitud de un profesor, egresado reciente, que comparte con los alumnos fiestas en las que se bebe y se baila. Cabe acotar que la característica positiva —que, según él, sería general entre los estudiantes— partió de nuestro informante líder estudiantil.

Enciclopedismo versus especialización

El título de *ingeniero agrónomo* es socialmente prestigioso, como todo lo que se vincule con la ingeniería (Ratier, 1983-1984: 8). Las incumbencias de estos profesionales cubren un amplio espectro de tareas que van desde la construcción de edificios o instalaciones simples hasta la investigación biológica o química, pasando por la manipulación de relaciones sociales (extensión rural) o la administración de establecimientos agrícolas. Esa polivalencia del agrónomo tiende hoy en día a disminuir, para dar lugar a especializaciones que adquieren el *estatus* de profesiones nuevas. Las asociaciones de ingenieros agrónomos ven con desconfianza esto que caracterizan como “pulverización” de la profesión y que dificultaría su inserción futura en el mercado de trabajo.

En la universidad que nos ocupa, el curso de *Ingeniería Agrícola* ya quitó de la órbita de Areia todo lo relacionado con el diseño de maquinaria y construcciones rurales. Ahora mismo, en el establecimiento coexisten dos cursos: uno de Fitotecnia y otro de Zootecnia.

Al respecto, es interesante acotar que muchas veces, en el discurso de los agrónomos, *Fitotecnia* funciona como sinónimo de *Agronomía*. Cuando advertimos ese desliz verbal, se nos aclaró formalmente la diferencia conceptual entre ambas disciplinas.

Entre los estudiantes, los zootecnistas son motejados como *capagatos*, el mismo apelativo despectivo que se usa para designar a los técnicos agrícolas de nivel medio. Existe la sospecha, además, de que aquellos que ingresan en el curso de zootecnistas lo hacen con el propósito de pasarse luego a la carrera de Fitotecnia, cuyo examen de admisión sería más difícil. Por otra parte, los zootecnistas ponen en evidencia un gran potencial organizativo en algo que podría interpretarse como urgencia por legitimar un título no plenamente admitido en el ámbito académico. Realizan congresos,

se han nucleado gremialmente a nivel nacional y se preocupan por sus incumbencias profesionales.

Algunos agrónomos ven como positiva esa mayor especialización, si bien señalan la necesidad de aumentar el número de materias compartidas por ambas ramas. Habría en estudio un proyecto a nivel ministerial que instituiría un curso de *Ciencias Agrarias* unificando los títulos. De todos modos, se advierte aprensión, tanto entre nuestros informantes agrónomos como en las organizaciones gremiales que los agrupan a nivel nacional, frente a estos avances que amenazan acabar "... con una profesión que tiene cincuenta años de reconocida" (director de la Escuela) y que les quitaría la apreciada condición de *ingenieros*.

Esta polémica se inscribe en otra sobre las características del agrónomo como profesional, a las que ya nos hemos referido en otro lugar (Ratier, 1983-1984) y que opone *generalismo* a *especialización*. La primera opción incluye un conocimiento profundo de las llamadas *ciencias básicas* que darían la clave, en cuanto generales, para resolver problemas particulares. El dominio de dichas ciencias posee un alto valor simbólico, al ser reputadas como "más científicas", es decir, más cercanas a la *verdad*, y legitiman el accionar del agrónomo en otros terrenos. Tal conceptualización ilumina también la preferencia otorgada a la investigación sobre la producción, el rechazo al trabajo manual no enmarcado en una práctica laboratorial y el alejamiento de los problemas sociales que afectan al campo, en cuanto función de otros profesionales.

Toda la categoría ocupacional se sacude ante el embaute de la especialización, que es vivida como recorte del campo legítimo de actuación. Se acusa de apresurada esa actitud divisionista que no respondería a las condiciones objetivas del mercado de trabajo, limitando las posibilidades del agrónomo.

Los funcionarios

No hemos explorado sistemáticamente la caracterización de este tipo de agente social actuante en el campus de Areia. La categoría incluye en Brasil a los empleados administrativos y a los trabajadores agrícolas u obreros en general.

Como adelantáramos, los alumnos identifican negativamente, entre los administrativos, al grupo de los residentes *nativos* o *brejeiros*, a los que acusan de mantener distancia de ellos, repitiendo al parecer el modelo de conducta de la aristocracia local. Tiburcio, nuestro informante, lo manifestó con claridad en reiterados testimonios. De extrema susceptibilidad, vivía como una falta de respeto inadmisibles cualquier cuestionamiento de los estudiantes a sus afirmaciones. La simple pregunta “¿Está seguro?” en relación con una información que les daba constituía una ofensa a la que respondía con cerrado mutismo.

Debajo de ese estrato se sitúan algunos funcionarios forasteros, como la asistente social, que tampoco conseguía una buena relación con esos areienses. Procuraba un acercamiento distinto a la problemática estudiantil a través del compañerismo.

Funcionarios menores, como el responsable del restaurante universitario o los guardias que vigilaban el campus, no contaban con poder real de sanción sobre los estudiantes y eran muchas veces ridiculizados por estos. Su función se reducía a transmitir irregularidades cuya sanción dependía de instancias superiores. Ni siquiera sabían de la existencia de un código normativo que rigiera la disciplina del campus. Pudimos saber que este existe, pero no se lo aplica, y que se está elaborando otro. Adviértase que el trato diferente por parte de los estudiantes se aplica a quienes no poseen título universitario mayor. De hecho, y pese al discurso en contrario, el personal obrero y de maestranza es tratado como subordinado.

Poseemos pocos datos sobre los trabajadores agrícolas, principal fuerza productiva de la escuela. Al parecer, y tal como lo verificamos en Bananeiras, el establecimiento educativo practica con ellos la misma política de explotación que los grandes propietarios locales.

Un artificio administrativo coloca casi todo lo que se relaciona con la atención de la problemática estudiantil fuera de la órbita académica: el comedor universitario, el servicio médico (a cargo de un ginecólogo, propietario de una clínica en Areia), la asistente social, las muca-mas que limpian las partes comunes de los alojamientos y los trabajadores rurales pertenecen a una fundación, teóricamente privada, mantenida con aportes de docentes, estudiantes y, en forma parcial, de la universidad. Tal fundación concita el odio de los estudiantes, que ven a la universidad como responsable, apenas, del espacio académico. Desde el punto de vista de los funcionarios, trabajar para la fundación significa precariedad, evasión de las leyes laborales y otros inconvenientes que no sufre el personal de planta.

Dentro del claustro docente, el profesor que ejerce la dirección de la escuela sufre el impacto de esta organización laxa que, al parecer, funciona más por la virtual autogestión de los alumnos que por el sistema de sanciones. El director considera a los alojamientos estudiantiles como el mayor foco de problemas. “Bebida, drogas, sexo, todo eso es muy frecuente allí”, nos manifestó. Areia sería una de las pocas universidades del país que mantiene viviendas para alumnos, según su testimonio, si bien un ex director desmintió esa afirmación, citando numerosos ejemplos.

Para los alumnos, el profesor es una figura distante, voluntariamente encerrado en su despacho y solo preocupado por las “relaciones exteriores” de la escuela.

La universidad como "terreno limpio"

La salida laboral del agrónomo se torna, día a día, más problemática. Hasta 1976, las agencias de extensión agrícola acudían a la escuela y tomaban pruebas para reclutar sus cuadros. Hoy no lo hacen, y la inserción en el mercado de trabajo, según algunos testimonios, depende en buena parte de recomendaciones políticas. En comunicación personal, Beatriz Heredia —que investigó a los industriales del azúcar de Alagoas— nos informó que en ese estado los jóvenes egresados de Areia cumplieron un papel modernizador en los establecimientos de sus padres. Aún hoy en día, de acuerdo con nuestros datos, siguen prefiriendo esta escuela a la que se instaló hace pocos años en su estado. Hijos de grandes propietarios fueron también los únicos que plantearon como futuro profesional aplicar lo que aprendieran en los campos paternos.

El resto parece querer intentar el empleo estatal. No obstante, hay un núcleo de alumnos que aspiran a insertarse en la universidad y que escogen esa trayectoria en virtud de sus inquietudes científicas o sociales. Coinciden en esto con el testimonio de algunos docentes que prefirieron la posibilidad de seguir investigando, a trabajos tal vez mejor remunerados en otros ámbitos.

Esto nos hace volver sobre la representación del espacio universitario por parte de estudiantes y egresados, a la que en otra ocasión nos hemos referido (Ratier, 1988). La universidad ofrece a quienes la frecuentan una dimensión diferente del entorno socioeconómico, poniendo al alumno en contacto con los graves problemas que lo afectan. En los cursos de ciencias sociales de su carrera, por ejemplo, los estudiantes de Agronomía requieren aquellos modelos teóricos que juzgan de mayor nivel de abstracción y poder explicativo. Otro tanto ocurre en otras disciplinas científicas.

La apoyatura de un buen equipo de laboratorio posibilita realizar experimentos, forma privilegiada de conectarse con la realidad.

Fuera de la universidad, todo es inseguro. Sin la guía certera de la ciencia, sin sus procedimientos exactos, sin laboratorio, los conocimientos deben ser aplicados sobre una realidad sujeta a fuerzas desconocidas: la politiquería, el afán de ganancia de los productores, la pequeña y poco interesante dimensión de concretas urgencias productivas. Esta universidad, en particular, constituyó una avanzada en la apertura democrática al elegir a sus autoridades cuando en el resto del país eran designadas desde “arriba”. La sabia combinación entre una fundación privada (la que obra mal) y el impoluto espacio académico (donde el supremo valor es la ciencia) refuerza esa representación.

A la universidad no parece tocarla el fragor de la lucha de clases que acontece fuera de sus muros. Si hay conflicto por bajos salarios universitarios, el culpable es un ente abstracto llamado *Estado* —sea autoritario o democrático, encarnado este último en poco confiables sujetos llamados *políticos*—, nunca el director, el rector, los funcionarios. La explotación de los trabajadores agrícolas en los campos de la alta casa de estudios se coloca fuera de su responsabilidad, la que le cabe a una fundación privada. Lo social no entra en la competencia del agrónomo. Como científico, su función es investigar para ensanchar el conocimiento y poder modificar indirectamente las condiciones de vida de ese mundo problemático que lo rodea. El campo es apenas una extensión del laboratorio y los experimentos que allí se realizan no deben dejarse interferir por variables de tipo “social”. No se cuestionan —salvo a nivel verbal— las intermediaciones que transfieren su producción intelectual al resto de la sociedad. La conducta del agrónomo, reforzada por el sistema social del establecimiento donde se forma,

es la de un científico puro cuya relación con el agro parece a veces hasta circunstancial.

El ritual universitario consagra al agrónomo como diferente. Padece la iniciación, asume una nueva identidad durante sus años de estudio, se permite violaciones a las normas establecidas (violencia, rotura de muebles y utensilios) cuando consigue el objetivo supremo de convertirse en *doctor*. Y los más “esclarecidos” quieren prolongar aún más ese ser diferentes tornándose profesores, investigadores universitarios. El dominio, el monopolio de la *ciencia* que los inviste como *dueños de la verdad* funciona, en este último caso, como alienación de su trabajo profesional respecto de las luchas concretas del universo campesino que lo rodea.

Queremos remarcar que esa “conducta de agrónomo” que aparece paradigmáticamente en este último caso y que actualiza el que denominamos *modelo agronómico* se contradice aparentemente con las verbalizaciones que reclaman un mayor contacto con la realidad, que piden la intensificación de la práctica, que reivindican incluso avanzadas posiciones políticas. Poco pueden, sin embargo, contra los *habitus* que el sistema de enseñanza ha introducido inconscientemente en su conducta y que orientarán su acción.

Caracterización del modelo agronómico

A partir de los datos hasta ahora recogidos en las dos categorías profesionales analizadas (ingenieros agrónomos y técnicos agrícolas de nivel medio), estimamos posible caracterizar un modelo que informaría el accionar y el sistema de representaciones de los técnicos agrícolas *lato sensu*. Se habría ido conformando desde las clases hegemónicas de aquello que Grignon (1975) denomina *sociedad rural*. El marco de referencia de esas clases es, sin embargo, de origen urbano.

Dentro del esquema propuesto, al ingeniero agrónomo profesional cabe el comando del proceso de modernización de la agricultura (y de las relaciones sociales imperantes en el campo). Dueño de la estrategia, necesita de un profesional subordinado próximo a su especialización pero que no domine el crítico recurso del saber científico, para intermediar su relación con quienes habrán de ser modificados (los productores). Puede valerse también de otros profesionales no agrícolas, como las asistentes sociales y los científicos sociales, que han de ocuparse de la esfera social de la tarea. La dirección de las acciones, sin embargo, es de su exclusiva competencia.

En el Cuadro siguiente (Cuadro 4), adscribimos valores positivos y negativos a una serie de factores y a sus opuestos, respectivamente.

Modelo agronómico

Cuadro 1. Acceso a la categoría profesional

	(+)	(-)
Objetivo	Dominio de la ciencia =verdad	Dominio de la práctica subordinada a la ciencia
Función	Conducir	Auxiliar
Edad	Juventud. Madurez del pensamiento crítico	Adolescencia. Etapa más maleable para aceptar contenidos
Nivel	Universitario	Secundario
Modelo pedagógico	La "academia"	El "aprender haciendo"
Competencia	Amplia, a partir del dominio de las ciencias básicas (generalismo)	Limitada y especializada (orientaciones profesionalizantes)

Cuadro 2. Ejercicio profesional (incumbencias)

Cometido principal	Investigación científica	Acción directa sobre la realidad bajo orientación científica externa
Aplicación	Problemas económicos	Problemas sociales
Cientela	Gran productor esclarecido	Pequeño productor atrasado
Objetivo	Planificación	Ejecución
Lugar de trabajo	Oficina o laboratorio	Campo
Espacio social	<i>Desiderátum:</i> Universidad (espacio no contaminado)	<i>Ámbito acotado:</i> proyectos concretos sujetos a contaminación (intereses "materialistas", politiquería)

Cuadro 3. Espacios de referencia

Ciudad	Campo
--------	-------

Observaciones y conclusiones

Examinando la primera y la segunda columnas, el lector reconocerá, respectivamente, las características de los ingenieros agrónomos y las de los técnicos de nivel medio. Sin embargo, comprobamos que el modelo, en su "cara positiva", informa el accionar de *ambas* categorías, aunque el proyecto hegemónico haya supuesto la limitación de la segunda a los ítems reseñados. El técnico *stricto sensu* asume como propios los aspectos privilegiados y tiende a cuestionar el monopolio agronómico de la ciencia. Esa actitud transgresora aparece ya en su vida escolar cuando descalifica a la pura práctica como recurso pedagógico y reclama el acceso al "aprender estudiando". Se transparenta en su resignificación del sistema social de la escuela que estratifica

en *predoctors*, *doctorcitos* y *doctores*,⁷ categoría esta última que marca su aspiración a equipararse con la que alcanzan al cabo de sus estudios los ingenieros agrónomos. Se reafirma con la tentativa —muchas veces fallida— de continuar estudios universitarios y en la actitud —desestimulada, es claro— de rechazo al trabajo manual, asumiendo el papel de conductor de mano de obra.

Pese al aparato jurídico que pretende mantener rígidas las fronteras, los técnicos de nivel medio compiten, de hecho, con el agrónomo por la conquista de espacios profesionales negando la subordinación.⁸ Esa competencia significa que las dos categorías interiorizan los supuestos elaborados desde las clases hegemónicas y colaboran en su proyecto. Hay algunos tímidos intentos de aproximación al saber campesino, pero, en general, con la intención de poder desplazarlo y sustituirlo por otro “científicamente fundado”. La necesidad de participación del productor en los planes que para él se trazan exige, como paso previo, su “conversión” desde el *tradicionalismo* a la *modernidad*. De ahí la selección de “agricultores esclarecidos” para que actúen como “misioneros” en esa tarea de conversión.

Es interesante cómo el sistema de enseñanza agrícola intenta producir, para llevar adelante su propuesta “modernizadora”, dos tipos de profesionales complementarios, a uno de los cuales se adjudican todas las incumbencias consideradas menores o negativas, condenándose a la subordinación.

7 El referente de la categoría *doctor* no se inscribe en la exigencia académica de cursos de posgrado y tesis defendida, sino en la representación popular del *doctor* que se transparenta en el habla coloquial brasileña. *Doutores* el epíteto con que las clases bajas identifican a las personas de clase media o alta. En cierto sentido son los que mandan, las clases dominantes.

8 “... en general es [el técnico de nivel medio] un frustrado. Él quiere ser agrónomo, quiere ser veterinario, quiere ser zootécnico, quiere ser ingeniero forestal. Y cuando no consigue serlo va a trabajar en la prestación de servicios y habitualmente se dice agrónomo, se dice veterinario. Es una forma de frustración...” (Testimonio de un ingeniero agrónomo, educador agrícola, en ABEAS, 1978: 22).

Más interesante aún es el fracaso de esa tentativa a partir de condicionantes surgidos del propio sistema social de la escuela que forma a los técnicos: la inserción obligada en el trabajo manual, productivo, so pretexto de “aprender haciendo” pone en evidencia para los alumnos su condición de explotados, vivida como una continuidad de la situación campesina (el trabajo en el campo repite operaciones rutinarias que ya practicaban en las parcelas de sus padres). Les aparece nítida también la situación de subordinación de sus profesores de campo, los técnicos agrícolas, frente al agrónomo. De ahí nace una actitud que recuerda mucho la de los *funcionarios* campesinos que ingresan a la administración universitaria: la aspiración de pasar de la *dureza* a la *blandura (moleza)*, del trabajo en el campo como obreros al de maestranza o administrativo. Por ello se soportan las privaciones y la disciplina rígida, por ello se ensaya la rebelión en los años superiores y se transforma, en la categorización nativa, el título secundario en un simbólico *doctorado*. La imposibilidad estructural de aplicar los conocimientos adquiridos a la explotación familiar (poca tierra, falta de crédito) los lanza al mercado de trabajo —mayoritariamente estatal— donde se inicia la competencia con quienes deberían ser sus superiores: los ingenieros agrónomos.

Diferente es la situación de los estudiantes de Agronomía. Son mucho más autónomos para construir su vida social en la escuela. Aprenden a privilegiar el laboratorio sobre el mero trabajo en el campo, no padecen la explotación personal y su rol es mucho más claro respecto de los trabajadores rurales que sustentan el sistema productivo del establecimiento donde estudian. Son socializados en la creencia de que su misión es incrementar, a través del dominio monopolístico de la ciencia, la productividad agrícola. Para ello, han de enfrentar obstáculos que devienen de aquellos que no poseen ese dominio y se niegan a subordinarse a quienes

lo ejercen: los campesinos “tradicionales”, “atrasados”, que ejercitan la actitud “irracional” de “resistir al cambio”. La remoción de ese obstáculo, caracterizado como *problema social*, no incumbe sin embargo al agrónomo y puede ser derivado a la esfera del técnico y de la asistente social (Ratier, 1983-1984: 13).

Los ingenieros agrónomos aparecen preocupados, en Brasil, por lo que consideran la “pulverización” de la profesión en especialidades. Pese a testimonios que apoyan la especialización, se advierte el temor a perder la amplia competencia profesional de corte enciclopédico. En cierto modo, tal cosa implicaría una pérdida del poder que les aseguraba el dominio total de la ciencia y podría significar el pasaje al despreciado ámbito de las carreras *profesionalizantes* con mayor énfasis en la aplicación que en la investigación. El cambio producido en Areia con la apertura de las carreras de Fitotecnia y Zootecnia es resistido. Se reclama mayor número de materias comunes y se ve con preocupación la pérdida de nivel que los nuevos títulos acarrearían, en cuanto los agrónomos perderían la noble condición de *ingenieros*.

Existe una identificación inconsciente —expresada a nivel casi de acto fallido— entre Agronomía y Fitotecnia. Los estudiantes de Zootecnia reciben el mote descalificador de *capagatos*, el mismo adjudicado a los técnicos de nivel medio, y existe el convencimiento de que quienes optan por esa orientación lo hacen con la intención de ingresar por esa vía al establecimiento, para después pasarse a Fitotecnia. Ello, por la mayor dificultad en hacerlo directamente a través del examen para esta última especialidad, que tiene mayor demanda.

Por último, el modelo agronómico privilegia el espacio ciudadano, que aparece como la sede natural del saber agronómico, con respecto al campo, sobre el que pretende ejercer su poder científico y producir transformaciones a nivel productivo y —con el auxilio de otros agentes

subordinados— social. La subordinación a la ciencia representa la subordinación del campo a la ciudad y, por ende, del campesino al técnico. En el discurso de los estudiantes de Agronomía, esto se trasluce en la identificación de los actos de barbarie ocurridos en el campus con alumnos provenientes del *interior*. Lo que otorgaría mayor aire de civilización a la vida social de la escuela sería el aumento en el porcentaje de jóvenes de áreas urbanas sobre los de origen campesino.

Entre los futuros técnicos agrícolas, ya habíamos observado que la adquisición de la *responsabilidad* a través de las probaciones de la vida escolar era vivida como habilitación para la vida urbana por los estudiantes (Ratier, 1988: 17). Es decir que el espacio donde los *técnicos lato sensu* realizan su labor es calificado como una suerte de ciudadela urbana en medio de la barbarie campesina.

Creemos necesario señalar que el modelo construido debe ser relativizado. En primer lugar, y en lo que respecta a Areia, ha sufrido variaciones históricas. Podríamos hablar de un *modelo arcaico*, aquel que recuerdan con nostalgia algunos representantes de la elite areiense, caracterizado por una subordinación mayor del alumno al profesor. Este ejercía un poder casi omnímodo: designaba directamente a sus auxiliares y transmitía sus conocimientos *ex cátedra, sin tanto énfasis en la investigación*. En buena comunicación con la elite local, mantenía una mayor distancia social con el alumnado. El modelo actual aparece como más democrático debido al régimen de concursos y al sistema de autoridades elegidas mediante el voto. Ahora bien, saber hasta qué punto estos aspectos organizativos influían en la estructura del modelo requeriría un análisis que en estos momentos no podemos intentar. Arriesgaríamos, sin embargo, la hipótesis de que tales variaciones representan resquebrajamientos en el modelo que están operando en este momento y que tenderían a su modificación.

Siguiendo a Bourdieu (1981), creemos que para comprender la acción del sistema de enseñanza es necesario relacionarlo con sus condiciones sociales de producción. La eficacia de la acción pedagógica depende de condiciones institucionales para la autorreproducción del sistema, que a su vez se reflejan en la reproducción de un arbitrio cultural (reproducción cultural) que contribuye por su parte a la "... reproducción de las relaciones entre los grupos y las clases [reproducción social]..." (Bourdieu y Passeron, 1975: 64). Si bien los cambios en el sistema de enseñanza registran una inercia frente a otros sectores o campos de la vida social, esa mutua validación actúa dialécticamente y el sistema de enseñanza recoge las alteraciones de las relaciones entre aquellos grupos y clases. La elite areense ha ido perdiendo el comando de la escuela de agronomía y el control de los ingresantes. Mantiene distancia respecto de los nuevos profesores que aparecen como aliados de un nuevo proyecto modernizante instrumentado, al principio, desde el Estado autoritario. El actual proceso de democratización parcial del Estado brasileño hace sentir sus efectos en la estructura organizativa de la escuela con una politización creciente de sus claustros. Es de esperar que esas alteraciones en el entorno social de los establecimientos de enseñanza agrícola, producto de una lucha de clases que no cesa, han de repercutir sobre el modelo agronómico vigente.

Pese a la representación de algunos integrantes de sus claustros, la universidad no está exenta de los efectos "contaminantes" de los procesos estructurales que la cercan, y lo real no puede reducirse a las dimensiones de un laboratorio.

Bibliografía

ABEAS (1978). *Anais da XVIII Reunião Anual*. Curitiba.

Bourdieu, P. (1981). Epreuve scolaire et consécration sociale. Les classes préparatoires aux Grandes Écoles. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 39, pp. 3-70. París.

Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (1975). *A Reprodução. Elementos para uma teoria do sistema de ensino*. Río de Janeiro, Francisco Alves.

Grignon, C. (1975). L'enseignement agricole et la domination symbolique de la Paysannerie. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 1, pp. 75-97. París.

Ratier, H. E. (1983-1984). Ciência, Fazer e Ensino Agrícola. Río de Janeiro y Campina Grande. Ponencia presentada en la XIV Reunião Brasileira de Antropologia. Brasília.

———. (1984). *Etnografia de um estabelecimento de ensino agrícola: o Colégio Agrícola de Bananeiras, Paraíba*. Campina Grande, mimeo.

———. (1988). De campesinos a técnicos agrícolas: conformación de una categoría profesional en el Nordeste de Brasil. En *Etnia*, núm. 33, pp. 51-76.

El autor

Hugo Ratier

Nació en La Pampa, vivió en Viedma, Resistencia y Buenos Aires. Es antropólogo egresado de la Universidad de Buenos Aires en 1964, Profesor Consulto de dicha universidad y Profesor Emérito de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN). Cursó estudios de doctorado en el Programa de Posgrado en Antropología Social, Museo Nacional de la Universidad Federal de Río de Janeiro, Río de Janeiro, Brasil, en 1980-84. Fue Director del Departamento de Antropología de la UBA 1973-74; Profesor y Director de Grado y Posgrado en la Universidad Federal de Paraíba, Brasil (1977-1985) y encabezó en 1988 el equipo fundador de la Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría, UNICEN, y fue Director de la carrera de Antropología de esa Facultad (1987-1993). Dirigió el Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría (1987-2012). Desde 1985 dirige el Núcleo Argentino de Antropología Rural, del que fue uno de los fundadores y cuya temática cultiva, así como el análisis de las migraciones internas y la problemática de los barrios de emergencia (villas miseria). Autor de libros, entre los cuales se destacan *Villeros y villas miseria* (Buenos Aires, CEAL, 1972-1976), *El cabecita negra* (Buenos Aires, CEAL, 1972-76) y *Poblados Bonaerenses, vida y milagros* (La Colmena 2004-2009) y numerosos artículos. Participó en congresos nacionales e internacionales de su especialidad.

